Gospodínov Las tempestálidas

Fulgencio Pimentel

LP032

Gospodínov Las tempestálidas

Fulgencio Pimentel

LP032

El enigmático *flâneur* conocido como Gaustín ha inaugurado en Zúrich una clínica para enfermos de alzhéimer. Sus instalaciones reproducen las distintas décadas del siglo XX al detalle, lo que permite a los pacientes regresar al escenario de sus años de plenitud. Pronto, un número creciente de ciudadanos perfectamente sanos solicita ingresar en la clínica con la esperanza de huir del callejón sin salida en que se han convertido sus vidas. Pero este «cronorrefugio» no puede contener por sí solo un sueño tan seductor, y la idea se propaga por toda la Unión Europea. Es entonces cuando el pasado invade el presente como una ola devastadora. Ensueño distópico y sembrado de premoniciones, el ganador del Premio Strega es un viaje de ida y vuelta al continente del ayer y un examen severo de nuestra relación íntima y política con la nostalgia.

«Una monografía literaria del más delicado de los dones: el sentido del tiempo, del paso del tiempo. Pocas veces llegan a nuestras manos libros tan locos y maravillosos como este». Olga Tokarczuk (Premio Nobel de Literatura)

Gueorgui Gospodínov

Las tempestálidas

Времеубежище | *Time Shelter*

TRADUCCIÓN DE MARÍA VÚTOVA
Y CÉSAR SÁNCHEZ

IMAGEN DE CUBIERTA DE
MORTEN LASSKOGEN

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

Título original:Времеубежище

© 2020 Gueorgui Gospodínov. All rights reserved

© 2022 María Vútova y César Sánchez por la traducción
© 2022 Morten Lasskogen por la imagen de cubierta
© 2022 Kostadín Krustev por el retrato del autor
© 2022 Fulgencio Pimentel por la presente edición
www.fulgenciopimentel.com

ISBN: 978-84-19737-00-7
Primera edición: diciembre de 2022
Editor: César Sánchez
Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G. Marcos
Comunicación: Félix González
prensa@fulgenciopimentel.com

Contenido

I

Una clínica del pasado

II

La decisión

III

Un país tomado como ejemplo

IV

Referéndum por el pasado

V

Discretos monstruos

A mi madre y a mi padre, que siguen limpiando de maleza los sempiternos campos de fresas de la infancia

Todos los personajes reales de esta novela han sido inventados. Solo los inventados son reales.

Nadie ha inventado todavía una máscara antigás y un refugio antiaéreo contra el tiempo.

Gaustín. Cronorrefugio. 1939

Pero ¿a través de qué órgano percibimos el tiempo? ¿Me lo puedes decir?

Thomas Mann. La montaña mágica (Trad. Isabel García Adánez)

El hombre es la única máquina del tiempo de la que disponemos.

Gaustín. Contra las utopías. 2001

¿Dónde vivir, sino en los días…?

Philip Larkin. Días (Trad. Damián Alou y Marcelo Cohen)

Oh, yesterday came suddenly…

Lennon/McCartney

Si la calle fuera el tiempo, y él estuviera al cabo de la calle.

T. S. Eliot. The Boston Evening Transcript (Trad. Andreu Jaume)

Debería haber un momento preciso para semejante palabra: ¡ayer, ayer y ayer!…

Gaustín/Shakespeare

La novela acude de urgencia con las luces encendidas y la sirena puesta.

Gaustín. Emergency Novel. Brief Theory and Practice

… Dios hace que el pasado se repita.

Eclesiastés (3:15)

El pasado se distingue del presente en un rasgo sustancial: nunca transcurre en la misma dirección.

Gaustín. Física del pasado. 1905

En cierta ocasión, de niña, dibujó un animal, del todo irreconocible.

Qué es, pregunté.

A veces es tiburón, a veces es león y, otras veces, nube, contestó.

Ajá. Y, ahora mismo, ¿qué es?

Ahora es un escondite.

G. G. Inicios y finales

I

Una clínica del pasado

Y bien, el tema es la memoria. Tempo: andante, tendiendo a andante moderato, sostenuto. Probablemente la zarabanda, de solemnidad templada y con un segundo tiempo prolongado, estaría bien para empezar. Händel mejor que Bach. Repetición rigurosa a la vez que desplazamiento hacia delante. Moderado y solemne para empezar. Luego todo puede —y debe— desmoronarse.

1,

En un momento dado, les dio por computar el tiempo. Cuándo dio comienzo el tiempo, en qué momento se concibió el mundo. A mediados del xvii, un obispo irlandés, Usher, quiso ofrecer un cálculo preciso. No solo el año, sino la fecha exacta del inicio de los tiempos: el 22 de octubre del 4004 a. de C. Y cayó en sábado, por si había dudas. Algunas fuentes aseguran que Usher señaló también la hora: a eso de las seis de la tarde. ¿Sábado por la tarde? Por mi parte, lo compro totalmente. En qué otro momento de la semana, aburrido de la vida, iba a ponerse el Creador a engendrar el universo. Y a procurarse, de paso, algo de compañía.

Usher dedicó toda su vida al asunto. La obra en sí alcanzaba los dos mil folios, en latín. Dudo que muchos hicieran el esfuerzo de leerla de cabo a rabo. Sin embargo, se hizo tremendamente conocida; quizá no la obra como tal, pero sí el sagaz descubrimiento. Muy pronto las biblias de la isla empezaron a salir de imprenta indicando la fecha y la cronología de Usher. Esta teoría acerca de una tierra jovencísima —de un tiempo jovencísimo, diría yo— conquistó el mundo cristiano. Es preciso recordar que científicos de la talla de Kepler y sir Isaac Newton también dataron la obra de Dios en un momento preciso, más o menos rondando la fecha de Usher. No obstante, para mí, lo más sorprendente no es el año decretado ni tampoco su proximidad en el tiempo, sino la elección de un día concreto.

El 22 de octubre, cuatro mil cuatro años antes de Cristo, a eso de las seis de la tarde.

En algún momento en torno a diciembre de 1910 cambió el carácter humano. Lo dice Virginia Woolf. Y uno puede imaginarse aquel diciembre de 1910, en apariencia como los demás, gris, frío, oliendo a nieve recién caída. Pero se desencadenó algo. Algo que muy pocos pudieron percibir.

El 1 de septiembre de 1939, por la mañana, temprano, llegó el final del tiempo humano.

2,

Años después, cuando muchos de sus recuerdos se habrían dispersado como palomas despavoridas, él todavía sería capaz de recordar aquella mañana en la que caminaba sin rumbo por las calles

de Viena y en la que un menesteroso adornado con el bigote de García Márquez vendía periódicos bajo el sol madrugador de marzo. Recordaría también cómo se levantó un poco de aire que dejó un reguero de periódicos desperdigados, y cómo quiso echar una mano y alcanzó un par para devolvérselos al vagabundo. Quédese con uno, le dijo García Márquez.

Gaustín —vamos a llamarlo así, aunque él mismo usaba este nombre como gorro de invisibilidad— conservó el periódico y tendió un billete demasiado grande para la ocasión. El menesteroso lo restregó en su mano antes de balbucear: «Yo… no tengo cambio». Sonó tan absurdo en la mañanita vienesa que los dos rompieron a reír.

Gaustín sentía por los necesitados amor y recelo, esas eran las palabras y siempre en esa dualidad. Los amaba y los temía como se ama y se teme aquello que has sido o esperas ser un día. Sabía que, tarde o temprano, se uniría a sus ejércitos, si hemos de recurrir al cliché. Imaginó por un instante las largas filas de vagabundos marchando por la Kärntner Straße, por Graben. Por afinidad, él era uno de ellos, si bien algo peculiar. Un vagabundo en el tiempo, por así decirlo. Debido a circunstancias poco menos que azarosas, se veía con la suficiente cantidad de dinero como para posponer la transformación del infortunio metafísico en sufrimiento físico.

Por el momento se servía de una de sus profesiones, la de psiquiatra gerontólogo. Sospechaba yo que hurtaba los historiales de sus pacientes para refugiarse en ellos, para establecerse durante esos lapsos en un lugar o en un tiempo ajenos. Por lo demás, en su cabeza había tal maraña de tiempos, voces y lugares que las opciones estaban claras: o se ponía de inmediato en manos de sus colegas psiquiatras o acabaría haciendo algo por lo que los mismos psiquiatras se verían obligados a encerrarlo.

Gaustín tomó el periódico, caminó hasta un banco y se sentó. Vestía borsalino y una gabardina oscura bajo la que asomaba un jersey de cuello vuelto, calzaba ajados zapatos de piel y cargaba una cartera de cuero de un noble bermejo mortecino. Parecía recién apeado de un tren proveniente de otra década. A ojos de cualquiera, habría podido pasar por un anarquista discreto, un jipi entrado en años o por predicador de alguna secta de segunda.

Pues bien, se sentó en el banco y leyó el nombre del periódico: Augustín. Edición de los vagabundos. Parte del periódico la escribían ellos mismos; el resto, periodistas profesionales. En alguna parte de la esquina inferior izquierda de la penúltima página, el recoveco más invisible en un periódico, todo el mundo lo sabía, estaba la nota. Su mirada se detuvo en ella. Una débil sonrisa que denotaba más amargura que alegría le atravesó el rostro. Tenía que volver a

desaparecer.

3,

Hace tiempo, cuando al señor Alzheimer aún se lo mencionaba más que nada en chistes, «qué diagnóstico te han dado, pues era un nombre masculino, calla, lo tengo en la punta de la lengua», apareció en un pequeño periódico una de esas notas que leen cinco personas y cuatro olvidan al instante.

He aquí, en síntesis, la noticia:

Cierto facultativo de una clínica geriátrica vienesa lindante con los Wienerwald, el doctor G. —se mencionaba solo la inicial—, por más datos, aficionado a los Beatles, había decidido decorar su gabinete en plan sesentero. Primero consiguió un tocadiscos de baquelita. Después colgó pósteres de la banda, el célebre Sgt. Pepper's incluido… En algún mercadillo se hizo con un aparador viejo y lo llenó de todo tipo de cachivaches de los sesenta: jabones, cajetillas de tabaco, una colección de Volkswagen escarabajo, Cadillac y Mustang rosas en miniatura, carteles de películas, postales de actores… La nota añadía que su mesa de trabajo se encontraba abarrotada de revistas antiguas y que el propio doctor vestía un jersey de cuello vuelto bajo la bata blanca.

Como era de esperar, no había foto, la nota entera no superaba las treinta líneas, arrinconada abajo a la izquierda. El quid de la noticia consistía en que el médico se había dado cuenta de que sus pacientes con problemas de memoria remoloneaban más de lo habitual en su despacho, se volvían parlanchines; en otras palabras, se sentían cómodos. Ah, y que los intentos de fuga de la que, por lo demás, era una clínica de renombre, habían disminuido drásticamente.

La nota no tenía autor, la firmaba el equipo editorial.

Aquella era mi idea, llevaba años en mi cabeza, y ahora, por lo visto, alguien se me había adelantado. (Mi idea implicaba una novela, no una clínica, lo reconozco, pero tanto da).

Yo compraba aquel periódico callejero siempre que se me presentaba la ocasión. En parte, por afinidad hacia quienes lo escribían —una larga historia, está en otra novela—, pero también debido a la certeza —llamémoslo «superstición personal»— de que era precisamente de esa manera, a través de un trozo de periódico, como las cosas que deben sernos dichas se posan junto a nosotros o nos abofetean en toda la cara. Y en esto jamás me he equivocado.

Se decía en la nota que la clínica se encontraba en el mencionado bosque vienés, sin otros datos. Investigué los centros geriátricos de la zona. Había al menos tres. El que yo buscaba resultó ser el último, no

podía ser de otra forma. Me hice pasar por periodista; se trataba de un embuste menor: contaba con la acreditación de un periódico, entraba gratis en los museos, a veces hasta escribía alguna cosilla. En realidad, ejercía el análogo —harto más inofensivo y resbaladizo— oficio de escritor, que por lo demás resulta inútil para legitimarse en estos casos.

Me costó lo mío, pero logré llegar hasta la gerente de la clínica. Cuando comprendió el motivo de mi visita, se volvió repentinamente refractaria a toda comunicación. La persona a la que busca ya no está con nosotros, desde ayer. ¿Puedo saber el motivo? Fue una renuncia de mutuo acuerdo, contesta, penetrando el intransitable lodazal del lenguaje administrativo. ¿Fue despedido?, mi sorpresa era sincera. Como le he dicho, sucedió de mutuo acuerdo. ¿Por qué quiere saberlo? Bueno, hace una semana leí en el periódico una noticia interesante… En el mismo instante en que pronuncié la frase me di cuenta de mi error. ¿Se refiere a la noticia sobre los intentos de fuga en esta clínica? Hemos interpuesto una querella y esperamos que se retracten. Entendí que era inútil quedarme más tiempo. Entendí también el porqué de la renuncia de mutuo acuerdo. ¿Cómo se llamaba el médico?, le pregunté mientras salía, pero ella atendía ya una llamada telefónica.

No me fui enseguida de la clínica, encontré el ala de los despachos y vi a un obrero quitar el cartel de la tercera puerta de la derecha. Por supuesto, aquel era el nombre, lo había sospechado desde el principio.

4,

Dar con el rastro de Gaustín, que cambia de una década a otra igual que nosotros cambiamos de vuelo en el aeropuerto, es una oportunidad que se presenta una vez cada cien años. Gaustín, a quien primero inventé y más tarde conocí en carne y hueso. O fue al revés, ya no me acuerdo. El amigo invisible, más visible y real que yo mismo. El Gaustín de mi juventud. El Gaustín de mi sueño de ser otro, de estar en otro lugar, de habitar otro tiempo, otras estancias. Compartíamos la misma obsesión por el pasado. La diferencia era pequeña pero significativa. Yo seguía siendo extranjero en todas partes, mientras que él se desenvolvía igual de bien en todos los tiempos. Yo aporreaba las puertas de ciertos años, mientras que él ya estaba allí, me abría las puertas, me hacía pasar y se largaba.

La primera vez que llamé a Gaustín fue para hacerle firmar tres líneas que me asaltaron sin más, de ninguna parte, como llegadas de otro tiempo. Lo intenté durante meses, pero no pude añadir nada más:

Por la mujer el trovador fue creado
puedo repetirlo
fue ella quien creó al Creador…

El nombre me vino una noche en sueños, escrito sobre una encuadernación de cuero, «Gaustín de Arlés, siglo xiii». Recuerdo que, todavía en sueños, me dije: esto es. Luego apareció el propio Gaustín. Quiero decir, alguien que se le parecía y a quien en mi cabeza comencé a llamar así.

Fue a finales de los ochenta. Debo de tener la historia guardada por ahí.

5, Gaustín. Primer encuentro

Así es como prefiero presentárselo. La primera vez que lo vi fue en uno de los habituales seminarios de literatura junto al mar, a principios de septiembre. Una tarde estábamos en un chiringuito de la playa, todos sin excepción escritores en ciernes, solteros, inéditos, habitantes de esa agradable franja entre los veinte y los veinticinco años de edad. El camarero apenas lograba tomar nota de todas las rakías, ensaladas mixtas y snezhanka de yogur y pepino. Cuando por fin nos callamos, abrió por primera vez la boca el joven sentado al extremo de la larga mesa, que por lo visto aún no había podido formular petición alguna.

Una cápsula de crema, por favor.

Lo pronunció con la seguridad de quien ordena un curasao azul o un pato a la naranja.

En el largo silencio que sobrevino solo se oyó la brisa marina arrastrando una botella de plástico vacía.

¿Perdón?, acertó a decir el camarero.

Una cápsula de crema, si es tan amable, repitió él con el mismo orgullo contenido.

Nosotros también estábamos asombrados, pero muy pronto las charlas alrededor de la mesa regresaron a la anterior algarabía. Al poco los platos y las copas cubrieron el mantel. Lo último que sirvió el camarero fue un pequeño plato de porcelana con filo dorado. En medio del platito se alzaba con elegancia, o eso me pareció, la cápsula de crema de leche. Se la fue bebiendo tan despacio que le duró toda la noche.

Ese fue nuestro primer encuentro.

Al día siguiente traté de acercarme a él. A partir de ahí y durante el resto de la semana de estancia, nos olvidamos por completo del

seminario. Ninguno de los dos era especialmente parlanchín, así que pudimos disfrutar de maravillosos ratos paseando y nadando, en un mutuo silencio compartido. Pese a todo, supe que vivía solo, que su padre había fallecido hacía mucho y su madre había emigrado ilegalmente por tercera vez —él guardaba la sincera esperanza de que fuese la última— a Estados Unidos.

Supe que a veces escribía historias de finales del siglo pasado, este fue el enunciado exacto que utilizó, y yo apenas pude contener mi curiosidad, fingiendo que aquello que me contaba era de lo más normal. El pasado le intrigaba en especial. Exploraba casas viejas, abandonadas, en ruinas, hurgaba en los escombros, revisaba desvanes y baúles, recolectaba todo tipo de cachivaches. De tanto en tanto conseguía vender algo a anticuarios o conocidos y así mal que bien lograba mantenerse. Pensé que su modesta comanda de la otra noche no ofrecía demasiadas esperanzas en los réditos de su oficio. Por eso, cuando me dijo de pasada que en ese momento disponía en su poder de tres cajetillas de cigarrillos Tomassián de 1937, desempolvados, calidad «doble extra», me ofrecí enseguida, como fumador empedernido, a comprarle las tres. ¿De verdad?, me preguntó. Siempre he querido probar un Tomassián tan añejo, respondí, y él se precipitó hacia su bungaló. Deleitado, me contemplaba encender el cigarrillo con auténticas cerillas alemanas de 1928 (obsequio suyo) y me preguntaba qué sabor le encontraba yo por ventura al año 1937. Picante, acerté a responder. Los cigarrillos eran verdaderamente fuertes, no tenían filtro y producían mucho humo. Seguramente se deba al bombardeo de Guernica de aquel año, dijo Gaustín en voz baja. O al Hindenburg: fue el mayor dirigible del mundo, se incendió aquel mismo año, creo que fue el 6 de mayo, a unos cien metros de altura, justo antes de aterrizar, con noventa y siete personas a bordo. Recuerdo que los periodistas radiofónicos lloraban en directo. Semejantes acontecimientos sedimentan sin duda sobre las hojas de tabaco…

Casi me atraganto. Apagué el cigarrillo, pero no dije nada. Hablaba como un testigo ocular que solo tras muchos esfuerzos ha superado lo ocurrido.

Opté por cambiar radicalmente de tema y ese día por primera vez le pregunté por su nombre. Llámame Gaustín, dijo, y sonrió. Encantado. Ismael, contesté, para seguir con la broma. Pero pareció no oírme, dijo que le había gustado aquel poema con el epígrafe de Gaustín, lo cual, he de reconocer, me hizo tilín. Además, prosiguió muy serio, reúne mis dos nombres: Agustín Garibaldi. Mis padres nunca se pusieron de acuerdo acerca de cómo llamarme. Mi padre insistía en ponerme Garibaldi. Era su mayor fan. Mi madre, siguió Gaustín, una mujer reservada e inteligente, admiradora de san

Agustín, que había cursado sus buenos tres semestres de Filosofía, decidió sumar el nombre del santo. Ella siguió llamándome Agustín, y mi padre, mientras vivió, Garibaldi. De ese modo se unieron en mí la teología temprana y la revolución tardía.

En líneas generales, con esto se agota toda la información concreta que intercambiamos en esos cinco o seis días del seminario, que ya tocaba a su fin. Cierto que recuerdo unos cuantos silencios de especial relevancia, pero sinceramente no sé cómo contarlos.

Ah, sí, mantuvimos otra breve charla el último día. Conocí entonces que Gaustín había ocupado una casa abandonada en una pequeña ciudad en las estribaciones de los montes Balcanes. No tengo teléfono, pero las cartas sí llegan. Me pareció infinitamente solitario… e imperteneciente. Esta es la palabra en la que pensé entonces. Imperteneciente a nada en el mundo, mejor dicho, a nada en el mundo actual. Contemplamos la generosa puesta de sol, silenciosos. De los matorrales a nuestras espaldas se levantó una nube de insectos. Gaustín los siguió con la mirada y dijo que para nosotros no era más que otra puesta de sol, pero para aquellas efímeras, también llamadas «cachipollas», era el ocaso de sus vidas. O algo por el estilo. Tontamente solté que aquello, bueno, no era más que una metáfora algo gastada. Me miró asombrado, pero no dijo nada. Solo al cabo de unos minutos dijo: Para las moscas no existen las metáforas.

… En octubre y noviembre de 1989 tuvieron lugar sucesos descritos ad nauseam. Yo pasé aquellos días manifestándome por calles y plazas. No se me ocurrió ponerme a escribirle a Gaustín, tenía otros asuntos en mente: preparaba mi primer libro, iba a casarme. Necias excusas, por supuesto, pero pensé en él a menudo. Él tampoco me escribió a mí.

Recibí la primera postal el 2 de enero de 1990. Una felicitación navideña sin sobre y protagonizada por una Snezhanka[1] que se daba un curioso aire a Judy Garland. Era la clásica imagen en blanco y negro, coloreada después a mano; la Doncella sujetaba una varita mágica que apuntaba al año 1929, impreso en gruesos caracteres. En el reverso, escritas con pluma estilográfica, podían leerse las señas y una breve felicitación con todos los er y los yat que desaparecieron del búlgaro tras la reforma ortográfica de 1945. El mensaje terminaba con un: «Me atrevo a llamarme tuyo, Gaustín». Enseguida le escribí una carta celebrando la grata sorpresa de su carta y reconociendo de todo corazón su exquisita mistificación.

Recibí una respuesta esa misma semana. Abrí el sobre con cuidado, dentro había dos folios de un verde pálido con filigranas, caligrafiados solo por un lado con la misma letra exquisita y una rigurosa observación de la antigua ortografía —si mal no recuerdo, la

normativa del ministro Omárchevski de los años veinte—. Me decía que no salía a ningún lado, pero que se encontraba estupendamente. Se había suscrito al diario Zorá, «editado con la mayor objetividad por el caballero Krápchev», y a la revista Zlatorog, para estar al tanto, al fin y al cabo, de cómo evolucionaba la literatura. Me preguntaba por mi opinión sobre la suspensión de la Constitución y del Parlamento por parte del rey yugoslavo Alejandro I el día seis del mes en curso, de lo que el diario Zorá informó oportunamente al día siguiente. Concluía su carta con una posdata en la que se excusaba por no haber entendido a qué me refería con lo de su «exquisita mistificación».

Releí la carta unas cuantas veces, la estuve toqueteando y olisqueando con la esperanza de descubrir una pizca de ironía. En vano. De tratarse de un juego, Gaustín me invitaba a tomar parte en él sin ninguna indicación sobre el reglamento. Pues bien, decidí seguirle el juego. Puesto que no tenía ningún conocimiento acerca del maldito 1929, tuve que pasarme los tres días siguientes rebuscando en la hemeroteca entre los viejos números de Zorá. Me informé bien sobre el príncipe Alejandro I. Por si acaso, eché un ojo a los sucesos contemporáneos: «Trotski expulsado de la URSS», «Los alemanes firman el pacto Briand-Kellogg», «Mussolini firma acuerdo con el papa», «Francia niega asilo político a Trotski»; un mes después: «Alemania niega asilo político a Trotski», llegué incluso hasta «Wall Street se desploma», del 24 de octubre. Todavía en la biblioteca le escribí a Gaustín una breve y, según me pareció, fría respuesta en la que de manera concisa compartía mi opinión —que guardaba sospechosa similitud con la del editor, el señor Krápchev— acerca de los acontecimientos en Yugoslavia y le rogaba que me enviara las cosas en las que estaba trabajando, con la esperanza de que arrojasen cierta luz sobre qué estaba pasando exactamente.

Su siguiente carta no llegó hasta pasado un mes y medio. Se disculpaba diciendo que le había atacado «una terrible influenza» y que no había podido hacer nada. Entre otras cosas, me preguntaba si creía que Francia ofrecería asilo a Trotski. Dudé mucho de si poner fin, de una vez por todas, a toda aquella historia, pero opté por seguir un poco más. Le di algunos consejos sobre la influenza, que, por cierto, él mismo había leído en Zorá: le recomendé que no saliera y que todas las noches pusiera los pies en remojo en agua caliente saturada de sal. Dudaba mucho que Francia fuera a ofrecer asilo político a Trotski, igual que Alemania, dicho fuera de paso. A la altura de su siguiente carta, Francia, en efecto, se había negado a admitir a Trotski, y Gaustín escribía, casi eufórico, que yo poseía, en todo caso, «un olfato político colosal». Esa carta era más larga que las anteriores

a causa de dos nuevos embelesos suyos. Uno obedecía al número cuatro de Zlatorog, recién publicado, en el que brillaba con luz propia el nuevo buqué de versos de la poetisa Bagriana; el segundo, a sus trabajos por reparar un radiotransmisor de la marca Telefunken. A tal efecto, me rogaba que le mandase una lámpara de repuesto marca Valvo del almacén de Dzhábarov, en el n.º 5 de la calle Aksákov. Con todo lujo de detalles describía cierta demostración en Berlín del aparato de doce lámparas del doctor Reisser, que recibía ondas cortas y regulaba el fading de forma automática: «Con este dispositivo se podrán oír conciertos desde la misma América, ¿te lo imaginas?».

Después de esta carta decidí no contestar. Él tampoco volvió a escribirme. Ni al año siguiente, ni tampoco al cabo de dos. Poco a poco el recuerdo de la historia fue marchitándose y, de no ser por las pocas cartas que todavía conservo, yo mismo no le daría ningún crédito. Pero el destino me reservaba otra cosa. Unos años después volví a recibir una carta de Gaustín. Tenía un mal presentimiento y me tomé mi tiempo en abrirla. Me preguntaba a mí mismo si después de tanto tiempo habría entrado en razón o las cosas se habrían agravado. Abrí el sobre por la noche. Dentro había apenas unas líneas. Las cito textualmente:

Perdóname por volver a molestarte después de tanto tiempo, pero ya ves lo que está pasando en el mundo. Lees la prensa y, con tu olfato político, seguro que hace tiempo has augurado la masacre que está a punto de ocurrir. Los alemanes reúnen tropas en masa en la frontera polaca. Hasta ahora no te he mencionado que mi madre es judía (recuerda lo ocurrido en Austria el año pasado, también la Noche de los Cristales Rotos en Alemania y Austria). Este tío no va a detenerse ante nada. Estoy decidido y he hecho lo necesario para partir mañana de madrugada en tren hacia Madrid, luego a Lisboa y desde allí a Nueva York…

Adiós, de momento.
Tuyo,
Gaustín
A 14
de agosto de
1939

Hoy es 1 de septiembre.

6,

El 1 de septiembre de 1939 Wystan Hugh Auden se despierta en Nueva York y anota en su diario:

Me desperté con dolor de cabeza tras una noche de pesadillas en las que Ch. me engañaba. Los periódicos dicen que Alemania ha atacado a Polonia…

He aquí todo lo necesario para un inicio en toda regla: pesadillas, guerra y dolor de cabeza.

Estaba en la biblioteca de Nueva York cuando me topé con esta anotación en el diario de Auden, que normalmente se conserva en Londres, pero por una feliz coincidencia su archivo se encontraba temporalmente cedido.

Solo en el diario se pueden juntar lo personal y lo histórico. El mundo ya no es el mismo: Alemania ha atacado a Polonia, la guerra está empezando, me duele la cabeza y el muy imbécil de Ch. osa engañarme en sueños. Hoy, en sueños; mañana, de verdad (¿lo pensaría?). Al enterarse del engaño, recordemos, Shahriar da inicio a la gran matanza de mujeres en Las mil y una noches. Me pregunto si Auden era consciente de la cantidad de cosas que estaban registrando aquellos dos renglones, lo precisos que son, precisos de manera personal y cínica.Dos renglones sobre el día más importante del siglo. Ese mismo día, con el dolor de cabeza disipándose poco a poco, empieza a bosquejar estos versos:

I sit in one of the dives
On Fifty-second Street
Uncertain and afraid…[2]

Aquí ya el garito de la calle 52, el dolor de cabeza, el engaño y la pesadilla, el ataque sobre Polonia de aquel 1 de septiembre (viernes), todo esto ya es historia. El poema se titulará precisamente así: «1 de septiembre de 1939».

¿En qué momento lo cotidiano se vuelve historia?

Un momento, por favor. Esa frase tan citada, hacia el final del poema, «We must love one another or die»[3], que a Auden le disgustaba y que no paraba de tachar, ¿no tiene que ver precisamente con ese engaño en sueños? Quién querría recordar una pesadilla semejante.

Me gustaría saberlo todo sobre ese día, un día del otoño de 1939, sentarme en las cocinas del mundo junto a cada persona, asomarme al periódico que tiene abierto mientras se toma el café, leérmelo todo con avidez: desde las tropas reunidas en la frontera germanopolaca hasta los últimos días de las rebajas de verano y el nuevo bar Cinzano

que abre puertas en el Lower Manhattan. El otoño llama a la puerta, los espacios publicitarios de los periódicos, pagados por adelantado, tienen ahora por vecinos los breves comunicados sobre la última hora en Europa.

7,

Otro 1 de septiembre estaré sentado en el césped del Bryant Park, el garito de la 52 hace mucho que no existe, acabo de llegar de Europa y muy cansado (también el alma tiene su jet lag) me dedicaré a contemplar los rostros de la gente. Llevo conmigo el pequeño volumen de Auden, nos debemos el ritual, ¿no? Tras un día en la biblioteca me siento «inseguro y asustado». Dormí mal, no soñé con ningún engaño, o tal vez sí, pero se me ha olvidado… El mundo se encuentra en el mismo grado de angustia, el sheriff local y el sheriff de un país lejano se lanzan mutuas amenazas. Lo hacen vía Twitter, en unos pocos caracteres. Ni rastro de la vieja retórica, ni rastro de la elocuencia. Maletín, botón y… se acabó el día laboral para el mundo. Un apocalipsis burocrático.

Sí, ya no están los antiguos garitos ni los maestros antiguos, la guerra que entonces era inminente ha pasado también, han pasado otras guerras, la angustia es lo único que permanece.

«I tell you, I tell you, I tell you we must die».

En algún lugar cercano sonaba el tema de los Doors y de repente me pareció que allí había una conversación secreta, que Morrison en realidad hablaba con Auden. Y como si ese preciso estribillo, esa réplica, resolviese el titubeo en la línea menos favorita de Auden: «We must love one another or die». En el caso de Morrison ya no hay titubeo, la respuesta es categórica: «I tell you we must die».

Pronto descubro que, en realidad, la canción la escribió Brecht ya en 1925, con música de Kurt Weill. El propio Weill, en 1930, la interpreta de la manera más deslumbrante, al borde de lo terrible…Y esto no hace sino enredarlo todo aún más. Auden toma y le da la vuelta a la línea de la canción de Brecht; de hecho, le está hablando. Tanto Brecht, en 1925, como Morrison, en 1969, caminan tras la muerte. «Hazme caso, debemos morir». Comparado con ellos, parece que Auden todavía nos está dejando una oportunidad: «amarnos o morir». Solo antes de las guerras, incluso en vísperas de ellas, uno es propenso a conservar la esperanza. El 1 de septiembre probablemente el mundo todavía se habría podido salvar.

Llegué aquí de urgencia, como suele uno llegar a Nueva York, huyendo de algo, buscando otro tanto. Huía del continente del pasado hacia un lugar que afirmaba no tener pasado a pesar de que entretanto

lo había acumulado. Llevaba un cuaderno amarillo, buscaba a cierta persona, quería contar la historia antes de que la memoria me abandonase.

8,

Algunos años antes estuve en una ciudad donde no hubo 1939. Una ciudad que es buena para vivir y todavía mejor para morir. Una ciudad tranquila como un camposanto. ¿No te aburres?, me preguntan por teléfono. El aburrimiento es el emblema de esta ciudad. Aquí se han aburrido Canetti, Joyce, Dürrenmatt, Frisch e incluso Thomas Mann. Es algo presuntuoso comparar tu aburrimiento con el de ellos. No me aburro, contesto. Quién soy yo para aburrirme. Aunque en secreto anhelaba saborear el lujo del aburrimiento.

Hacía mucho que había perdido la pista de Gaustín en Viena.

Esperaba que me mandase una señal desde algún sitio, revisaba las páginas de los periódicos más insólitos, pero era obvio que se había vuelto más cauteloso. Un día, recibí una postal. Sin remite.

«Saludos desde Zúrich, tengo algo en mente, si sale, te escribiré».

Solo podía ser él. No volvió a escribir en los meses siguientes, pero me apresuré a aceptar la invitación para una estancia breve en su literaturhaus.

Y bien, disponía de casi un mes aquí, los domingos vagaba por las calles desiertas, disfrutaba del sol que se demoraba en la colina y, al atardecer, uno podía ver a lo lejos, al fondo del paisaje, los picos de los Alpes cambiar sus tonalidades a un violeta frío. Intuía por qué todos acababan aquí. Zúrich es una ciudad buena para envejecer. También para morir. Si existiera una especie de geografía europea de la edad, tendría la siguiente distribución. París, Berlín y Ámsterdam serían para la juventud, con toda la informalidad, el olor a porro, el sabor de la cerveza en Mauerpark tirado a la bartola sobre el césped, los mercadillos de los domingos, la frivolidad del sexo… Luego vendría la madurez de Viena o Bruselas. Un ritmo más pausado, la comodidad, los tranvías, los buenos seguros médicos, los colegios para los niños, algo de carrera profesional, el funcionariado europeo. Venga, vale, para los que todavía no quieren envejecer: Roma, Barcelona, Madrid… El buen comer y las tardes cálidas compensarán el tráfico, el ruido y el ligero caos. Podría añadir Nueva York a la juventud tardía, por qué no, la considero una ciudad europea que debido a las circunstancias terminó desplazada al otro lado del charco.

Zúrich es una ciudad para envejecer. El mundo se ha ralentizado, el río de la vida se ha estancado en un lago de aguas quietas, el lujo del aburrimiento y el sol en la colina para los huesos viejos. El tiempo

en toda su relatividad. No es nada casual que dos de los más importantes «descubrimientos» del siglo pasado acerca del tiempo hayan tenido lugar precisamente aquí, en Suiza: la teoría de la relatividad de Einstein y La montaña mágica de Thomas Mann.

No había venido a morir a Zúrich, aún no, iba caminando por las calles, necesitaba esta pausa, intentaba terminar una novela que se estaba desangrando, abandonada por la mitad, y esperaba encontrarme con Gaustín, así, sin más, en el tren al Zürichberg o sentado en el cementerio de la colina de Fluntern, junto a la estatua de Joyce. Pasé unas cuantas tardes allí. Junto al Joyce que fuma, de piernas cruzadas y con un pequeño libro abierto en la mano derecha. Su mirada levantada del libro para dar tiempo a que las frases se mezclen con el humo de su cigarrillo, los ojos entornados detrás de las gafas, como si en cualquier momento fuese a girar la cabeza hacia ti para exclamar algo. Creo que es una de las estatuas mortuorias más vivas que he visto. He recorrido los cementerios del mundo, como todos los que tienen un miedo mortal a la muerte y al morir (en realidad, ¿a qué le tenemos más miedo, a la muerte o al morir?), que quieren ver la guarida de su miedo, convencerse de que es un lugar pacífico, silencioso, que, de hecho, está pensado para las personas, para el descanso… En fin, un lugar al que acostumbrarse. Aunque no puedas acostumbrarte. ¿No es extraño, me dijo Gaustín una vez, que siempre mueran los otros, nunca nosotros?

9,

Y bien, no me topé con Gaustín ni en el cementerio ni en el seilbahn al Zürichberg. Mi estancia tocaba a su fin, estaba sentado al sol en la terraza del café Römerhof con una búlgara y charlábamos tranquilamente, disfrutando la ventaja de nuestro poco frecuentado idioma, con la certeza de que nadie entendería una sola palabra de nuestros comadreos. Todo lo comentábamos sin pelos en la lengua: desde los visitantes del café y las rarezas de los suizos hasta la eterna fatalidad que entraña ser búlgaro, tema este capaz de llenar cualquier pausa incómoda en la conversación. Para un búlgaro, quejarse es como hablar del tiempo en la borrascosa Albión: siempre procede.

En ese instante, un respetable caballero hermosamente envejecido que tomaba café a nuestro lado se giró y se dirigió a nosotros con la más apacible voz búlgara (por lo normal, «apacible» y «búlgaro» no casan del todo bien). Perdonen la indiscreción, pero soy incapaz de apagarme los oídos cuando escucho un búlgaro tan hermoso.

Hay voces que enseguida cuentan una historia. Aquella era una voz emigrante, de la vieja emigración. Es asombroso cómo conservan su búlgaro sin acento, tan solo algunas vocales se habían quedado en las

décadas de los cincuenta y de los sesenta del lenguaje, lo que lo dotaba de cierta pátina. La incomodidad por haber sido pillados in fraganti pronto se desvaneció. Al fin y al cabo, no habíamos dicho ninguna maledicencia del caballero.

Y comenzó así una de esas conversaciones entre compatriotas que se han encontrado por casualidad. Mi rol era más bien el del escucha. Pasó una hora, pero qué significa una hora en décadas de ausencia. Nuestra dama se disculpó, y los dos nos sentamos entonces a la misma mesa. ¿Tendría usted un poco de paciencia conmigo?, solo quiero terminar de contarle esta historia, y por supuesto que la tenía. Al inicio de la conversación, el sol sesteaba en las vitrinas del café, y el reloj marcaba las tres de la tarde; después las sombras de las tazas se inclinaron, las nuestras también, el frescor del crepúsculo se aproximaba, pero sin excesivas urgencias: se apiadaba de nosotros y nos dejaba tiempo para terminar una historia acontecida hace más de medio siglo.

Era un hombre con una mente absolutamente rigurosa. A veces se detenía para buscar la palabra apropiada. Espere, estoy traduciendo del alemán, un momento, ya viene, aquí está, la palabra es… Y proseguía. Hijo de un olvidado escritor y diplomático búlgaro, con una infancia transcurrida en vísperas de la guerra en las embajadas de Europa. Yo sabía de su padre, lo que lo alegró no poco, aunque prefirió no mostrarlo. Luego viene la clásica historia búlgara posterior a 1944: su padre fue despedido, juzgado, enviado al campo de concentración de Bélene, apaleado, aterrado, destrozado; su piso fue confiscado y entregado a un escritor «adecuado», mientras que su familia y él eran confinados en otra vivienda a las afueras.

Mi padre nunca pronunció una palabra sobre lo que le había ocurrido en el campo de concentración, nunca, dijo mi interlocutor, llamémoslo Sr. S. Tan solo en una ocasión en la que mi madre había hervido patatas y se disculpó porque no estaban del todo hechas, a él se le escapó algo. No pasa nada, las he comido crudas, dijo, entonces hozaba en la tierra como un cerdo. Y volvió a enmudecer, como quien ha hablado más de lo necesario.

Luego el propio Sr. S., como era de esperar, fue encarcelado durante quince meses, principalmente por ser hijo de su padre, pero también por si acaso, después de los eventos húngaros del 56. Después la vida más o menos se estabilizó, se dijo que no pensaría en la cárcel ni en los agentes secretos que seguían espiándolo, pero una noche, mientras esperaba el último tranvía, vio un escaparate del todo vacío y se quedó con la mirada clavada en él. Solo una bombilla colgaba de un cable, irradiando la exigua luz.

Bombilla, cable y un escaparate vacío.

No podía apartar la mirada. En una especie de duermevela, oyó

cómo el tranvía frenaba con un chirrido, esperaba un poco, luego cerraba las puertas y se iba. Se quedó mirando el filamento luminoso de aquella sencilla bombilla eléctrica que colgaba como si estuviera ahorcada. Y entonces se me iluminó la bombilla, dijo, me asaltó esa idea que siempre me había estado ocultando a mí mismo: tengo que irme de aquí. Se me iluminó la bombilla, repitió, y soltó una risa. Era 17 de febrero de 1966, tenía treinta y tres años.

De ahí en adelante todo quedó subordinado a ese pensamiento, tenía un plan. Cambiar su trabajo por alguno en el que buscasen obreros para la RDA. Despedirse de todos sin que nadie se diese cuenta. Primero, de su mejor amigo; luego, de la mujer con la que estaba. No se delató ante nadie, ni siquiera en casa. Cuando se marchaba, su padre solo le dijo cuídate, y le dio un abrazo más largo de lo habitual. Su madre tomó un cuenco con agua y lo vertió en la escalera ante sus pasos para desearle buen viaje, antes nunca había seguido esa costumbre. No volvieron a verse más.

Rumbo a la RDA, se apeó del tren en la estación de Belgrado para fumar un cigarrillo y desapareció entre la muchedumbre. Dejó la maleta en el tren. Hacía años, su padre había sido embajador en Belgrado, el Sr. S. había pasado allí los primeros años de su infancia. Y todavía recordaba cómo había comenzado la guerra: con un telegrama por valija diplomática el 1 de septiembre de 1939. Cuando era niño pensaba que las guerras empezaban así, con un telegrama. Desde entonces no me gustan los telegramas, dijo el Sr. S.

Un amigo de su padre lo recibió aquí meses después, en este preciso lugar, tal día como hoy, recién llegado a Suiza tras muchos traslados y peripecias, y el Sr. S. tomó con él su primer café en Zúrich. Hacía el mismo sol. Desde entonces venía todos los años en la misma fecha.

¿Algún arrepentimiento, tristeza, al menos al principio?

No, dijo rápido, como si tuviera la respuesta preparada. No, nunca, nunca. Sentía curiosidad por este mundo, viví en él de niño, hablaba su idioma y, al fin y al cabo, me escapé de un sitio donde me metieron quince meses en la cárcel, me escapé de una cárcel.

Por la rapidez con la que lo dice, me da que no ha dejado de pensar en ello.

Me habló de una comida con su amigo Gueorgui Márkov —lo llamó «Jerry»— en Londres, tres días antes de que fuera asesinado. Estaba claro que esa historia todavía le ponía los pelos de punta.

Yo iba en coche y Jerry quiso venir conmigo, tenía unos asuntos que atender en Alemania, pero solo podía partir al cabo de tres días y yo tenía que volver a casa. Fuimos a ver a su jefe a la redacción de la BBC para preguntar si le dejaría salir un poco antes. Le dijeron que

debería buscar a un sustituto, él agitó la mano y abandonó la idea. Me fui solo, me quedé unos días en Alemania, luego me dirigí a Zúrich, compré el periódico en la estación, lo abrí y frente a mí: la foto de Jerry, el mismo al que había abrazado una semana antes, muerto.

La conversación derivó hacia otros temas, ya había oscurecido del todo, mi interlocutor se sobresaltó, tenía que haber llamado a su mujer. Y entonces, mientras nos despedíamos en la puerta, dijo de pronto: ¿Sabe usted?, aquí vive un compatriota nuestro con quien entablé amistad. Él, igual que usted, tiene oído para el pasado. Lo estoy ayudando, ha puesto en marcha algo, una pequeña clínica para producir pasado, así es como se refiere a ella…

¿Gaustín?, casi grité.

¿Lo conoce usted?, respondió el Sr. S. francamente sorprendido.

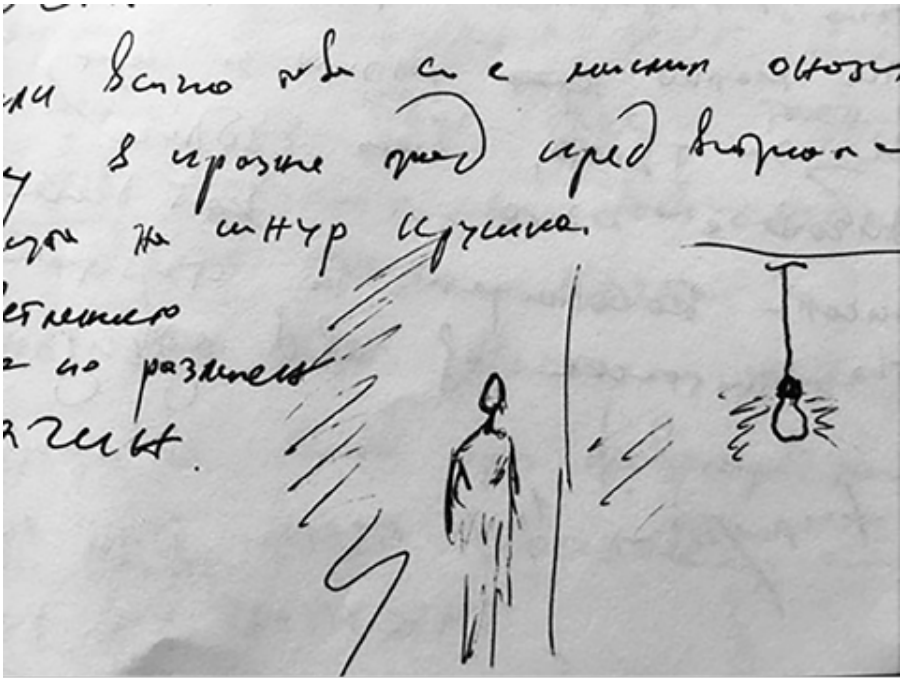
A él nadie lo conoce, dije.

Así fue como Gaustín eligió aparecérseme esta vez: a través de un encuentro fortuito con el Sr. S., emigrado de Bulgaria, en la cafetería Römerhof de Zúrich, una tarde cualquiera.

Conservo los apuntes de aquel encuentro con el Sr. S., anoté al vuelo una pequeña parte de las historias que escuché esa tarde. Estuve pensando luego en la rapidez con la que negó la tristeza por su pasado búlgaro. Había apuntado que, por lo visto, si querías sobrevivir en tu nuevo hogar, más te valía arrancarte de cuajo tu pasado y arrojárselo a los perros. (Yo no podía).

Ser inmisericorde con el pasado. Porque el pasado mismo es inmisericorde.

Ese órgano atrofiado, una suerte de apéndice que de otra manera se inflamaría con el tiempo, punzaría y dolería. Si puedes vivir sin él, córtalo y márchate, si no, es mejor que te quedes quietecito. Me pregunto si eso se le pasaría por la cabeza aquella noche en Sofía mientras observaba la bombilla desnuda colgando en el escaparate vacío. La iluminación llega de formas distintas. Al final de mis ilegibles apuntes he bosquejado esto:



El viejo Sr. S. tuvo una larga vida y más tarde pasaría sus últimos días en el sanatorio del pasado, la clínica de Gaustín que él mismo había ayudado a sufragar. Se fue feliz, me parece, en uno de sus recuerdos favoritos, uno que me había contado durante nuestro primer encuentro. Gaustín y yo estuvimos a su lado, pidió una tostada, llevaba un mes con intravenosas y no podía comer, pero solo el olor le era suficiente.

Es pequeño, su padre vuelve a casa, ha cobrado los honorarios por alguna traducción, en el ultramarinos se ha gastado todo el dinero en mermelada y mantequilla. Tras días comiendo solo patatas, le tuesta una gran rebanada de pan blanco, la unta bien de mantequilla y mermelada con un dedo, ríen, y su padre, que por lo demás es un hombre severo que evita malcriar al niño, lo toma en brazos y lo alza sobre sus hombros. Pasean de ese modo por el cuarto, se detienen en el centro y el pequeño S. observa frente a sí la pequeña espiral incandescente de la bombilla, que ahora es capaz de rozar con la cabeza.

10,

A primera hora de la mañana siguiente me plantaba en la Heliosstraße con la dirección que me había dado el Sr. S. Muy pronto, en la orilla occidental del lago, di con el edificio color melocotón. Estaba separado de las otras casas de la colina, era un edificio rígido y

luminoso a la vez, de cuatro plantas más un ático, con una amplia terraza corrida en la segunda planta y balcones más pequeños en los demás pisos. Todas las ventanas daban al suroeste, lo que hacía que las tardes fueran infinitas y que los rezagados destellos azulados anidaran en ellas hasta el último instante. Los postigos azul celeste de las ventanas de las buhardillas contrastaban suavemente con el pálido tono melocotón de las paredes.

Todo el prado delantero estaba salpicado de nomeolvides, en algunas partes estallaban peonías y unas grandes amapolas rojas. Pero los diminutos nomeolvides azuleaban en medio del verde suizo del céspe. Estoy convencido de que hay un verde suizo, no sé cómo es posible que todavía nadie lo haya patentado. ¿Era algún tipo de broma el hecho de plantar nomeolvides delante de un centro de psiquiatría geriátrica? Subí a la última planta, donde estaba la clínica de Gaustín, el alquiler de los años venideros pagado de antemano por el Sr. S., llamé al timbre y el propio Gaustín en carne y hueso, jersey de cuello vuelto y gafas redondas, me abrió la puerta.

¿No te ibas a Nueva York en 1939, la última vez que te vi?, dije fingiendo indiferencia. ¿Cuándo has vuelto?

Después de la guerra, respondió impertérrito.

¿Y qué vamos a hacer ahora?

Haremos habitaciones situadas en épocas distintas. Para empezar.

¿Habitaciones en el pasado? Suena como el título de algo…

Sí, habitaciones en el pasado. O una clínica del pasado. O incluso una ciudad… ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

Me acababa de divorciar, alimentaba la idea de ganarme la vida inventando historias. Me tentaban los años sesenta, sabía introducirme con facilidad en cualquier pasado, tenía, desde luego, mis años preferidos. Nada me impedía quedarme una temporada, unos meses, nada más. (Me acordé de Hans Castorp y su intención de quedarse solo tres semanas en la montaña mágica…).

Gaustín había alquilado una de las tres viviendas en la última planta. El cuarto más pequeño, junto a la puerta de entrada, «el cuarto de la sirvienta», como lo llamaba —y es probable que ese fuera exactamente su propósito—, era ahora su despacho. Las otras tres habitaciones de la vivienda, incluido el pasillo, estaban en otra época. Abres la puerta y te plantas directamente en el siglo xx, a mediados de los sesenta. En el recibidor, el clásico conjunto de banco y perchero de piel sintética verde oscuro, ribeteada con tachuelas. Solíamos tener uno igual en casa. He de decir que, aunque haya nacido a finales de

los sesenta, guardo un vivo recuerdo de aquella década, de principio a fin. Forma parte de mi infancia búlgara. No por ninguna razón de orden místico, ni mucho menos (aunque sigo creyendo que la memoria se hereda en línea recta: los recuerdos de tus padres se convierten en los tuyos propios). No, la causa es de lo más trivial: sencillamente, los años sesenta, como todo en Bulgaria, llegaron con algo de retraso, unos diez años más tarde, durante los años setenta.

Del perchero colgaba un abrigo verde pálido con dos filas de botones de madera. Recuerdo cómo me detuve en seco al verlo la mañana en la que entré allí por primera vez. Ese era el abrigo de mi madre. En cualquier momento podría abrirse la puerta del salón, el típico vidrio texturizado centellearía y ella haría su aparición: joven, veintipocos, mucho más joven de lo que yo soy ahora. Aunque, cuando tu madre se te aparece con veinte años, tú automáticamente te conviertes en un niño y en ese instante de incomodidad y alegría no sabes si darle un abrazo o solo gritar, como si tal cosa, mamá, he vuelto, me voy a mi cuarto. Todo esto no duró más que un segundo… O un minuto.

Bienvenido a los sesenta, dijo Gaustín observando mi turbación en el recibidor de la década con una sonrisa mal disimulada. Todavía no quería salir de la transfiguración y me fui directo al cuarto de niños. Dos camas individuales con sendas colchas amarillas de hilo largo de algún tejido artificial (lo solíamos llamar le-de-ka, probablemente alguna abreviatura), el arcón marrón entre ellas, las dos camas se juntaban perpendicularmente en el arcón. Miré a Gaustín, él comprendió, asintió con la cabeza y yo me tiré en la cama, tal cual, con mi traje, zapatos y cuerpo de cincuenta años para aterrizar en mi cuerpo de ocho años en medio del cosquilleo de los hilos del cubrecama…

El papel pintado, cómo pude haberlo olvidado, el papel pintado era una auténtica epifanía. Este de aquí: con un castillo y lianas verdes, muy parecido al de mi cuarto, unos rombos de verde claro y plantas trepadoras, solo que en vez de castillo había una cabaña escondida en mitad del bosque con un pequeño lago delante. Cientos de cabañas verdes con sus verdes lagos. Mientras me adormecía solía transportarme a la cabaña del papel pintado, mientras que las mañanas me devolvían bruscamente a patadas al piso de paneles prefabricados con el desagradable pitido del despertador. Miré el escritorio y, sí, el despertador seguía allí, no exactamente el mismo, un poco más… cómo decirlo, más abigarrado y occidental, con un Mickey Mouse en la esfera.

Y aquí comenzaban las diferencias. El niño que no era yo tenía

toda una colección de aquellos coches pequeños y brillantes de color «metalizado» —así nos referíamos a aquel tono—, como el de los coches de verdad. Con puertas que se podían abrir y con verdaderas ruedas de goma. Desde el Ford Mustang, pasando por el Porsche, Bugatti, Opel y Mercedes, incluso un pequeño Rolls Royce de metal… Me conocía de memoria todos esos modelos, sabía cuál era su velocidad máxima y, lo más importante para nosotros, en cuántos segundos aceleraban de 0 a 100 kilómetros por hora. Yo tenía la misma colección, pero de los cromos que venían con los chicles. Me levanté de la cama, tomé uno de los coches y me dediqué a abrir y cerrar las puertas con el dedo índice y a hacerlo rodar sobre el escritorio. Un compañero de mi clase tenía uno igual en casa. Se lo había traído su padre, que era camionero. (Oh, qué sumamente importante era tener un familiar camionero que hubiera visitado aquel país incierto llamado «extranjero» y te hubiera traído unos auténticos vaqueros Levi's, una de esas chocolatinas duras y angulosas, las Toblerone, que nunca llegaron a gustarme, una góndola veneciana de aquellas que sonaban y se iluminaban y servían de lamparitas de noche o un cenicero en forma de Acrópolis…). También allí, como aquí, pude ojear algún número desfasado de la revista Neckermann, que no era sino un catálogo alemán para la venta telefónica de artículos que en realidad jamás lograrías adquirir, de modo que la revista perdía al instante su carácter utilitario para transformarse en un objeto estrictamente artístico. Y erótico, me atrevo a añadir desde la altura de mis diez años de entonces, sobre todo en lo referente a la sección de ropa interior. Nunca olvidaré aquellas revistas, colocadas a la vista sobre una mesita redonda de mármol en el salón de la casa de mi compañero, junto al teléfono, porque antaño el teléfono era un mueble más de casa. Sin embargo, el auténtico tesoro no era el teléfono, sino el catálogo Neckermann. Sabías que nunca llegarías a poseer ninguna de aquellas deslumbrantes maravillas, pero ellas existían, en alguna parte, igual que existía el mundo en el que existían ellas.

Los pósteres de las paredes de este cuarto también eran algo diferentes. El recorte de periódico con la alineación del Levski de la temporada 1976/77 que colgaba de mi pared había sido sustituido aquí por la alineación del Ajax de la temporada 1967/68, un enorme y brillante póster con, ¡guau!, la firma del mismísimo Johan Cruyff, el ídolo de mi padre. Es decir, mi propio ídolo… Yo era Cruyff, y mi hermano, Beckenbauer.

Yo tenía a los Beatles en la pared, mi posesión occidental más preciada, adquirida por medio de un trueque con mi compañero, el hijo del camionero, a cambio de quince canicas «lagrimita» y tres «sirios». El niño que vivía a través del espejo en el mundo occidental

tenía una pared con pósteres colgando de forma caótica que, observados atentamente, narraban todo el bildungsroman de su adolescencia. Desde Batman y Superman, superhéroes ausentes de mi infancia del Este (reemplazados por los más disponibles Kralí Marko y Winnetou), pasando por el Sergeant Pepper, una foto en blanco y negro en pose de lolita de la joven Brigitte Bardot, la melena suelta, paseándose en bikini por la playa en alguna de las películas de Roger Vadim, otras tres tías buenas anónimas, probablemente playmates de los sesenta, y así hasta llegar a Bob Dylan con guitarra y cazadora de cuero. Yo tenía a Vysotski.

Este cuarto es solo para chicos, comenté.

También los tenemos para chicas, si te apetece ver Barbies y Kens.

Sigamos.

La sala de estar era amplia y luminosa, el filodendro en el rincón al lado de la ventana y el junco en el jarrón de cerámica frente al mural fotográfico de la pared me arrojaron otra vez a aquella década. Recordé que solíamos quitar el polvo de las hojas del ficus y del filodendro (vaya nombre) con un trapo empapado en cerveza. Alguien había dado con aquel truco casero y el resultado era que las salas de estar de todo el país apestaban a taberna.

Pero el mural fotográfico de la pared era la auténtica epifanía. El epítome del kitsch. Gracias a otro camionero, amigo de mi padre, incluso nosotros habíamos forrado la pared con uno: un bosque otoñal con el sol resplandeciendo entre los árboles. Mi compañero de clase tenía en la pared una playa hawaiana con una chica en primer plano. Este de aquí recordaba más al suyo: una playa infinita y el sol poniente recortándose contra el océano. Qué va a ponerse uno de mural fotográfico en Suiza; no va a ponerse el monte Cervino o los Alpes.

Helo ahí, el pequeño baúl del televisor, incómodamente erguido sobre sus cuatro largas patas. Exactamente igual que el nuestro.

¿Es un Ópera? Miré asombrado a Gaustín.

No. Un Philips. Adivina quién le robó el diseño a quién.

En efecto, la forma y los botones y todo lo demás era exactamente igual. La división de espionaje industrial de la República Popular de Bulgaria no se dedicó solo a contar moscas. En cambio, los nuestros no plagiaron estas hermosas sillas Tulipán. A saber por qué. Solo las he visto en las películas y en el dichoso catálogo Neckermann. Alargadas, cósmicas, aerodinámicas, de un rojo vivísimo. Y de una sola pata; mejor dicho, «tallo». Por supuesto, enseguida quise sentarme en una. También quise meter la mano en el cuenco encima de la mesa y atrapar un bombón de chocolate envuelto en papel de estaño. Hice el

amago, pero me detuve en seco.

Aguarda. ¿Cuándo fueron hechos estos bombones?

Están frescos; son de los sesenta, sonrió Gaustín.

El pasado ¿tiene fecha de caducidad?

La sala de estar era gigantesca. Una puerta corredera separaba la parte este en una suerte de despacho y biblioteca. Sobre la mesita alta había una máquina de escribir roja, una Olivetti Hermes Baby, con un folio en blanco vuelto en el rodillo. De repente quise, a través de los dedos lo quise, teclear algo, sentir la resistencia de las teclas, oír el timbre al final de la línea y girar la palanquita para pasar al siguiente renglón. Un deseo de una era en la que escribir supuso un esfuerzo físico.

El despacho fue idea mía, confesó Gaustín, siempre he querido tener un cuarto propio, un pequeño despacho con libros y una máquina de escribir como esta. No encaja del todo con el estilo de los sesenta, entonces se dejaban los libros en cualquier parte, por el suelo, donde buenamente se pudiera… Pero he de decirte que la máquina de escribir está cosechando un enorme éxito. Todos se alegran cuando la ven, insertan los folios, empiezan a teclear.

¿Qué escriben?

Casi siempre sus nombres, a la gente le gusta ver su nombre en letras impresas. Por supuesto, me refiero a los que todavía están en una fase temprana de la enfermedad. Los demás se dedican simplemente a golpear las teclas.

Recordé que de pequeño yo hacía exactamente lo mismo en la máquina de escribir de mi madre. Salía un texto extraño.

Жгмцццрт №№№№ккткррпх ггфпр
111111111
….внтгвтгвнтгггг
777
ppp…

Un posible código que jamás lograremos descifrar.

11,

¿Por qué Suiza, precisamente?, le pregunté a Gaustín, mientras tomábamos asiento en la sala de estar de los sesenta.

Digamos que siento un especial apego por La montaña mágica. Lo intenté en otros lugares, pero solo aquí di con personas que creían en

mi idea y que decidieron invertir en ella. Solo aquí había suficientes individuos dispuestos a pagar para morir felices…

Me asombraba lo cínico que podía llegar a ser algunas veces.

Me quedo con lo de La montaña mágica, dije.

La verdad es que Suiza es el país perfecto, pensé, debido al «grado cero del tiempo». Un país sin tiempo puede ser poblado con más facilidad por todos los tiempos posibles. Un país que había logrado escabullirse, incluso a través del siglo xx, sin las marcas distintivas que te mantienen en una época concreta.

Hay mucho por hacer, dijo Gaustín, limpiando los cristales de sus gafas redondas. Lo que ves aquí son los años sesenta de la clase media, el pasado es caro y por ahora no todo el mundo puede permitírselo. Pero sabes bien que ni todo el pasado ni toda la juventud fueron así. Deberíamos tener los años sesenta de los trabajadores, los cuartuchos de alquiler de los estudiantes… Más los sesenta de aquellos que vivieron en Europa del Este, nuestros sesenta. Algún día, cuando esto empiece a marchar, seguía Gaustín, montaremos clínicas similares en otros países. El pasado también es un asunto local. En todas partes habrá casas de otros años, pequeños barrios, algún día tendremos pequeñas ciudades, tal vez incluso un país entero. Para pacientes con la memoria desvaneciéndose, con alzhéimer, con demencias, lo que tú quieras. Para todos aquellos que ya viven únicamente en el presente de su pasado. Y para nosotros, dijo por fin tras una breve pausa, soltando una larga bocanada de humo. No hay nada casual a día de hoy en esta avalancha de personas que han perdido la memoria… Están aquí para decirnos algo. Y, créeme, algún día, más pronto que tarde, muchos empezarán por sí solos a descender al pasado, a «perder» la memoria por propia voluntad. Se avecinan tiempos en los que cada vez más personas desearán cobijarse en la cueva del pasado, volver atrás. Y no por buenas razones, precisamente. Debemos tener preparados los refugios antiaéreos del pasado. Llámalos «cronorrefugios», si lo prefieres, o «refugios históricos».

Por aquel entonces no entendía a qué se refería. Igual que nunca sabía con seguridad cuándo estaba de broma, o si alguna vez siquiera estaba de broma.

Según Gaustín, para nosotros, el pasado es el pasado. Y, cuando nos adentramos en él, sabemos que la puerta del presente sigue abierta, podemos volver con facilidad. Para aquellos que han perdido la memoria, esa puerta está cerrada a cal y canto y para siempre. Para ellos, el presente es un país extraño; el pasado es su patria. Lo único que podemos hacer entonces es crear un espacio en sincronía con su tiempo interior. Si en mi interior es 1965, decía Gaustín, yo tengo

veinte años y vivo de alquiler en un ático en París, en Cracovia o detrás de la Universidad de Sofía: hagamos entonces que, en el mundo exterior, aunque sea entre las cuatro paredes de una sola habitación, también sea 1965. Quién sabe si algo así puede ser terapéutico o si incluso podría llegar a regenerar las neuronas. Pero les brinda a estas personas el derecho a la felicidad. El recuerdo de la felicidad, para ser precisos. Asumimos que el recuerdo de la felicidad es un recuerdo feliz, pero ¿quién sabe? Ya verás, seguía Gaustín, cómo empiezan a contar historias, a recordar cosas, y eso que algunos llevan meses sin pronunciar ni una sola palabra. Oh, recuerdo perfectamente esta lámpara, estaba en el salón de casa, luego mi hermano la rompió de un balonazo, luego… ¿Qué hace aquí nuestro sofá?… ¿No debería ir ahí, más pegado a la pared?…

Yo también pedí un cigarrillo, había dejado de fumar hacía cinco años, pero ahora estábamos en otro tiempo, maldita sea, la época de antes de dejarlo. Y de antes de empezar, para ser precisos, pero bueno. Permanecimos en silencio un instante, observando cómo el humo de los sesenta serpenteaba bajo la lámpara esférica. Alguien había dejado casualmente sobre la mesita los números de enero de 1968 de Time y Newsweek. Toda la contracubierta de una de ellas la ocupaba un anuncio de esos mismos Pall Mall Gold, de filtro largo, y el lema: «Because it's extra long at both ends».

Recordé que, hace muchos años, cuando nos conocimos, Gaustín y yo habíamos fumado unos Tomassián de 1937 que él mismo me ofreció. Al menos habíamos avanzado unos treinta años en el tiempo desde entonces.Estuve a punto de recordárselo, pero algo me lo impidió. Por un instante pensé que me miraría extrañado, como si nada parecido hubiera ocurrido jamás.

Verás, encendió otro cigarrillo demorando un poco la siguiente frase (recuerdo este truco de las películas de los años sesenta y setenta: das una calada profunda, haces una pausa, mantienes el humo en los pulmones y luego exhalas lentamente con los ojos entornados), voy a necesitar tu ayuda.

«Le haré una oferta que no podrá rechazar», como se decía en una escena mítica. Pero de momento yo retrasaba mi respuesta. A cambio, fingí estar enfadado.

Bueno, podrías haber dado señales de vida, entonces. He dado contigo por pura casualidad.

Creí imposible que no me encontraras. Se supone que tú me has inventado, ¿cierto?, murmuró lanzándome una puya mal disimulada. A veces me leo uno de tus libritos, o me topo con alguna entrevista que te hacen. Además, eres mi padrino, tú me pusiste este nombre; si

no, aún me llamaría Agustín Garibaldi. ¿Es que ya no te acuerdas?

Uno nunca sabe si Gaustín está tomándole el pelo o no.

Dime, ¿qué se bebía en los sesenta?, dije.

De todo. Se dio cuenta y sacó del minibar un Four Roses que sirvió en sendas copas de cristal macizo. Verás, con los sofás, las mesitas, el bourbon (cheers!), las lámparas de mesa y de techo, con la música y todo el arte pop de los años sesenta no vamos a tener ningún problema. Pero el pasado es algo más que un decorado. Vamos a necesitar historias, muchas historias. Apagó el cigarrillo y enseguida encendió otro (se me había olvidado lo mucho que se fumaba en los sesenta). Vamos a necesitar cotidianidad, toneladas de cotidianidad, olores, sonidos, silencios, rostros de personas, en fin, las cosas que desencadenan los recuerdos, «mixing memory and desire», como decía ya sabes quién. Y tú tienes experiencia con aquellas cápsulas del tiempo que se enterraban antaño. Bueno, pues algo por el estilo. Dedícate a viajar, a recoger olores e historias, necesitamos historias de diferentes años, con esa «premonición del milagro», como se supone que he dicho en un relato tuyo, dijo entre risas. Todo tipo de historias, pequeñas, grandes, luminosas, que esta vez sean más luminosas. Al fin y al cabo, para algunos aquí esas historias serán las últimas.

Fuera había oscurecido. Las nubes se hacinaron sobre el lago y la lluvia empezó a caer en largos chorros. Gaustín se levantó para cerrar la ventana.

Qué cosas, en el 68 este día de hoy también caía en jueves, dijo, mirando el calendario de pared de Pan Am Airlines con top models de distintos continentes. Y también aquel día llovió, ¿te acuerdas?

Me levanté para irme. A punto ya de bajar las escaleras, me suelta así como quien no quiere la cosa:

Aquello de que nadie puede entrar dos veces en la misma historia no es cierto. Se puede. Y eso es lo que vamos a hacer.

12,

Pues bien, Gaustín y yo montamos la primera clínica para producir pasado. En realidad, la montó él, yo era solo el ayudante, el recolector de pasado. No era fácil. No puedes simplemente soltarle a alguien: aquí está tu pasado de 1965. Tienes que conocer sus historias, y si a esas alturas ya no puedes conseguirlas, tienes que inventarlas. Saberlo todo sobre ese año. Qué peinados estaban de moda, cómo de afiladas eran las punteras de los zapatos, a qué olían los jabones, el catálogo completo de aromas de aquel año. Si la primavera fue lluviosa, qué tiempo hizo en agosto. Cuál fue la canción número uno. Las anécdotas más importantes del año, no solo las noticias, sino los rumores, las

leyendas urbanas. Las cosas se complicaban dependiendo del pasado que querías que te ofrecieran. ¿Querrías tu pasado del este, si ese había sido tu lado del Muro? O al revés, ¿querrías vivir precisamente aquel pasado que te había sido negado? Atiborrarte del pasado ajeno como si fuesen los plátanos con los que habías soñado toda tu vida.

El pasado no es solo aquello que te ha ocurrido. A veces es aquello que solo has imaginado.

13,

Hubo un caso así con Mircea, de Turnu Măgurele. Recordaba Mircea solo lo que no le había pasado. No recordaba nada del socialismo ni del curro en la fábrica, nada de las interminables reuniones del partido, los banquetes, los desfiles y los fríos almacenes, lo había borrado todo mientras su cabeza todavía funcionaba. Cuando empezó el vaciado de su memoria, dentro quedaron solo las cosas que había anhelado (esta es la palabra, qué remedio) de joven. Ya en aquel entonces lo sabía todo sobre América, la llevaba en el corazón. Decía que siempre se había sentido americano. Tenía un amigo que en su día había escapado a Nueva York y a veces lograban escribirse unas líneas. Aquel tipo, el amigo, no hacía más que quejarse, que si aquí esto, que si aquí lo otro… Al final Mircea no aguantó más y le escribió una carta: Oye, tonto del culo, por qué sigues allí si no quieres, vuelve aquí en vez de desperdiciar esa oportunidad. Cada vez que pienso que el destino fue a repartir un solo golpe de suerte entre todos los de Turnu Măgurele, y va y le toca al agonías este… ¿Por qué no vuelves y te cambias conmigo?

Su hijo nos lo trajo a la clínica una tarde, y el tal Mircea estaba como pez en el agua, rodeado de discos, sofás, sillas y carteles de un pasado que en realidad no era el suyo. Lo recordaba todo con pelos y señales, en lugar del pasado que el destino le había otorgado en Turnu Măgurele. Lo que no le había sucedido, lo que había imaginado, había sobrevivido en su memoria a lo que de verdad le había sucedido. Seguía paseándose por calles que solo había conocido en los libros y las películas, seguía quedándose hasta las tantas en los clubs de Greenwich Village, contando con todo lujo de detalles aquel concierto al aire libre en 1981 de Simon y Garfunkel en Central Park, donde nunca había puesto un pie, o recordando a las mujeres con las que nunca había estado.

Fue una rara avis tanto aquí, en la clínica, como lo había sido en otro tiempo en su pequeña ciudad rumana.

Todas las historias sucedidas se parecen, pero cada historia no sucedida lo hace —no suceder— a su manera.

Era el trabajo perfecto para mí. Al fin y al cabo, es lo que he hecho siempre, deambular como un flâneur por los pasajes del pasado. (A espaldas de Gaustín, podría decir que lo inventé precisamente para que él inventara para mí ese quehacer). Me permitía viajar, pasear sin rumbo aparente, anotar los más nimios detalles, qué más podría desear. Recoger casquillos de 1942 o ir a ver qué queda de aquel destartalado 1968, que sin embargo sigue siendo decisivo para todos nosotros. Las épocas pasadas son volátiles, se evaporan como un frasco abierto de perfume. Pero si tienes olfato, algo de su fragancia llegará hasta ti. Eso me dijo Gaustín en una ocasión, tienes olfato para el pasado, sabes rastrear otras épocas. Me convienes.

Y así, oficialmente, me convertí en una suerte de trampero del pasado. Con los años me di cuenta de que tiende a esconderse sobre todo en un par de sitios: en las tardes —la manera en la que la luz cae por la tarde— y en los olores. Y en ambos colocaba yo mis trampas.

Lo que yo tengo en mente no es un show de ninguna clase, solía decir Gaustín. Por lo menos, no es El show de Truman, ni Good Bye, Lenin!, ni tampoco Regreso al futuro… (No sé dónde ni cómo, pero sus detractores habían intentado colgarle esos sambenitos). Mi idea no está cercada por cámaras, no se transmite en directo, no hay un espectáculo detrás, no es mi intención alimentar en nadie la ilusión de que el socialismo sigue vivo, tampoco poseo una máquina del tiempo. De todas formas, no hay más máquina del tiempo que el hombre.

…

En cierta ocasión, recorriendo Brooklyn, sentí por primera vez con toda nitidez que la luz provenía de otra época. Podía datarla con exactitud, la luz de los años ochenta, de inicios de la década, quizá de 1982, en las postrimerías del verano. Una luz como de una foto Polaroid, sin contraste, suave, algo desvaída.

El pasado se va reposando en las tardes, allí el tiempo visiblemente se ralentiza, se adormece en los rincones, entorna los ojos como un gato frente a la luz que se cuela a través de las delgadas persianas. Siempre es por la tarde cuando se recuerdan las cosas, al menos es así en mi caso. Todo radica en la luz. Por los fotógrafos sé que la luz de la tarde es la más apropiada para la exposición. La luz matinal está todavía joven, aguda. La vespertina es una luz anciana, cansada y lenta. La vida real del mundo y del hombre puede describirse a través de unas cuantas tardes, a través de la luz de unas cuantas tardes, que

son las tardes del mundo.

También me di cuenta de que no habría reconocido esa luz de 1982 de no haber sido por la aparición sincrónica de un aroma peculiar proveniente de esa misma década y de mi infancia. Creo que toda nuestra memoria de los olores proviene de la infancia, es allí donde se almacena, en esa parcela del cerebro responsable de los recuerdos más tempranos. Se trataba del olor penetrante a asfalto, el alquitrán derretido al sol, el viscoso, eso es, el viscoso tufo a petróleo. Ahora Brooklyn me lo ofrecía, tal vez por el calor, o tal vez porque estaban arreglando una calzada por allí cerca, o quizá debido a las obras de al lado o por los grandes camiones que recorrían el barrio. O quizá debido a todo eso a la vez. (Añadiré aquí el olor a papel de embalaje empapado en aceite con el que estaba envuelta la bici Balkanche que mis padres me trajeron una noche. El olor a impaciencia, a algo nuevo, a almacén y tienda, un olor alegre).

Con la luz puedes hacer un mísero intento de conservarla, de fotografiarla. Puedes pintar una catedral a distintas horas del día, como Monet. Él sabía lo que hacía, la catedral es solo una martingala, una trampa para capturar los rayos de luz. Pero para los olores no contamos ni con ese ilusorio intento, no tenemos ninguna cinta ni dispositivo de grabación, no se ha inventado ningún aparato a lo largo de los milenios, ¡en qué estaría perdiendo el tiempo la humanidad!

¿No es realmente asombroso que no exista ningún dispositivo de grabación de los olores? A ver, en realidad sí que existe uno, solo uno, de antes de la tecnología, un dispositivo analógico, el más antiguo de todos. El lenguaje, por supuesto. De momento es el único del que disponemos, así que he de capturar olores con palabras y añadirlas en el enésimo cuaderno. Recordamos solo aquel olor que hemos podido describir o comparar. Es llamativo, de hecho, que ni siquiera tengamos nombres para los olores. Dios o Adán dejaron su trabajo a medias. No es como con los colores, por ejemplo, donde vas nombrando rojo, azul, amarillo, morado… No se nos ha otorgado el don de nombrar los olores de manera directa. Siempre ha de ser a través de una comparación, siempre de forma descriptiva. Huele a violetas, a pan tostado, a algas, a lluvia, a gato putrefacto… Pero las violetas, el pan tostado, las algas, la lluvia y el gato putrefacto no son nombres de olores. Valiente injusticia. O tal vez detrás de esa imposibilidad se esconda otro presagio que escapa a nuestra comprensión…

Pues bien, yo viajaba, recogía tardes y olores, los iba catalogando,

hacía falta una descripción precisa y tupida y saber qué olor desencadena qué recuerdo, qué edad del hombre despierta con más fuerza, qué década podemos evocar gracias a él, los describía en detalle y se los enviaba a Gaustín, allá en la clínica esos aromas siempre se podían procesar en caso de necesidad. Incluso se hicieron intentos de conservar las moléculas de cada uno de los olores, aunque para Gaustín se trataba de un esfuerzo innecesario. Era mucho más sencillo y más auténtico tostar la rebanada de pan o derretir un poco de asfalto.

15,

Cuando di con Gaustín y con la clínica, yo había comenzado por mi parte a escribir una novela sobre el discreto monstruo del pasado, sobre su engañosa inocencia y lo que podría ocurrir si nos diera por traer de vuelta el pasado con fines terapéuticos. Mis quehaceres en la clínica y la escritura simultánea de este libro eran como vasos comunicantes. A veces perdía la noción de lo que era real y lo que no. Las piezas de lo uno fluían hacia lo otro.

De todos modos, la cuestión principal en ambos casos era cómo crear el pasado.

¿Acaso iba a surgir alguien como Aquel y… se apiadaría de sus miembros entumecidos, del cadavérico rostro y del corazón detenido y le diría: «Levántate, Lázaro», y el pasado recobraría poco a poco el aliento, la sangre volvería a fluir bajo la piel cerosa, los miembros comenzarían a temblar, se destaparían los oídos y se abrirían lentamente los párpados?

¿No sucedería que, mientras esperamos Su llegada, proliferarían falsos profetas, médicos locos y embaucadores que se servirían del cadáver del pasado para crear una y otra vez un monstruo de Frankenstein? ¿Puede el pasado ser resucitado? ¿Sus miembros dispersos, unidos de nuevo? ¿Debe tolerarse siquiera algo semejante?

Y, a todo esto, ¿cuánto pasado puede soportar un hombre?

16, señor N.

Cierto caballero, al que llamaré Sr. N., está sentado junto a la ventana de su cuarto al final de sus días y allí trata de resucitar aquello que ya se ha acabado. La memoria lo va abandonando, igual que lo abandonaron los amigos cuando cayó en desgracia. No tiene amigos ni familiares vivos, no tiene a nadie a quien llamar. Si no existimos en la memoria de nadie, ¿existimos en absoluto?

A veces, personas desconocidas le cuentan anécdotas en las que aparece él, pero no recuerda nada de lo narrado, le parecen cosas

inventadas, como si le hubieran sucedido a otro. Se topa con textos firmados con su nombre y apellidos. Tal vez tuvo cierta fama, luego lo borraron. Le aconsejan que vaya a consultar su expediente de la época comunista. Resulta que este también fue borrado, no queda casi nada. Pero consigue averiguar (se lo soplan) qué agente lo vigiló la mayoría de las veces.

Y entonces se ve obligado a llamar a ese mismo agente de aquella época. Al principio él le da largas y se niega a cualquier encuentro. El Sr. N. no tiene la menor intención de vengarse, hasta le pide perdón por molestarlo, pero le gustaría verlo por otro asunto completamente distinto. Está perdiendo la memoria y debe recoger las piezas de sí mismo antes de irse. Y la única persona cercana a su pasado que le queda es el agente.

Usted conoce todos los detalles de mi pasado mejor que nadie, mejor que yo mismo, veámonos, por favor.

Y así comienzan sus encuentros. Mantienen conversaciones largas y sosegadas todas las tardes. Ambos están ya fuera del mundo o, al menos, fuera del esquema en el que fueron jóvenes y enemigos, los más íntimos enemigos.

Parte de las historias no le dicen nada al Sr. N., como si no fueran con él. Otras abren en su memoria puertas olvidadas hace mucho. Una mujer solía visitarlo a menudo. Era una mujer muy hermosa. Todos los jueves a las tres de la tarde. A esas horas usted se quedaba solo en el piso, su esposa no estaba presente, le recuerda sin delicadeza el agente.

El Sr. N. intenta recordar, pero es en vano. Sí, hubo tardes así. Puede reconstruir hasta cierto punto la ligera sensación de culpa y la excitación de entonces. Pero ¿quién era aquella mujer y por qué desapareció después? Sin duda era valiente, puesto que se había decidido a tener una aventura con él. Debía de saber que lo vigilaban. Era algo inevitable para un hombre con su pasado. ¿Qué aspecto tenía ella? El agente la describe al detalle. Cómo caminaba por la acera, cómo los viejos del vecindario se detenían a su paso —esto suena casi a Homero—, cómo se movía, con libertad, no agobiada ni apurada con una red de la compra como las mujeres de aquí. Cómo su melena seguía la cadencia de sus pasos.

Por primera vez el agente se deja llevar y habla larga y abstraídamente. Los dos caminan bajo la sombra moteada de los castaños en la ciudad vaciada y desteñida por la canícula. El perseguidor y su víctima, al fin juntos, codo con codo.

Año y pico después de que Gaustín y yo nos encontráramos en Zúrich, ya tenemos una sucursal búlgara de la clínica. Una espaciosa casa de campo, construida en los años treinta, no lejos de Sofía, en la

zona de veraneo de Kóstenets. Me gusta venir aquí, me he autonombrado supervisor, aunque en realidad los médicos y el personal cumplen con su trabajo y, para ser sinceros, no me necesitan mucho. Me siento y observo mi pasado búlgaro desaparecer junto a estas personas que han acudido aquí al final de sus vidas. Los ancianos me fascinan desde siempre. Viví con ellos de niño. Crecimos con nuestras abuelas y nuestros abuelos, con ellos podíamos hablar, nos perdimos a toda una generación, la de nuestros padres. Ahora, cuando me encuentro uniéndome a sus filas, mi fascinación tiene, además, otra razón de ser. ¿Cómo envejecer ante el rostro de la muerte, cada vez más lejos de la vida, y cómo salvar lo insalvable? Aunque sea como recuerdo. ¿Adónde va después todo ese pasado personal?

Apegarse a la gente aquí es una sensación dolorosa, porque sabes que te estás apegando a alguien que pronto te abandonará. El Sr. N. (probablemente amnesia retrógrada) me es especialmente cercano. Acaba de ingresar en la clínica y el agente lo sigue como una sombra, viene dos veces a la semana. Se ve que él también lo disfruta o tiene la necesidad de hacerlo, porque está dispuesto a venir desde la ciudad cada vez y luego se queda aquí toda la tarde. Al principio le enviábamos un coche, luego lo rechazó y empezó a venir en el suyo. La gente necesita contarle a alguien sus historias, pienso. Incluso alguien como él. Antes no podía, luego, cuando sí podía, a nadie le interesaba. De repente, aparece alguien que aguarda cada una de sus palabras. Alguien que se ha convertido en el oído para todas las historias de aquel entonces. Alguien dispuesto a escucharlo todo. El hombre al que él mismo vigiló, que está perdiendo la memoria, borrado por segunda vez.

Cuéntame quién soy.

El agente se siente como alguien que podría manipular, debido a su ocupación siempre ha tenido ese poder, pero no tan grande como ahora. El poder de inventarte la vida de alguien, alguien que ya no recuerda mucho de ella. Podría colarle recuerdos completamente inventados, bueno, habría que ajustarse a los escasos mojones de memoria que le siguen quedando al Sr. N. Además, nunca se sabe en qué momento emergerá algún detalle extraviado y algún rostro o frase recorrerá el quebradizo puente neuronal. Pero, por ahora, el agente, llamémoslo Sr. A., no parece albergar tal intención. También él quiere regresar a la cálida cueva del pasado.

En una ocasión, le cuenta al Sr. N., llegó usted y se sentó a mi mesa. Fue en el café Bajo la Hiedra, no muy lejos de la entrada de su edificio, que estaba en la misma calle. Solía sentarme allí para vigilar

quién entraba y salía de su casa. Una tarde salió usted, se dirigió a la cafetería, miró primero a su alrededor y después se sentó a mi mesa. Había otras mesas libres, la cafetería estaba prácticamente vacía, pero usted se sentó a mi lado, ni siquiera me preguntó si se podía. Me quedé paralizado, pensé que había descubierto mi tapadera. Esperaba a ver qué diría usted y me preparaba para todo tipo de escenarios. Usted pidió un vodka, todos bebíamos vodka entonces. Incluso vodka con Coca-Cola. En una de esas bonitas botellas de cristal, ¿recuerda? En aquella época teníamos incluso Coca-Cola… En fin. Me voy bebiendo mi vodka a la espera de que usted muestre sus cartas.

No dijo nada. La media hora más lamentable de mi vida. De vez en cuando me echaba una mirada. Yo me sentía completamente descubierto. Hasta el día de hoy me sigo preguntando si sabía usted que lo estaba vigilando. A menudo la gente lo nota. Lo sabía, ¿no es cierto?

No me acuerdo, se encoge de hombros el Sr. N., indefenso.

El Sr. N. aguarda los encuentros con intensa emoción. Me da la sensación de que sigue vivo solo para poder escuchar toda la historia hasta el final. Me gusta sentarme a su lado, a veces intercambiamos unas palabras, luego permanecemos en silencio. No sé qué ocurre dentro de su cabeza, pero sospecho que él recuerda más de lo que demuestra. Quizá también esté jugando a su propio juego, el del olvidadizo, el de la víctima que aparentemente se deja llevar por el narrador y, ostentando un olvido total, adormece su cautela, obligándolo a contarlo todo, incluso detalles que el otro no tenía intención de revelar.

Cuénteme, dice el Sr. N., qué tipo de camisas llevaba, qué zapatos, si me reía a carcajadas o fruncía el ceño apretando los dientes, si miraba al suelo al andar, si iba encorvado… ¿Era feliz?, dice al cabo. Esto altera al agente, él puede decirlo todo de las camisas, el traje, la gabardina, los cigarrillos, la cerveza y el vodka que se tomaba el objetivo. Pero de su felicidad…

No hay nadie más que recuerde esos detalles, incluso las amantes y las esposas los olvidan con el paso del tiempo. Solo el agente secreto conoce los detalles. Intentemos ponernos en su lugar. Él tiene que sentarse allí y vigilar, describir lo visible. Pero lo visible es míseramente escaso. De hecho, ¿qué podría suceder realmente en el día de un hombre de cincuenta años en aquella época? Sale. Camina por la acera. Se detiene. Saca una caja de cerillas, ahueca la mano, enciende un cigarrillo. ¿Qué cigarrillos fuma? Stewardess, qué si no. ¿Cómo va vestido? Una camisa gris arremangada, el pantalón, los zapatos, ¡vaya, vaya!, los zapatos son italianos, caros, de punta

afilada, esto habrá que anotarlo. Además, lleva un Borsalino. No mucha gente lleva Borsalino. Lo anota. Si alguien se tomara la molestia de leer como literatura todos esos miles de páginas escritas en los años cincuenta, sesenta, setenta, ochenta por todos esos agentes que escuchaban a escondidas y lo apuntaban todo, quizás obtendríamos la gran novela búlgara no escrita de aquel tiempo. Tan sórdida y mediocre como la época misma.

17, apuntes sobre la epopeya imposible

En todas las epopeyas antiguas existe un enemigo fuerte con el que medirse: el Toro del Cielo y Gilgamesh, el monstruo Grendel, su madre y al final el dragón que hiere a muerte al viejo Beowulf, todos los monstruos, toros y demás en las Metamorfosis de Ovidio, el cíclope en la Odisea y un largo etcétera. En las novelas actuales los monstruos han desaparecido, se han ido junto con los héroes. Cuando no hay monstruos, tampoco hay necesidad de héroes.

Sin embargo, sí que hay un monstruo. Hay un monstruo que nos acecha a cada uno de nosotros. La muerte, dirán ustedes. Sí, sí, la muerte es su hermana. Pero la vejez es el monstruo. Esta es la verdadera (y condenada) lucha, sin resplandor, sin fuegos artificiales, sin espadas incrustadas con el diente de san Pedro, sin armaduras mágicas ni ayudantes imprevistos, sin la esperanza de que los bardos canten tus hazañas, sin rituales…

Una batalla épica sin epopeya.

Largas maniobras solitarias, al acecho, como en una guerra de trincheras, doblarse, agazaparse, arremeter, merodear por el campo de batalla «entre el reloj y la cama», como el anciano Munch tituló uno de sus últimos autorretratos. Entre el reloj y la cama. Quién cantará las gestas de tal muerte y tal vejez.

18, señor N. (continuación)

El Sr. A. recuerda lo difícil que le resultaba inventarse tonterías para rellenar los informes. Hasta cierto punto, los tormentos del escritor no le eran ajenos. Había esperado más de su oficio, como en las novelitas o en las películas, persecuciones de coches, misteriosos visitantes, que la persona vigilada se escabullera por la ventana en plena noche. Lo que él necesitaba era un argumento, aun sin conocer esa palabra. Pero no había tal argumento. Y ahí radica la profunda ausencia de encanto cinematográfico de la vida. Solamente salir de casa, volver a casa. Incluso los amigos más íntimos del objetivo han dejado de visitarlo para evitarse problemas. Sí, la amante de los jueves es una excepción prometedora. Esto ha sido documentado, por

supuesto. Pero tampoco es que fuera una aventura tan impresionante. También forma parte de lo cotidiano. Quién no tuvo alguna vez un o una amante…

A veces no sabía qué anotar, reconoce el Sr. A. No ocurría nada interesante. El Sr. N. se siente incómodo por haberle causado quebrantos de cabeza, lamenta haber llevado una vida tan anodina de la que apenas nada podía escribirse. Debería haber hecho algo un poco más… ya se sabe, pegarse un tiro en sus narices, por ejemplo, eso habría llenado fácilmente dos folios, como poco. Por otra parte, al Sr. N. le interesa (o se lo endoso a él porque me interesa a mí) precisamente la nadería de la cotidianidad, la vida con todos sus pormenores. Eso es precisamente lo que desea recordar. Ha ido borrando sistemáticamente toda excepcionalidad, si acaso es esta la palabra adecuada para referirse a las detenciones, las palizas en el sótano del n.º 5 de la calle Moskovska, la miseria y la peste a orina de la celda compartida en la cárcel de Pázardzhik, las visitas menguantes, las cartas ausentes. Todo ha sido borrado. Pero junto a eso parece haber desaparecido también lo otro, lo normal, aquello de lo que estamos hechos. Toda su documentada cotidianidad previa a la cárcel fue confiscada durante los registros realizados en su casa. Luego le fue devuelta, pero desde entonces él no la ha tocado. Dos fotos en blanco y negro siendo niño, otra de la mili, un álbum con fotos de la boda (tras el divorcio, se lo quedó él), también en blanco y negro, una foto suya caminando por el bulevar, atrapado al paso, su gabardina ondeando al viento, se está riendo y haciendo un gesto hacia la persona que le saca la foto. Y ya. No hay ninguna fotografía de la mujer que lo visitaba todos los jueves, por supuesto.

Un día el Sr. A. viene con unas cartas, son las cartas que el Sr. N. le escribió a aquella mujer. ¿Cómo es que las tiene?, le pregunta. El agente se limita a arquear las cejas, sorprendido por la ingenuidad de la pregunta. El Sr. N. abre las cartas, las lee y se da cuenta de que no las recuerda en absoluto. Las lee con sincera curiosidad, como si no las hubiera escrito él. Y debe reconocer que le gustan. Están bien escritas, dio con las palabras. Romántico, sin pasarse. Bastante pertinaz y valiente en algunas proposiciones. Esto es nuevo, él se definiría más bien como un hombre apocado y vacilante. La última carta termina con una advertencia: lo mejor para ella sería no regresar, porque con toda seguridad lo están vigilando. Hay incluso un pobre diablo que se tira todo el santo día apostado en la cafetería de enfrente. Lo conocerás porque lleva una gorra ridícula. En ese punto el Sr. N. levanta la vista de la carta en un gesto de disculpa. No pasa nada, lo tranquiliza el Sr. A., está superado.

El Sr. N. deja las cartas en medio de la mesa. No sabe si puede quedárselas o debe devolverlas. El Sr. A. asiente con la cabeza, son para usted. Siguen tratándose de usted, y eso que a esas alturas ninguno de los dos tiene a nadie más cercano en el mundo que el otro.

Con el tiempo, la mujer de los jueves empieza a invadir cada vez más los pensamientos del Sr. N. Pero esto, más que alegrarle, le asusta, quién sabe por qué. Su imagen va emergiendo de la nada, como las antiguas fotografías durante el proceso del revelado. Lleva el pelo recogido en una coleta y tiene un mechón plateado en el flequillo. Aunque eso es precisamente lo que quería al principio, ahora su aparición empieza a parecerle amenazadora. La razón es sencilla: sospecha que esa mujer puede agrietar el dique que durante años ha ido levantando con tanto cuidado y desatar todo aquello que no le gustaría que volviera. No está seguro de poder soportarlo. Por otra parte, si hubo alguien que le quiso, entonces es que él existió, a pesar de que no recuerde mucho de sí mismo.

Si hubo alguien a quien él quiso, eso también puede tomarse como una prueba de su propia existencia. De acuerdo, pero qué pasó después.

En su siguiente visita, el Sr. A. le trae otra sorpresa. De su pequeña cartera de cuero extrae una foto cuidadosamente envuelta. Se la entrega al Sr. N. Es una imagen en blanco y negro, el contraste entre luces y sombras es poderoso. Se aprecia una calle desierta, bajo la sombra de un árbol, en la acera, están el Sr. N. y una mujer que se inclina hacia él, tal vez quiera susurrarle algo al oído o besarlo, es difícil saberlo. Las sombras de las hojas se proyectan en su vestido.

Era la mujer más hermosa de toda Sofía, dice al fin. Estaba fuera de lugar aquí. Y fuera de época también. Muchos se morían por estar con ella, era algo notorio. Parte de los problemas que tenía usted se debían a esa circunstancia. Por supuesto, el mayor problema era lo que usted escribía y lo que decía en los cafés, sobre todo a la altura del 68. Pero también a causa de ella. Era la hija de un viejo escritor, por cierto. El tipo, que en paz descanse, no podía soportar la situación. Era un escritor mediocre, de la gran nomenclatura. La gente se mofaba diciendo que la joven había sido su única obra memorable. Ella sabía que no tenía ningún futuro con usted. Porque usted mismo no tenía futuro. Yo creo que le quería por eso mismo.

De nuevo el futuro. Si pudiera, el Sr. N. recordaría que nunca se interesó demasiado por el futuro. Los cuentos sobre el futuro en el

comunismo suscitaban en él comentarios irónicos cuando tenía compañía. El futuro cósmico le resultaba igualmente confuso y sospechoso. El nuevo orden, el nuevo mundo, las nuevas personas: todo en general sonaba tan distante y hueco. Me provoca ardor de estómago ese futuro luminoso nuestro, soltó en cierta ocasión, rodeado de gente. (El suceso fue anotado al momento, claro está). Un poco después Brodsky lo formularía de un modo más hermoso: «Mis desacuerdos con aquel sistema no eran tanto de raíz política como estética». No obstante, prefiero lo que dijo el Sr. N. Sus desacuerdos con el sistema eran de raíz fisiológica.

19,

Existe también un pasado muerto, embalsamado.

Para mi generación, el primer recuerdo de un cuerpo muerto es un recuerdo compartido. Como si el Ministerio de Educación hubiera extendido una orden (tal vez lo hizo) para que todos los alumnos, primeros cursos de primaria incluidos, visitaran el Mausoleo de Gueorgui Dimitrov. Que hicieran una reverencia ante el líder y maestro que amaba tanto a los niños y se dejaba fotografiar con ellos a pesar de su ajetreado día laboral. Que presentaran sus respetos al héroe de Leipzig, aquel que valerosamente prendió fuego al Reichstag alemán, como dijo por error uno de mis compañeros, metiéndose así en un buen lío por el que sus padres fueron llamados al colegio, seriamente reprendidos, etc. Ni el propio Goebbels logró condenarlo, y tú vas y lo llamas pirómano, le chillaba la profe a mi pobre compañero.

En fin, el primer encontronazo con la muerte es para toda la vida. El Mausoleo te lo proporcionaba en vivo y en directo, por así decirlo. Todas las muertes posteriores y todos los cuerpos difuntos serían comparados con ese primer cadáver modélico, meras copias del primero. Sabíamos que éramos unos afortunados, puesto que el mundo no abundaba en mausoleos ni en tíos disecados. Así hablábamos en susurros antes de entrar y menos mal que nadie oyó lo del «tío disecado», porque nos habríamos metido en una gorda.

Fuimos arrastrados hasta allí desde la otra punta de Bulgaria. Toda la noche zarandeados en el tren de viajeros más lento del planeta para no tener que pagar el alojamiento de una noche en la capital. De madrugada, somnolientos y legañosos, fuimos conducidos desde la estación, directamente, y se nos conminó a esperar delante del Mausoleo, engullidos por la espesa niebla de noviembre. El miedo hace su aparición cuando nos llega el turno de entrar. Pasamos entonces junto a los guardias de honor de la entrada, en apariencia petrificados. ¿Acaso los disecaron también a ellos? En el interior, los

corredores discurren lúgubres, alumbrados apenas por apliques en forma de antorcha y gélidos como cámaras frigoríficas. El propio Mausoleo es un frigorífico, lógicamente. Hace la función del congelador de la nevera, ese en el que nuestras madres metían los codillos de cerdo y los pollos para que no se echaran a perder.

Nos acercamos a la sala con el cuerpo. Ya se divisa la tapa de cristal. Fuera, mi compañero de pupitre Demby me había susurrado que, si uno se fijaba con atención en los párpados, veía que temblaban. Se lo había advertido su hermano, que ya había pasado antes por aquí.

El difunto, con sus condecoraciones en la solapa, parecía de plástico. La chaqueta y los pantalones aparentaban más vitalidad que él. Los pelos de su bigote recordaban peligrosamente a las cerdas de un cepillo para la ropa. En ese preciso instante, al pasar junto a la cabeza, percibí con toda claridad, por una centésima de segundo, cómo su párpado temblaba ligeramente. Tic tic, dos veces. El párpado izquierdo. Por poco me pongo a dar alaridos. Fue como si me hiciera una señal, por eso me guiñaba un ojo desde el sarcófago de vidrio. Cuidado, que el camarada Dimitrov todo lo ve, decía en tono amenazador la profe señalando el retrato en la pared. Qué va a ver ese mendrugo, pensaba yo para mis adentros, por eso ahora me guiñaba un ojo, me amonestaba por incrédulo. Al final resulta que es verdad que el camarada «vivirá eternamente», como no cesaban de repetirnos noche y día en el cole y en todas partes.

Menos mal que estaba por allí Demby para auxiliarme en aquel temprano terror metafísico mío. Nunca supe si él también se había pispado del guiño o por el contrario la señal había sido exclusivamente para mí, pero como buen biólogo aficionado que devoraba los libros de texto de su hermano me lo explicó todo con pelos y señales, a través de los experimentos allí descritos. Una rana muerta, me dijo, por tiesa que esté, le das una descarga eléctrica y patalea como una viva. Haremos ese experimento en sexto y lo verás claro. Por lo demás, este está igual de fiambre que la rana. Levantarse, no se va a levantar. Lo que pasa es que tiene músculos que se menean.

Todavía utilizo su explicación para serenarme cuando algún terror de cariz sobrenatural me atenaza.

20, señor N. (final)

De todas formas, ella ¿cómo acabó conmigo?, pregunta el Sr. N.

Era la mujer de un amigo suyo. Luego él se hizo uno de los nuestros, tenía sus pecados, le apretamos los tornillos. En honor a la verdad, no opuso mucha resistencia. Él era nuestra fuente principal, aunque usted siempre sospechó de otras personas, al menos eso es lo

que decía por teléfono. ¿Escuchaban mis conversaciones al teléfono? El Sr. A. no se molesta en contestar. El día que su amigo se hizo con un cargo importante en el partido, ella acudió a usted. Era un jueves por la tarde, el primero de todos los jueves siguientes.

El Sr. N. escucha y poco a poco empieza a imaginarse a esa mujer, con su larga melena, su mechón plateado en el flequillo y su andar desenfadado. Cuando caminaba por la calle, todos se daban la vuelta para mirarla. Un famoso director de teatro perdió la cabeza por ella, montó una obra, la actriz estaba representada así: el pelo recogido en una coleta, un mechón plateado… Era un secreto a voces a quién interpretaba. El director fue trasladado inmediatamente a otro teatro, la obra fue cancelada, su matrimonio se fue al garete. Aquella mujer no traía más que desgracias, dijo el Sr. A.

De todas formas, ¿por qué el agente secreto A. sigue con sus visitas? Al principio probablemente por curiosidad y por miedo a ser chantajeado. Enseguida se da cuenta de que no existe semejante peligro. Pero hay otra cosa. Si el Sr. N. no recuerda nada o casi nada de todo aquello, entonces el Sr. A. está libre de culpa, por así decirlo. Sin poder formularlo bien, él siente que, si nadie recuerda, entonces todo es posible. «Si nadie recuerda» se convierte en un equivalente a «Si no hay Dios». Si no hay Dios, dice Dostoyevski, entonces todo es posible. Va a resultar entonces que Dios no es más que una enorme memoria almacenada. Una memoria del pecado. Una nube de infinitos megabytes. Un Dios olvidadizo, un Dios con alzhéimer, podría liberarnos de todas nuestras obligaciones. Sin memoria, no existe crimen.

Entonces, ¿por qué el Sr. A. viene y cuenta esas historias? Probablemente porque el ser humano no está pensado para vivir mucho tiempo guardando un secreto. El secreto, según parece, es una formación tardía en el curso de la evolución. Los animales no parecen muy predispuestos a guardar secretos. Solo el hombre. Si hubiéramos de determinar su forma, sería algo así como un bulto granuloso y desigual. En el caso del Sr. A., no se trata de una metáfora. El bulto es real, lleva meses intentando ignorarlo, pero después de la visita al médico de hace tres semanas lo tiene todo más que claro. Encontrarse en fase terminal lo libera en muchos sentidos, pero en otros, lo oprime. Ahora es el perseguidor quien ruega a su víctima que lo escuche. La vejez iguala a todos. Se han convertido en hermanos de armas, han pasado al bando perdedor de una batalla con un final anunciado. El Sr. A. puede por fin contarlo todo. Y el Sr. N. puede por fin escuchar la verdad sobre sí.

¿Qué fue de ella?, vuelve a preguntar el Sr. N., cada vez menos

seguro de querer escucharlo.

El Sr. A. podría escurrir el bulto de mil maneras. «El objetivo no representaba interés operacional»: es la frase hecha más a mano. O bien: «Otro operativo se hizo cargo de la vigilancia», etc. El Sr. A. calla, lía un cigarrillo, le tiemblan las manos. Parece que solo ahora el Sr. N. nota que en los últimos meses su interlocutor ha envejecido visiblemente, su piel se ha vuelto amarilla, su rostro se le figura demacrado de repente. Un par de semanas antes había llamado excusándose porque tenía que hacerse unos análisis.

Y entonces el Sr. A. lo confiesa todo. Cómo después de la detención del Sr. N. ella le dijo a su marido que le dejaría en ese mismo instante si no hacía algo por su amigo. Cómo hizo las maletas y se mudó al día siguiente, cómo recorrió los despachos de los jefes ella misma. Cómo solicitaba visitarlo en la cárcel, pero le contestaban que el prisionero rechazaba todo encuentro con ella. Cómo por fin llegó hasta el Sr. A. Una noche vino a su casa y quiso hablar del Sr. N. Luego le rogó que le dijera dónde estaba, que le concertara una visita. Que estaba dispuesta a todo…

De repente el Sr. N. visualiza con claridad toda la escena entre los dos. Con una sola diferencia. El cuerpo de la mujer, desnudo en mitad de la habitación, es joven y hermoso, el Sr. A. está frente a ella, pero con su edad actual, un anciano decrépito, un saco de huesos. De repente los ácidos estomacales vuelven, vuelve toda aquella náusea de sabor acre, que en absoluto era metafísica, por el contrario, tenía dimensión física y hasta fisiológica. El esófago crepita como si alguien vertiera vinagre en su interior.

Lo siento, dice el Sr. A., mientras espera petrificado a ver qué dirá el Sr. N. Diga lo que diga, será el final de esta historia.

El Sr. N. calla. Solo siente llegar unas terribles ganas de vomitar. Los ácidos han regresado. El cuerpo ha recordado y experimenta una repugnancia total. Recoge la fotografía, se levanta y se va. Si esto fuera una película, la pantalla fundiría a blanco y al poco oiríamos un disparo, mientras discurren los títulos de crédito.

Es la tarde del mundo. Un hombre camina por la acera del lado de la sombra. Además, es agosto, la tarde del año. El sol atraviesa las hojas de los árboles y proyecta una sombra moteada en las baldosas. No hay nada más, los edificios descansan con sus fachadas abrasadas por el sol, desde alguna ventana abierta se oye la música de una radio que alguien ha dejado encendida. La escena es sobria, casi de película. De frente aparece una mujer, se detiene junto al hombre, los dos están en la sombra. (El pasado absoluto es algo así: la tarde del mundo, un

escondite a la sombra de un árbol). Un poco más allá, invisible para ellos, hay un hombre que los fotografía. La imagen es casi una obra de arte, ha captado bien el perfil de las hojas en la acera y en los dos cuerpos, la figura inclinada de la mujer y la calle desértica a esa hora de la tarde. Todo lo que va a ocurrir después de esta fotografía aún no ha ocurrido.

El hombre de la foto ahora está sujetando en las manos a la mujer y a sí mismo. De la pareja bajo el árbol solo queda él. Y el fotógrafo. Él es el único que no olvidará la escena hasta el último momento. Porque esa historia —lo ha recordado mientras la narraba— es la única historia de su uniforme vida. Esa mujer, también la única (desaparecida en circunstancias no aclaradas), lo ha perseguido desde entonces junto con ese hombre que ahora está aquí, desmemoriado. A esa persecución algunos la llaman culpa. Pero, como casi todos los demás, el Sr. A. no dará nunca con la palabra, ni siquiera en el instante final.

21, estratos de pasado

Un año antes de la historia del Sr. N., las cosas iban ya muy bien en la clínica, superando nuestras expectativas. Gaustín ocupaba la última planta completa del edificio con todo tipo de variantes de los sesenta. Poco después, la clínica de gerontopsiquiatría propietaria del inmueble nos invitó a desarrollar la terapia en sus departamentos. Así que, de facto, disponíamos del edificio entero. Entonces empezamos a abrir salas para el pasado y pequeñas clínicas en varios países más, incluido Bulgaria.

El alzhéimer y la pérdida de memoria en general se estaban convirtiendo en las enfermedades de más rápida propagación. Cada tres segundos alguien en el mundo desarrollaba demencia. Solo los casos registrados ya superaban los cincuenta millones, en treinta años se triplicarían. Con una esperanza de vida cada vez más larga, era algo inevitable. Todos envejecían, los ancianos traían del brazo a sus mujeres, o al revés, ancianas con discretos diamantes guiaban a su acompañante, que sonreía incómodo y preguntaba en qué ciudad estaban ahora. A veces, tomados de la mano, los hijos o las hijas traían a ambos padres, que ya no recordaban los rostros de sus propios hijos. Venían a pasar la tarde en el apartamento de su juventud. Entraban como si estuvieran en su casa. «El juego de té debe de estar aquí, siempre lo tengo por aquí…». Se sentaban en los sillones, hojeaban los álbumes con fotos en blanco y negro, de repente se «reconocían» en alguna de ellas. A veces sus acompañantes traían consigo sus propios álbumes viejos, que situábamos con antelación

estratégicamente sobre la mesita. Había también quienes solo daban un paso en alguna dirección y volvían a colocarse en el centro, justo debajo de la lámpara de techo.

A un abuelo a quien traían a menudo le gustaba esconderse detrás de las cortinas. Se quedaba allí como un niño senil jugando al escondite. Pero el juego se había prolongado demasiado, los otros niños habían dejado de jugar, se habían ido a sus casas, habían envejecido. Y nadie venía ya a buscarlo. Y él seguía detrás de la cortina, asomándose tímidamente para ver por qué tardaban tanto. Lo terrible del juego era darse cuenta de que nadie te estaba buscando ya. Por suerte, creo que no llegaba a darse cuenta.

Sucede en realidad que el cuerpo es piadoso por naturaleza: al final, un poco de amnesia en vez de anestesia. Al abandonarnos, la memoria nos deja jugar un poco, por última vez, en los eternos campos de la infancia. Unos cuantos minutos más, te lo suplico, solo cinco, por favor, como en los viejos tiempos, jugando fuera, en la calle, antes de que nos llamen a casa para siempre…

Así, el pasado y Gaustín iban invadiendo poco a poco las demás plantas de la clínica. Era necesario diferenciar los años cuarenta y los cincuenta. Habíamos empezado por los sesenta, como si de modo inconsciente estuviéramos preparando las habitaciones para nosotros mismos. Pero los pacientes nonagenarios también pedían su infancia y adolescencia. Así es como la Segunda Guerra Mundial acabó reclamando la planta baja. Lo que resultó ser una decisión acertada. En primer lugar, porque ahorraba a los mayores el trámite de subir escaleras. En segundo, porque el sótano podía usarse como refugio antiaéreo, lo que hacía que la recreación de la década ganara mucho en autenticidad. De hecho, la mayor parte de la gente conservaba los recuerdos asociados a los bombardeos y los refugios.

¿Ha de despertarse el miedo, el recuerdo del miedo? La clásica terapia de reminiscencia insistía en los recuerdos positivos. No obstante, para Gaustín, todo recuerdo adormecido que despertara era de suma importancia. El miedo puede ser uno de los más poderosos desencadenantes de la memoria, de modo que era preciso hacer uso de él. Por supuesto, los viajes al sótano eran raros, pero siempre daban resultado. Con los pelos de punta y conmocionados, así es como subían todos del refugio antiaéreo, asustados y vivos.

En la planta de arriba se instalaron los años cincuenta. Aquel era el reino de Elvis Presley, Fats Domino, Dizzy Gillespie, Miles Davis, se podía escuchar toda la asombrosa mezcla de jazz, rock and roll y pop, junto al anticuadamente sinfónico Frank Sinatra. Ahí estaban Con la muerte en los talones, Hitchcock, Cary Grant, Las noches de Cabiria, Fellini, Mastroianni, Dior, Bardot… El mundo se estaba recuperando

de la guerra y quería vivir. Para una parte del mundo esto resultaba más fácil. Para la otra, había una zona específica al fondo del pasillo, unos cuantos apartamentos para los países del bloque del Este. Uno, para los años cincuenta de Europa del Este. Otro, solo para esa misma década en la Unión Soviética (bien financiada, por cierto). De manera similar se diferenciaron los años cincuenta en China. El pasado también es un proyecto financiero. La revolución cubana y Castro no obtuvieron una hacienda propia, pero a cambio la mitad de los que se paseaban por esta zona llevaban camisetas con la imagen del Che y se detenían delante del retrato del Comandante. El pasillo entre el Este y Occidente estaba dividido en el medio por el «telón de acero», esto es, un portón de madera que se cerraba con llave y solo podía atravesar el personal autorizado. Uno nunca sabe qué se les puede ocurrir a los de uno y otro lado, sobre todo a los de uno.

Bastó un intento de fuga. Alguien trató de saltar el «muro» (había un metro escaso de distancia entre el portón y el techo) para llegar al sector occidental. El tipo cayó a tierra y se rompió una pierna. A partir de aquella baja, un sanitario vestido de uniforme militar patrullaba permanentemente el lado oriental.

La pérdida de memoria afectaba a gente cada vez más joven. La necesidad de un piso para los años setenta fue en aumento, hasta que por fin se le adjudicó la cuarta planta. Los sesenta fueron trasladados a la tercera. Llegado el momento, el desván se destinaría a los ochenta y los noventa.

22, la memoria del dentista

Él no recuerda rostros ni los asocia a nombres. Abra la boca para que lo examine. Ajá, ahora lo he reconocido, usted es el de la pulpitis en el sexto inferior izquierda.Kircho, ¿verdad?

Perfectamente podría hacerse una arqueología de las muelas y reconstruirse cada década según los tipos de empastes y los materiales utilizados. Bien, concluye mi dentista, sus dientes constituyen un breve pero exhaustivo repaso de los años noventa. El caos, la crisis, la primera fascinación por la metalocerámica, las endodoncias masivas, los tornillos torcidos, una pesadilla con todas las letras. Ah, si los dentistas fueran arqueólogos…

En el pasillo de la clínica dental de la ciudad donde crecí, sobre las puertas de las consultas, colgaban uno a uno los retratos de todo el Politburó, quién sabe por qué… Incluso de niños conocíamos la palabra «politburó», un hecho repugnante en sí mismo. Reconocía algunos de los rostros, sus retratos aparecían por la tele, estaban por todas partes. Estás allí, temblando, en aquel pasillo de mármol, con

sus puertas blancas e idénticas. Aguzas el oído para percibir el zumbido de la turbina. A veces alguien aúlla desde el interior. Y en ese pasillo lóbrego, aséptico, yermo, los rostros de aquellos tipos te miran desde las alturas. Rostros impersonales, avejentados, indiferentes. No hay esperanza a la vista.

Así fueron los setenta: un sumatorio de mármol y vejestorios. Aquellos rostros penetraron para siempre en mi cabeza y, como el perro de Pávlov, con solo oír la turbina del dentista, los rostros se me aparecen como unos santos patrones del dolor. Y viceversa, cuando uno de esos rostros me asalta desde las páginas de un viejo periódico, enseguida siento un pinchazo en la muela.

23,

Todas las mañanas reviso las revistas y los periódicos recién llegados. La revista Time de la segunda semana de enero de 1968. En Broadway representan Rosencrantz y Guildenstern han muerto, de Stoppard. En los cines estrenan El extranjero, de Visconti. Y en casi todos los apartados, el mismo asunto: la guerra. Uno pensaría que la Segunda Guerra Mundial no ha terminado todavía, o que ha vuelto a estallar. Se trata, claro está, de la guerra de Vietnam. Arriba, en un cuadradito, el número de soldados americanos muertos en Vietnam en 1967: exactamente 9.353. Siguen dos columnas sobre los sucesos en Checoslovaquia. Mejor dicho, los sucesos no han llegado aún, y ese titular —«Una razón para la esperanza»— acerca de la elección de Dubček pronto será desmentido. Pero estamos a comienzos de 1968, nada está claro aún. La historia todavía es noticia.

Bulgaria me asalta desde un párrafo donde se informa de que casi el veinte por ciento de los coches que circulan por sus carreteras tienen conductores oficiales (chauffeur-driven); es decir, transportan a burócratas y jefazos de todo calibre. Sin ninguna relación con esa información —aunque nunca se sabe—, en la página contigua, a todo lo ancho, brilla un enorme Pontiac rojo, tan inmenso como la calle misma. Un Pontiac Bonneville de 1968. En esa misma época, la segunda semana de enero de 1968, un jeep verde de lo más rústico (rústico pero oficial, la revista Time no erraba), de esos que tienen lona en vez de cabina cerrada, va dando tumbos por un camino de tierra en dirección al hospital de la ciudad vecina. El conductor es mi padre, y dentro del jeep viaja mi madre. Dentro de mi madre voy yo, camino de nacer.

Y he aquí que la estadística de la revista Time me atañe de forma muy personal: en la aldea no hay más coches. Quizá debido a todo el estrés de conseguir un coche para llevar a mi madre al hospital, mi padre saca todos los ahorros familiares, pide un préstamo y compra de

segunda mano un Varsovia, lo que bruscamente dispara el porcentaje de coches particulares en el pueblo. El Varsovia es potente, macizo y atronador, a diferencia de aquel Pontiac rojo, y, según dice un vecino, los militares lo tienen fichado, así que en caso de movilización lo nacionalizarían, le pondrían encima un cañón de calibre corto, lo que automáticamente lo convertiría en un pequeño tanque, y al conductor, en tanquista. El asunto tiene a mi padre en un sinvivir, porque ya estamos en mayo de 1968, en Praga aflora la Primavera y el mismo vecino (agente o bromista, nunca lo supimos) afirma que habrá que ir a liberar a los hermanos checos. ¿Liberarlos de quién?, pregunta mi padre, inocente perdido. ¿Cómo que de quién?, de ellos mismos, responde el vecino, y mi padre ya se ve partiendo hacia Praga, movilizado en su Varsovia.

¿Tendría alguna idea la revista Time de las angustias de mi padre y de mi nacimiento (ocurrido por el camino, en el mismo jeep de la cooperativa rural) cuando escribió sobre las razones para la esperanza en Praga y el déficit de coches particulares en Bulgaria? ¿Tendría alguna idea mi padre de la revista Time? Lo dudo. Y, sin embargo, todo está relacionado. El jeep. El Pontiac. Dubček.

Leyendo revistas y periódicos de hace cuarenta o cincuenta años. Lo que preocupaba entonces, hoy ya no preocupa. Las noticias se han convertido en historia.

Las exclusivas han perdido toda exclusividad. El papel de las revistas se ha vuelto amarillento, un leve olor a humedad se desprende de las otrora lustrosas páginas. ¿Y qué hay de los anuncios publicitarios? Los mismos que entonces hacíamos por ignorar con desdén adquieren hoy un valor nuevo. De repente, los anuncios se han convertido en las verdaderas noticias de aquel tiempo, en la entrada a aquel tiempo, son la memoria de lo cotidiano, que es la primera en estropearse, en cubrirse con una costra de moho. Como es lógico, los objetos que se publicitaban ya no existen, lo que no hace sino incrementar su valor. Huellas de un mundo desaparecido, un mundo que se divirtió, condujo sus Pontiac, vistió pantalones blancos y sombreros de ala ancha, bebió Cinzano, se paseó por Saint-Tropez. El mismo mundo que treinta años antes, en 1939, hizo cola para aprovechar los descuentos especiales en los receptores de radio, «para que usted pueda seguir en vivo la inminente guerra», como si aquello fuera un partido de béisbol…

En 1939 el consumo de transistores dio un salto de gigante. Aquel sería el medio de comunicación de la guerra. La invasión se anunció primero por la radio, luego se trasmitieron conciertos para los soldados del frente, la propaganda pasó a la onda corta y las victorias se anunciaron a los cuatro vientos, igual que se callaron retiradas y

derrotas. Y, entre tanto, todo el mundo se agolpó alrededor de la caja de madera.

Adónde habrá ido todo aquello… Qué habrá sido de los aparatos y de la gente que se agolpaba alrededor, de los suplementos en color de las revistas. La niñita rubia que anunciaba la hora de irse a la cama es hoy una anciana en alguna residencia y quizá no recuerda ni su nombre.

24,

Para mí fue toda una revelación observar a través de la puerta entornada del cuarto contiguo cómo la señora mayor que había llegado con la mirada hueca y el rostro impasible, carente de toda emoción, volvía de pronto a la vida al ver la gran radio de madera con las ciudades marcadas en el dial y comenzaba a leerlas una a una en alta voz:

Londres, Budapest, Varsovia, Praga,
Toulouse, Milán, Moscú, París,
Sofía, Bucarest…

Ahhh, Sofía, dijo ella, Sofía. En situaciones como aquella, yo debía aproximarme de un modo delicado y entablar conversación, estar dispuesto a escuchar la historia, animarla a recordar. Resultó que era emigrante de Bulgaria, su padre había sido un ingeniero alemán, se había casado con una búlgara, habían vivido en una bonita casa con jardín en un pueblo cercano a Sofía, en las faldas de una montaña… ya no recordaba el nombre. Su sobrino, que la había traído aquí, estaba junto a nosotros y no podía creer que su tía estuviera hablando, emocionándose. Supongo que este es su idioma, el búlgaro, dijo.

Para alguien que llevaba tantos años sin expresarse en aquel idioma, lo hablaba muy bien. Claro que la historia se veía resquebrajada por ciertos espacios en blanco en la memoria, en el idioma, para volver a arrancar desde otro lugar. Recordaba cómo solían reunirse todos por las noches alrededor de la radio, a la hora de la música. En cuanto a las noticias, sus padres las escuchaban sin otra compañía. La familia reunida escuchaba siempre los recitales para los soldados del frente y los conciertos de música clásica. Hablaba de la luz parpadeante de la radio, de cómo leía los nombres de las ciudades en el dial como una retahíla dispuesta allí solo para permitirle imaginar lo que había detrás de cada nombre.

Recordé que de niño hacía lo mismo, ese dial era mi primera Europa y pensaba que cada ciudad tenía un sonido diferente y que si

girabas el botón —el condensador— oirías el ruido de las calles de París o a alguien discutiendo en una plaza de Londres. Imaginaba siempre a una pareja discutiendo en Londres, no sé por qué… El mundo estaba cerrado y esos nombres de ciudades eran la única prueba de que más allá del fading, de las pérdidas de señal o de los intentos deliberados de silenciarla, esas ciudades existían y en ellas había otras personas que también se sentaban alrededor de la radio con sus hijos, y que si aguzaba bien el oído podría llegar a escuchar lo que hablaban por las noches.

Y la mujer hablaba y hablaba… Y entonces… La radio nos ordenó, schnell, schnell, rápido, tenemos que huir, las tropas rusas, yo kleine Mädchen de nueve años, un chaleco azul, rote botones… mamá… un conejito, aquí, señala la parte superior derecha de su chaleco, mamá había cosido un Kaninchen aquí… tenemos que huir, papá alemán, alemán, lo van a matar… y mi abuela grita… aquí malo, malo… tenéis que huir… el último tren y rápido, schnell, los aeroplanos vienen, disparan, ra-ta-tá, el tren para, abajo, al suelo… hierba, hierba…

Hierba…

Una pausa larga, como si el pensamiento se desvaneciera…

Hierba…

Otra pausa, de repente el recuerdo vuelve, planea como un avión sobre su cabeza… Su rostro se tuerce de miedo, levanta los brazos…

(¿Es posible? Creo que conozco de alguna parte a esta mujer…).

Su sobrino la abraza… Creo que ella ni siquiera lo ve, él no está presente en ese recuerdo, ahora ella está en 1944… su lenguaje se resquebraja del todo, se cuelan más palabras en alemán… Achtung… El tren transporta a los últimos empleados alemanes, a refugiados, a familias… los aviones lanzan bombas, el tren se detiene, tienen que saltar y tirarse al suelo. El olor a tierra, las balas alrededor de ella, el cuerpo de su madre, no menciona a su padre… pero aparece una vaca que se acerca hacia ellos, al trote, se detiene y mira alrededor, echa a correr otra vez, asustada por las bombas y el tiroteo… quítate, vaquita, grita la mujer, la niña es la que grita, quita, vaca, fuera… te matan… pero se ve que la vaca no la oye, muuu, va directa hacia la niña… y entonces un trozo de metralla (estoy rellenando los vacíos de su relato) golpea los cuartos traseros de la vaca, ella va sangrando y cojeando muuuuu, muuuu, muuu, muge la mujer, vaca, vaquita… se levanta y echa a correr hacia la vaca, su madre tira de ella con fuerza, se cae… dónde, dónde… muuu, muuu… vaca, vaca, no mueras, yo te salvo… la vaca está tumbada frente a ella meneando la cabeza… y los ojos… tiene ojos y está llorando la vaca, dice la niña anciana, llorando, llorando, y ella también está llorando…

Tante, tante, grita su sobrino en alemán con la sensación de

incomodidad de alguien que está presenciando una escena prohibida, cálmate. Por favor, haga algo, se dirige a mí asustado, no ve que está llorando…

Está recordando, le contesto. Por eso llora…

¡Hilde! El nombre me viene de repente. Hilde, digo en voz alta y la tomo de la mano. Su sobrino está boquiabierto, cómo sé su nombre, es la primera vez que vienen a la clínica, yo no hice el registro de admisión. Ella levanta la cabeza y me mira. No me reconocerá. Unos veinte años atrás estaba sentado en su salón en Frankfurt, mi mujer y yo pasamos dos noches en su casa, nos puso en contacto una amiga en común. Escribí algo sobre ella en su momento: Hilde, la mujer que salvó a Alemania.

No me reconoce. Sujeto su mano, sigo hablándole en búlgaro, le digo que veo a la vaca, ahora está pastando a la diestra de Dios, al menos no estuvo sola mientras moría, estaba viendo a una niña que le hablaba… esa es una muerte feliz. Las otras vacas mueren infelices, mientras que a esa la abrazaron, ahora todo está bien, ella está bien. Me doy cuenta de que no le hablo a la anciana, sino a aquella niña de nueve años, y ella se queda callada, recostada en el sofá, deja caer la cabeza y se adormece.

25, Hilde, la que…

Te espero en el aeródromo, dice Hilde al teléfono. Su voz es luminosa. Su búlgaro, de los años cuarenta. Hay palabras que abren inesperadas puertas hacia otras épocas. Me pregunto si cuando nos veamos en el aeropuerto de Frankfurt, que es un aeródromo en toda regla, será 1945 o 2001 (el año de nuestra conversación). Da igual, a partir de entonces, «aeródromo» será en mi memoria la magdalena que me mantendrá inseparablemente unido a Hilde, junto a otros dos objetos de los que hablaré en esta historia: una olla y un sencillo pan industrial.

Por supuesto, a la hora acordada Hilde me espera en el aeródromo, espléndida a sus setenta y pocos. En el extranjero las personas envejecen de forma más hermosa y más lenta, la vejez es más piadosa allí.

Es el momento de mencionar que Hilde nació en Bulgaria y que logró tomar el último tren antes de que llegara el Ejército Rojo. Querían quedarse, el padre, un geólogo alemán, no estaba involucrado con los militares, pero les advirtieron de que allí no les esperaba nada bueno. Hilde huyó junto con su madre búlgara y su hermano menor. El padre se quedó para ultimar algunos trámites con la casa, tomaría el tren al cabo de una semana. Murió tiroteado la noche siguiente…

Hilde tenía nueve años. Viajaron casi una semana, el tren sufrió bombardeos constantes. Recuerda nítidamente el olor a hierba y a tierra a su alrededor cada vez que se acurrucaban junto a los rieles. Me cuenta todo esto mientras permanecemos en un salón que, a su vez, ha permanecido para siempre en los sesenta, con su lámpara de techo y los sillones envejecidos con sus reposabrazos de madera.

Entonces me acuerdo de sacar el pan industrial que me había pedido por teléfono. Confieso que esa petición me sorprendió. Recorrí un par de supermercados hasta dar con el sencillo pan industrial búlgaro. Quién sigue comprando ese tipo de pan a día de hoy. Hilde lo tomó con cuidado, se emocionó y salió al pasillo para que no la viera. Al rato volvió y dijo que recordaba el sabor de ese pan de la infancia. Cortó dos rebanadas, las espolvoreó con una pizca de sal y me tendió una. Era la primera vez que veía a alguien comer con tanto deleite una sencilla rebanada de pan industrial con sal.

Luego me llevó a la cocina para mostrarme algo muy especial. Abrió la parte inferior de la alacena y sacó la olla del fondo. Era una olla enorme y pesada, hecha de un material tosco y duro. Parece que han fundido tanques para fabricarla, pensé entonces y hasta lo dije en voz alta. Hilde sonrió y dijo que no tenía ni idea de cuánta razón llevaba. Esa olla había sido el primer objeto, y el más valioso, que el devastado Estado alemán había entregado a cada familia. Una olla grande hecha de armas y municiones fundidas. Sobrevivimos gracias a esa olla, dijo Hilde, hasta podrías hervir piedras en ella.

Me imaginé a la joven Hilde en medio de la devastación de los años cuarenta y cincuenta en Alemania, retirando los escombros junto a las demás mujeres, buscando ladrillos enteros, construyendo, cosiendo ropa para su hermano, haciendo cola por unas pocas patatas, sentada en la oscuridad para ahorrar electricidad. Sin quejarse, como alguien a quien le ha caído en suerte levantar un país derruido hasta los cimientos.

Nos sentamos en su humilde piso y pensé para mí que algún día tendría que contar la historia de Hilde, una niña que, sin sospecharlo siquiera, había reconstruido Alemania. Con una pesada y magullada olla de hierro fundido y el recuerdo de una rebanada de pan industrial con sal.

26,

Poco a poco, otros siguieron el ejemplo de Gaustín y su clínica. En pocos años y en diferentes emplazamientos, empezaron a aparecer «cuartos» o «casas de pasado». En Aarhus, por ejemplo, utilizaron una villa etnográfica que se había construido hacía tiempo y que reunía casas de distintos siglos para mostrar a los estudiantes y a los turistas

cómo habían vivido sus antepasados y cómo criaban a sus gansos, ovejas, cabras y caballos.

Los gansos, ovejas, cabras y caballos no eran del siglo xix, aclaro.

Aquello despertó mi curiosidad, así que usé como pretexto un festival literario en Dinamarca, fui unos días antes y tomé el tren a Aarhus. Le había pedido a una amiga danesa que llamara de antemano para hacerles saber que como escritor y periodista estaba interesado en aquel proyecto suyo de carácter social, etc. Se conoce que lo había hecho de maravilla, porque a mi llegada me esperaba ya en la puerta una joven muy agradable para acompañarme.

En realidad, aquel lugar no tenía mucho que ver con la clínica de Gaustín. El museo seguía siendo un museo. Pero hete aquí que dos veces al mes las puertas se cerraban al público general unas horas antes para permitir el acceso a grupos procedentes de residencias de ancianos, en su mayoría aquejados de demencia senil. Según el estado de sus fuerzas y de su memoria, a algunos de aquellos hombres y mujeres les estaba permitido visitar la granja, donde daban de comer a los patos y a las cabras, regaban la huerta o simplemente tomaban el sol en el jardín. También había otros para los que semejantes ocupaciones no significaban nada, no tenían recuerdos de una vida rural ni de las labores propias del campo. A esos los llevaban directamente a un apartamento conservado tal como estaba en 1974. Me gustó eso del año concreto, aunque no quedaba claro si ese piso no había sido el mismo tanto en 1973 como en 1975. La mesa de la cocina, la nevera y el sofá tapizado del salón no se marchitan en un año como tulipanes cortados. Le tomaba el pelo a mi guía, por supuesto.

La chica era simpática y tranquila y, muy al estilo nórdico, soportaba mis dudas, preguntas y bromas muy al estilo sureño. Una vez en el apartamento, las mujeres se dirigen enseguida a la cocina, dijo. Como si se pusiera en marcha una suerte de brújula oculta, ellas, que a duras penas se orientaban ya en sus propios pisos, se movían aquí con desenvoltura, su reflejo condicionado convertido ya en instinto. Les atraía el olor de las especias, abrían los frascos de albahaca, clavo, hierbabuena, romero, hundían la nariz dentro, ya no recordaban los nombres, los confundían, pero sabían lo que eran.

Siguen el aroma ya perdido a café recién molido, continuó la joven, tenemos reservas precisamente de las marcas más populares de los cincuenta y de los sesenta. Les gusta molerlo ellas mismas. A menudo siguen girando el mango del molinillo mucho después de que el café haya terminado de molerse.

Me figuré que el recuerdo de los olores es el último en abandonar la guarida vacía de la memoria. Tal vez porque es el sentido más

temprano, por eso es el último en irse, como un animalillo salvaje que se alejara olisqueando con la cabeza gacha. Visualicé con claridad a esas mujeres girando eternamente los mangos de los molinillos cuadrados de madera, o esos otros cilíndricos y altos, de plata empañada y con mango de cobre. Es una imagen del siglo xvii, digna de los viejos pintores holandeses, Vermeer, Hals y Rembrandt, realismo, detalle y sublime cotidianidad al mismo tiempo. El giro interminable del molinillo de café, el aroma que se bebe con la nariz. Algunas cosas no cambian con los siglos. Me las imaginé moliendo los años, las estaciones, los días y las horas como granos de café. Cuando giran el mango de los molinillos, dijo la Joven de la Perla (sí, me apeteció llamarla así), es como si de verdad viajasen a otra época. Tenemos también una pequeña biblioteca con libros de los años sesenta y setenta, aunque las letras ya no significan nada para la mayoría de ellos. A veces hojean los libros para niños, disfrutan contemplando los dibujos. Pero eso es todo.

En realidad, resulta que justo a principios del siglo xvii un holandés llamado Pieter van den Broecke logró transportar a través de los mares unas cuantas semillas de café y cultivar el primer tallo de la planta en Europa. Uno de sus seguidores fue el mismísimo Carlos Linneo, a quien le chiflaban ese tipo de arbustos y quiso encargarse de los cuidados de la planta a partir de ese punto. El propio Linneo, de anciano, empezó a perder progresivamente la memoria. Él, que había dado tantos nombres al mundo, que había organizado y clasificado lo inclasificable, veía cómo desaparecían esos mismos nombres. Me lo imagino sentado delante de un nomeolvides, tratando de recordar el nombre en latín que él mismo le puso.

Caminábamos junto a esas casas de otras épocas. Paramos en la oficina postal de los años veinte para certificar el final de toda una industria de la expectación, de la alegría aplazada que brinda el mensaje que ha viajado durante días. Nos cruzábamos con nobles de siglos pasados, con lecheros, con pastores sin ovejas, saludábamos con la cabeza a los zapateros sentados delante de sus zapaterías, en algún sitio unos niños con pantalones cortos, tirantes y gorritas jugaban a pídola y en un pequeño cruce de caminos un mendigo extendía con humildad su gorra hecha jirones. La mayoría son voluntarios, señaló mi guía, estudiantes de historia o jubilados. No cobran nada y sin embargo se apuntan más y más cada año. A veces vienen vagabundos. Y de qué se disfrazan, pregunto conmovido. Les ofrecemos ropa limpia y abrigada de alguna época determinada, pero la mayoría no quieren cambiar de atuendo, prefieren mostrarse como son. Ellos mismos nos dicen, siempre ha habido vagabundos, ¿de qué siglo nos necesitáis?

Y tienen razón, por supuesto, pienso después. Los vagabundos no tienen historia, son… cómo decirlo, extrahistóricos. Impertenecientes. Como el propio Gaustín, en cierto modo.

Al final nos sentamos en una pastelería de la cadena más popular de los setenta donde elaboraban los pasteles, los merengues y los cruasanes con la harina, la vainilla, las cortezas de limón, la canela y todos los demás ingredientes de la época, horneados en hornos y fogones de aquel entonces, con los moldes y los glaseados de entonces, como subrayó Lotte. Nos quedamos allí, tomando un chocolate caliente de una marca que había sido popular en su época, en tacitas de porcelana con canto dorado. Las camareras de los setenta trajinaban alrededor, había algo familiar en ellas que me arrastraba muy atrás, hacia uno de mis primeros recuerdos, de reminiscencias casi eróticas, quizá relacionadas con esos botines blancos por encima del tobillo.

Lotte, le pregunté a bocajarro, ¿qué década elegiría: los sesenta, los setenta o los ochenta?

Se quedó en silencio un rato y luego dio la mejor respuesta que se puede dar a semejante pregunta: Me gustaría tener doce años en cada una de ellas.

Esta sería también mi respuesta.

27,

Sí, el experimento en Aarhus funcionaba, pero uno no podía librarse de esa sensación de parque temático, de visita a Disneylandia un domingo por la tarde. El intento de Gaustín pretendía otra cosa.

Vamos a bajar al 1968, me propuso cuando regresé.

Estaba bien eso de «bajar al 68», ese descenso órfico al inframundo. Aunque en realidad se trataba sencillamente de ir a la planta de abajo, donde estaban los sesenta. Nos sentamos en los dos sillones amarillo limón. Los había comprado —por un pastón a mi parecer— en la subasta de los bienes de un rico émulo de Warhol local, recién fallecido.

Sacó un paquete de cigarrillos, esta vez Gitanes, encendió uno, el humo acre flotó lentamente por la habitación. Abrió una botella de Seagram's, «Extra dry: the perfect gin», como lo anunciaban en la última página de Newsweek. «Usted pone la aceituna, nosotros ponemos el resto».

Y bien, cuéntame, empezó él… ¿Dinamarca sigue siendo «una cárcel»?

Le respondí que, más concretamente, parecía un museo, y le hablé en detalle de las casas de distintas épocas, del apartamento de 1974,

de varios cuartos más que me había enseñado Lotte, conservados tal y como estaban cuando los habitaban familias corrientes, con sus historias, sus álbumes de fotos, sus maletas y perchas llenas de ropa, su cesto para el pan y su jarrón de flores artificiales sobre la nevera. Una de las viviendas pertenecía a emigrantes turcos, un hombre de cincuenta y sus hijos de alrededor de veinte, todos ellos Gastarbeiter, por supuesto, «trabajadores invitados». Los ceniceros estaban colmados de colillas, el olor todavía perduraba. Me pregunté si los cambiarían de vez en cuando.

El problema es que, empezó Gaustín… Pronunciaba las palabras despacio, como si tratara de formular en el momento aquello en lo que había estado pensando por la noche. No sé si mencioné que Gaustín sufría de insomnio, cada vez que me tocaba pasar la noche en la clínica lo oía caminar, detenerse, hacerse un té, salir a fumar. Me recordaba a Funes el memorioso. Una vez le había dicho que, si lográbamos recrear la forma de las nubes de la madrugada del 30 de abril de 1882, por poner un ejemplo, habríamos alcanzado el punto de la perfección. O bien, pongamos, qué aspecto tenía el perro de perfil a las 3:14 de la tarde, añadió Gaustín entrando en el juego.

El problema, a su parecer, era que entrar provisionalmente en modo reminiscencia, visitar un pasado entre las dos y las cinco de la tarde para luego volver a salir a un presente ya irreconocible, era demasiado violento. Incluso doloroso. Igual que lo sería ir saltando de cabeza del verano al invierno, de la oscuridad a la luz, de la juventud a la vejez, sin transición. Eso de quedarse solo unas horas dejaba la puerta al pasado abierta por un período demasiado breve. Se sirvió más ginebra del 68 y dijo que, en su opinión, había llegado el momento de dar un paso más, de intentar algo más radical.

En resumen, la idea era construir toda una ciudad en el tiempo. Pero una ciudad auténtica, no como aquellos simulacros con una callejuela y unas cuantas casas de fibra de vidrio. Primero sería en 1985, digamos. Empezaríamos por allí. Le dije que no recordaba nada notable de ese año, excepto, pensé para mis adentros, porque fue el año en el que nos graduaron en el instituto y nos mandaron a la mili. Un año en la sombra del siguiente, en el que hubo Chernóbil, hubo silencio, hubo lluvias radiactivas y déficit de yodo, del que nos abastecíamos clandestinamente…

No hace falta nada extraordinario, repuso Gaustín. El tiempo no anida en lo extraordinario. Busca un lugar tranquilo y pacífico. Si das con rastros de otra época, será durante una tarde anodina. Una tarde en la que no haya sucedido nada en particular. Nada, salvo la vida misma… Quién dijo eso, rio Gaustín.

Tú, le contesté.

Te mueres de ganas de encalomarme todas tus ocurrencias. Aunque, bueno, quizá sí que me robaras esta en concreto.

Bien, la ciudad arrancará en 1985, iba animándose Gaustín. Hay que poner el año del revés, pipearlo a saco, como se decía en el 85. Con Gorbachov, Reagan y Kohl nos apañaremos de alguna forma, han dejado huellas claras. Pero averigüemos qué palabra usaban para referirse a las cosas que molaban, cuál era la jerga, por qué actores se volvía loco todo el mundo, qué ídolos empapelaban sus paredes, es preciso conocer las revistas del hogar, el programa de televisión, el pronóstico del tiempo, todos los números de la revista Ogoniok de ese año. Cuánto costaba una coliflor, el kilo de patatas, el Lada en el Este y el Peugeot en el Oeste. De qué se moría la gente y por qué se peleaba por las noches en los dormitorios. Reimprimiremos día a día todos los números de los periódicos de ese año. Luego haremos lo mismo con 1984…

¿No deberíamos seguir con 1986?, pregunté.

No, quizás haya que ir primero hacia atrás, me respondió. Por un lado, al haber perdido la memoria, nuestros pacientes seguirán retrocediendo más y más, irán recordando cosas cada vez más remotas. Después de 1985 para ellos vendrá el 1984, luego el 1983 y así sucesivamente… Ya sé que no eres muy fan de los ochenta, pero tendrás que aguantarlos. Los vas a restaurar, vas a llenarlos de historias. ¿Qué entristecía a la gente en los ochenta? Por supuesto que podríamos retener más tiempo un mismo año, podríamos repetirlo. Luego haremos la década de los setenta, en otro barrio.

Pero irán llegando nuevos olvidadizos para los que también los años noventa serán pasado, observé. Quizá deberíamos mantener disponibles todas las décadas. El pasado crece como la mala hierba.

En cualquier caso, llegamos a los setenta, prosiguió Gaustín, allí todo será más colorido, más psicodélico, tienes experiencia con la clínica. Claro que la clínica te parecerá un juego de niños en comparación con esas ciudades del pasado. La gente vivirá allí 24 horas al día, 7 días a la semana, 365 días al año. Entre ellas pasarán cosas. No sabemos qué tal irá. Luego viene el barrio de los sesenta, allí estarás en tu elemento. Podríamos alargar el 68 dos o tres años, si insistes, se rio. Algunos años duran más que otros. También llegaríamos a los cincuenta. Aquí será muy importante de qué lado de la historia estás, aunque fueron años ascéticos para ambos bandos.

¿Y qué haremos con los años cuarenta?, pregunté. ¿Qué haremos con la guerra?

Gaustín se levantó y se aproximó a la ventana. Tras un interminable minuto contestó:

No lo sé, de verdad que no lo sé.

Escuchar de él la frase «no lo sé» era algo que ocurría una vez cada cien años, Gaustín lo sabía todo, o al menos nunca reconocía lo contrario.

Entonces, en la tarde de 1968 o de 2020, la misma tarde, al fin y al cabo, Gaustín bosquejó lo que hasta cierto punto iba a ocurrir después. Era algo que parecía lógico y al mismo tiempo fuera de toda lógica, a la vez inocente y peligroso —un peligro, por así decirlo, de magnitud histórica—. Había sacado un viejo cuaderno de espiral y dibujaba planos, años, cronotopos, nombres de ciudades y países. Los Gitanes se iban consumiendo, a veces se le olvidaba un cigarrillo a medio fumar y encendía otro, me lloraban los ojos por el humo, quién sabe, supongo que sería a causa del humo. Unos nubarrones grises se cernían amenazadores sobre el futuro o el pasado, como quiera que lo llamemos, que Gaustín proyectaba delante de mí. Por supuesto, esto no es sino una metáfora, pensé entonces intentando ahuyentar mi presentimiento.

¿A qué venía ese experimento suyo, por qué necesitaba expandir el campo del pasado? Él había conseguido lo que otros ni siquiera habían soñado. Era de los primeros en introducir las clínicas del pasado. En varios países se estaban inaugurando centros basados en su experiencia. Los geriátricos ahora se desvivían por llegar a él, por trabajar con él, por invitarlo como asesor. Nunca aparecía en persona, me mandaba a mí a la mayoría de los sitios para transmitir sus negativas, siempre amables pero rotundas. Y aunque rechazaba toda entrevista o publicidad, su nombre se mencionaba con respeto y veneración, como cuando se habla de un genio o de un excéntrico a quien muy pocos han visto, y aquello no hacía sino reforzar la leyenda.

28, el Escapado

Lo apodé «el Solitario Corredor de Fondo». En su día hubo un airado libro británico de título parejo que, he de admitirlo, no llegué a leer nunca, pero el título se me quedó grabado en la cabeza. Últimamente recuerdo mucho más los libros que no he leído que aquellos que sí he leído. No lo considero ninguna anomalía, es igual que con lo que no ha sucedido.

A lo que iba, el hombre había sido realmente fondista (eso me dijeron, al menos). Estaba en buena forma física, se lo veía robusto, daba la sensación de que su cuerpo no quería olvidar que había sido un atleta. Muy vivaz, muy curioso, la enfermedad se había comido los últimos treinta o cuarenta años de su memoria, aunque a veces nos sorprendía con súbitos retornos. Los medicamentos trataban de

ralentizar el proceso, nosotros tratábamos de devolverle el tiempo que recordaba. (Está claro que no hay cura, pero uno tiene derecho a ser feliz también en la enfermedad, solía decir Gaustín). Era una batalla por el pasado, una batalla por cada recuerdo.

Probablemente, en dos o tres años más las fuerzas del Corredor lo abandonarían, la memoria de los músculos se debilitaría, el resquicio hacia el tiempo a recordar se estrecharía del todo o desaparecería por completo. Pero ahora todavía estaba en forma, incluso en una sospechosa buena forma. Vivía feliz en nuestra comunidad alzhéimer, en el barrio de los años setenta, lo habíamos reclutado en el 79.º Regimiento, bromeábamos Gaustín y yo.

Iba a diario a la pequeña biblioteca para leer el último número del periódico de 1979. Habíamos recopilado todos los números de ese año y los sacábamos día a día. El pronóstico del tiempo era lo único que no siempre coincidía. Pero nadie se esperaba otra cosa del hombre del tiempo, así que aquello tampoco llamaba la atención. El Corredor leía mucho, se emocionaba con todo lo que sucedía. Era melómano y todavía no podía superar la separación de los Beatles, estaba del lado de Lennon. La caída del régimen de Pol Pot, la primera visita del papa Juan Pablo II a México, lo seguía todo, el año había arrancado bien ese enero. Luego estuvo unos días abatido leyendo sobre el ataque chino en la frontera con Vietnam. Se alegró como un niño pequeño cuando vio la primera fotografía de los anillos de Júpiter enviada por la Voyager. Quería hablar largo y tendido sobre esos anillos, qué había en ellos, de dónde venían sus colores. Si por casualidad encontrarían nuevas formas de vida allí… Yo trataba de compartir sus expectativas y su premonición de milagro, como diría Gaustín, y sentir la misma excitación.

Pero por encima de todo le apasionaba Lennon. En ese momento el mundo derrapaba hacia ABBA y la música disco, señal inequívoca de declive, pero él seguía cada paso de John en las revistas y en los periódicos. Decían que se había vuelto muy casero, que horneaba panecillos y mimaba a Sean, de tres años. El Corredor no veía nada de malo en ello y cuando en otro periódico aparecieron sarcásticas insinuaciones por parte de Cynthia, la ex de John, afirmando que en realidad él se pasaba todo el día delante de la tele, el Corredor se enfadó de verdad. Una vez vino a verme con el último número de Life, si mal no recuerdo, y me leyó que últimamente Lennon se dedicaba a escribir su autobiografía y que ya estaba grabando en casete sus primeros recuerdos de niño en la casa en Penny Lane. Eso sí que voy a querer leerlo, repetía entusiasmado el Corredor.

Una noche vino a verme a horas intempestivas, cerró la puerta, no quiso sentarse. John Lennon va a ser asesinado, dijo rápidamente. Muy pronto. Estaba realmente preocupado, aunque no logró explicar

si lo había soñado o no. Un loco le va a disparar, incluso le he visto la cara. Sucederá cuando vuelva a casa, a la entrada del edificio Dakota. Hay que avisar de inmediato a la policía. Debe salir de allí.

No supe cómo reaccionar. ¿Se trataba de un súbito destello de memoria (¡lo que implicaba que la terapia surtía efecto!) o se había filtrado algo de información desde el exterior? Le prometí que por la mañana llamaría a la policía. Charlamos un rato y lo acompañé hasta su habitación.

A la mañana siguiente el Corredor había desaparecido.

La comunidad cuenta con una seguridad discreta pero importante. Por la sencilla razón de que los que van perdiendo la memoria pierden la orientación, se vuelven víctimas fáciles de incidentes fuera del recinto protegido. El Corredor todavía estaba en forma, los de seguridad dijeron que solo en el último momento lo habían visto saltar la valla y desaparecer.

La fuga de un paciente es un suceso insólito y desagradable para todos. Sobre todo, debido al peligro que corre su vida. En este caso concreto no solo saltas una valla, sino unos treinta o cuarenta años. No se sabe qué efectos tendrá esa colisión con la otra realidad. Además, un posible incidente podría llevar a una investigación y al cierre de la comunidad, a la enésima discusión en el gremio acerca de la conveniencia de la terapia, sobre si teníamos derecho a semejante «sincronización» entre el tiempo interior y el real, etc.

Todos los policías de la zona andaban sobre aviso de lo ocurrido y les habíamos pedido que tuvieran especial cuidado con ese paciente que «habitaba» otro tiempo. Dibujé diversos escenarios en mi cabeza mientras yo también recorría la ciudad vecina en su busca. Lo imaginé dirigiéndose al primer uniformado para rogarle, presa del desasosiego, que alertara de inmediato al FBI y la policía de Nueva York. Dígame, por qué motivo, murmuraría impasible el policía. Tengo un mensaje secreto, van a asesinar a John Lennon, es posible que el asesino esté ya en camino. Vaya, respondería el policía, con la sorna clásica del pies planos. ¿No es un poco tarde para eso, amigo? Pero… Cómo es posible. ¿Lo han asesinado ya? Nunca, nunca me lo perdonaré…

No me gustaría que tuviera que pasar por eso.

Por fortuna, todo acabó rápidamente y de la mejor forma posible. El Corredor, a quien a partir de ese momento llamaríamos el Escapado, vagó unas horas por la ciudad vecina (temí que buscase directamente un aeropuerto y tomara el primer vuelo a Nueva York), luego encontró la comisaría, donde ya estaban al tanto del incidente, pidió hablar con el inspector en jefe, este lo escuchó atentamente, tomó nota, dijo que enseguida alertaría al sistema y delante de él levantó el auricular para hablar directamente con la central del FBI. Luego le ofreció que lo acompañaran de vuelta a la comunidad en el

mejor coche (de paisano) de la comisaría.

No sabía cómo proceder con el Escapado, había vuelto del «más allá», había mezclado las épocas. En su caso, quizá deberíamos interrumpir la terapia y conminarlo a marcharse. O tal vez lo solicitaría él mismo. Me lo imaginé contándoles a todos que el auténtico tiempo era el que corría afuera, mientras que aquí dentro los engañaban con un pasado de segunda mano. Tanto los pacientes (al menos los que estaban en una fase temprana de la dolencia) como sus familiares conocían la esencia de la terapia desde que ingresaban en la comunidad. De todas formas, a partir de ese instante, en aras de la pureza del experimento, era mejor que no entrasen partículas de otra realidad. El entorno debía permanecer aséptico, a salvo de contaminaciones de otro tiempo.

A su regreso, el Escapado volvió a salirse por la tangente. Tras la cena lo escuché contar que, allá afuera, la ciudad estaba siendo sometida a un extraño experimento. Están escenificando el futuro, amigos… La gente camina con los ojos clavados en teles diminutas que les caben en la mano… Les salen cables de las orejas. Puede que estén filmando una película de ciencia ficción carísima. O probando estadísticamente cómo será todo dentro de muchísimos años… He ahí la conclusión del Escapado, proclamada a los cuatro vientos. He leído en Time predicciones por el estilo, añadía. Están experimentando con el personal, pero es todo tan artificial que no va a tragar ni el apuntador. En fin, menos mal que nos ha tocado quedarnos a este lado de la valla…

No se preocupe usted, me dijo más tarde, no le he dicho a nadie de los de afuera en qué año estamos, para no reventar el experimento.

Luego se disculpó por haber causado tantas molestias y me preguntó si creía que de verdad tomarían medidas para proteger a John.

Pensé un poco y le respondí que sí. Quedaba todo un año antes de que los periódicos demostraran que estaba equivocado.

29, números

Ya ves hacia dónde se dirige el mundo, dijo Gaustín una mañana… Un fracaso total, nada de lo que hace tiempo veníamos esperando para los próximos veinte o treinta años se ha cumplido. Tú mismo sabes que una parte del fracaso del futuro también es el fracaso de la medicina. El mundo envejece y cada tres segundos alguien pierde la memoria.

Las estadísticas eran su nueva obsesión, las rastreaba, se pasaba día y noche comparando y analizando la curva creciente de los distintos

trastornos de la memoria, datos de la Organización Mundial de la Salud, de la europea y de varios de los centros nacionales más grandes. Los números de Estados Unidos, por ejemplo, eran realmente aterradores: unos cinco millones de personas con demencia, otros cinco y medio enfermos de alzhéimer. A nivel mundial ahora son más de cincuenta millones, decía Gaustín, contando solo los casos registrados, eso es un país más grande que España, en unos siete u ocho años ascenderán a setenta y cinco millones, y eso de nuevo solo los diagnosticados. En la India, por ejemplo, el noventa por ciento de los que padecen demencia nunca son diagnosticados, y en Europa son casi la mitad. Casi la mitad en Europa, ¿te imaginas?, es decir, el doble de los números que tenemos. Estamos rodeados de personas para las que el gatillo ya ha sido apretado, solo que no lo saben. Tú y yo podríamos estar entre ellas… ¿Te has hecho pruebas?

No.

Yo tampoco. Se cierne sobre el mundo una especie de demencia global.

Gaustín sabía cómo penetrar en todos mis miedos ocultos. Últimamente tenía la sensación de que todos los días me abandonaban nombres e historias, que se escurrían a hurtadillas como comadrejas. Hay algo más, se trata de una de las tres enfermedades más caras del momento, siguió con los números. Los estadounidenses lo han calculado, 215 millones al año, y eso fue hace cinco años. Eso incluye medicamentos, trabajadores sociales, médicos, asistentes sanitarios a domicilio, ¿te imaginas cuántos asistentes sanitarios hacen falta? Algunos políticos de allí muy pronto pensarán en subirse a esta ola, habrá revueltas, nadie va a querer pagar enormes cantidades de dinero por personas con «discapacidades mentales», que ya no son más que una «carga para la sociedad, enfermos incurables que necesitan una muerte misericordiosa», demandarán políticas sanitarias radicales, una suerte de realpolitik en la medicina… te suena, ¿no?, esa retórica se elaboró y aplicó en los años treinta…

Menos mal que no tenemos que recrear también los años treinta, pensé, aunque ya me había asomado a ellos. Recordé la portada de Neues Folk de 1938, la publicación mensual de los nacionalsocialistas, con la imagen de un «enfermo incurable» y el titular: «60 000 marcos imperiales al año es lo que le cuesta a la sociedad esta persona aquejada de una enfermedad genética. Querido compatriota, este es también tu dinero».

Nuestros pacientes serían los primeros en las listas negras. Por ellos se empezó entonces: por las clínicas psiquiátricas y los geriátricos.

En cierta ocasión trajeron a la clínica a una anciana, la Sra. Sh., que se negaba a entrar en el baño y se sumía en una muda histeria con solo ver la ducha. Esto ocurre a veces, en la etapa más grave de la enfermedad las personas se vuelven agresivas, porfiadas, como niños con un berrinche negándose a hacer cosas que antes eran habituales. En estos casos buscamos jabones y champús de antaño que aún conservan su fragancia, productos de aseo, gorros de ducha de la época, aquellas gruesas batas con monogramas, espejos con mangos de marfil, peines de madera… Todo aquello que haría que un baño pareciera un espacio íntimo y acogedor. Pero en este caso concreto nada ayudaba. Ella seguía negándose, llorando e implorando a las enfermeras que tuvieran misericordia. Entonces Gaustín y yo escarbamos en los archivos, rastreamos a los familiares vivos de aquella mujer, entre sus papeles, y descubrimos —he de reconocer que Gaustín fue el primero en darse cuenta— que la Sra. Sh. era superviviente de Auschwitz. Por lo visto, ella misma había intentado olvidar y no hablar del tema. Pero ahora, en la última fase de la enfermedad, aquello que toda su vida había querido borrar se abalanzaba sobre ella de vuelta como un tren de frente y no podía refugiarse en otros recuerdos y en otros tiempos. En algún lugar Primo Levi escribió que el campo de concentración es esa realidad ineludible en la que sabes que tarde o temprano te despertarás en medio del sueño de la vida. Y esa sensación no se desvanece con el paso de los años.

De repente se explicaron las eternas preguntas matutinas de la Sra. Sh. acerca de si habían encontrado a su madre y si sus hermanos estaban vivos. Entendimos por qué acopiaba las cortezas de pan y las sobras del comedor, escondiéndolas en su armario. Había que evitar todo lo que desencadenaba esos recuerdos: las duchas, el repiqueteo de los tacones de las enfermeras por los pasillos (los sustituimos por zapatillas mullidas). La iluminación de turno se suavizó. Parte del comedor se redistribuyó en espacios más pequeños y acogedores para evitar las grandes salas compartidas, el traqueteo de los cubiertos, la aglomeración de personas. Sin querer te das cuenta de cuántas cosas en una clínica están potencialmente cargadas de una violencia oculta, como diría Foucault. Nada volvería a ser inocente: los baños, el comedor, el horno de gas, el médico de bata blanca que quiere ponerte la inyección, la iluminación, los ladridos de los perros afuera, la voz tajante, ciertas palabras en alemán…

Este era uno de los raros casos en los que Gaustín estaba dispuesto a abstenerse de despertar la memoria.

31, diagnósticos nuevos e inminentes

Family collapse disorder

En una pequeña localidad suiza, un hombre vuelve a su casa y se encuentra a unos desconocidos dentro, una mujer y dos tipos jóvenes que están ahí a sus anchas. Los encierra sellando las posibles salidas, llama a emergencias, la policía llega y rodea la casa.

Papá, qué te pasa, gritan sus hijos desde dentro.

Dicen que la pérdida masiva de memoria que se avecina podría ser una especie de virus que llega al hipocampo, destruye las células cerebrales, bloquea los neurotransmisores. Y el cerebro, esa creación sublime de la naturaleza, se convierte en poco más de un año en una masa gelatinosa. Varios científicos de talla mundial ponían el ejemplo de las abejas, alertando de que lo que estaba ocurriendo con su misteriosa desaparición, el llamado colony collapse disorder, era en realidad el mismo mecanismo del alzhéimer, solo que aplicado a la familia humana.

Síndrome del vinilo que salta

Al despertar una mañana, tras un sueño intranquilo, descubren, aún en su cama, que han sufrido una metamorfosis…

El tiempo ha saltado, como solían hacerlo antaño los vinilos.

Un hombre y una mujer, estudiantes universitarios, se acuestan juntos por la noche y se despiertan veinte años después. Sienten que algo les ha pasado a sus cuerpos, están rígidos, adoloridos, no llegan a ser los de sendos artrópodos, pero tampoco es que la cosa pinte mucho mejor. En el cuarto irrumpen gritando unos niños desconocidos.

Mamá, papá… Vamos, levantaos ya. Lleváis todo el día durmiendo…

Quiénes sois, cómo os llamáis, pregunta la pareja desde la cama… Esperad fuera.

¿Dónde leches está mi pelo? ¿Qué hicimos anoche? ¿Bebimos demasiado? Fuimos a una fiesta… ¿Recuerdas? ¿Lo hemos soñado? ¿Recuerdas lo que has soñado?

Para nada.

Yo tampoco.

Hmm… Espera un momento, había gente… Me felicitaban por algo, y después… No, todo se desvanece. Intenta recordar tú.

Yo celebraba que había aprobado los globales de tercero. Tenía que volver a casa.

Compartíamos las mismas clases, ¿no?

Pensaba llamar a mis padres para avisarles de que dormiría en casa

de alguna amiga.

Mira el reloj.

¿Les llamo ahora? ¿En qué año estamos?

¿Dónde leches está mi pelo? Vuelve a tocarse la cabeza calva.

Llevamos unos meses saliendo. Anoche, borracho perdido, me pediste que me casara contigo.

Uno dice cualquier cosa cuando se mama…

¿Sí? Pues míranos ahora, se conoce que lo hicimos.

No recuerdo nada. Este no es nuestro apartamento.

Seguramente nos hemos casado. Habremos encontrado curro. Quizá tenemos amigos. No recuerdo nada de nada. Quizás… ¿hemos ido a la playa? Seguro que hemos ido a la playa. Dime, ¿sabes cómo se llaman los niños?

No, por Dios, de qué estás hablando, yo no sé nada de ningún niño.

Es preciso llamar a un médico.

¿Un médico? ¿Y qué vamos a decir?

Pues que nos hemos despertado esta mañana y resulta que habían pasado veinte años.

¿Has mirado un calendario?

Sí, lo he mirado, estamos en el año 2020. Dos mil veinte. O sea que estamos en otro siglo.

Espera, ¿cuándo estuvimos en tercero? ¿Cuándo fue aquella noche… anoche?

Debió de ser en 1998.

Exacto. Nos emborrachamos después del examen de… ¿de qué era? Y te quedaste en mi casa y lo hicimos de cualquier manera y nos quedamos sobados. Pero entonces yo tenía veintitrés y me llegaba pelo más allá del cogote, joder.

Y tampoco tenías esa… cosa. Estabas algo más flaco, quiero decir.

Tú también tenías otra pinta, perdona.

¿Y qué le decimos al médico? ¿Que nos hemos despertado esta mañana y lo último que recordamos es que nos acostamos en junio de 1998? Hemos dormido durante veinte años, doctor… Bueno, pues no haber dormido tanto, responderá. ¿Qué síntomas tienen? Pues eso, que me he quedado calvo, dirás tú. Y yo estoy más vieja, diré yo. Y no recordamos nada de nada.

Se tapan la cabeza con la manta y vuelven a dormirse con la esperanza de que esta vez duerman al revés y vuelvan a despertarse en su piso de antaño.

32, tiempo protegido

El paso siguiente llegó cuando Gaustín decidió abrir las clínicas del pasado no solo a los pacientes, sino también a sus familiares. Luego

apareció gente que quería vivir en un año concreto, sin tener relación con ningún paciente. Gente que no se sentía en casa en el tiempo presente.Algunos —supongo que la mayoría— lo hacían por nostalgia de sus años felices; otros, por el temor a que el mundo hubiera iniciado un declive irrefrenable y que el futuro fuera cancelado. Una extraña zozobra flotaba en el aire, se podía percibir su tenue aroma al inhalar.

Yo no tenía claro si debíamos permitir el ingreso de gente objetivamente sana en las clínicas. Semejante batiburrillo ¿era justificable? Quizá sí. Quizás el derecho al pasado era sagrado y válido para cualquiera, como solía decir Gaustín. Era lo que buscaba la gente y, si no lo encontraba aquí, lo encontraría en otro lado. En realidad, ya habían empezado a proliferar todo tipo de hoteles del pasado, montados deprisa y corriendo.

Gaustín no compartía mis dudas y, poco a poco, empezó a abrir el régimen de las clínicas. Para alguien cuya obsesión era el pasado, cada expansión del campo era bienvenida. De todos modos, lo hacía con prudencia. No estoy seguro de que tuviera una estrategia ni tampoco creo que quisiera lucrarse con todo aquello (aunque, sin duda, disponía de un enorme nicho de mercado para hacerlo). Yo creo que él veía algo más que el cheque sólidamente conformado del pasado. Quería introducirse dentro del mecanismo de relojería del tiempo, ralentizarlo, empujar alguna ruedecita, hacer retroceder la aguja.

La idea de Gaustín llegaba mucho más lejos. No se trataba de pasar allí un par de horas al día como si fueras al gimnasio, sino de quedarse… no dijo para siempre, quizás una semana, un mes, un año. Vivir en ese lugar. Digo «lugar» y veo lo fuera de lugar que está esa palabra. En realidad, Gaustín quería abrir el tiempo para todo el mundo. Porque se trataba exactamente de eso. Donde otros pensaban en términos de espacio, metros cuadrados y hectáreas, él medía en años.

El experimento consistía en crear un pasado protegido, o un «tiempo protegido». Un refugio de tiempo, un cronorrefugio. Quería abrir una ventana en el tiempo y dejar que allí vivieran los enfermos, pero también sus familiares. Ofrecer una oportunidad a las parejas de ancianos, que habían pasado toda su vida juntos, de seguir juntos. Hijas e hijos, más a menudo las hijas, que querían pasar con su madre o con su padre un mes más, o incluso un año más, antes de que todo se desmoronara por completo. Pero no solo que permanecieran junto a sus camas en un aséptico cuarto blanco. La idea era que estuvieran juntos, en el mismo año, que se reunieran en el único «lugar» posible: ese momento que todavía titilaba en la memoria menguante del

progenitor.

33, el último partido

Caminaba en la cálida noche de junio de 1978. En algún lugar de la calle flotaba el «such a lovely place, such a lovely place, such a lovely face»… El «Hotel California» de los Eagles acechaba en todas partes aquel año. Sombría y embriagadora, a veces dejaba de tener sentido, luego lo recuperaba. Esa coda de guitarra al final era realmente hipnotizante. Eran la bomba esos chavales. Las revistas musicales les vaticinaban un futuro brillante. Treinta y tantos años después, de todos sus álbumes no quedaría más que aquella canción.

… Some dance to remember,
some dance to forget…

En la calle mayor, la terraza del restaurante estaba repleta. Un televisor de baquelita proyectaba en su panza la final del Mundial de fútbol. Lo retransmitían en directo desde Buenos Aires. Me paré a mirar. Holanda contra Argentina, Europa contra América Latina. Sabía muy bien cómo iba a acabar ese partido, fue el primero que vi con mi padre hace cuarenta y tantos años. Debido al juego sucio de los argentinos vamos con Holanda, pero es obvio que van a perder. En el minuto noventa Rob Rensenbrink recibirá el balón tras un pase largo, chutará y… dará en el poste. Hemos apostado por el equipo perdedor. A estas alturas deberíamos estar acostumbrados, puesto que Bulgaria siempre suele perder, y encima en ese partido ni siquiera jugamos nosotros. Pero uno nunca termina de acostumbrarse. Y es que Holanda juega de lujo. No es justo, ¿no ganan siempre los buenos?, golpeo con mi puño de niño sobre la mesa. Intento enfadarme más que mi padre. Mi padre se gira hacia mí y me dice: Mira, viejo —solía llamarme así —, la vida es más que una derrota.

Hay cosas que se le quedan a uno de por vida. Tal vez porque los padres de aquel entonces, y el mío no era ninguna excepción, nunca nos hablaban como a adultos. De modo que esa frase entró en la categoría de los acontecimientos extraordinarios. Ese debía de ser el testamento paterno. Nunca llegué a entender si quería decir que la vida estaría llena de derrotas y aquella no era sino la primera de muchas, o que la vida estaba siempre por encima de cualquier derrota. Tal vez ambas cosas.

En el restaurante resuena el bullicio, todo el mundo está sobreexcitado por el partido. Allí, en la última mesa, está sentado un hombre de unos ochenta años, cabellos blancos, ojos claros, alto y espigado. No quita los ojos del televisor, pero no participa en la

emoción colectiva, al menos no visiblemente. No parpadea, no mueve un músculo. Me abro paso hasta él. ¿Se puede?, pregunto. Me mira sin volver la cabeza. Su labio inferior tiembla de forma casi imperceptible.

El partido se acerca al final del segundo tiempo, empate en el marcador. El estadio entra en efervescencia. El tiro al poste es inminente. Las prórrogas son inminentes. Todo el mundo está vitoreando el nombre de Kempes. Ahora viene el minuto noventa. Un pase hermoso, parabólico, todo el mundo en las mesas se eriza, los hinchas de Holanda se levantan de las sillas listos para gritar, el balón vuela amenazador hacia la portería de Argentina, aterriza en el pie de Ronsenbrink, controla, chuta… ¡Aaaah! Oooohh… Al palo. El grito, preparado para el gol, se derrumba en un prolongado suspiro…

Miro al hombre a mi costado. En realidad, todo el tiempo he intentado ver el partido a través de sus ojos. En el tiro de Ronsenbrink él simplemente aprieta el puño derecho sobre la mesa. Vaya, así que no es completamente indiferente, al fin y al cabo. El marcador sigue empatado, va subiendo la tensión, el comentarista está ronco. Sigue una pausa de unos minutos en la que se piden más cervezas. Contemplo los rostros de la gente. Me pregunto si todos están viendo ese partido como si fuera la primera vez. O tal vez algunos de ellos sí lo saben, lo recuerdan; sus acompañantes, desde luego. Pero qué importa, en realidad da lo mismo, los rostros de todos ellos están excitados e iluminados. No sabemos cómo terminará el partido que terminó hace cuarenta y tantos años. También yo intento verlo como si fuera la primera vez. Quizás hoy ocurra el milagro. Todo es posible, todo vuelve a ser inminente.

Los periódicos de mañana se venderán como churros, saldrán los primeros análisis, las primeras fotos del partido. Las mismas de hace cuarenta años, solo que reimpresas en papel nuevo que aún conserva el olor a tinta. Se hablará de ese partido durante todo el mes, del gol de Kempes en la prórroga. De la negativa de los holandeses a asistir a la ceremonia de entrega de las medallas, de la negativa de Cruyff a jugar en la selección de los tulipanes, que predeterminó el desenlace del Mundial, del juego sucio de los argentinos al retrasar el partido por la muñeca vendada de uno de los holandeses… De todos esos detalles de los que está hecha la historia.

Pero ahora no me interesa la historia, me interesa solo la biografía. La gente no tiene prisa por marcharse, se terminan sus cervezas, comentan, se enfadan. Ni siquiera los que iban con los argentinos se atreven a mostrar su alegría. Yo sigo en la mesa junto al hombre. Está oscuro, la gente se levanta y se va. Se levanta un aire frío.

Lo tomo de la mano y le digo en voz baja pero clara: Mira, viejo, la vida es más que una derrota. Se gira hacia mí muy despacio. Me mira,

y no estoy seguro de lo que ve, de lo que se agolpa en su despoblada memoria. Han pasado cuarenta años desde que vimos ese partido juntos.

Si no existo en su memoria, ¿existo en absoluto?

Transcurre un minuto. Sus labios se mueven y repite sin voz, solo con los labios, pero yo lo entiendo, esta es la contraseña, dos sílabas: vie-jo…

Esta es nuestra última conversación. Ya no vuelve a reconocerme, todo evoluciona horriblemente rápido. El cerebro se ha rendido, las provincias del cuerpo se rebelan. Lo he traído para que esté conmigo en la villa que Gaustín acaba de abrir.

Por supuesto, antes comprobé qué es lo que había en el país del que vengo. La clínica a la que fui —con el pretexto de visitar a un familiar para que me dejaran entrar— era desesperante. La mayoría de los pacientes estaban atados para evitar que armaran alboroto, ponían los ojos en blanco, delirantes, y aullaban por lo bajo como bestias, con la voz quebrada a fuerza de gritar. Creo que fue lo más terrible que he visto en mi vida, y eso que he visto cosas realmente terribles. ¿Qué se esperaba usted? Estoy yo aquí solo con treinta pacientes, no puedo controlarlos a todos, pero al menos no sufren por mucho tiempo, me espetó un sanitario al pasar a mi lado en el pasillo. Salí disparado de allí y, al cerrar el portón, vi un anuncio de una agencia funeraria con varios números de teléfono impresos en un sencillo folio. Memoricé su nombre: Memento Mori.

Agarré a mi padre y, contra sus deseos, lo traje a la clínica de Gaustín. Un hombre tiene derecho a morir humanamente. En esos tres últimos años, siempre que ha estado lúcido ha querido marcharse. «Marcharse», en su idioma, significa que lo ayudemos a morir. Lo ha ido escribiendo en todos los trozos de papel posibles, incluso en el papel pintado de su cuarto. Mientras aún podía escribir.

Diez meses después me rindo y decido valorar las opciones de la eutanasia. Solo por saber.

34, guía para el final

Nunca antes habíamos sospechado que la pérdida de la memoria pudiera ser letal. O al menos yo nunca lo sospeché. Siempre me lo he tomado más bien como una metáfora. De repente te das cuenta de la cantidad de memoria que llevas en el cuerpo, voluntaria e involuntaria, a todos los niveles. El modo en que se reproducen las células, eso también es memoria. Una especie de memoria corporal, celular, tisular.

¿Qué ocurre cuando la memoria empieza a retirarse? Primero

olvidas palabras sueltas, luego rostros, habitaciones, extravías el cuarto de baño en tu propia casa. Olvidas lo que has aprendido en la vida; de todos modos, no era mucho, muy pronto se desvanecerá con el resto. Luego, en la fase sombría, como la llamaba Gaustín, llegará el olvido de todo lo acumulado antes de que existieras, aquello que tu cuerpo sabía por naturaleza, sin ni tan siquiera sospecharlo. Esto es lo que va a resultar letal.

Al final la mente olvidará cómo hablar, la boca olvidará cómo masticar, la garganta olvidará cómo tragar.

Las piernas olvidan el caminar, ¿cómo coño se hacía eso?… Alguien recordaba por nosotros cómo levantar un pie, doblar la rodilla, hacer medio arco y colocarlo delante del otro pie, luego levantar el otro que se ha quedado atrás, nuevo medio arco, colocarlo delante del otro. Primero el talón, luego toda la planta y al final los dedos. Y vuelves a levantar el otro pie que ahora es el de atrás, doblas la rodilla…

Alguien va apagando las luces en los cuartos de tu propio cuerpo.

La última fase de la enfermedad no entraba del todo en el ámbito de nuestras clínicas, aunque la gente también moría aquí. La mayoría, sin embargo, era trasladada a un hospital. Allí, el enfermo aguantaba un poco más solo gracias a las máquinas, a pesar de las señales en contra que enviaba el propio cuerpo. Porque el cuerpo se suicida por partes, órgano a órgano, célula a célula. También los cuerpos se hartan, desfallecen, quieren descansar.

Solo en unos pocos lugares del mundo este deseo del cuerpo puede ser escuchado. Además de ser un paraíso para los vivos, Suiza es también el paraíso para los moribundos. Durante varios años seguidos Zúrich ha sido, invariablemente, la segunda mejor ciudad del mundo para vivir. Probablemente sea la mejor ciudad del mundo para morir, es del todo asombroso que no se hagan este tipo de rankings, al menos no de manera oficial: las mejores ciudades para morir. Para aquellos que puedan permitírselo, claro está. Morir ha llegado a ser bastante caro. ¿Acaso la muerte fue alguna vez gratuita? Tal vez con pastillas sea algo más caro, es más difícil con pistola, al menos hasta que te hagas con una, pero hay otros métodos mucho más sencillos y perfectamente gratuitos: un ahogamiento, una soga, una caída desde lo alto. Una conocida mía me dijo: Me dan ganas de tirarme del terrado, pero me imagino luego allá, en mitad de la acera, hecha un adefesio, el pelo fatal, la falda arrugadísima, los lamparones y todo eso. Y me entra tanta vergüenza que abandono el plan. Además, ¿no te

echan fotos en esos casos? Porque la gente, encima, se detendrá a mirar…

He ahí las señales de un cuerpo sano: siente vergüenza, anticipa, piensa en el futuro incluso después de su muerte, es vanidoso. El cuerpo que de verdad desea la muerte ya no siente vanidad.

En dos palabras, si puedes montártelo tú solo, te sale gratis. Pero ¿qué ocurre cuando ya no te quedan fuerzas para matarte? No solo fuerzas, sino memoria de cómo hacerlo. ¿Cómo abandono este mundo, maldita sea, dónde han escondido la puerta? Nunca tuviste una experiencia de primera mano. O quizá sí, quizá tuviste una o dos, pero fueron en vano. (La auténtica tragedia está ahí, en el intento infructuoso de suicidio; el intento logrado es un mero trámite).

¿Cómo demonios se suicida la gente?, se pregunta la mente en sus últimas oleadas de lucidez. ¿Cómo se las apañan en las novelas, por ejemplo? Era algo con la garganta, algo pasaba con la garganta… El aire, el aire se detiene y el agua entra y te llena como una botella… O una hoja afilada… Creo que había una cuerda, aquí hay una cuerda, pero qué hago yo ahora con la cuerda…

Lo siguiente es el «suicidio asistido». Cuidado con la expresión. La cosa está tan mal que no puedes hacer nada sin un asistente, ni siquiera morirte.

Y en esta situación desesperada aparece el servicio. Si estás en condiciones de costearlo, podrás considerarte un afortunado. Si no, meterás en gastos y largas cavilaciones a tus seres más queridos. La cuestión es más bien cómo ellos, al pagar por tu asesinato, lograrán esquivar el peso sobre sus conciencias. Oh, la civilización está muy avanzada cuando se trata de justificar la muerte. Nunca la subestimen en este aspecto. Siempre hallará una palabra bonita para la ocasión. Eu-ta-na-sia. ¿No les suena a diosa de la Antigüedad?. La diosa de la buena y bella muerte, la imagino empuñando una jeringuilla finísima en lugar del cetro. «La eutanasia es una muerte causada por el bien de la persona cuya muerte se está causando». He aquí una nueva mortificación del lenguaje, que convulsiona y se retuerce hasta morderse la cola para excusar lo que no admite excusas. Te mato por tu bien, ya lo verás (o no; más bien no)… Verás cómo te sientes mejor… Verás cómo remiten los dolores…

Supongo que en este país tal práctica nunca dejó de existir desde la Segunda Guerra Mundial. La eutanasia le queda bien. Ilegal al principio, luego semilegal. Todo el mundo había estado cerrando los ojos, como en otras tantas ocasiones, dando a las clínicas privadas la oportunidad de acoger a personas procedentes de toda Europa que se dirigían hacia la muerte. De una parte de Europa, para ser exactos. A

los de la otra parte, mi parte, también esto nos fue negado. Por no haber, no había ni anestesias, como para hablar de eutanasias. La muerte durante el comunismo no era ningún caprichito gestado entre sábanas de seda. Además, nadie te habría extendido un pasaporte y un visado para abandonar el país con un billete de ida, sin garantías de que fueras a volver. Te vas, te mueres y automáticamente te conviertes en un «sin retorno», por lo que te condenan a muerte. In absentia y a título póstumo.

Suiza como eutanasia. Switzerland as euthanasiland. Si busca usted un buen destino para morir, podemos ayudarlo. Es sorprendente que este negocio de la muerte no haya entrado de forma oficial en las guías turísticas. Todas las guías se crean con la ilusión de que la persona está viva y viaja. Se da por sentado. La muerte no existe en las guías del mundo. Es una omisión imperdonable.

¿Y qué pasa cuando a uno le llega la hora de partir? ¿Qué pasa cuando se desea viajar de un modo definitivo? ¿Por qué todavía no disponemos de guías para esa clase de viajeros? Quizá existen, quién sabe.

Sterbetourismus. Estoy casi seguro de que la palabra se inventó para el caso suizo. Alrededor de mil extranjeros se desplazan allí cada año, sobre todo alemanes, pero también bastantes ingleses. Y no solo se trata de enfermos desahuciados. También hay parejas de ancianos que han acordado marcharse juntos si uno de ellos es enfermo terminal. Los imagino llegando al hospital, afables, algo torpes, cogidos de la mano. Así, mano a mano, recorren juntos todo el proceso. No quieren perderse de vista el uno al otro en los infinitos campos elíseos. No podrían acordar una hora ni un lugar para el reencuentro.

El precio. ¿Cuál es el precio, a todo esto? Rastreo los sitios web. Unos siete mil francos por los preparativos. Con el funeral y demás formalidades, diez mil. Seguro que contratar a un asesino sale más caro. Y sin todas las comodidades.

Quizá tengan descuentos para parejas. Por otra parte, siete mil francos tampoco es una cantidad tan grande para un país como este. Así que el beneficio estará seguramente en el volumen de ventas. Teniendo en cuenta cómo han subido los precios de todo… Está claro que el precio de la vida baja mientras que todo lo demás sube. Y no es que la muerte haya salido cara nunca jamás a lo largo de la historia. De hecho, más barata de lo que ha estado en el siglo xx, imposible. Que sí, que sí, seguro que cuentan con el volumen de ventas.

Por otra parte, ¿cómo se justifica ese precio? Son quince gramos de pentobarbital en polvo. En México te los entregará en mano cualquier

veterinario si le dices que quieres practicarle la eutanasia a tu chucho decrépito.

Estudio detenidamente la web de una de esas organizaciones. Se supone que no tiene ánimo de lucro, la web es muy sencilla. Manda el verde. Jamás imaginé el verde como el color de la muerte. El eslogan en la cabecera de la web —«To live with dignity, to die with dignity»— evoca más bien el lema de una orden de samuráis, lo que no es falto de sentido. Una foto sencilla de todo el equipo inspira un tenue horror: las amplias sonrisas, las bonitas dentaduras, los brazos abiertos. ¿Cuántos aparecen? Son doce, como los apóstoles. Me pregunto si es intencionado. Lo dudo. En 2005, sin embargo, uno de ellos resultó ser todo un Judas y filtró a la prensa información interna de la organización, a la que se refirió como «una máquina de matar bien remunerada».

No tienen ningún teléfono de contacto, así que tampoco recibirán queja alguna.

«This process is absolutely risk-free and painless», dice el folleto médico que me entregan. ¿No es peligroso para la vida? Qué querrán decir, maldita sea, ¿que no produce molestias estomacales, estreñimiento, que no crea adicción, es apto para hipertensos?

Tienen hasta unas rebajas de verano. Se ve que la gente prefiere morirse en invierno. Me pregunto si las rebajas animan a la gente a decidirse. Siendo como es una ocasión especial, la última ocasión especial, no hay por qué racanear, uno puede permitirse tirar la casa por la ventana. Supongo que los intermediarios y los discretos gestores de la muerte (seguro que existen, disfrazados de agencias turísticas) se aprovechan de ello. Una esbelta limusina negra, con espacio para la camilla, si está usted incapacitado para levantarse, lo llevará por las carreteras de Europa. Si el paciente lo desea y su estado se lo permite, pasaremos una noche en Austria, luego una tarde a orillas del lago de Zúrich. A la vuelta la limusina se convertirá en coche fúnebre y transportará la urna directamente, esta vez sin altos en el camino.

El sterbetourismus es para gente pudiente, los pobres no le han tomado el gusto a la eutanasia.

Después de la carnicería de la Segunda Guerra Mundial y de la industria de la muerte en los campos de concentración, Europa lo tiene mucho más difícil a la hora de permitirse ofrecer una buena muerte. Así es como la neutralidad convierte inevitablemente a Suiza en un delicado monopolista. Como diría Gaustín, sea lo que sea que señales en Europa a día de hoy te conducirá hasta la Segunda Guerra Mundial. Después de 1939, nada volvería a ser igual.

Fui a ver el edificio donde se lleva a cabo el ritual o el procedimiento. Era del todo anodino. Parecía más bien una gran barraca de dos plantas con revestimiento de plástico. El interior también es modesto, a juzgar por las fotos de la web. Una cama, una mesita de noche, dos sillas y un cuadro en la pared. Algunas ventanas dan al lago.

Intentaba leerlo todo con mirada fría y tecnológica para no pensar en el resto. Lo raro es que todo el tiempo me estaba imaginando a mí mismo y no a mi padre. La tecnología estaba clara, pero de todos modos cómo lidiar con el sentimiento de culpa. Mi padre, como si lo hubiera intuido, me ayudó con delicadeza. Igual que durante toda su vida los padres se sacrifican sutilmente por sus hijos. Se marchó solo. Me quedé las últimas horas a su lado, le sujetaba la mano, me preguntaba qué le gustaría volver a sentir con sus últimas células de memoria, si pudiera. Encendí un Stewardess, del almacén de los años setenta, las provisiones del Este. Mi padre fumaba de la manera más hermosa que yo haya visto. Intentaba imitarlo cuando encendía a escondidas mis primeros pitillos. Di una calada al Stewardess por él. Advertí que las aletas de su nariz temblaban levemente y los párpados registraban el cambio en la atmósfera. Luego se calmó.

Se fue la última persona que me recordaba como un niño, pensé. Y solo entonces estallé en sollozos, igual que un niño.

35,

¿De dónde viene esta obsesión personal por el pasado? ¿Por qué me atrae como un pozo sobre el que me inclino? ¿Por qué me hechiza con rostros que sé que ya no existen? ¿Qué es lo que queda allí que no conseguí llevarme? ¿Qué es lo que aguarda allí, en la cueva de ese pasado? ¿Podría implorar por un retorno en el tiempo sin tener el don de Orfeo, solo su deseo? Y las cosas o las personas que lograra rescatar de allí ¿no serán asesinadas por mí con una sola mirada hacia atrás en el camino?

Vuelvo cada vez más a menudo a la Odisea. Siempre la hemos leído como un libro de aventuras. Más tarde comprendimos que es también un libro sobre la búsqueda del padre. Y, por supuesto, sobre el regreso al pasado. Ítaca es el pasado. Penélope es el pasado, el hogar que abandonaste es el pasado. La nostalgia es el viento que infla las velas de Ulises. El pasado no es nada abstracto, está hecho de muchas pequeñas cosas concretas. Cuando, tras siete años de dichosa vida con la ninfa Calipso, esta le ofrece la inmortalidad si se queda con ella para siempre, Ulises, a pesar de todo, se niega. Yo mismo me

lo he preguntado, vamos, seamos todos sinceros y digamos si rechazaríamos semejante oferta. En un lado de la balanza tienes la inmortalidad, una mujer eternamente joven y todos los placeres del mundo, y en el otro, el retorno adonde quizá no se acuerden de ti, una inminente vejez, una casa asediada por buitres y pretendientes y una esposa que ha empezado ya a marchitarse. ¿Qué lado de la balanza elegirías? Ulises elige el segundo. Por Penélope y Telémaco, cierto, pero también por una cosa concreta y fútil que señala: el humo de la chimenea, por el recuerdo del humo que salía de la chimenea de su hogar natal. Por ver ese humo una vez más. (O por morir en casa, por desvanecerse como el humo que brota de la chimenea). Toda la tracción de ese retorno está concentrada en este detalle. Ni el cuerpo de Calipso ni la inmortalidad pueden superar al humo de una chimenea. El humo, que no tiene peso, inclina la balanza. Y Ulises reemprende el regreso.

Inmediatamente después de 1989, un emigrante político, un sin retorno, condenado a muerte en la distancia, regresa a su ciudad natal. Ha estado ausente durante cuarenta años. Lo primero que quiere ver, cómo no, es su casa natal, construida por su abuelo. Un precioso caserón en el centro de Sofía, nacionalizado con los años, convertido en embajada china, luego abandonado… Lo llevan por las distintas plantas, recuerda una por una las habitaciones, pero nada en particular le habla al corazón. No me decían nada esas habitaciones, dijo al día siguiente. Pedí que me llevaran al sótano, allí solía estar «el cuarto de hielo», así lo llamábamos, el lugar donde almacenábamos al fresco diferentes productos. Respiré profundamente y fue como si todos los olores de antaño me golpearan a la vez, solo entonces estallé en sollozos y comprendí, estoy en casa, he vuelto. Por el cuarto de hielo, por nada más. Ese cuarto de hielo me derritió el corazón.

Lo que daría por saber cómo continúa la historia de Ulises tras su regreso. Un mes, un año, dos años después, cuando la euforia del reencuentro hubiera pasado. Su perro favorito, la única criatura viva que lo reconoció en el acto y sin necesidad de pruebas (amor y memoria incondicionales), ha muerto ya. ¿Acaso añora los pechos de Calipso, las noches en la isla, las maravillas y las aventuras que lo asaltaron a lo largo del camino? Lo imagino levantándose en plena noche del lecho conyugal, aquel que antaño él mismo había fabricado, lo veo salir de puntillas para no despertar a Penélope, sentarse al sereno en el umbral y rememorarlo todo. El viaje de veinte años se ha convertido en pasado y la luna de ese pasado lo atrae cada vez con más fuerza, como en época de marea alta. Una marea de pasado.

Una noche, ya viejo y flácido, con los primeros indicios de olvido, se marcha de su casa a hurtadillas, harto de todo, parte de vuelta para despedirse de los lugares, las mujeres y los monstruos que una vez trató, para devolverle a su despoblada memoria el recuerdo de todo aquello, el recuerdo de quién fue. Porque ha empezado, amarga ironía de la senectud, a transformarse en aquel Nadie cuyo nombre hubo usado antaño astutamente para presentarse ante el Cíclope.

Telémaco lo encuentra al anochecer, desplomado junto a la barca, a cien metros escasos del hogar, sin el menor recuerdo de cómo ha llegado allí ni de adónde se dirigía.

Y lo llevan a una casa, con una mujer a la que ya no conoce.

36,

Valiente robo, la vida… ¿No? Y el tiempo. Qué arteros ambos. Peores que el peor salteador de caminos, emboscado a la espera de la inocente diligencia. A este bandido solo le interesa tu saco lleno de monedas y el oro escindido. Si eres dócil y se lo entregas sin lucha, te perdonará lo demás: la vida, la memoria, el corazón, la minga. Pero aquel otro —la vida, el tiempo— viene y se lo lleva todo: la memoria, el corazón, el oído, el colgajo. Ni siquiera selecciona, agarra lo primero que ve. Y, por si fuera poco, se mofa de ti. Vuelve pellejos tus pechos, torna las nalgas macilentas, te arquea la espalda y te llena de canas el cabello que ya empieza a ralear mientras hace brotar pelos de las orejas y te esparce lunares por el cuerpo, manchas en manos y cara, te hace balbucear sandeces o enmudecer, al fin chocho y senil, después de vaciarte los bolsillos de palabras. Hijo de puta. Llámalo tiempo, vida, vejez, da lo mismo, son todos de la misma banda. Idéntica escoria. Al principio, el muy canalla intenta mostrarse educado, roba dentro de unos límites, se desliza como un carterista, sin que te des cuenta, y arrambla con pequeñas cosas: un botón, un calcetín, un leve pinchazo arriba a la izquierda, dos dioptrías, tres fotos del álbum, unos pocos rostros, cómo era que se llamaba ella, di, cómo se llamaba ella…

Cierras la puerta con llave, dejas de quedar con gente, te atiborras de vitaminas, descubres los poderes benéficos, los poderes contrastadísimos de las algas de aguas profundas de aquel lago, cómo se llamaba aquel lago, unas algas que te rejuvenecen entero, y luego el calcio de esos cangrejitos de los límpidos mares del norte, las propiedades fantásticas del yogur búlgaro y del aceite de rosas, y hierves a fuego lento el tuétano de vaca, fuente de colágeno para el

tejido conectivo, y estás pendiente del ciclo lunar para la dieta del trigo, luego te adentras aún más en los meandros del espíritu, Castaneda, Peter Deunov, madame Blavatsky, te desvaneces en el misticismo de las antiguas enseñanzas, Osho, haces intentos (fallidos) de reencarnación, el grito primigenio, la cuenta atrás, ejercicios de respiración en algún salón de gimnasia de barrio, te quedas mirando las barras paralelas, las espalderas, el potro, mientras te instruyen sobre la entelequia del cuerpo físico y te conducen al plano astral, pero tú no apartas la vista de los aparatos aquellos con los que de niño te torturaban en clase de gimnasia y te dices: estos son los pequeños regocijos de la vejez, ya no tengo que encaramarme a la barra de equilibrio ni colgarme de las espalderas, el cuerpo astral no tiene que preocuparse de eso, y más tarde, mientras luchas por incorporarte, te das cuenta enseguida de que todos los demás cuerpos te han abandonado salvo el tuyo físico, ese potro viejo que cojea, con el que te hundes en la oscuridad, por fin solo, sin miedo de los bandidos…

37,

… Generamos pasado sin cesar. Somos fábricas de pasado. Máquinas vivientes de producir pasado, qué si no. Comemos tiempo y generamos pasado. Ni siquiera la muerte es una solución. La persona se ha ido, pero su pasado permanece. ¿Adónde va después todo ese pasado personal? ¿Lo compra alguien, lo colecciona, lo tira a la basura? ¿O vagará por las calles como un periódico zarandeado por el viento? Adónde van todas esas historias sin concluir, todas esas relaciones truncadas que sangran todavía, los amantes con los que cortaste. «Cortaste», el verbo no es casual. Es verbo de carnicero.

¿Es degradable el pasado o permanece prácticamente inalterado, como las bolsas de plástico, envenenando lenta y profundamente aquello que lo rodea? ¿No debería haber también fábricas de reciclar pasado en alguna parte? ¿Se puede hacer del pasado algo que no sea pasado? ¿Es posible, a la inversa, reciclarlo en algún tipo de futuro, aunque sea de segunda mano? He aquí montones de preguntas al respecto.

La naturaleza aniquila el tiempo histórico o lo transforma, como hacen los árboles con el dióxido de carbono. Los glaciares del Polo Norte no se conmovieron mucho por la guerra de los Treinta Años. No obstante, todo ha quedado inscrito en ellos, en el hielo y en el permafrost. El derretimiento deja al desnudo el cadáver del pasado, el mamut del pasado se levanta. Y los tiempos y las épocas se mezclarán. En algún lugar de Siberia comenzaron a germinar semillas que habían permanecido treinta mil años congeladas. La Tierra abrirá sus

archivos, aunque ya no esté nada claro si habrá lectores para ellos.

Ahora, con la llegada del Antropoceno y por vez primera, el glaciar, la tortuga, la mosca de la fruta, el Ginkgo biloba y la lombriz de tierra perciben con fuerza que algo en el tiempo humano ha cambiado. Nosotros somos el apocalipsis del mundo. En este sentido, también somos nuestro propio apocalipsis. Qué ironía, el Antropoceno, la primera era que lleva el nombre del ser humano, probablemente será también la última para él.

(Gaustín. Sobre el fin del tiempo)

38,

Poco a poco Gaustín comenzó a cambiar. El pasado se había convertido para él en esa ballena blanca que perseguía con la pasión cegadora de Ahab. Paso a paso fueron derrumbándose ciertos principios, ciertos reparos, que no habrían sido sino un obstáculo para su meta mayor. En su favor, hay que reconocerle dos cosas. Primero, que se daba perfecta cuenta de ello e intentaba controlarlo. Y segundo, que no lo movía una ambición desmedida, sino la idea algo anticuada y romántica —si aceptamos que las revoluciones lo son, anticuadas y románticas— de un punto de inflexión en el tiempo, de una pequeña dislocación, la búsqueda de un punto débil a través del cual el pasado pudiera ser «domesticado» (esta era su palabra exacta).

Tras nuestro primer encuentro y su posterior desaparición en 1939 (siempre según su propio cómputo del tiempo), Gaustín había estudiado psiquiatría y trastornos de la memoria. Todo ello como si quisiese racionalizar su propia obsesión. Y en efecto, el Gaustín de nuestro reencuentro habría podido pasar por un ciudadano perfectamente normal. Solo de vez en cuando, en el fondo de sus ojos, en frases o gestos casuales, afloraba un breve destello de otros tiempos. Me parecía, no obstante, que en los últimos meses aquello se estaba apoderando cada vez más de él, se apoderaba incluso de la ciencia de la que se había pertrechado. Lo veía resistirse intentando, cada vez con más dificultad, mantener la calma de quien vive en el aquí y el ahora, y para quien el pasado no es sino un proyecto, una especie de terapia de reminiscencia que él había desarrollado hasta límites insospechados.

En un par de ocasiones, cuando trataba de recordarle nuestro primer encuentro como estudiantes junto al mar y su carta de la víspera del 1 de septiembre de 1939, su gesto cambiaba bruscamente y enseguida pasaba a otro tema. Como si el tipo aquel hubiera sido otra persona o como si hubiera sufrido un enajenamiento temporal que consideraba superado y en absoluto deseaba recordar. Me imaginé

por un momento cómo se despertaba cada mañana, él, que estaba tejido de múltiples tiempos, y antes de la primera taza de café, todavía en la cama, dejaba que su mente construyera el mundo de ese día y a sí mismo dentro de ese mundo: estamos en tal y tal año, en tal y tal lugar, soy psicoterapeuta, especialista en trastornos de la memoria en las clínicas del pasado que yo mismo creé, hoy es sábado, que no se me olvide el año.

Cada obsesión nos convierte en monstruos y, en este sentido, Gaustín era un monstruo. Discreto, pero monstruo al fin y al cabo. Ya no le bastaba la clínica del pasado con sus habitaciones y sus plantas, no le bastaban esos campus de distintas décadas que crecían y se multiplicaban. Imaginé cómo un día ciudades enteras cambiaban su calendario y retrocedían varias décadas. ¿Qué pasaría si un país entero decidiera hacerlo? ¿O varios países? Lo anoté en uno de mis cuadernos. Me dije que aquello, al menos, daría para una novelita.

La decisión

¿Qué pasaba? ¿Qué era lo que flotaba en el ambiente? Agresividad. Irritabilidad generalizada. Una desazón sin nombre. Una tendencia colectiva a los comentarios venenosos, a los arrebatos de ira, a la violencia casi física. Cada día estallaban grandes discusiones, gritos sin objeto ni medida entre individuos o entre grupos enteros…

Thomas Mann. «Hipersensibilidad», de La montaña mágica (Trad. Isabel García Adánez)

Y, así, el pasado salió a conquistar el mundo…

El pasado se transmitía de una persona a otra como en una epidemia. Como la plaga de Justiniano. Como la gripe española. ¿Recuerdas la gripe española de 1918?, preguntaba Gaustín. No personalmente, le respondía yo. Fue terrible, decía Gaustín. La gente se desplomaba en mitad de la calle, sin más. Podías contagiarte con cualquier cosa, de cualquier manera. Bastaba que alguien te dijera hola y al día siguiente estabas muerto.

Sí, el pasado era contagioso. El virus se propagaba por doquier. Pero lo más aterrador no era eso, sino las cepas mutantes, que derribaban todo sistema inmune.

Europa, que tras algunas graves pérdidas de la razón en el siglo xx se pensaba ya totalmente resistente a cierto género de delirios nacionales y otras pasiones similares, fue de hecho una de las primeras en rendirse.

Nadie moría, por supuesto. (Al menos, no al principio). Pero el virus actuaba. No estaba claro si se transmitía por aerosoles. Si, en caso de que alguien gritara «Alemania —o Francia o Polonia…— por encima de todo», «Hungría para los húngaros» o «Bulgaria en Tres Mares», las propias gotas de saliva de esas consignas contendrían el virus.

El virus del pasado se transmitía más rápidamente a través del oído y del ojo.

Al principio, cuando la gente aparecía por las calles de algún país europeo vestida con sus trajes tradicionales, aquello no pasaba de ser considerado una extravagancia, un toque de color, señal tal vez de alguna celebración, el inicio del carnaval, una moda pasajera. Todo el mundo les sonreía y seguía su camino. Algunos les dedicaban un chascarrillo, acaso cuchicheaban un instante.

Y de manera imperceptible, los trajes tradicionales fueron invadiendo las ciudades. De repente, uno sentía cierto bochorno al pasearse en vaqueros o cazadora o chaqueta y corbata. Nadie había prohibido oficialmente los pantalones ni el atuendo «europeo», pero si uno no quería que lo mirasen de reojo o pasasen a su lado haciendo muecas de desprecio, si quería evitarse comentarios o incluso un puñetazo, lo aconsejable era echarse encima una capa de lana o encajarse unos calzones de cuero tiroleses, según la ubicación de cada cual. La suave tiranía de cada mayoría.

El presidente de un país centroeuropeo se presentó un día en su puesto con el traje nacional. Botas de cuero, calzones ajustados, chaleco bordado, lacito negro sobre la camisa blanca y un bombín negro con un geranio rojo. La ropa le sentaba como a un maestro de la zarda de otra época, algo panzudo ya, pero siempre dispuesto a dar brincos sorprendentemente ágiles al son de la fanfarria en alguna boda. A la gente le cayó en gracia, a las televisiones, también, y él empezó a vestir así a diario.

Los eurodiputados no tardaron en apuntarse a la nueva tendencia. Pronto el Parlamento europeo empezó a parecer «el especial de Año Nuevo alemán de los años ochenta», según expresión de un periodista de Euronews que quiso rememorar así el mítico programa de la televisión de la RDA «La caldera de colores», un recuerdo compartido y unificador para varias generaciones de europeos del Este.

El viceprimer ministro de un país del sureste europeo eligió unos calzones de lana de tamaño considerable con trencillas. Les sumó una amplia faja roja y se caló hasta las cejas el aterciopelado kalpak de los pastores, adornado, vaya usted a saber por qué, con palomitas de maíz. La ministra de turismo se decidió por un plúmbeo sukmán rojo y una blusa bordada de mangas holgadas. Las monedas que adornaban sus prendas brillaban como oro auténtico, tanto es así que pronto corrió el rumor de que la ministra lucía en sus trapitos parte del tesoro nacional tracio que todos creían bajo custodia en las arcas del Estado. Poco a poco, todos los ministros comenzaron a vestir trajes tradicionales. Las sesiones de Gobierno empezaron a semejar corrillos campesinos. La tertulia se da por concluida, decía el primer ministro en lugar de la acostumbrada frase protocolaria: «Se levanta la sesión». Por momentos cundió cierta turbación, sobre todo al principio, cuando el ministro de Defensa compareció a caballo, con el uniforme revolucionario, un sable largo en el cincho y un revólver Nagant de culata nacarada enfundado y trabado en el cinturón de cuero. El caballo se pasaba el día entero atado junto a los Mercedes negros en el aparcamiento del Consejo de Ministros, mientras un policía le tendía un saco con forraje y limpiaba tímidamente el estiércol.

Un par de sitios web intentaron burlarse de todo aquello, pero su voz resultaba débil y hasta irritante en el contexto de la euforia generalizada. Se disipó enseguida.

Una nueva vida comenzaba, una vida recreada.

Una noche cualquiera, dos silenciosos Teslas eléctricos se detendrían frente a la clínica de la Heliosstraße, y tres hombres vestidos de traje azul oscuro descenderían de los autos y pedirían ver a Gaustín. Uno de ellos, el que guiaba al resto, había venido antes acompañando a su madre, y más tarde por su cuenta en varias ocasiones para mantener largas charlas con Gaustín. Sus visitas eran discretas, de incógnito. Era uno de los «tres grandes» de la Unión.

Esa noche se presentó el triunvirato al completo, Gaustín los recibió en su despacho favorito de los años sesenta y allí pasaron la noche entera, discutiendo animadamente, levantando la voz, enmudeciendo también por momentos.

El pasado se alzaba por todas partes, se hinchaba de sangre y cobraba vida. Se hacía necesaria una maniobra anticipada, súbita y radical que detuviera la irrefrenable fuerza centrífuga. El tiempo del amor había terminado, llegaba el tiempo del odio. Si el odio calificara de cara al producto interior bruto, el nivel de prosperidad de algunos países estaría muy pronto por las nubes. Una necesaria ralentización, un modo de refrenar el proceso y ganar algo de tiempo: esa noche los tres hombres de azul habían venido a buscar algo así, o eso creí entrever. Cuando hablamos de alzhéimer, de amnesia y de pérdida de memoria, se nos escapa algo importante: quienes los padecen no solo olvidan lo que han sido, sino que se vuelven incapaces de hacer planes, ni siquiera para el futuro más inmediato. De hecho, lo primero que desaparece con la pérdida de memoria es la propia idea de futuro.

La tarea ahora consiste en lo siguiente: ganar tiempo. Cómo ganar un poco de tiempo por delante cuando nos enfrentamos a un déficit agudo de futuro. La respuesta sencilla era: retrocediendo un poco. Si existe algo seguro, es el pasado. Hace cincuenta años es más seguro que dentro de cincuenta años. Si vuelves dos, tres, cinco décadas hacia atrás, ganas exactamente lo mismo hacia delante. De acuerdo, puede que ya haya sido vivido, puede que sea un futuro de segunda mano, pero sigue siendo un futuro. Sigue siendo mejor que la nada que se abre ante nosotros ahora mismo. Puesto que una Europa del futuro ya es imposible, vamos a elegir la Europa del pasado. Es sencillo, cuando no tienes futuro, votas por el pasado.

¿Podía ayudar Gaustín?

Él podía crear una clínica, una calle, un barrio o incluso una villa pequeña para producir pasado. Pero devolver un país entero o un continente entero a cierta época del pasado, ahí es donde la medicina se convertía en política. Y era evidente que el momento había llegado.

¿Podía detenerlos Gaustín?

¿Lo deseaba?

No puedo estar seguro. Sospecho que había estado soñando en secreto con un desarrollo similar y que, incluso, que se me perdone por ello, sugirió inocentemente esa idea a su interlocutor de traje azul. No tengo forma de saberlo. O sí la tengo, pero no quiero saberlo. De hecho, los tres hombres querían consejo, asesoramiento, instrucciones, pero claramente la decisión ya estaba tomada. Además, Gaustín no tenía los derechos exclusivos del pasado. No para un continente entero.

En realidad, no parecía tan mala idea, además, saltaba a la vista que no quedaba otra salida. En cualquier caso, el pasado irrumpía ya a través de docenas de grietas imposibles de taponar. Se hacía perentoria una maniobra de anticipación para controlar la situación, para dotarla de ciertas forma y orden. De acuerdo, ya que tanto quieren el pasado, aquí lo tienen. Pero vamos a elegirlo entre todos. Votemos.

Hagamos un referéndum por el pasado.

De todo esto hablarían aquella noche. O al menos así me lo figuré yo, fuera, en la entrada, con mi cuaderno.

3,

Yo tengo un sueño… Tengo el sueño de que un día los hijos de los exvencidos y los hijos de los exvencedores en el referéndum por el pasado sean capaces de sentarse juntos en la mesa de la hermandad… Yo tengo el sueño de que todos vivan un día en la nación de su tiempo más feliz…

Observaba cómo Gaustín entraba en efervescencia sin abandonar su despacho de los sesenta. Por supuesto, él no dio jamás un discurso en público, pero en cada frase que pronunciaban los tres hombres de azul podía percibirse claramente su voz —junto a la de incontables oradores clásicos, de Sócrates a Martin Luther King—. Creo que aquel era un proyecto en el que cada uno invertía sueños diferentes.

Por eso, al final, tendría éxito.

Por eso, también, fracasaría estrepitosamente.

4,

Todas las elecciones hasta hoy habían tratado de decidir sobre el futuro. Estas serían diferentes: era el primer referéndum sobre el pasado.

«Un llamamiento para el retorno»… «Europa elige su pasado»… «Europa, la nueva utopía»… «Euroutopía»… «Una Unión Europea del pasado común»…

Por ahí iban los titulares. Al menos, a Europa se le daban bien las utopías. Sí, el continente estaba minado de un pasado que lo dividía, dos guerras mundiales, cientos de otras, las de los Balcanes, de los Treinta Años, de los Cien Años… Pero también poseía la suficiente memoria de sus alianzas, de su convivencia en vecindad, la memoria de los imperios que hermanaron durante largos siglos a tantos pueblos que se decían imposibles de hermanar. Nadie parecía darse cuenta de que, en sí misma, una nación no es sino un infante histórico y berreante disfrazado de patriarca bíblico.

Estaba claro que un sencillo acuerdo sobre un pasado continental unificado era imposible en esa fase. Por ello, como era de esperar y de acuerdo con las viejas tradiciones liberales (y eso que la elección de un pasado es en sí un acto inequívocamente conservador), se decidió que cada país miembro celebrara su propio referéndum. Debido al carácter excepcional de tal procedimiento y en aras de no perder tiempo, junto a la pregunta de si debía producirse un retorno al pasado, los votantes que hubieran respondido «sí» debían asimismo señalar la década concreta o el año que elegían. Luego, se pensaría en las alianzas temporales y, más adelante, se podría votar por un tiempo europeo unificado. Todos firmaron el memorándum para el pasado reciente en el que se especificaba cómo organizar el referéndum en los países miembros de la Unión. De alguna manera, todo se llevó a cabo con más rapidez y facilidad de lo esperado.

Más tarde llegaría el momento de negociar acerca de los distintos pasados. (Qué curioso, la palabreja en cuestión no tiene plural en búlgaro. El pasado solo existe en singular).

5,

Cada vez más señales de afluencia de pasado, mientras voy escribiendo este libro. El tiempo está cerca.

Cuba ha prohibido retirar los coches viejos de sus aceras: los turistas vienen precisamente por ellos. Algunos países andan muy bien pertrechados de pasado… Los Moskvitch soviéticos y los Buick norteamericanos se pudren los unos junto a los otros, con sus llantas abolladas y la pintura desconchada, mientras sus esqueletos oxidados se desmoronan bañados por la lluvia y secados por el sol del mar Caribe… (Igual que aquel marlín roído de El viejo y el mar).

Y yo me pregunto… Ese día, cuando llegue el fin del tiempo, ¿también los viejos automóviles resucitarán?

…

El periódico anuncia que Alemania ha devuelto las máquinas de

escribir a algunos de los departamentos de la administración del Estado más secretos para protegerse de las filtraciones de información tras un escándalo de espionaje hace unos años. No se puede piratear y vaciar una máquina de escribir. Considero muy significativa la noticia. Regreso al viejo y decente mundo analógico.

…

Vuelven los lecheros en el Reino Unido. Cada vez más gente demanda la leche envasada en botellas de vidrio y en la puerta de sus casas por la mañana.

…

El nuevo número del semanario The New Yorker ha reimpreso, por primera vez, una de sus antiguas portadas de 1927. ¿Qué pasaría si en un mismo día todos los periódicos y revistas decidieran reimprimir sus antiguos números de un determinado día de hace cincuenta o sesenta años? ¿Crujiría algo en la rueda del tiempo?

…

Ha aparecido una emisora de radio que emite días enteros de otras décadas, en tiempo real, con las noticias de aquel entonces, las entrevistas y toda la programación de un día concreto.

6,

La definición misma de «pasado reciente» se convirtió en objeto de controversia, por lo que, tratando de llegar a un consenso, se aceptó una frontera flexible, a condición de que los Estados se mantuvieran dentro del marco del siglo xx.

La propia decisión de llevar a cabo semejante referéndum no podía ocultar su parte de romántica fatalidad, sobre todo tras la experiencia del Brexit. Pero, al cabo, ¿no debería la gente decidir por sí misma dónde quería vivir? Además, las cosas que se imponen desde arriba nunca terminan de funcionar, lo único que provocan es irritación. Un referéndum es sin duda el peor procedimiento imaginable pero, como suele decirse, aún no se ha inventado nada mejor.

Es el último intento a las puertas de un futuro imposible, decía el presidente de azul. Debemos elegir entre dos opciones: vivir juntos en un mismo pasado, como ya hicimos antes, o disolvernos, masacrándonos los unos a los otros, como también hicimos antes. Ambas opciones son legítimas. Recuerden el magnífico verso de Auden: «We must love one another or die». Hizo una breve pausa y lo repitió moderando deliberadamente el tono, «We must love one another or die», consciente de estar acuñando un eslogan que retomarían los medios a la mañana siguiente.

Oía a Gaustín detrás de cada palabra. Esa gente había aprendido por fin a hablar. O, mejor dicho, a escuchar.

7,

A veces los nombres son justos por naturaleza, como se afirma en el Crátilo de Platón. Hay algo significativo en la propia etimología de la palabra «referéndum», si hemos de remontarnos al origen latino del verbo re-fero, que viene a decir «volver atrás», «llevar hacia atrás».

La vuelta atrás estaba implícita en la propia palabra, nadie se había dado cuenta… Referéndum por un pasado. Me pregunto si a veces los juegos del lenguaje, con sus etimologías y tautologías, nos sugieren más de lo que creemos. Y a través de las trompetas de la tautología, ¿no llega la revelación de un nuevo apocalipsis?

8,

El primer país en separarse, hace años, fue el que siempre se había preguntado si formaba parte del continente o no: la Gran Brexitaña, como la llamaban desde entonces. La literatura tiene la culpa de todo, le dije en una ocasión a Gaustín.

Como siempre, rio él.

Concretamente, seguí, la culpa es de Robinson Crusoe. Esa convicción profunda de que la isla te proporcionará todo lo necesario para sobrevivir viene de Defoe. Me las arreglaré, jura Robinson, Dios está conmigo. Nos las arreglaremos nosotros solitos, dicen sus descendientes. ¡Dios salve a la reina! (Aunque también sin ella nos las arreglaremos).

Desde luego que sí, afirmó Gaustín, cuánto mejor si hubieran leído a John Donne en vez de a Defoe. Y seguidamente comenzó a recitar con un tono de voz del xvii —podría jurarlo sin saber dónde había oído yo un tono de voz así— y en el inglés de la época el pasaje que los demás mortales recordamos solo gracias a Hemingway:

No man is an Iland, intire of itselfe; every man is a peece of the Continent, a part of the maine; if a Clod bee washed away by the Sea, Europe is the lesse, as well as if a Promontorie were, as well as if a Manor of thy friends or of thine owne were; any mans death diminishes me, because I am involved in Mankinde…[4]

El problema radica en eso: Defoe venció a Donne, dijo Gaustín con una tristeza capaz de hundir al instante la flota británica al completo.

Permanecimos un rato en silencio y luego repitió con su voz del siglo xvii: «La muerte de cualquier hombre me disminuye…». Es sorprendente que siempre hayamos pasado por alto el título: Meditaciones en tiempos de crisis. Porque así es, estamos en crisis.

Una vez más, se presentaba un problema con la Gran Bretaña. A raíz del Brexit, debería permanecer al margen del referéndum. Sin embargo, muy pronto surgió en la isla un movimiento proeuropeo que insistía en que Gran Bretaña debería estar incluida por derecho en el referéndum por un pasado común, puesto que durante ese mismo pasado había formado parte de Europa y de la Unión.

Toda nación, igual que cada persona, tiene sus momentos de enajenación mental, declaraba el movimiento. Concedámonos pues una segunda oportunidad histórica para salir de esa enajenación.

La tesis de «una segunda oportunidad histórica» citaba al pie de la letra el preámbulo del memorándum. Pero Bruselas estaba hasta el moño de los mareos de los británicos en los últimos años, y prefirió adoptar una postura de sana firmeza. Se negó.

9,

Sin embargo, mientras duraron esas conversaciones, se produjo otro milagro. Suiza, que siempre había sido una especie de isla oculta en el corazón de Europa, manifestó súbitamente su deseo de participar en el referéndum por el pasado. Se trataba de un acontecimiento insólito y, de momento, la sede en Bruselas no supo cómo reaccionar. Circularon toda clase de sospechas sobre las razones que habría podido tener Suiza para acceder a romper tan a la ligera sus propias tradiciones. ¿Había descubierto un punto débil en el proyecto, una grieta que le permitía aprovecharse a conciencia de las circunstancias? Finalmente, por medio de un acuerdo cauteloso sembrado de cláusulas adicionales, se le concedió el ansiado permiso para participar. Suiza era una isla pero era también una Europa en miniatura. ¿En qué otro lugar ve uno así (juntas pero no revueltas) a Alemania, Italia y Francia? Más allá de suspicacias, había algo muy natural en su deseo de intentar unirse al referéndum, aunque fuera con un cierto grado de autonomía.

10, déficit agudo de sentido

La forma paroxística de la enfermedad se caracteriza por un dolor cortante y opresivo en diferentes partes del cuerpo, lo que impide obtener un diagnóstico exacto. Muchos de los pacientes presentan las crisis a última hora de la tarde, entre las quince y las dieciocho horas.

La dificultad para respirar es la manifestación más común de la crisis. Una sensación de asfixia. «No tengo fuerzas ni ganas de respirar. Exhalo y no sé si tiene sentido volver a inhalar… He dejado de comprar calendarios para el año que viene», dice N. R., 53 años, ama

de casa.

«Una oleada repentina de falta de sentido, mientras estoy sentado en el sofá», es una de las descripciones más exactas dadas por un paciente. Vacíos blancos en la memoria, agujeros donde se intenta evocar una fuente de alegría. Es justo allí donde la película se ha velado (según las quejas de algunos) o se ha ido la luz (según otros).

Aparte de los diagnósticos individuales, se observa una tendencia al miedo colectivo o al rechazo del futuro, una futurofobia.

Las secuelas de este síndrome son la melancolía, la indiferencia o la tentativa de aferrarse al pasado, la idealización de hechos que sucedieron de forma diferente o, la mayoría de las veces, que ni siquiera sucedieron como tales. En comparación con el pasado, el presente pierde de golpe su colorido, los pacientes afirman que literalmente ven en blanco y negro, mientras que sus recuerdos del pasado siguen siendo en color, si bien esos colores ya han palidecido, como los de una Polaroid. Es frecuente que habiten en una vida cotidiana alternativa, inventada.

(Gaustín. Diagnósticos nuevos e inminentes)

11,

Sí, el referéndum para elegir un pasado era una idea radical y cada uno había puesto en ella sus propias esperanzas. Para Gaustín, por supuesto, se trataba de una pasión. Parecía muy simple. Lo que en la clínica era válido para una persona concreta, ahora era válido para todos, para una sociedad entera, si es que todavía podemos recurrir a ese concepto.

Para los hombres de azul corría el último segundo antes de que se desatara la reacción en cadena de la desintegración.

¿Y para el resto del mundo? Si el referéndum resultaba un éxito y las cosas iban bien, la experiencia podía servir a otros. Si no, tanto peor para los europeos, que se lo tenían bien merecido, de todos modos, tanta había sido su arrogancia a lo largo de los últimos veinte siglos…

Europa ya no era el centro del mundo y conservaba la suficiente inteligencia para comprenderlo. Dicha toma de conciencia, ya sea por parte de un individuo, de un país o de un continente, es siempre trágica. Y suele producirse a una edad avanzada, cuando la cosa ya no tiene remedio. Pero, bueno, de la esperanza se vive.

12,

Cierto día, Gaustín me convocó en la clínica.

Me dirigí a la Heliosstraße. El sol de abril brillaba tímido y tibio.

Aquí y allá, los árboles comenzaban a florecer. Un dulce hedor a tierra y establo se colaba incluso aquí, en la ciudad. Así es como olía en el pueblo, cuando el abuelo amontonaba el estiércol en el jardín delante de casa. Nunca más volvió aquel olor, hoy todos usan abonos artificiales, la tierra huele a penicilina. Y ahora este perfume a estiércol que me devolvía… allá, cuarenta años atrás, a dos mil kilómetros al este de aquí. Suiza era hoy el pueblo búlgaro ideal de mi infancia, tal y como nunca existió.

Jacintos tardíos brillaban en rosa y azul en los parterres frente a la clínica. Los narcisos se balanceaban coquetamente con la brisa que llegaba desde el lago. Me encanta esta mudez en vísperas de mayo, antes de que todo estalle en gorjeos y zumbidos y enloquezca de color.

Pero los nomeolvides, esparcidos en el césped frente a la clínica, eran las más fascinantes de las flores. Precisamente aquí, los nomeolvides. (Con sorpresa y ligera amargura, descubrí que el nombre en latín de esta menuda florecilla no es ni mucho menos tan romántico: Myosotis, literalmente «orejas de ratón». Prefiero la leyenda, según la cual, al dar nombre a las distintas plantas, la diosa Flora pasó por alto a la humilde florecilla azul, hasta que oyó detrás de sí una suave voz: «¡No me olvides! ¡No me olvides!». Flora la miró y la llamó nomeolvides, dotándola de la facultad de evocar recuerdos en la gente. Leí en alguna parte que la flor del nomeolvides cura la tristeza, o mejor, dicho de manera clínica, que tiene un efecto antidepresivo. Además, sus semillas pueden permanecer en la tierra treinta años y brotar solo cuando se den las condiciones apropiadas. ¡Esta flor se recuerda a sí misma a lo largo de treinta años!

Entré en la clínica. Gaustín me había citado en la década de 1940, en la primera planta. Bebía calvados y fumaba cigarrillos alemanes, trofeo de guerra. De la pared colgaba un viejo mapa del frente donde estaban marcados con banderitas los movimientos de los distintos ejércitos. Sobre una grande y pesada mesa de cerezo, tintada de oscuro, se alineaban varios prototipos de Spitfire, el caza monoplano favorito de la Royal Air Force en los años cuarenta, veloz y resistente. Igualmente elaborados con todo lujo de detalles, un Messerschmitt y un Hurricane les hacían compañía. Desprendían una cierta elegancia así, en sus soportes, como si acabaran de volver de un raid en cielo enemigo. Gaustín vestía una camisa verde militar remangada, parecía un oficial inglés responsable del desembarco en Normandía que acaba de descubrir que las condiciones meteorológicas previstas han sufrido un cambio brusco. Era la primera vez que lo veía de uniforme. Por supuesto, la explicación podría ser que no debía desentonar con la atmósfera de la década.

Tuve la sensación de que se concentraba a duras penas, como quien intenta salir del río de otro tiempo (en varias ocasiones ya me

había fijado en ese esfuerzo). Quedaba solo una semana para el referéndum. Él sabía que me preparaba para volver a Bulgaria, él mismo me había insistido para que lo hiciera. Me dijo que quería retirarse durante ese tiempo, que observaría desde la distancia. De repente, me recordó de nuevo a aquel joven que había conocido treinta años antes, la misma sensación de otro tiempo y de no pertenencia a nada. Me pareció que se encaminaba lentamente hacia su año 1939, en el que había desaparecido en aquel entonces. Intercambiamos algunas palabras más, acordamos que cuando todo hubiera pasado volveríamos a encontrarnos. A las seis antes de la guerra, ¿verdad?, bromeé. (No sé por qué dije «antes», en El buen soldado Švejk era «después»). Se giró bruscamente, me clavó la mirada y no la apartó durante un buen minuto. A la orden, a la seis antes de la guerra…, dijo, enfatizando el «antes».

No estoy seguro de que haya sido una buena idea…, empecé dubitativo.

Nunca estás seguro, por eso me necesitas, me interrumpió irritado Gaustín, necesitas a alguien que haga lo que tú no tienes agallas de hacer.

Para ti es fácil, porque cuando las cosas se ponen tensas, simplemente cambias de tiempo, mientras que yo me quedo…

Cierto, pero yo lucho en cada tiempo como si fuera el único, mientras que tú, en tu único tiempo, te comportas como si tuvieras otros cien posibles.

(¡Tiene razón, tiene razón, maldita sea!).

Y tú… tú eres una proyección, eres un monomaníaco, pero un monomaníaco en serie, solo que no recuerdas tus manías anteriores. No puedes jugar con el pasado. ¿Es que no recuerdas todos tus proyectos anteriores?… El cine para los pobres, donde teníamos que contar las películas antes de la proyección, por la mitad de precio y sin haberlas visto nosotros mismos, y casi nos dan una paliza, y la proyección sobre las nubes, y la fábrica de bofetadas… Todos fueron un fracaso, eres el príncipe de los fracasos…

Es suficiente, replicó Gaustín con frialdad, no fuimos nosotros quienes inventamos los referéndum.

Tampoco los impedimos.

¿Deberíamos haberlo hecho?, se apresuró en decir, antes de que yo cerrara la puerta al salir.

Lo ignoro, sire, respondí con fingida sequedad, tratando de entrar en el tono de los años cuarenta, el mismo de su camisa verde. No me rio la gracia. Nos dimos un frío apretón de manos y salí. Allí mismo tuve la sensación de que volvería a perderlo…

Un país tomado como ejemplo

Las utopías parecen hoy mucho más realizables de lo que se creía antes. Y ahora nos encontramos con otro problema igualmente angustioso: ¿cómo evitar su realización definitiva?

Berdiaeff
. Una nueva Edad Media
(Trad. José Renom)

1, retorno

Suena en el avión una tenue música folclórica. Las azafatas se atarean antes del despegue, ataviadas con trajes tradicionales poderosamente estilizados, el pelo recogido en una trenza, los sukmani acortados por encima de la rodilla. El único azafato tiene un aspecto algo cómico, con sus calzones holgados de lana hervida y su chalequito. La voz del piloto surge por la megafonía.

«Nos llena de orgullo darles la bienvenida a bordo de la Compañía Aérea Nacional búlgara…».

He aquí las pequeñas suplantaciones en el lenguaje. Hasta hace poco se solía decir «nos complace darles la bienvenida». ¿A qué viene ahora ese orgullo? La aerolínea no está ciertamente entre las pioneras del mercado, es un secreto a voces que está a punto de entrar en la lista negra. El avión empieza a rodar, es el momento de las instrucciones de seguridad repetidas ad nauseam. Me pongo los tapones para los oídos y me limito a observar los movimientos de las azafatas. Sin sonido, sus gestos parecen ejecutar un extraño ritual de hechicería y ellas, extrañas brujas entregadas a gestos tribales. Lo asombroso es que se sigan interpretando año tras año. No hay pruebas de que nadie se haya salvado durante un accidente poniéndose la mascarilla de oxígeno que cae automáticamente desde arriba o «extrayendo el chaleco salvavidas situado debajo de su asiento». De la efectividad de hacer sonar el silbato de emergencia sé menos aún. Tal vez una oración colectiva fuera de más ayuda.

El avión en el que viajo parece un minibús. No me extrañaría que en breve empezaran a aceptar a pasajeros de pie. Hace unos años viajé así en un vuelo interno entre Belgrado y Montenegro, de pie como en un autobús, agarrado a una barra metálica. El conductor, perdón, el piloto del avión, estaba a un palmo de mí, no había puerta, solo una cortina desgastada que colgaba, desenganchada en un extremo, así que de tanto en tanto intercambiábamos alguna palabra. En un momento dado, encendió un cigarrillo, yo solo rezaba para que no abriese la ventanilla con la intención de sacudir la ceniza afuera, cargándose la presurización en el proceso.

Con la edad crece el miedo a volar, se conoce que se va acumulando con las horas de vuelo y las millas recorridas, es una pena que no puedas canjearlo como se hace con las otras. Una tarjetita «Fears and More» sería buena idea.

Tras el ritual de seguridad, el avión despega con relativa suavidad, quizás al fin y al cabo el conjuro de las azafatas haya surtido efecto. La tapicería está algo desgastada, las redes de los respaldos, raídas, la revista de a bordo, arrugada por los dedos nerviosos de decenas de

pasajeros. El fuselaje de baquelita emite leves crujidos. La señal de no fumar solo demuestra lo viejos que son esos aparatos, de la época en la que aún se podía fumar a bordo.

De repente, encima de mí, justo al lado del botón de llamada, se posa una mosca. Una mosca en el avión. (Un amigo me envió una vez un poema con ese título, conocedor de mi pasión por las moscas. Y mira ahora. El poema se hacía realidad, por así decirlo). Tengo una postura peculiar respecto a esa criatura, que resulta pesada para mucha gente, así que su presencia aquí me regocija. ¿Era una mosca búlgara? El avión efectuaba el vuelo de regreso. ¿O una pobre mosca suiza extraviada (de hecho, ¿se permite el acceso a las moscas en Suiza?) que se ha equivocado de vuelo? Una mosca que será forastera de por vida en un sombrío país balcánico que ha tenido a bien autoproclamarse la «Suiza de los Balcanes».

¿Tienen nacionalidad las moscas? ¿Cuáles son los rasgos de la mosca nacional? ¿Sienten apego y nostalgia por el terruño? ¿Podrían desarrollar una forma elemental de patriotismo? ¿Qué pasaría si observáramos el nacionalismo bajo el microscopio de la historia natural?

Mosca y nación, este sí que es un tema serio. En el marco del tiempo histórico o del natural, la nación no es más que una mota de polvo, una partícula microscópica del reloj evolutivo, mucho más efímera que la mosca. En todo caso, la mosca supera en tiempo cien, miles de veces, la aparición de la nación. ¿Cómo sería el Homo nacionalisticus si pudiera colarse en la taxonomía de los seres vivos?

Género: Homo… sapiens… Me temo que ya a este nivel el propio nacionalista saltará como un resorte: ¿Cómo que «homo»? A ver quién es el maricón aquí… ¿Tú por quién me tomas?

¿De dónde hemos partido? De la mosca. ¿Y dónde hemos acabado? En el elefante del nacionalismo.

Una mosca, murmura en ese momento mi vecina de asiento, señalando lo obvio e interrumpiendo la cadena evolutiva que acabo de construir en mi cabeza…

La azafata se acerca a paso rápido. ¿En qué puedo ayudarla?

Un pasajero no registrado a bordo, intervengo yo. Ha salido volando hace un instante.

Pero la mosca describe un círculo y se posa, toda ingenua, en el mismo sitio. Vete de aquí, le digo para mis adentros, pero en un movimiento sorprendentemente ágil la azafata la atrapa con la mano. ¿Las formarán específicamente para esto?

Oooh, déjela, por favor, suplica ahora la mujer a mi lado, la misma que acaba de chivarse.

Yo quisiera pedirle lo mismo, la secundo yo. La mosca no ha hecho nada malo.

Todo se desliza entre lo ridículo y lo solemne.

¿Viaja acaso con usted?, me lanza una mirada severa la azafata, entrando en el juego. Dios mío, si las azafatas, esas criaturas impenetrables, muestran algo de sentido del humor, es que aún hay esperanza para la especie.

Correcto, es mi animal de compañía, respondo. ¿No será un problema?…

En absoluto, siempre que viaje dentro de un trasportín o en el regazo del dueño, recita ella. Y abre delicadamente la reja de sus larguísimos dedos.

Gracias por intervenir, dice al cabo de un rato mi vecina de asiento, una mujer de edad difícil de determinar, quizá rondando los cincuenta, ojos azules y rasgados, cubierta de pecas.

Ah, me considero un gran amigo de las moscas, digo como de pasada. Algo así como su cronista oficial. Su historiador.

Ella sonríe, dándose tiempo para evaluar si soy alguna clase de maníaco o solo un personajillo con un raro sentido del humor. Parece que, a pesar de todo, se decanta por lo segundo.

No sabía que las moscas tuvieran una historia.

Y es mucho más larga que la nuestra, contesto, las moscas aparecieron unos cuantos millones de años antes que el hombre.

Es extraño ver una mosca a esta altitud, dice ella.

En realidad, no debería ser tan extraño. El primer ser vivo enviado al espacio fue precisamente una mosca, una Drosophila melanogaster. Su nombre es más largo que ella misma. Justo después de la guerra, en los misiles que habían sido capturados como trofeo, los V2.

Creía que había sido la perra Laika.

Eso cree todo el mundo, efectivamente. Se da una gran injusticia alrededor de este asunto. Antes de la perra Laika hubo bastantes perros más, hubo monos, hubo hasta caracoles… Todos ellos permanecen en el anonimato. Como la pobre mosca, que encima fue la primera en sacrificarse. Pero las moscas no tienen nombres propios, ahí radica el problema. Y sin un nombre, eres engullido por la historia.

Y por qué una mosca, precisamente, sigue mi compañera de viaje.

Buena pregunta. Porque son efímeras. Porque mueren rápido. El cohete no voló más que unas pocas horas, a unos cien kilómetros de altura, justo en la frontera con el cosmos, por cierto. Así que necesitaban un animal con un ciclo de vida rápido. Que le diera tiempo a nacer, desarrollarse, alcanzar la madurez sexual, concebir, dar a luz y morir… La común y corriente mosca de la fruta posee

todas estas cualidades. Además, la muerte de unas cuantas moscas es mucho más aceptable que la de un perro, un mono o una vaca, ¿no cree? La gente se deja impresionar mucho por el tamaño.

Echo un vistazo alrededor. El objeto de nuestra conversación ha tenido el buen criterio de ocultarse en alguna parte.

En ese momento empiezan a repartir toallitas húmedas Rosa Búlgara. Esto sí que no ha cambiado desde mi primer vuelo, hace ya tantos años. El olor a aceite de rosas flota ahora entre las nubes. El avión se prepara para el aterrizaje. Ya se ven el monte Vítosha y el contorno de Sofía, los barrios de edificios de paneles, luego la catedral de Aleksandr Nevski, el rectángulo verde del jardín de Borís y la cinta de la carretera de Tsárigrad abajo. En algún lugar, a la derecha de la carretera, hay un barrio llamado Juventud en el que viví en otra vida. De repente, la mujer a mi lado —no llegamos a intercambiar nuestros nombres— empieza a llorar. En silencio, sin ruido, sin histeria, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla. Disculpe, dice, no había vuelto a casa en diecisiete años.

El avión aterriza suavemente, le siguen los inevitables aplausos de los pasajeros. Los extranjeros, que no están acostumbrados a este ritual, siempre miran alrededor algo desconcertados en ese momento. La mujer a mi lado también empieza a aplaudir.

Cuidado, el piloto podría confundirlo con un bis y volver a despegar, apunto yo.

Los altavoces nos obsequian con una orgullosa bienvenida a tierras búlgaras. Nos informan también de la temperatura exterior y terminan poniendo una canción: «Una rosa búlgara», de Pasha Hrístova, que murió, dicho sea de paso, en un accidente de avión de esta misma compañía, acontecido en este mismo aeropuerto.

2,

Darse codazos y colarse en la fila para el control de pasaportes podría pasar por una marca registrada de estos lares. El equipaje tardará en salir, el taxista no te devolverá el saludo y arrancará con aire mosqueado al constatar que la dirección que le das no está en la otra punta de la ciudad, pondrá la música a todo volumen, se encenderá un pitillo y te sacará del aeropuerto echando leches.

Pero esta vez hay algo con lo que no contaba. El chófer al que me dirijo viste (en total contraste con sus bermudas) chaleco y camisa blanca, rodeada esta de amplia faja roja de la que asoma el mango de una daga. Comprendo entonces que las cosas han llegado demasiado lejos. En este caso, demasiado atrás. Me digo que ese traje nacional

sería mucho más apropiado para un faetón de dos caballos, no para uno de noventa, como el Daewoo coreano de ocasión que conduce el hombre. En el último momento decido no subirme al taxi (los taxistas con daga nunca fueron mi debilidad) y me dirijo a la parada vecina, donde los conductores presentan el aspecto acostumbrado. Abro la puerta del primer taxi y pregunto, ¿está libre? Está libre, ríe el conductor y, mientras me acomodo, continúa: ¿Conoce el chiste? Es de época. Esto es un universitario cubano en Sofía que va parando taxis. Abre la puerta y pregunta: «¿Está libre?» Y cuando le responden, «Sí», el tío grita: «Pues ¡viva la libertad!», y los manda a hacer puñetas. Me río, aunque, sí, ya lo había oído.

A este coche también le pasa algo raro, pero solo lo percibo tras ponernos en marcha. Mientras nos alejamos despacio del aeropuerto, caigo en la cuenta de que todos los coches son de la época del socialismo.

¡¿Moskvitch?!, casi grito en un tono que reúne interrogación, duda, sincero asombro y perplejidad.

Moskvitch, afirma orgulloso el chófer, un 12. Tiene cuarenta años, somos de la misma quinta, pero es un maquinón. Ya no los fabrican como antes, dice, arrancando al segundo intento, lo que para un coche de tan provecta edad es un brillante «estárter». Huele que apesta a gasolina, está claro que el aislamiento la diñó hace ni sé.

Recordé que mi tío tenía un Moskvitch como este, él acentuaba la primera sílaba, «Móskvitch», decía que así sonaba más soviético. Si nuestros cuerpos realmente tienen memoria, entonces mi cuerpo de 1975 recuerda ahora sin duda el asiento que se clavaba en las costillas, el olor a gasolina y a vómito. Siempre viajaba equipado con una bolsa de plástico, y me entran náuseas solo de recordarlo. También reparo en el pequeño retrato de Stalin encima del retrovisor.

Es de mi compañero, dice el chófer, captando mi mirada, bay[5] Dinko apoya definitivamente la década de los cincuenta.

Recordé que, en los autobuses, durante una época, la foto de Stalin nunca faltaba en las cabinas de los conductores, antes y después del culto. También más tarde, en los ochenta, los bigotes georgianos asomaban tímidamente debajo de las tetas a color de Sandra o de Samantha Fox.

¿Se acuerda usted de Samantha Fox?, se me ocurre preguntarle.

¡Hombre, claro! Creo que tengo por aquí un mechero con ella, espere. Los colecciono, añade extendiendo el brazo para abrir la guantera. Dentro ruedan al menos una decena de encendedores y otras tantas cajas de cerillas. Este es mi favorito, dice mostrándome un Zippo con la estampa clásica del Che Guevara grabada en la carcasa. Pero las cosas como son, estas chicas sí que están como un tren. Baja

el parasol y del otro lado resplandecen las «chicas de oro», el equipo búlgaro de gimnasia rítmica de los años setenta, parte indisoluble de nuestra propia y permanente revolución sexual (reprimida, también, de manera permanente).

Saliendo del aeropuerto de Sofía, con el Moskvitch rugiendo, lo último que veo es un enorme panel publicitario del principal operador de telefonía móvil. Ofrece un paquete patriótico de mil trescientos minutos gratis —uno por cada año desde la fundación del Estado—, acceso libre a todas las películas históricas búlgaras y una banderita portátil con asta plegable que cabe fácilmente en el neceser.

3,

Como cada vez que vuelvo aquí, la tristeza se instala inevitablemente en mí. Antes, la tristeza era más luminosa, como un paseo por un bosque ralo en el que brillan telarañas invisibles. Me gustaba caminar por el parque, por la parte alta, bordear el estanque de los nenúfares.

El tiempo que pasé allí, hace tantos años, en alguna otra vida, se ha derretido sin dejar rastro. ¿La luz sigue siendo la misma, al menos? Las hojas que pisábamos a finales de octubre cierta chica y yo, qué raro, no recuerdo más que otoños, en fin, esas hojas han cambiado al menos una treintena de veces desde entonces. ¿Las cosas guardan el más mínimo recuerdo de nosotros? Sería un breve consuelo. El estanque, con cada una de sus ranas y sus nenúfares, ¿conserva nuestros reflejos en alguna parte? El propio pasado, los nosotros de aquel entonces, ¿no será que nos hemos convertido en ranas y nenúfares?

No hallé una respuesta esa tarde, solo una tristeza tardía pero soportable y un aire fresco de abril. Por un instante, sentí ganas de llamar a aquella chica. Después la imaginé: dos hijos, un marido. Y seguí imaginando: una mujer que hace mucho guardó nuestra historia en común en la última balda de la cocina, entre los botes de especias vacíos y el cuaderno con las recetas de su madre. De hecho, ¿qué pretendía descubrir en ella? ¿Una reconstrucción? ¿Una recreación? ¿Un reflejo? ¿O un mero recuerdo? Recordar qué, ¿el color huidizo de sus ojos? ¿O el deseo era de cariz más egocéntrico? Quizá quería asegurarme de que había existido, oírla contar lo que nos había sucedido, dos o tres recuerdos, nada más. Traer a mi memoria los pocos paseos, las palabras, las cosas que nos hacían reír en aquel entonces. Un souvenir del pasado. Los portales oscuros en los que nos guarecimos. El parque. Una vez, detrás del monumento a… ¿a quién conmemoraba ese mamotreto? La ciudad se transforma de repente, posee una topografía diferente para los amantes… Nos inventamos un

apartamento para nosotros que no existía. Nos imaginábamos lo que nos pasaba allí, cómo volvíamos a casa. Ayer pasé por allí, me escribía ella a mi viejo Nokia, y me dejé el jersey. Que se quede allí y te recuerde a mí. ¿Regaste la orquídea? Son muy caprichosas. El gato y yo nos sentimos muy solos, vuelve a casa ya…

¿Puede uno ensamblarse a sí mismo de esta manera, a pedazos, a través de los recuerdos de los demás? ¿Qué obtendría al final, qué monstruo frankensteiniano del pasado resultaría de todo ello? Quizás un conglomerado de recuerdos e imágenes totalmente incompatibles de tanto y tantos seres.

… Bueno, te reías siempre… Eras tan huraño, a veces te pasabas días sin abrir la boca… (Esta es mi mujer, reconozco su voz)… Eras tan dulce, tan, cómo decirlo… romántico, nos tumbábamos en algún banco y nos imaginábamos que llegaríamos a los cien años, como las tortugas, y que seguiríamos juntos, en una casa con postigos azul celeste, junto al mar… Madre mía, cómo maldecías, era mejor no estar cerca cuando te cabreabas… Flaco, muy flaco… Ganaste mucho peso… Siempre te pedía que no caminaras tan rápido… Cojeabas… Alto… Encorvado… Y cuando veía esos ojos azules que tienes… avellana o verdes, cambiaban de color según la estación… con la cazadora roja… Esa cazadora de cuero verde… Siempre se te olvidaban los nombres y en una ocasión… Siempre había un cigarrillo humeando en tu mano… No puedo creer que fumaras… Había algunas palabras que no recordabas y cuando contabas algo y te bloqueabas, te las iba enumerando… Distraído, muy distraído… Alguien que no pierde el tiempo… Fue cuando viste un libro en mi cama, la primera noche, nos estábamos quitando la ropa, te diste la vuelta y dijiste, ah, no, me voy, no puedo acostarme con alguien que lee a Coelho, pero era un escritor totalmente distinto, un portugués de apellido similar, nos reímos mucho tontamente a cuenta de aquello… Eras tierno… Algo brusco en la cama… Qué buenas conversaciones teníamos después los dos…

¿Todo esto soy yo?

4,

Hay algo, una atracción velada de tristeza, que en vez de menguar parece aumentar con los años. Quizá tenga que ver con el hecho de que las habitaciones de mi memoria se vacíen cada vez más aprisa. Alguien va abriendo las puertas una a una, pasando de una habitación a otra con la esperanza —mezclada con temor— de encontrarse en alguna de ellas consigo mismo, allí donde todavía sigue entero.

No es esta fascinación por el pasado, al fin y al cabo, un intento de

alcanzar ese lugar intacto, por remoto que esté, en el que las cosas permanecen enteras, en el que huele a césped, en el que observas a bocajarro la rosa y su laberinto. Digo lugar, pero es más bien un tiempo, un lugar en el tiempo. Un consejo de mi parte: nunca, jamás, tras una larga ausencia, visites el lugar que dejaste de niño. Ha sido reemplazado, vaciado de tiempo, abandonado, convertido en fantasmagoría.

No
queda
nada
allí.

Un hombre se propone ensamblarse a sí mismo volviendo a los lugares donde fue niño y donde creció. Primero encuentra las direcciones de todas las niñas y las mujeres de las que se fue enamorando desde el jardín de infancia. No les pedirá nada, solo verlas, con la intención de decirles que lo han acompañado toda la vida en su cabeza (iba a decir «en su corazón», pero la fórmula le pareció demasiado sentimental) y que, al cabo, solo han quedado ellas. Los médicos le dan dos meses, tres a lo sumo. Él los raciona con cicatería, los desmenuza en días y horas como si cambiara billetes grandes en calderilla. Se le figura que así cunden más. Le quedan tres meses todavía, lo que equivale al menos a noventa y una tardes, a él le encantan las tardes… y eso, multiplicado por veinticuatro, son unas dos mil ciento ochenta y cuatro horas. Le siguen pareciendo pocas, así que las multiplica por sesenta y luego traza una línea, más de ciento treinta mil minutos. Esto está mejor, nunca se había sentido tan rico, puede gastarlos uno a uno hasta llegar al último minuto. Y así, viaja todo un día en autobús hasta la pequeña ciudad. La casa donde había vivido ya no está. La mayoría de las demás direcciones han cambiado. Las chicas se convirtieron en mujeres hace mucho. ¡Se casaron con otros! Qué horror… Quién sabe por qué, pensaba que ellas seguirían ahí, donde las dejó, sangrando aún por la herida de su relación truncada. Anhelando aquel amor, semejantes a heroínas de Chéjov.

Por fin acaba encontrando a uno de sus grandes amores en la pequeña ciudad provinciana. Tenían catorce años. Se casaron de mentira, él robó para ella un anillo de su madre (que se mató buscándolo), era una chica alta y soñadora, así la recuerda, se parecía a Romy Schneider de muy joven. Cuando se acerca a la casa, ve en el jardín a una mujer mayor, con el pelo gastado y recogido en un moño. Carga consigo un barreño lleno de ropa. No es ella, piensa, se habrá mudado. De todas formas, se anima a preguntarle, quizá sepa algo.

Es ella, claro.

No queda nada de la chica de entonces. Él no sabe qué decir. Se

presenta. Soy fulano de tal… Ella no puede recordarlo enseguida. Han pasado unas cuantas vidas desde entonces. Intenta adivinar, dice un nombre erróneo. Luego es como si algo empezara a abrirse en su memoria. En ese momento sale de la casa un anciano en camiseta sin mangas, su marido. Qué pasa, pregunta agarrando el bastón al ver que su mujer habla con un desconocido a través de la valla. ¿Qué quiere? Él no puede decir qué es lo que quiere, no ha conseguido explicar por qué ha venido.

Ella tampoco dice nada.

Nada, dice nuestro hombre, no es nada, compro cosas viejas. Fotos, bordados, relojes, radios, cosas viejas. Hala, le dice el viejo, vuelve por donde has venido, vete, no tenemos cosas viejas. Ni tampoco nuevas…

La mujer permanece inmóvil como una estatua, ni siquiera ha soltado el barreño. El hombre se oculta en la sombra de la acera de enfrente. Desde una radio encendida se oye el informe hidrológico del nivel del Danubio en centímetros, ese abracadabra de toda su infancia. Así que son las tres de la tarde, se dice, ni siquiera hace falta mirar el reloj. Baja lentamente por la calle, las suelas de sus zapatos se pegan al asfalto derretido por el calor, él mismo va menguando y de sus bolsillos se derraman sobre el asfalto, tintineando suavemente, brillando como baratijas, todos los minutos (ahora ya inútiles) que le quedan…

Esto es lo que yo hago. Convertir en relatos lo que nunca me atrevería a hacer en persona.

5,

Me escapo una tarde a la ciudad donde viví, siempre regreso allí, y eso que sé que ya no queda nada de aquella época, ni el parque, ni la pequeña plaza cerca del pasaje, ni la calle en la que crecí, nada recuerda mi paso por aquel lugar.

Cerca de la oficina de correos veo un folio claveteado con cuatro chinchetas en el tronco de un castaño. En él, con letras bien grandes, está escrito lo siguiente (lo copio literalmente):

CAMBIO:
Un gran televisor L-C-D
32
pulgadas funciona bien
tiene
8
años
Por

30
litros de rakía
Yámbol teléfono
046
…
15
de feb.

Me quedo delante de esta nota, una auténtica glosa tomada del árbol de la vida, mejor dicho, clavada en él con chinchetas. He aquí una parte de la epopeya búlgara, un trozo de ella, el misterio de la voz búlgara, silenciosa, oculta, que erupciona de repente con su sueño sublime.

Un televisor a cambio de rakía.

Sueños y horror es lo que hay aquí. Sueños y horror… Febrero, pone abajo. Solo en febrero puede aparecer un quejido así, con toda su tragedia… La rakía se ha acabado; el invierno, no. Esta es, en resumen, la novela existencial de un pueblo. El jeep de la vida, el viejo y destartalado jeep con la cubierta de lona, o ni siquiera, el Moskvitch de tu propia vida se ha quedado tirado al final del invierno, va cayendo la noche, aúllan los chacales y tú te has quedado sin gasolina. Una mierda de vida, gritas dando puñetazos. A la mierda, os vais todos a la mierda, me quitasteis incluso la rakía. (Nadie te la ha quitado, te la bebiste tú, pero en estos lares las cosas se han dicho así desde siempre: alguien te quita algo, alguien te lo concede…).

Y ahora mírate ahí sentado, en medio de la nada, en el jeep o en el Moskvitch de tu propia vida. Y te decides: trágame, tierra, voy a poner un anuncio, esto ya no se puede aguantar más. Buscas un trozo de papel, este mismo, es una carta del banco, te advierte de las graves consecuencias de no pagar los intereses antes de… Tú no tienes rakía y ellos pidiéndote «los intereses». Volteas la carta y buscas un bolígrafo. Valoras si pedirle a tu hijo que lo escriba por ti, quedará más bonito y con menos faltas de ortografía, pero te da vergüenza. Es lo único que todavía te provoca vergüenza. Al final te sientas y escribes tú mismo, con todos los errores, las comas brillan por su ausencia. Coges un puñado de chinchetas y te vas al barrio de enfrente, por segunda vez avergonzado. Y qué es lo que ofreces a cambio de la rakía: ofreces lo más valioso que tienes, como es lógico. Tanto por tanto, sentido por sentido. El televisor o la rakía, esta es la cuestión. El televisor es la trascendencia, falsa, por supuesto, pero una vía de salvación a fin de cuentas, el último resquicio de fe en Lo Otro. Tu abuela tuvo un icono. Tu madre, una foto de Lenin. Tú, un televisor. Pero qué hacer con un televisor, si no tienes rakía. La tele no hace más que aguarte la vida, te hace exactamente lo mismo que le

harías tú a la rakía si le echaras agua… ¿No venden ya por ahí cigarrillos electrónicos? Mañana querréis endosarme una botella de rakía electrónica, vosotros, me cago en vuestra puta electrónica… Total, qué es la tele sino eso mismo, «rakía electrónica». Aquí la tenéis, lleváosla, treinta y dos pulgadas por treinta litros de rakía, un litro por pulgada, os la doy tirada de precio. Treinta litros de rakía son un mes más de vida, incluso mes y medio, si la racionas bien. Solo la rakía no miente, maldita sea. No como la tele, la rakía no te vende humo como la tele, no te atiborra de palabras vacías. La rakía golpea primero en la nariz, luego abrasa en la garganta, desciende como lava y calienta por dentro aquello que llevaba frío tanto tiempo. La rakía es lo único realmente excelso de todo lo búlgaro, lo sublime de todo lo búlgaro, la tele búlgara, en suma, eso es la rakía.

Qué habrá sido de este hombre, me pregunto mientras maldigo para mis adentros. ¿Debería llamar a ese número para saberlo? Esto no es un simple anuncio, es un grito de socorro. Estamos a finales de abril. Ninguna de las lengüetas recortadas debajo con el número de teléfono ha sido arrancada. Vuelvo a Sofía esa misma tarde.

6,

No tengo a quien llamar y deambulo por las tormentosas calles de Sofía. Me detengo frente a una tienda de mascotas.

En primero de carrera, un amigo y yo compramos una pareja de periquitos como regalo para una compañera de curso. Pero estarán todo el día dando la lata, le dije. Y a ti qué más te da, contestó mi amigo, si no vas a estar con ellos. La noche del cumpleaños fue terrible, se montó una bronca, hubo una pequeña pelea, su ex aporreando la puerta, en fin, los años noventa… Recuerdo nítidamente que, mientras me escabullía de allí, pensaba: esta es una mujer con la que jamás me iría a vivir. Un año después me encontraba en esa misma habitación dándoles de comer a los periquitos, que se desgañitaban de una manera espantosa. Por las mañanas les echábamos por encima de la jaula una vieja toalla para que creyeran que seguía siendo de noche y asegurarnos al menos una hora de tranquilidad. A la hembra le pusimos Emma Bovary —en esa época nos tocó leer a Flaubert en la facul— y al macho, Pechorin[6]. No sé si resultó muy atinado el nombre: aquella bruja lo cosía a picotazos, y el pobre Pechorin, que supuestamente debería haberla manejado a su antojo como a una más de sus princesas Mary, permanecía paralizado por el terror y acurrucado contra los finos barrotes de la jaula.

Me doy cuenta ahora de que nunca he tenido tantos amigos como entonces. El estudio estaba siempre repleto de gente. Recuerdo que

una noche, sobre las cuatro de la madrugada, cuando ya nos lo habíamos bebido y fumado todo, nos atacó un hambre voraz. No había nada en la nevera, eran los años de mayor carestía de los noventa. Salí con dos de los chicos a buscar algo, ni que pudiéramos cazar un conejo o un corzo en la ciudad vacía. Oscuridad, desolación y abandono, solo las jaurías de perros merodeaban por las calles. Y entonces, oh, milagro, un Nissan blanco pasó montando su estruendo, se detuvo cerca, descargó tres banastas con yogur delante de la tienda de barrio y se marchó. Odiábamos (por una cuestión generacional) el yogur, porque era lo único que nos daban de desayuno cuando éramos pequeños. Miramos alrededor, no apareció nadie, agarramos dos tarrinas cada uno, soltamos toda la calderilla que llevábamos en los bolsillos y volvimos corriendo a casa.

Todos nos esperaban muertos de hambre. Jamás se me olvidará aquella escena: la mesa con todas las botellas y copas vacías y diez boles de metal blanco frente a cada uno de nosotros, todos veinteañeros, sorbiendo ruidosamente el yogur, como ángeles. No tengo noticia de que los ángeles coman yogur, pero así es como nos recuerdo, con los bigotes blancos de yogur, inocentes y dichosos…

Poco después nuestros caminos se separarían, nos íbamos a distanciar, a olvidarnos, los rebeldes sentarían la cabeza como asistentes de universidad, los solteros y fiesteros empedernidos empujarían carritos de bebé, se quedarían dormidos delante del televisor, los jipis irían regularmente a la barbería a cortarse el pelo. El periquito Pechorin moriría una mañana, y Emma Bovary chillaría y se golpearía contra las rejas, enloquecida de dolor. No sobreviviría ni una semana sin él. La otra Ema (sí, ese era su nombre) y yo romperíamos unos meses después. Ninguno de los dos moriría de pena. Yo empezaría mi primera novela, para tener un lugar al que regresar cuando me volviera loco, una novela sobre vagabundos.

La verdad es que ya no podía llamar a ninguno de los ángeles de antaño, ni siquiera a Ema, a ella a quien menos. Lo terrible era que no podía olvidarlos y que (nunca lo admitiría en su presencia) los echaba de menos. Me echaba de menos a mí, al que fui en aquella época, con ellos.

7,

Los dos grandes mítines de las principales fuerzas están previstos para el último domingo antes del referéndum. La ciudad bulle con todo tipo de movimientos que luchan por diferentes décadas. Los argumentos varían desde la atención médica gratuita hasta el sabor de los tomates de antaño y el guiso de pollo de la abuela. Dudo que el

referéndum pueda traer de vuelta el sabor del guiso. Tanto da, una parte de la población cree que traer de vuelta el pasado reciente les devolverá automáticamente la edad que tenían en aquel entonces. Se ilumina una lamparita roja y vuelves a tener quince o veintisiete años.

Todo esto forma parte de la campaña, claro está. Al final, la mayoría de los sondeos apuntan a dos movimientos principales que llevan una ventaja significativa sobre los demás. Por un lado, está Socialismo Eterno (SE)[7], más conocido por su forma abreviada, el Sotz, que aboga por un retorno a los tiempos del socialismo maduro, concretamente a los años sesenta y setenta. En su base está el Partido Socialista, aunque el movimiento supera con creces las filas de sus militantes, cada vez más mermadas. En este sentido, sería más exacto decir que el propio partido está intentando inyectarse sangre fresca a través del SE.

El otro movimiento, casi empatado en los sondeos con el primero, lleva oficialmente el nombre de Los Héroes Búlgaros, pero es conocido coloquial y extraoficialmente como «los Héroes», a secas. Les cuesta señalar un período concreto, una década a la que enviar de vuelta a la nación, al mito no le vale nuestra división en años. La Gran Bulgaria ha sido y será siempre jamás un sueño y una realidad, acorde a lo que dicen en sus discursos. Puesto que, según las bases del referéndum, el marco temporal más lejano posible es el inicio del siglo xx, los Héroes han optado por estirar de forma ilegítima ese intervalo y así poder elegir un Despertar nacional[8] tardío e idealizado, cuyo apogeo es la Sublevación de Abril de 1876.

¿Podemos considerar emblemático y sublimar incluso un levantamiento que nunca llegó a producirse del todo? De hecho, ¿qué hay más sublime y más emblemático que lo que no ha sucedido? ¿No es acaso lo no sucedido lo único que tiene el potencial de suceder y de ser imaginado tal como nos gustaría que fuera, libre del corsé de la realidad? ¿De ser recreado, por decirlo de otro modo, con la ayuda de la memoria y la imaginación? En esta tierra todo el mundo nace con la experiencia (o hereda la experiencia) de lo no sucedido.

Me pregunto a cuál de los dos clavos ardiendo —el del Sotz o el de los Héroes— se agarraría nuestro amigo de la rakía. The Rakía Man. Entre esos Escila y Caribdis intentan mantenerse a flote las barquitas de los movimientos minoritarios.

8, encuentro con K.

A diferencia de mis anteriores visitas aquí, casi de incógnito, relacionadas más que nada con la clínica, en esta ocasión me gustaría

hablar con alguien sobre la situación presente. Llamo a un compañero de la universidad que hoy se ha convertido en catedrático. Llevamos años sin hablar, ni siquiera sé si conserva el mismo número de teléfono. Cuando ya estoy a punto de colgar, su voz soñolienta susurra un «hola» en el auricular…

Me da la impresión de que, aparte de sorpresa, en su voz hay también cierta alegría. Mostrar alegría cuando uno se reencuentra con alguien a quien no ha visto en mucho tiempo no es lo corriente por estos lares. Recuerdo las primeras veces que regresé a casa, cuando me cruzaba en la calle con algún conocido o amigo: yo me tiraba a su cuello para abrazarlo, mientras que él me miraba perplejo y se limitaba a gruñir un uh, hola, qué haces tú aquí. Es más, el propio K. me propone quedar esa misma noche en el bar de la azotea del edificio de los Archivos Estatales. Aquí todavía es posible concertar una cita con alguien para el mismo día.

A finales de los ochenta, K. era un joven asistente de universidad. Le queríamos porque era distinto a los demás. Lo apodábamos Kafka, el joven asistente Kafka, él lo sabía y sospecho que no tenía nada en contra. Era (sigue siendo) un tipo rudo, sistemático, condición muy útil no sé si para él pero sí para nuestras mentes confusas y atiborradas de caóticas lecturas. Las conversaciones con él acababan siempre en acaloradas discusiones que excedían con frecuencia el buen tono. Se exaltaba, era cáustico, interrumpía. Era un alborotador típicamente académico, pero tenía su encanto. No éramos amigos íntimos, pero bebíamos y debatíamos en los innumerables bares y seminarios de los años noventa, que nunca más volvieron a repetirse. Todos nuestros encuentros comenzaban con una actitud benévola por su parte y se convertían muy pronto en interminables conversaciones, que derivaban en pelea. Una semana después, K. telefoneaba y me preguntaba con sincero asombro: Pero bueno, ¿por qué no llamas? ¿No estamos peleados?, le respondía yo. ¡Por eso! Vamos a tomar una copa para hacer las paces.

Las peleas no eran más que pretextos para hacer las paces, lo que llevaba a nuevas peleas y de ahí a un nuevo motivo para hacer las paces, etc. Así vivíamos todos en esa maravillosa y efervescente época de los años noventa.

Tal vez por eso lo llamo ahora, esperando que siga siendo la persona que aún puede formular las cosas en el tono palmario y rotundo de un pastor protestante. Nunca me ha gustado ni he recurrido a semejante tono rotundo, y tal vez por eso siempre he echado en falta a alguien como él. Tal vez por eso, supongo, K. no le cae bien a la gente. Me cae bien la gente que no le cae bien a la gente.

(Mi primer encuentro con él se produjo precisamente a finales de los ochenta en aquel seminario junto al mar en el que también conocí a Gaustín. Y he de decir, rompiendo una lanza por K., que él fue la única persona aparte de mí que mostró interés por Gaustín. De hecho, procuró siempre invitarlo a sus tertulias, aunque Gaustín, por supuesto, no se dejó caer en esos saraos ni por asomo).

Estamos en la azotea de los Archivos al atardecer, «a la hora de la cerúlea neblina», digo recitando a Yávorov, mientras observo cómo a lo lejos el monte Vítosha se tiñe de morado. «Cual una isla violácea en las aguas de la luna de plata», entra en el juego K. con una cita de Smírnenski. Me doy cuenta de que, a estas alturas, para mí, esta ciudad es más literatura que otra cosa, la conozco solo a través de los libros y me sigue atrayendo solo como literatura. La ciudad de los años treinta y principios de los cuarenta, esos debieron de ser sus años fuertes. En algún lugar cerca de aquí, en 1931, se ilumina el primer rótulo de neón frente a la oficina de una aerolínea francesa. El neón entra inmediatamente en la poesía urbana. Imagino aquel letrero luminoso, visto por primera vez por un ojo que hasta ahora solo conocía el embeleso de las estrellas y la luna. El amanecer del neón en medio de la macilenta luz de las farolas debió de ser sin duda impactante y conmovedor. Luego se convertiría rápidamente en algo banal. Hace mucho tiempo (ahora parece que fue en otra vida) me interesaron los anuncios publicitarios, el cine y la radio de aquella época, ojeaba los semanarios ilustrados, los folletos, las revistas de cine y los manuales que te enseñaban a fabricarte tu propio aparato de radio. Toda la poesía de la época abunda en condensadores, antenas, neones, marcas publicitarias, Bayer y Philips, Lucky Strike, White Horse, los títulos de películas, el león de la Metro… Arranco la conversación con este tema, aunque he venido por otra cosa. Nos dejamos llevar, las citas vuelan. Te acuerdas de esto… y de eso otro… ¿Y aquello de «los rótulos de Bayer y Philips florecieron paradisíacos»? Hmm… K. se queda pensativo rumiando esta última cita, y yo me siento feliz de haberlo pillado con esa referencia que ignora. Dime, de quién era eso… Del joven Bogomil Ráinov, respondo, antes de convertirse en un sátrapa.

Si me decidiera a participar en el referéndum, elegiría la década de los treinta (a pesar de todo lo que viene después). O, más bien, me dividiría entre los treinta, por la literatura, y los sesenta, siquiera por el vago pretexto de que recuerdo la dichosa década al detalle.

Le pregunto a K. por su década. Se toma su tiempo antes de contestar, como si fuera a tomar su decisión en ese momento. Pedimos otras dos rakías y, mientras el camarero se aleja, K. responde

lentamente: Dudo entre los años veinte y los cincuenta, aunque los sondeos les atribuyen el menor porcentaje de votos.

Es normal que nadie los quiera, contesto, ambas décadas están suficientemente manchadas de sangre.

Conozco su trabajo sobre la poesía de los años veinte. Aquí hubo varios poetas brillantes en esa década. El mejor entre ellos, Geo Mílev, paga literalmente con su cabeza, destrozada por un proyectil en el frente, zurcida en Berlín, desaparecida seis años después, encontrada en una fosa común e identificada gracias a su ojo de vidrio. Es bien sabido que, con respecto a poetas y escritores, nuestra mediocre policía ha demostrado un gusto inamovible en todas las épocas, arreglándoselas siempre para asesinar a los más talentosos y dejar con vida a los ineptos.

Entiendo la elección de K. respecto de los años veinte: el historiador literario quiere regresar allá donde se encuentre su objeto de estudio. Pero por qué los cincuenta, le pregunto a bocajarro. Allí todo es oscuro, basto, despiadado, es el terror, son los campos de concentración, la belleza ha sido desterrada, todo tiene un aspecto burdo, como corresponde a ese asno ideológico y corto de miras que era Tódor Pavlov.

En los años cincuenta enviaron a mi padre al campo de concentración de Bélene, empieza K., y tras salir jamás volvió a ser el mismo. Tampoco nunca después habló de ello. En el colegio, me etiquetaron enseguida como persona non grata. Cuando hablaban de los enemigos del pueblo, los profesores me señalaban directamente con el dedo como hijo de un enemigo. Yo era el ejemplo perfecto de lo bueno que era el poder popular que permitía que, incluso los niños como yo, vivieran y estudiaran junto a los demás.

Un día, llamaron a la puerta, yo tenía siete años. Me asomé a la mirilla, vi frente a mí a un hombre temible, barbudo, de hombros caídos, y automáticamente le di otra vuelta a la llave en la cerradura. Tenía el corazón a punto de estallar. Vamos, ábreme, el hombre de allí fuera conocía mi nombre. No abrimos la puerta a desconocidos, grité desde el interior. No me reconoces, soy tu padre, dijo en voz más baja, como si temiera que los vecinos lo oyeran. Volví a asomarme a la mirilla y me pareció que estaba llorando… No es mi padre, pensé, pero, si llora, tampoco será ningún delincuente. De todos modos, seguía sin abrirle. Mi madre estaba en la fábrica, volvería en dos o tres horas. Se quedó en el mísero rellano, su ropa se fundía con el beis desgastado de la escalera. Le pregunté cómo podía demostrar que era mi padre… Creo que esa pregunta terminó de hundirlo. Me dijo que yo tenía una cicatriz en la ceja izquierda por una caída, un invierno, cuando era pequeño. Me dijo que, si abría el armario de la ropa,

encontraría el capote de los botones metálicos, se lo había dejado cuando vinieron a buscarlo «para una verificación». Dijo que yo siempre le pedía que me hablara del frente. Todo eso era cierto, pero mi padre era distinto, mucho más guapo y más joven que él, y hasta se lo dije. Se sentó en los escalones y yo solo alcanzaba a ver una gorra arrugada. Me doy cuenta ahora de lo estúpido y cruel que fui. Y otra vez pensé, no es mi padre, pero si llora, es que es un hombre bueno, en apuros, y si mi madre se enteraba de que había dejado esperar afuera a un hombre bueno… Y le abrí. Él entró, se dio cuenta de que no terminaba de creerle, no me abrazó, ni siquiera hizo el amago, tal vez para no asustarme, y dijo que iba al baño. Sabía dónde estaba. Oía caer el agua. Felizmente, entonces volvió mi madre, se había enterado de que habían liberado a algunos presos amnistiados y había pedido que la dejaran marcharse antes.

Permanecemos un rato en silencio, antes de que K. continúe. De modo que atravesaría los años cincuenta por mi padre. Él falleció solo un año después. No pudimos hablar de nada. No conseguí sacarle nada.

Mientras habla, es como si se hubiera convertido en otra persona, lo veo envejecido de repente, no queda nada de la flema y la causticidad de antes, incluso el perfil afilado se disipa. Se ha convertido en su padre, igual que, tarde o temprano, todos terminaremos convirtiéndonos en nuestros padres.

Después se sobresalta al darse cuenta de que se ha dejado llevar por los sentimientos, llama al camarero, pedimos otra shopska, plato ancestral de la gastronomía búlgara que la agencia estatal de turismo tuvo a bien inventarse a finales de los sesenta. El blanco, el verde y el rojo del queso fresco, el pepino y el tomate, qué bien maquinado todo, digo para calmar los ánimos, eso de servirles a los guiris la bandera tricolor en forma de ensalada.

9,

La noche va cayendo alrededor. Hace no tanto, unos treinta años escasos, a nuestra derecha, encima de la Casa del Partido, se habría iluminado la estrella roja de cinco puntas. Justo enfrente, el sobrio neoclasicismo de los años treinta del edificio del Banco Nacional búlgaro se diluye paulatinamente en la arquitectura estalinista del antiguo hotel Balkán y el Consejo de Ministros. Unos obreros se atarean alrededor del espacio vacío donde una vez estuvo el Mausoleo de Gueorgui Dimitrov.

¿Qué hacen, no estarán levantando de nuevo el Mausoleo?

En cierto modo, sí, responde K. Ya sabes, mañana hacen aquí el

mitin de SE. No me sorprendería que lo levantasen de nuevo.

Supongo que sin la momia dentro.

Quién sabe, dice K. con una sonrisa amarga.

He pedido «una troika con guarnición» solo por el nombre, que enseguida me despierta recuerdos de aquellos veranos en el mar, cuando mi padre pedía con orgullo el sempiterno kebapche, tres de ellos, con guarnición, un plato para compartir entre mi hermano y yo. Esto significaba ser como los mayores.

Son como en los viejos tiempos, me dice el camarero en tono cómplice al traérmelos.

Espero que estén más frescos, murmuro.

K. lanza una mirada algo sarcástica a mi plato: ¿No estará pasado de Sotz?

Más bien se han pasado con la sal, le contesto, mordiendo el kebapche de carne gruesamente picada, igual que entonces, con huesecitos aquí y allá que pueden costarte un empaste. La lyútenitza de tomates, berenjenas y pimientos, las judías blancas hervidas y las patatas demasiado fritas: he aquí la santísima trinidad de la guarnición.

Él pide un vinen kebap, estofado de cerdo al vino. No está rico, pero al menos las raciones son enormes.

Ya sabes que la elección será entre nacionalismo y socialismo, dice K. A eso hemos llegado. Si me preguntas cuál es el mal menor, no lo sé. Tampoco es que en el socialismo tardío no hubiera nacionalismo.

Luego adopta su papel favorito, el de profesor, y la mesa se transforma en su cátedra. En algún momento, los dos platos también reciben un papel: mis tres kebapche con guarnición son el Socialismo Eterno y su vinen kebap se transforma en los Héroes. Dice que no hemos sabido explicar el comunismo con todos sus terrores y campos de concentración a los más jóvenes y que, por eso, para toda una generación a día de hoy el comunismo no es más que un lifestyle más.

No sigas, le interrumpo en un momento dado. Si no, llegaremos al eterno «Nosotros, en nuestros tiempos, sí que sabíamos, pero estos de ahora…». En todas partes los jóvenes se rebelan contra sus mayores, mientras que aquí los viejos machacan a los jóvenes. Muy al estilo de Tarás Bulba: Yo te di la vida, yo te la quito.

Puede que tengas razón, dice él, no hicimos nada, absolutamente nada… Aquí, donde estamos sentados ahora, en el número 5 de la calle Moskovska, como sabes, estaba el edificio de la Seguridad del Estado, y justo debajo de nosotros, en el sótano que da a la calle Malko Tárnovo, estaban las celdas donde golpeaban a la gente, donde daban aquellas palizas a jóvenes flacuchos. Hala, venga, quítate los pantalones sin descalzarte, si no puedes, es que tus pantalones están

más ajustados de lo permitido, listo, a la calle Moskovska n.º 5 para una verificación. Lo siguiente es una paliza en los riñones para que no queden marcas, y considérate afortunado si la cosa queda solo en eso. Pero ¿qué coño os importan a vosotros mis pantalones? ¿Por qué nos pegáis como a perros, qué pasa si mi pantalón tiene la pernera más estrecha y mi gabardina es amarillo limón y mi abrigo lleva botones de madera? ¡Cabrones de mierda! K. echa humo. La gente de las mesas vecinas empieza a girarse.

Escucha, intento interrumpirlo…

Espera un momento, dice K., ¿tú no eras uno de esos que querían hacer un museo de la Seguridad del Estado justo aquí, en los sótanos que tenemos debajo? ¿Y dónde está ese museo vuestro?

Lo fui, digo secamente. Supuestamente, la idea fue aceptada, les entregamos cincuenta páginas sobre lo que debería haber y cómo, la noticia salió en la prensa y luego… nada. La primera excusa que se inventaron para que no se hiciera fue que no había locales disponibles. Si todavía existiese el Mausoleo, habría podido hacerse allí, pero… Al parecer, de golpe y porrazo, todos los locales de Sofía estaban ocupados. Fue entonces cuando pensamos en el sótano de Moskovska n.º 5. Sabes qué eco hay allí… Hay una especie de memoria acústica, tantos han aullado en ese sótano… Supuestamente, iba a funcionar, pero luego todos se echaron atrás, que si era un error, que si dividiríamos al pueblo, que si no era el momento oportuno… En una palabra: nada. No puedes hacer un museo de algo que no ha desaparecido del todo.

Nos quedamos callados por un momento. Las mesas vecinas se van quedando vacías, empieza a hacer frío. Luego K. retoma la conversación. Dice que la gente está hasta las narices de los partidos, de la globalización y de lo políticamente correcto…

¿Y cómo ha afectado la globalización a la gente, si se puede saber?, balbuceo por decir algo… ¿Qué sentido tiene hablar de corrección política aquí, donde nos mentamos la madre como quien dice «hola, qué tal»?

No, óyeme bien, a K. no le gusta nada que lo interrumpan, hay injusticia y la gente lo nota. Y nosotros nos hemos echado a un lado como… No nos apetece lo más mínimo correr el riesgo de hablar con ellos.

Correr el riesgo, es exactamente esto, respondo. Hablas como alguien que solo tiene que ayudar a los más débiles. Pero los más débiles somos tú y yo, las cosas han dado un vuelco, date cuenta de una vez. Y a los de las cabezas rapadas se la suda que unos mindundis con gafas se hayan dignado a hablar con ellos.

No estás aquí todo el tiempo y no puedes hablar así, zanja K.

Empieza a oler a pelea, como en los buenos tiempos.

Espera un poco… Y si ellos no quieren escucharnos, qué hacemos… Ponte a hablarles del discurso liberal… Se reirán en tu cara, no lo dudes, te quitarán las gafas, las aplastarán con un pie y te mandarán a cascarla en plena noche. Eso en el mejor de los casos. O bien, te golpearán en la cabeza con tu discurso mientras buscas tus gafas. Sé que me estoy pasando, K. se calla y, sin querer, se lleva la mano a la cabeza para comprobar si sus gafas siguen allí. No conoce esta faceta mía, pero he acumulado mucho silencio y unas cuantas rakías. ¿Qué te da el Estado? Te da la seguridad de saber quién eres, de que existes entre otras personas que son como tú, hablan el mismo idioma y recuerdan las mismas cosas, desde el kan Asparuh hasta el sabor de las galletas Otoño Dorado. Y al mismo tiempo, comparten la misma demencia en lo referente a otras cuestiones. Ya no recuerdo quién dijo que una nación es un grupo de gente que ha pactado recordar y olvidar las mismas cosas.

Renan, todavía en el siglo xix, os lo enseñaba en clase, señala K.

Bueno, ¿y qué pasará ahora cuando Europa se divida en distintos tiempos? El nacionalismo, en cualquier caso, es territorial, lo sagrado es el territorio. ¿Qué pasará si le quitamos esta alfombra de debajo de los pies? No hay un territorio común, en su lugar viene un tiempo común.

La cuestión es si podemos hacer tal elección, si estamos preparados, murmura K. Por cierto, qué opinas de todo este asunto del referéndum, K. de repente me mira bruscamente por encima de las gafas de esa manera tan suya.

La brisa vespertina despliega las servilletas, en la mesa se abarrotan las copas y los platos sin recoger. Y, en medio de todo ese desorden, de repente, sin saber por qué, me viene a la mente aquella lejana noche de finales de los ochenta, el seminario junto al mar, como si hubiera sido en otra vida. (K. compartía aquella misma mesa). Y recuerdo el platito de porcelana que pasó con elegancia por encima de nuestras cabezas, con la cápsula de crema para Gaustín.

No lo sé, contesto, ya no sé nada.

Tampoco yo entiendo nada, dice K.

Me doy cuenta de que nunca en la vida lo había oído decir esta frase. Muy mal tienen que ir las cosas si la persona más categórica que conozco sacude la cabeza llena de incertidumbre.

A nuestras espaldas, se escuchan estallidos… Luego unos fuegos artificiales florecen en el cielo y un triple color blanco-verde-rojo queda suspendido durante unos instantes encima de nosotros.

Están ensayando lo de mañana, dice K. Vámonos de aquí.

Mi amigo de antaño, el joven asistente —ahora catedrático—

Kafka. Lo siento más cercano que nunca, me figuro que igual que sucede con la persona que está a tu lado durante un cataclismo. Las estrellas allá en lo alto brillan con un frío resplandor kantiano, mientras que la ley moral rueda por los suelos. Abajo, los obreros siguen construyendo el Mausoleo de Gueorgui Dimitrov con materiales de cartón piedra y seguramente lo tengan terminado para la madrugada. (Al fin y al cabo, en 1949 fue levantado con auténtico cemento inquebrantable en tan solo seis días. Más tarde, en 1999, necesitaron siete para derribarlo).

Al pasar junto a ellos, K. no puede resistirse y les grita: Eh, chicos, ¿a quién vais a meter dentro?

Varios de los obreros se dan la vuelta, le lanzan una mirada amenazadora, pero no dicen nada. Mientras nos alejamos, a nuestras espaldas se oye claramente: Cuidado, no vayas a ser tú.

10, el desfile

Al día siguiente me desperté con el dolor de cabeza de Auden el 1 de septiembre de 1939. Era domingo, 1 de mayo. Un día perfecto para desfiles y sublevaciones. Para el Sotz, el Día de los Trabajadores; para los Héroes, el estallido de la Sublevación de Abril. Mítines de las dos fuerzas principales, a solo una semana del referéndum.

Se me ocurrió que lo adecuado sería participar en ambos, hacerme pasar por simpatizante con el fin de obtener una experiencia de primera mano y tener algo que contar a Gaustín. No me fue difícil conseguir los dos trajes. El traje era un salvoconducto, un pasaporte, un carné de militante. Los movimientos habían habilitado sus propios puestos de venta con descuentos especiales. La fabricación de uniformes se había convertido en uno de los negocios más lucrativos del país.

Por raro que parezca, el de los sastres había sido un gremio privilegiado durante el socialismo. Incluso cuando el ejercicio de toda clase de profesiones autónomas estaba prohibido, en los pequeños sótanos del barrio podían verse iluminados los ventanucos de los talleres de los sastres. Íbamos allí arrastrados por nuestras madres a que nos tomaran las medidas para un traje. El sastre, congénitamente calvo, con sus cuatro pelos ralos en la coronilla, su bigote y sus quevedos, con los inmaculados puños de su camisa, espécimen burgués en toda regla, el sastre me cubría con la tela, garabateaba aquí y allá con tiza y, enseguida, en la segunda o tercera prueba, veía yo que esa tela adquiría las formas de perneras y mangas que, sujetas con alfileres, pendían sobre mi escuálido cuerpo. Qué miedo me daban esos alfileres. Hijo mío, pareces un Jesusito crucificado, reía el sastre, daba un paso atrás entornando los ojos, vamos, ponte recto, mira qué

mozo más apuesto vas a parecer.

Fue así, entre el cristianismo y lo de convertirse en apuestos mocitos, pasando por la fábrica de bofetones, como fuimos haciéndonos mayores. Pero siempre me quedó esa desconfianza de los sastres, con su atado de burguesía, beatería y alfileres. Me he vuelto a ir por las ramas, pido sinceras disculpas, el pasado está repleto de callejones, cuartos subterráneos, retazos y pasillos. De apuntes en los márgenes sobre asuntos que creímos insignificantes antes de comprender de pronto que ahí, en lo insignificante, es donde crea su nido e incuba sus huevos la gallina clueca del pasado.

En fin, conseguí fácilmente y a muy buen precio ambos trajes. Me probé primero el del Sotz. Su mitin empezaba una hora antes que el otro. El socialismo mira con buenos ojos a los madrugadores. Las revoluciones, los golpes de Estado y los asesinatos suelen acontecer de madrugada, antes del alba. En aquella época, todos nos levantábamos a primera hora de la mañana, no tanto para ir a la revolución como para ir al cole. Con ojos legañosos y soñolientos oíamos en la radio la entradilla musical de «Bulgaria: actos y documentos» y una canción para niños, «El reloj en casa hace tic tac, niños, es hora de despertar». Cuánto la odiábamos, por culpa de la infame hora. Durante muchos años seguiría resonando en nuestros oídos todavía sedados lo de «errelojencasace tic tac»…

Y heme aquí, a las siete y media de la mañana, junto al paso subterráneo que se abre frente a la antigua Casa del Partido. Era este el punto de encuentro para el desfile. Llevaba una corbata roja que me llegaba al ombligo, con la parte inferior muy ancha. El traje gris ratón con rayas apenas visibles y bolsillos de solapa me quedaba ridículo. Con el traje me entregaron de regalo un auténtico pañuelo de tela, de caballero, con el borde azul, y un pequeño peine para el bolsillo interior de la chaqueta. Hay que reconocer que habían pensado hasta en el más mínimo detalle. Si ganan estos, pensé, habrá que restablecer la fabricación de pañuelos y peines de bolsillo. Y, en general, toda la quincallería de aquellos tiempos. «Quincallería», desde cuándo no pensaba yo en esa palabra. Con los objetos volvía también el lenguaje. Tenía los zapatos charolados. Los calcetines, por una razón desconocida, verde oscuro, probablemente salidos de algún almacén militar. Por si acaso, llevaba también una gorra, pero de momento la sostenía en la mano.

A pesar de la hora temprana, la plaza había empezado a llenarse de simpatizantes madrugadores. Por todas partes se oía el otrora omnipresente «camarada»… Al principio, pensé que, a pesar de todo, había una pizca de broma en esa forma de dirigirse al otro que mis

oídos habían olvidado, pero qué va. Recordé una situación recurrente durante mi infancia: mi padre se llamaba Gospodín y se apellidaba Gospodínov. Cuando algún conocido suyo se lo cruzaba por la calle y lo llamaba desde lejos por su nombre: «¡Eh, Gospodine, Gospodine…!», a los viandantes se les helaba la sangre[9]. A quién llama usted «señor», camarada, se inmiscuía algún ciudadano avizor. Y tampoco es que «camarada señor» sonara menos absurdo.

Un anciano de barba blanca que se había sentado a descansar en una de las piedras frente al Museo Arqueológico intentaba incorporarse sin éxito. Con una mano agarraba la banderita, con la otra el bastón, y no se le ocurría ni por un momento soltar la bandera para apoyarse. De modo que fui a ayudarlo.

¿Has venido al desfile, abuelo?

Sí, hijo. Soy del Frente de la Patria, militante de toda la vida. A mí, en aquel tiempo, me pegaron mucho, porque metía las narices donde no debía. Pero, si es necesario, quiero que vuelva de nuevo. Porque el socialismo, que digan lo que quieran, pero es que yo me lo conozco, si él me tima una vez, yo le timo dos, siempre nos ponemos de acuerdo. Pero ahora, en el nuevo tiempo, con solo mirarte ya te lo han robado todo. Pasan por encima de ti como el tren rápido, fiuuu, listo, y te quedas ahí sin una camisa siquiera sobre los hombros, y a nadie le importa un carajo.

Se sacudió el polvo del pantalón y me miró con los ojos entornados. Escucha, si el tiempo va patrás, ¿los años irán también patrás? Que me vuelvan a pegar si hace falta, con tal de recuperar mis veinte años.

Reí y le di una palmada en el hombro. El abuelo Mateyko (vamos a llamarlo así) me dio las gracias por auxiliarlo y se dirigió pasito a pasito a su sector.

Camarada… Se me acercó una mujer mayor con un brazalete de «miembro de una brigada obrera» y un cuaderno rojo de la editorial del partido, Partizdat. ¿A qué organización del partido pertenece usted?

Y ahora qué… Me van a pillar antes de que empiece la fiesta.

Le pregunto que de qué distrito es usted, camarada. ¿No me oye?

Del distrito Lenin, solté maquinalmente, esperando que la mujer llamara al primer oficial de la milicia (sí, habían desempolvado los viejos uniformes de la milicia popular para los miembros de la seguridad) para que me echara de la plaza.

En contra de mis expectativas, su rostro se iluminó y asintió con la cabeza.

A la gente ya se le han olvidado los verdaderos nombres de los

distritos de antes, yo soy del distrito Kírkov. ¿Cómo se llama usted, para que lo inscriba?

Balbuceé algo como Gaustínov y la mujer se aplicó en anotarlo.

Puede usted retirar gratuitamente una banderita roja y unos claveles de aquellas mesas de allí, añadió, y seguidamente nos despedimos.

He visto esa escena cientos de veces, la he ido arrinconando en el sótano de mi conciencia, y ahora resurge ante mis ojos como un fantasma, pero de los que sabes que son de carne y hueso y no se desvanecerán al pasar la mano a través de ellos. Y, visto así, si ellos son de verdad, el único fantasma aquí eres tú.

Hombres, mujeres, masas, multitudes… Los hombres con los mismos trajes de color gris ratón, como el mío, aquí y allá alguien con chaqueta de traje azul oscura o negra. Un mar de gabardinas de mujer, color beis, siguiendo la moda de los años setenta tardíos, si no me equivoco. Como si la casa de modas Valentina o la firma de costura y complementos Yánitsa hubieran retomado su producción. Por cierto, no me sorprendería que este ya fuera el caso. Destacaban algunas mujeres vestidas de manera más especial, con un corte diferente, probablemente las camaradas esposas de los altos cargos de los comités de partido, se reconocía la firma de la nieta del número uno, Zhívkov, ella misma diseñadora y «auténtica dictadora de la moda», como escribía ad nauseam el sector izquierdista de los medios de comunicación. Las mujeres llevaban peinados bouffant, fijados con laca desde primera hora de la mañana, a lo Valentina Tereshkova —por cierto, los propios secadores de casco en los salones de peluquería guardaban una asombrosa similitud con las escafandras de los primeros cosmonautas soviéticos; no me sorprendería que, en caso de emergencia, todas las mujeres de la peluquería pudieran salir volando directamente con ellos—. La multitud bullía, las mujeres intercambiaban besos y se entregaban al ritual de limpiarse mutuamente el carmín de las mejillas. Los hombres fumaban, recién afeitados, y desprendían el intenso aroma de sus lociones mientras lanzaban alguna mirada a las compañeras.

He de reconocer que reinaba una alegre animación.

Allí estaba yo, incómodo, solo, sin banderita ni clavel. Me dirigí al puesto de rigor. Se nos agotaron, camarada, la mujer izó los hombros con impotencia. Prometieron reponernos… Dios mío, qué tierno y familiar es todo esto. Yo debía de tener una pinta bastante desesperada, porque de la fila a mis espaldas surgió un hombre para ofrecerme un paquete de cigarrillos, ¿le apetece uno?

¡Stewardess!, exclamé con sincero asombro. Me asaltó el recuerdo de mi primer cigarrillo, a los nueve años, lo que viene a ser también el recuerdo del primer robo (el botín: los cigarrillos de mi padre), la primera mentira, la primera intuición de ser un hombre, la primera revolución: cuántos sustos ocultos en unas pocas hebras de tabaco.

Se conoce que el hombre malinterpretó mi reacción, porque se sacó del bolsillo otro paquete, también tengo HB del Corecom, si lo prefiere.

Me reí y solo ahora me fijé en él, llevaba una corbata de un amarillo chillón y su chaqueta era algo peculiar, lo suficiente para hacerlo distinguirse de la masa que nos rodeaba. De repente, algo se me iluminó por dentro. Y al parecer a él también, simultáneamente. Se siguieron los acostumbrados protocolos del reconocimiento mutuo, bastante trivializados ya desde los tiempos de Ulises. Eres tú… Pero tú… Pensaba que… ¿¿No estabas en el extranjero?? Bueno, el extranjero no es el más allá, los hay que regresan.

Demby… Mi antiguo compañero de clase y luego, por un breve período, compañero de universidad. Al menos, hasta que se dio cuenta a tiempo de que la filología estaba muerta y desapareció en alguna parte del mundo paralelo de los tempranos años noventa.

Llevábamos treinta años sin vernos. Lo último que había sabido fue que se dedicaba a la venta de inmuebles, a la venta de repuestos para aviones y a abrir pastelerías de la cadena Rosa Bella. En este preciso orden.

Una vez me llamó para que pensara un lema publicitario para su cadena de pastelerías, vamos, joder, ¿no eras poeta? Y no, no era poeta, era estudiante de segundo de Filología Búlgara y, en concreto, tan pobre como lo requerían la carrera y el grado, así que acepté sobre la marcha y acabé sacándome de la manga algo como «nuestra repostería es vuestra fantasía», lo que a él le gustó una barbaridad, y yo cobré mi primer honorario de sesenta levas. Treinta billetes de dos levas. Tuve la sensación de que estaban recién sacados de la caja de la pastelería, pringosos aún de crema de mantequilla.

Demby, con el que compartí todas las idioteces de la adolescencia, el listillo del instituto, uno de los tramposos más simpáticos que pueda uno echarse a la cara. La sorpresa de vernos aquí era mutua. Alrededor empezaron a sonar trompetas, la gente se iba cuadrando en filas. De repente, a Demby le entró prisa, puso en mi mano una tarjeta de visita: Estoy de servicio, dijo, veámonos con más calma en otra ocasión. Acto seguido, desapareció entre la muchedumbre. Miré la tarjeta antes de guardarla: Deyán Dembelíev, número de teléfono… El nombre y el número de teléfono, nada más. Tarjetas así solo se las podía permitir gente demasiado famosa o demasiado humilde. Demby no era de los segundos.

De repente la plaza se transfiguró y la multitud bulliciosa, como obedeciendo una misma orden, se empezó a cuadrar en filas. Había algún problema con los altavoces, se oyó a uno de los técnicos decir un «me cago en…» que retumbó por toda la plaza. Al instante, para disimular la metedura de pata, sono el «¡Arriba, parias de la tierra!»…

Al frente y en pantalón corto, encaramados a una plataforma guiada por pequeñas grúas eléctricas, los gimnastas aguardaban una orden para levantar su torre humana. Junto a mí, varias chicas provistas con cintas y banderas ensayaban una composición: al recibir la señal, parte de ellas se pusieron en cuclillas para formar un rostro, lo suficientemente difuminado como para parecerse a la vez a Dimitrov y a Lenin. Me vino a la memoria una tía mía que se pasó la vida contando a las visitas cómo, siendo estudiante, en 1968, formó parte del bigote del Lenin del Estadio Nacional durante la inauguración del Festival de las Juventudes. Delante de cuarenta mil espectadores, no pueden hacerse una idea de la emoción. Cada vez que, sentado a la mesa, me tocaba escuchar la historia, apenas podía contener la risa y no tenía más remedio que salir corriendo hacia mi cuarto para ahorrarme el bofetón de mi madre. Pobre tía, toda la vida soñando con hacer «carrera de artista», como decía ella, y el papel de su vida termina siendo el de pelito en el mostacho de Lenin.

La idea de que el mitin transcurriera como un desfile no era mala, pero tenía sus inconvenientes. El espacio era limitado. Bastaba con recorrer doscientos o doscientos cincuenta metros para que todos se situaran entre el Mausoleo y la Galería Nacional, que fue en su día palacio real; y, antes de eso, konak turco. La voz del locutor crepitaba en los altavoces. ¿Habían buscado aposta altavoces viejos para obtener los mismos zumbidos y crujidos que otrora? Si era así, entonces, detrás del movimiento se escondía un verdadero cerebro. Y dinero. El dinero —esto era un secreto a voces— provenía de Rusia, que poco a poco y sin ningún disimulo se estaba convirtiendo de nuevo en la Unión Soviética, recuperando vía referéndum, si es que podemos usar la palabra en este caso, los territorios que un día perdió.

La voz del locutor se elevó sobre la plaza, profunda y emocionada, habían encontrado a un viejo actor con el mismo pathos de antaño, sin querer se te ponía la carne de gallina. Las mismas palabras sobre la sangre de los miles de camaradas caídos, el arduo pero único y verdadero camino hacia un futuro luminoso, la dicha de vivir y la audacia, la audacia y la dicha de vivir…

Igual que en los viejos tiempos, es probable que la gente que abarrotaba la plaza no alcanzara a entender el significado de todo aquello, algo por lo demás imposible, pero el propio abracadabra de la

pronunciación, la entonación y el pathos bastaban para encender la lucecita roja que acabaría liberando los jugos gástricos del pasado. Por mi parte, yo había encontrado un sitio en la última fila de la sección del Frente de la Patria. Divisé al abuelo Mateyko y nos saludamos con la cabeza.

Arrancó el desfile. Al frente marchaba la orquesta, compuesta por instrumentos de viento, seguida de un pequeño cuerpo de animadoras. Nunca supe en qué momento permitió el socialismo semejante erótica. Supongo que los viejos verdes del Politburó terminaron concediendo su lascivo visto bueno en algún momento de los ochenta. Esos mismos viejitos que antaño ordenaban poner sellos en los muslos de las chicas en falda corta, los mismos que las enviaban a Moskovska n.º 5, aprobaron de pronto a las lolitas en uniforme revolucionario.

A continuación, sobre la plataforma móvil, los gimnastas habían formado con sus cuerpos una estrella roja viviente. Luego iban las chicas que habían ensayado con banderitas el rostro de Lenin-Dimitrov. Las seguían varias grúas eléctricas que acarreaban enormes construcciones y retratos de poliestireno. Y, por último, los trabajadores comunes y corrientes, nosotros, con claveles y banderitas (menos yo, que no había conseguido hacerme con ningún atrezo). Nuestro sector estaba al fondo mismo de la plaza, junto a la galería-palacio-konak, pero a cambio desde allí se podía observar la escena completa. Y, sobre todo, el Mausoleo. Todo enterito, levantado de nuevo, era la apoteosis del acontecimiento. Se podía percibir la emoción genuina que recorrió las filas cuando nos detuvimos frente a él. Los obreros de la otra noche habían hecho bien su trabajo. El Mausoleo estaba allí en todo su esplendor, como si fuese de verdad, más blanco que nunca. Delante de él, los centinelas de honor cumplieron con el ritual del cambio de guardia. Al recibir la señal, los manifestantes corearon tres veces «Gloria… Gloria… Gloria…». Qué raro, cuándo habían ensayado todo aquello, semejante sincronización no se podía conseguir así como así. En todo caso, estaba claro que yo me había perdido los ensayos, así que me uní al coro como pude, resignándome a cierto desfase. Al fin y al cabo, éramos del Frente de la Patria. Éramos el último cero a la izquierda. En ese momento, las personalidades empezaron a subir a la tribuna, saludando con la palma de la mano, moviéndola desde la muñeca, como en los viejos tiempos. Aquí ciertamente había una coreografía, esto era algo ensayado, me gustaría conocer al guionista, pensé. De repente, como si obedecieran una orden, los vítores cesaron y la voz del locutor se elevó de nuevo sobre la plaza. Y ahora, demos la bienvenida a nuestro líder y maestro, el camarada Gueorgui Dimitrov… Pensé que se trataba de algún gazapo del guion. Tal vez habían querido decir que

se disponían a honrar su memoria. Pero tanto como darle la bienvenida… Entonces, en medio del silencio reinante, sonaron las fanfarrias, el tejado del edificio se abrió, dos cubiertas planas se deslizaron a ambos lados y desde las entrañas del Mausoleo empezó a ascender lentamente el lecho de Dimitrov, el mismo que había visto de niño, con el sudario de terciopelo rojo, las flores rodeando el cuerpo ceroso y… el cuerpo ceroso propiamente dicho. El sarcófago quedó suspendido sobre la tribuna con los allí presentes. Una mujer en uno de los extremos se santiguó fugazmente. La plaza entera estaba paralizada. Temí que la momia saliera rodando de su pedestal y se desplomara sobre las cabezas de los invitados oficiales. Creo que ellos compartían mi temor. Después, las dos partes del Mausoleo se acoplaron en silencio. Y entonces, un silencioso escalofrío de terror recorrió las filas, porque, oh, no, la momia levantó discretamente la mano, nada más que la mano, y saludó con delicadeza. Apenas perceptible, casi invisible. Vi a varias mujeres mayores que se echaban la mano al corazón y fueron rápidamente evacuadas. Enseguida empezó a sonar la voz de Dimitrov, una grabación antigua, diciendo que el camino que atravesamos no es tan liso ni tampoco tan suave como el pavimento que hay frente a la Asamblea Nacional, sino un camino «árduro»… Nunca aprendieron a hablar en condiciones.

En suma, resultaba bastante terrorífico. Tengo que reconocer que a mí también se me heló el corazón. Cuando por fin terminó la grabación, dio un paso al frente la lideresa del movimiento, una mujer pelirroja de algo más de cincuenta años con el típico trajecito algo apretado, demasiado ajustado en la cintura, con el pañuelo rojo alrededor del cuello y el clavel rojo asomando del bolsillo superior de la chaqueta. Hizo una señal para que la multitud guardara silencio y comenzó con el inaugural «Respetados camarradas, querridos compañerros…». Cuatro erres en otras tantas palabras, he aquí la clave del socialismo; cuantas más erres, mejor. No es casualidad que aconsejen elegir nombres que incluyan el sonido erre para los perros. Para que entiendan que, cuando reciben una orden, es que hay que obedecer.

11, amnesias colectivas y superproducción de memoria

Cuanto más olvida una sociedad, tanto más alguien fabrica, vende y rellena con sucedáneos de memoria los nichos desocupados. La industria ligera de la memoria. Un pasado fabricado de materiales livianos, una memoria de plástico, como recién salida de una impresora 3D. Una memoria según las necesidades y la demanda. El nuevo Lego: se ofrecen distintos módulos de pasado que se acoplan con precisión en el hueco.

Todavía existe la duda de si esto que estamos describiendo es un diagnóstico o un mecanismo económico.

(Gaustín. Diagnósticos nuevos e inminentes)

12, la Sublevación

No esperé a escuchar el resto del discurso delante del Mausoleo. El tiempo avanzaba y no quería llegar tarde al mitin de los Héroes que comenzaba en ese momento quinientos metros más abajo, en el jardín de Borís. Me escabullí a través del pequeño jardín que hay detrás de la galería-palacio-konak. Había alquilado un piso cerca, me cambié la chaqueta y el pantalón por unos calzones de lana y un chaleco con trencillas, conservé la camisa blanca, las camisas blancas siempre van bien, me enrollé la faja alrededor de la cintura, me calé un kalpak en vez de la gorra y listo, ya estaba hecho todo un «héroe». Las polainas de lana que tuve que enrollarme alrededor de las perneras y los tsarvuli blandos de cuero que me calcé me dieron algún quebradero de cabeza, pero he de decir que experimenté cierto alivio después de los rígidos e ingobernables zapatos de antes. Bordeé la universidad y bajé por el jardín del Príncipe, donde el monumento al Ejército soviético se veía cercado por un cordón de voluntarios de izquierdas, que últimamente lo protegían día y noche para evitar los incidentes cada vez más frecuentes. Media hora de trabajo con un espray en plena noche y al día siguiente los soldados rusos armados con sus Schmeisser amanecían como Batman y Superman. En realidad, era lo único bonito que podía pasarle aún al monumento. Llegué junto al estadio y me adentré en el espesor del jardín de Borís, que antes había sido el parque de la Libertad, que a su vez antes ya había sido otra vez el jardín del Rey Borís y, antes aun, la pépinière o el vivero.

Aquí, cada lugar es otro exlugar.

Me iba adentrando en el jardín de Borís. Si alguno de los patriotas reunidos allí hubiera leído que antes de la Liberación del dominio otomano este había sido el lugar exacto del cuartel de la guarnición turca y, poco después, del cementerio turco, seguramente se habrían procurado otro punto de encuentro. Pero la naturaleza no tiene memoria, la gente tampoco, así que el jardín de Borís resonaba con los cantos épicos a esa hora cercana al mediodía o, como solía decirse en el siglo xix, en la hora 12 de los turcos. Al pasar junto al lago de Ariana se me soltó el cordón de uno de los tsarvuli y casi me rompo la crisma.

¿Cómo va eso, bacho? ¿Necesitas ayuda?, dijo un joven inclinándose hacia mí.

Estoy bien, brate, intenté a mi vez en su jerga, que Dios te bendiga.

Bonito ejercicio filológico, me hacían gracia este tipo de cosas. Una

vez más, todo es una cuestión lingüística. Allí, «camarada»; aquí, «bacho» y «brate», hermano, y el lenguaje aguantándolo todo, como una mula de carga, sin rebelarse. Ha de ser porque guarda la memoria de lo que fue antes de nosotros. O, todo lo contrario, porque es un desmemoriado.

A mi lado, entre risitas, caminan unas damiselas ataviadas con sus mejores galas tradicionales y tocadas con flores detrás de las orejas. Sus collares de monedas brillan al sol, las hebillas de plata ornamentada resplandecen por delante. Sus trajes indican que vienen de distintas regiones de Bulgaria: los sukmani rojos y los negros delantales bordados son de las chicas de Tracia, las sayas negras de las jóvenes del Shopluk, los bonitos chalecos de raso de las muchachas de los montes Ródope… Muchas de las empresas especializadas en moda masculina y femenina, ahora rebautizadas como «talleres de alfayatería», cosían a pleno rendimiento calzones de lana de fondo holgado, chalecos, sukmani y uniformes revolucionarios, incluso para niños, como si se estuviera gestando una nueva Sublevación de Abril.

Hacía buen día, un sol de mayo brillaba mansamente, diríase que hasta los árboles se habían ataviado con sus trajes tradicionales para no ser menos que nadie. En los amplios parterres del jardín de Borís, la gente se sentaba en pequeños grupos. Algunos habían extendido ya sus manteles sobre la hierba y disponían en torno la pitanza para la ocasión, pollo, huevos duros, lyútenitza.

Hombres, los había de todos los calibres: desde mozalbetes lampiños, pasando por tipos de edad indefinida (y muy bien definidas barrigas), hasta ancianos de barba blanca. Estos últimos eran de lejos los más simpáticos. Algunos eran tan viejos que daba la impresión de no haber vestido nunca al estilo europeo. Todos y cada uno manejaban ora un sable, ora una daga vieja, ora una navaja de bolsillo. La mayoría vestía enormes calzones de lana de amplio fondo plisado, ornamentados con festones negros y adornados con una pistola y una daga con mango de hueso, enfundadas ambas en la faja. Prácticamente todo el mundo blandía alguna escopeta vetusta, asomaban carabinas Berdan, podían verse mosquetes con llave de chispa, fusiles Krnkas de la guerra ruso-turca de 1878 y, aquí y allá, fusiles Chassepot de la misma época. Los más bisoños de entre los asistentes, a falta de otra arma, traían rifles de aire comprimido Flobert, con las culatas ungidas de los tonos de la enseña tricolor… (Anda, míralo al idioma aquí también trampeándote palabra a palabra, míralo cómo corre a ponerse los calzones de lana).

A la derecha, junto al estadio, un pequeño cuerpo de caballería ligera parecía recién salido de los Apuntes sobre las rebeliones

búlgaras, o, mejor, de su adaptación para la gran pantalla. Una treintena de revolucionarios a lomos de sus corceles, con un león incrustado en sus peludos gorros kalpak y tocados con una pluma de pavo, según me pareció. Uno de ellos que parecía el mismísimo Benkovski[10] había atado su caballo y ligaba descaradamente con una damisela que enarbolaba el estandarte verde de los revolucionarios.

Quería mezclarme con alguno de los grupos, escuchar lo que decía la gente, sentía curiosidad y mi sarcasmo inicial se iba esfumando lentamente. Esta era mi patria, «la que el nacionalismo nos ha robado», como diría K. Recordé que en primaria sudaba a mares debajo de mi kalpak de piel de astracán, que me destrozaba las orejas, mientras que la gruesa capa de lana me irritaba tanto la nuca que luego me la tenían que estar frotando con manteca de cerdo una semana entera. Todos los días, antes de las clases, en vez de la obligatoria gimnasia matutina en el patio del cole, nos harán bailar el joró tradicional. Me ponían siempre el último de la fila, pero aun así me las apañaba para hacer tropezar a los que iban a mi lado. De acuerdo, era lo que había, pero acaso no deseaba en secreto sentirme uno más, al menos por una hora, reírme a carcajadas de sus bromas, sentir otros cuerpos como el mío, con los que se supone que hemos de tener recuerdos comunes, historias comunes… Y no había venido cada uno de ellos aquí justo por esa razón, para estar con alguien que, igual que él, se siente perdido pero orgulloso, odia a los turcos y a los gitanos con el mismo fervor con el que adora la sopa de callos işkembe çorbası, el plato de berenjenas imam bayıldı, ambos herencia turca, venera la grandeza de los kanes búlgaros, ama el café turco, el himno revolucionario «Levántate, levántate, héroe de los Balcanes», pero también el éxito folk-pop «Rosa blanca», le gusta echarse su siesta por la tarde, tomarse su rakía por la noche, encender la tele, soltar alguna blasfemia, gritar en dirección a la cocina, «mujer, dónde has metido el salero», le gusta que todo en su casa esté limpio y ordenado, por eso vacía el contenido del cenicero en una bolsita de plástico, tira la bolsita por el balcón, para que cuando pase luego por la calle y el viento se la pegue en la frente o cuando pise una caca de perro, pueda exclamar «vivimos en una pocilga», antes de lanzar un nuevo improperio. Quién dijo que el improperio era el satori búlgaro, el zen búlgaro, la revelación instantánea, el atajo hacia lo sublime…

Por fortuna, el súbito gimoteo de unas gaitas de los Ródopes me sacó de mis lóbregos pensamientos… La gente brincó y se dirigió al trote hacia el joró. Me eché a un lado y enseguida distinguí debajo de un árbol a un anciano menudo, otro abuelo Mateyko, y en efecto recordaba asombrosamente al del desfile de esta mañana. Conque me

dirigí hacia él. Hasta dudé si se trataba del mismo abuelo. Intentaba el hombre encender su pequeña pipa con yesca, golpeando el pedernal contra el eslabón para darse chispa. Algo en aquel gesto evocaba la suma de toda la literatura búlgara y los cuentos populares.

¿Cómo va eso, abuelo? ¿Puedo sentarme un rato a la sombra aquí a tu vera?, le dije.

Que Dios te bendiga, hijo. Siéntate, la sombra es para todos, respondió él sin alzar los ojos.

¿No te da un brinco el corazón al oír las gaitas?, empecé en tono de broma.

El corazón da brincos, pero las piernas, a ellas no les da la gana, contestó el anciano. El corazón dice, vamos, a saltar, pero las piernas no quieren saber nada. Y los oídos, esos están sordos ya, y los ojos ya no ven. Estoy hecho un auténtico Balkandzhí Yovo, dijo el viejo sonriendo. Los años, esos son los verdaderos turcos, los años me lo quitaron todo. Y sin preguntarte, no te preguntan nada. ¿Conoces la canción? «¿Entregarás, entregarás, Balkandzhí Yovo, a la bella Yana a la fe de los turcos? Ay, vaivoda, daré mi cabeza, no entregaré a Yana a la fe de los turcos, le cortaron las dos manos», etc., hasta que al final le cortan todos los miembros. Yo hacía canciones, pero se me quemó la gadulka y ahora toco en una hoja de peral, aunque hoy en día ya no se ven perales por ninguna parte. Puedo cantarte todo Bótev y Vázov, todito, de pe a pa. Yo soy de Báldevo, ¿has oído hablar de Báldevo?

Sí, había oído hablar de los mendigos de Báldevo, descendientes de los soldados del zar Samuil a quienes el emperador bizantino Basilio II mandó dejar ciegos y que, tras esa derrota, la más funesta de todas las derrotas búlgaras, se desperdigaron por el mundo haciéndose músicos ambulantes, tocando la guzla y cantando acerca de sus infortunios en puentes y plazas a cambio de un mendrugo de pan. El anciano se alegró sinceramente al ver que conocía la historia.

Bueno, pues yo procedo de esa misma simiente, dijo. Y mírame ahora, con el tiempo también me he quedado ciego, como un soldado de Samuil.

¿Tienes a alguien que te ayude?, le pregunté.

Sí, me trajo la nieta, debe de estar en el joró. Cuando se canse de bailar, nos iremos. Solo esa algarabía, eso no me gusta, ni los disparos, esos tampoco.

Qué encanto de hombre. Me recordaba a mi propio abuelo. Afortunadamente, todavía quedaban ancianos como él, que habían sobrevivido de milagro.

Ciertamente, el joró era atronador y se hacía cada vez más grande, comenzaba en los senderos de arriba, daba una vuelta alrededor del estanque de los nenúfares y bajaba hacia el lago de Ariana, a la

entrada del parque. No tardó en salir al puente de las Águilas. No sé yo si tenían permiso para bloquear el tráfico en la carretera de Tsárigrad, pero ni que nadie fuese a osar detenerlos. Había algo relevante en el hecho de que se quedara desierta la carretera que conducía al inconmensurable sueño búlgaro de antaño. Sabíamos, gracias a la marcha «Junto al Bósforo resuena el rumor» que el zar Simeón había llegado a las murallas de Tsárigrad, el nombre eslavo de Constantinopla, ciudad que, no obstante, jamás llegaría a hacer suya. Pero ya solo con lo de «Romano I se echó a temblar» bastaba para hacer gozar lo suyo a la sufrida alma búlgara. Además, todos los días los autobuses conducían a los descendientes de Simeón a Kapalıçarşı, el Gran Bazar de Estambul. Por qué molestarte en conquistar una ciudad si puedes irte de compras por ella.

Y el joró que crecía por momentos, se saltaba las medianas de la carretera de Tsárigrad y, a través del puente de las Águilas, volvía a meterse en el parque.

Ee-hooo-eho-hooo… Si en ese momento alguien diera la orden de «¡Adelante! ¡Hacia Tsárigrad!», las filas de gente bailando el joró se dirigirían prestas hacia allá, hacia el oriente, como un dragón, serpenteando a lo largo de la carretera, siempre siguiendo la carretera, y llegarían ante aquellos célebres «palacios de Tsárigrad», rodearían sus murallas completamente y cruzarían chapoteando el Bósforo. Y entonces, una vez estrechado el cerco de la ciudad, una vez inflados los fuelles de las gaitas de los Ródopes, cerco y joró todo en uno, ejem, ejem, ¿no caería acaso entonces rendida la ciudad? Caería, no; lo siguiente: caería y encima bailaría el joró. El joró, el joró es el secreto de las huestes búlgaras, el caballo de Troya búlgaro. Unos héroes disfrazados de jubilosos bailarines de joró, y dentro de sus calzones de lana, las pistolas. Aquí hay astucia al estilo de Ulises por arrobas, de nuestro Hítar Pétar y de Ulises, los dos en uno.

Entonces escuchamos el rumor. Una sombra comenzó a deslizarse sobre los árboles del jardín de Borís, y eso que no había ni rastro de nubes en el cielo. Levantamos la mirada todos a un tiempo. Transportada por trescientos drones, según informaron más tarde los noticiarios, la bandera pendía sobre nuestras cabezas. La mayor bandera búlgara jamás tejida, candidata al libro Guinness… (En este punto, unas valquirias de Wagner habrían encajado a la perfección, pero los organizadores se decantaron por el tradicional «Izlel e Delyo haydutin», la misma canción que enviaron al espacio en la sonda Voyager).

Había un no sé qué bastante peregrino en toda aquella escena, algo de película postapocalíptica en la que todos los tiempos se hubieran barajado sin concierto. Los drones zumbaban con solemnidad,

mientras tiraban de una bandera cuyo final no parecía posible divisar. Debajo, ciudadanos en calzones y armados con escopetas del siglo xix lanzaban sus kalpak al aire entre hurras… Solo cuando, con asombrosa precisión, la bandera cubrió por completo la bóveda celeste del parque, los drones detuvieron su avance para quedar suspendidos en el aire, sobre las cabezas de la multitud patidifusa.

«El cielo tan suave como la seda, es esta mi patria querida»… Alguien desde aquel escenario improvisado ensayaba una antigua canción infantil, pero nadie decidió seguirlo y el hombre optó por callar, incómodo. Uno de los líderes del movimiento tomó entonces el megáfono y gritó la contraseña: ¡Búúl-ga-roos! ¡Héé-ro-ees!… El grito fue retomado al instante, resonó a los cuatro vientos, rebotó en los edificios del otro lado de la carretera de Tsárigrad y regresó serpenteando entre los árboles del jardín de Borís. ¡Búúl-ga-roos! ¡Héé-ro-ees!, vitoreaba la gente, los ojos levantados hacia los drones, como si los saludaran.

No lejos de mi posición, un mozo corajudo no pudo resistirse, levantó su Mannlicher y disparó al aire, igual que había visto hacer en las películas a los personajes embargados por la alegría. ¡Eh, chssst! ¿No ves que vas a agujerear la bandera?, lo abroncó enseguida el compañero sentado a su lado, mayor que él, quizás el cabecilla de su banda rebelde. El muchacho se avergonzó y bajó la escopeta, pero la caja de los truenos estaba abierta y desde varios lugares distintos tronaron las escopetas, incluso algún revólver («revórvel» escribían en aquella época muchos dirigentes y cargos intermedios, qué tierno suena hoy). Dos o tres drones impactados petardearon un poco antes de caer encima de la multitud. Por suerte, no hubo víctimas. Era extraño presenciar el asesinato de un dron, como si le dispararan a un ganso en pleno vuelo, no salían plumas volando, pero aun así daba la sensación de que se trataba de un pájaro abatido.

En ese preciso instante, como si obedecieran una señal (nadie supo si fue algo programado o provocado por los disparos), los drones abrieron a la vez sus pinzas y desaparecieron hacia el oeste, mientras la bandera, que quedó flotando sola en el aire, pareció dudar por un instante antes de empezar a caer lentamente, de manera un tanto sedosa y teatral, hasta envolver los árboles, los setos, los toboganes y el elefante de piedra del parque infantil, el estanque de los nenúfares, los bancos, los cenadores, los monumentos de poetas y generales, la caballería ligera de Benkovski… y a toda la multitud, artefactos armamentísticos incluidos. Los de los extremos lograron apartarse a tiempo, algunas mujeres más aprensivas, y algunos niños también, echaron a correr enseguida, pero la mayoría quedó debajo. Allá donde había pinos y castaños altos se formaba algo parecido a tiendas de campaña gigantescas o carpas de circo, mientras que en las laderas y

los parterres la seda se asentaba en el suelo y se veían los cuerpos de los que estaban apretujados debajo, trajinando por allí, de tanto en tanto se oía a alguien gritar que se estaba asfixiando, por lo que hubo que rajar la tela sagrada con una daga. Todo el jardín de Borís cubierto por una bandera búlgara de tres decáreas —la más grande jamás fabricada— como si lo hubiera empaquetado el mismísimo Christo, de quien los Héroes renegaban totalmente, por cierto.

Menos mal que la cosa me sorprendió junto al castaño alto, a la sombra del cual se había sentado el abuelo Mateyko, así que había aire de sobra. Resultaba incluso agradable, salvo por el pestazo a lona y a toallitas húmedas: a alguien se le había ocurrido rociar la lona con agua de rosas y el jardín de Borís olía ahora como el valle de las rosas, para espanto de aquellos que resoplaban debajo. Por fin, las dagas y los sables entraron en acción para liberar al atormentado pueblo. Gritos, toses y blasfemias desgarraron el aire, la gente que se había perdido de vista se llamaba entre sí. El incidente había frustrado el programado clímax de la velada: el estallido de la Sublevación de Abril. El cañón de cerezo no llegó a retumbar. En tiempos también le costó lo suyo, pero esta vez, bajo la lona, habría asfixiado directamente a la ciudadanía. De la caballería ligera solo se distinguían unos cuantos caballos que, presa del pánico, corrían en círculos, amenazando con pisotear a sus jinetes caídos. De la colina que iba a hacer las veces de monte de Shipka y de la cual debía caer una lluvia «de piedras y de troncos» descendía un lamento ahogado, junto a la voz solitaria del declamador transmitida por los altavoces.

Igual que hubo ocurrido una vez en la historia, la sublevación se nos iba a pique. Y eso no hacía sino dotar a la recreación de una abrumadora autenticidad.

13,

El crepúsculo de mayo trataba sutilmente de disimular los restos de la tarde insurrecta. Jirones de bandera sobre los castaños del jardín de Borís, botellas vacías, periódicos, cajas de cartón… No sé quién hace la limpieza después de cada revolución.

Subía por la calle Krakra hacia el jardín de los Doctores. No tenía ganas de volver a casa todavía. Entré en el Café de los Arquitectos, donde tiempo atrás solía pasar casi todas mis tardes. Tenían un pequeño y recóndito patio con jardín, el sitio ideal para leer y reflexionar, salvo que te encontrases con un amigo parlanchín, por supuesto. Marqué el número de Gaustín en la clínica. Quería contárselo todo ipso facto. Escuché la señal un buen rato y colgué. Quizá fuera mejor escribirle. De todos modos, él detestaba hablar por teléfono.

A cambio, decidí llamar a Demby. Saqué su tarjeta de visita y marqué. Sin respuesta. Le mandé entonces un mensaje revelándole que era el artífice de la llamada y proponiéndole un encuentro. Al minuto recibí su respuesta, se disculpaba, había tenido un día terriblemente cansado, pero me invitaba a tomar café al día siguiente en su despacho del edificio de los baños centrales.

En el jardín del Café de los Arquitectos reinaba el silencio. Tras todo un día de desfiles y rebeliones, daba la impresión de que nada de todo aquello fuera con ellos. Unas cuantas parejas de porte aristocrático se habían reunido en una de las mesas redondas del rincón y celebraban tranquilamente algún evento: un aniversario, unas bodas de diamante o el sencillo hecho de estar vivos. No muy lejos de donde yo estaba, un chico y una chica se besaban. He aquí cosas que no cambian, pensé, mientras me esforzaba en apartar la vista de ellos. Me pregunté también qué aspecto adoptarían este café y su patio con jardín si ganaban los Héroes. ¿Plantarían un cañón de cerezo en la entrada? ¿Sustituirían las copas de cristal por otras de barro o por cerámica de Troyán? ¿Cubrirían las mesas con manteles rojos y bordados? Y esta camarera, deliciosamente absorta, ¿se vería obligada a llevar un sukmán, un collar de monedas de oro y un pañuelo de colores en la cabeza? ¿Sustituirían este jazz sosegado por un ramillete de canciones folclóricas? ¿Sobrevivirían al menos un par de sitios neutrales para ciudadanos empachados de historia?

En lugar de todas estas maravillosas flores con nombres provenientes de diversas lenguas que crecían aquí caóticamente, tal vez plantarían tulipanes de la nueva variedad «nacional», con una corola en la que se irían diluyendo el blanco, el verde y el rojo. Tras muchos intentos, cierto jardinero había logrado aislar esa variedad. Forzar el verde en la corola de un tulipán era violentar la naturaleza, que ha guardado el verde para el tallo y las hojas, no para las flores.

El ser humano cree que, pase lo que pase, quedará el invulnerable consuelo de la naturaleza. Siempre habrá primavera, verano y otoño, a los que sustituirá el invierno, y luego otra vez la primavera. Pero ni siquiera esto es seguro ya. Por cierto, según los celtas, una de las primeras señales del apocalipsis es la confusión de las estaciones.

Fue entonces cuando, no muy lejos de allí, retumbaron unos disparos. Tras un día entero de tumultos y trifulcas, no era algo que llamara en exceso la atención, pero me pareció oír una ráfaga de automática, y las sirenas de las ambulancias y de los coches de policía confirmaron que, en efecto, algo había pasado. Los asesinatos emblemáticos en pleno centro de Sofía fueron el distintivo no solo de las décadas de los noventa y de los veinte, sino también de finales del siglo xix. Hubo un primer ministro abatido a tiros aquí, en el bulevar del Zar Libertador. Otro, asesinado a sablazos allá, en la calle

Rakovski. Para que se sepa de qué país hablamos.

Pagué y me levanté para irme, ya había tenido suficientes emociones por hoy. Al llegar a casa, puse las noticias y vi que en el monumento al Ejército soviético se había producido un enfrentamiento entre los participantes de los dos mítines. Dos de los héroes habían resultado gravemente heridos, probablemente por disparos de un subfusil automático Shpaguin de tiempos de la Segunda Guerra Mundial, según puntualizó el reportero. El monumento se encontraba en territorio fronterizo entre ambas concentraciones. Los heridos yacían allí, sangrando mansamente ante las cámaras. La televisión se había adelantado a las ambulancias.

14, donde Demby

Al día siguiente, me dirigí temprano por la mañana hacia los baños. Había llovido durante la noche y, en la fresca mañana de mayo, la ciudad ofrecía un aspecto completamente distinto al de la víspera. Las aceras recordaban a campos de minas, las baldosas se hundían al pisarlas y escupían barro a los pantalones. Esto convertía el paseo en un ejercicio ciertamente singular, era preciso meditar cada zancada, dar saltitos, ralentizar el paso, dar pequeños rodeos. Aquello no era caminar, aquello era maniobrar. Así, sin darme cuenta, a fuerza de maldiciones y zigzags, llegué a mi destino.

Evidentemente, los baños centrales habían dejado de funcionar como tales baños mucho tiempo atrás, pero el edificio seguía siendo uno de los más bonitos de Sofía, con su ligero y exquisito estilo sezession en la fachada y sus orondos contornos bizantinos. Por el momento albergaba el museo municipal, pero todo el mundo seguía llamándolo los «baños» y, de tanto en tanto, aparecía alguna asociación ciudadana reclamando que volvieran a convertirse en un balneario municipal, con su gran piscina en el sector masculino y otra más pequeña en el femenino. Atravesé las galerías del museo, me deslicé por delante del carruaje dorado estilo Luis XVI y del escritorio no menos macizo, obsequio del mismísimo Bismarck a Fernando I de Bulgaria…

La oficina de Demby estaba en la última planta, al fondo del pasillo, un espacio amplio, caóticamente abarrotado de objetos de estilos y épocas diversas, como si fuera una continuación natural del museo.

¿Qué vas a tomar?, me preguntó todavía en la puerta.

¿Qué ofreces?

De todo, desde café hasta kumis.

¿Kumis? ¿Leche de yegua?, exclamé.

Pues sí, acompañando a un desayuno protobúlgaro, repuso Demby. Hay una gran demanda últimamente. Gachas de mijo, bulgur cocido y una loncha de cecina finamente cortada. Pruébalo.

Levantó el paño que cubría la mesita auxiliar donde estaban servidos los platos mencionados.

Secada bajo la montura del caballo, dije de broma, tendiendo la mano hacia la cecina.

Bueno, es lo que pone en la etiqueta, pero no puedo garantizarlo… Por cierto, en los últimos años los caballos han superado en número a las ovejas y ya alcanzan a las vacas criadas aquí. El patriotismo ha resultado ser una fuerza productiva.

Mastiqué la fina loncha de cecina despacio y con recelo. Estaba más dura de lo que esperaba, con un sabor dulzón especialmente desagradable.

Ah, se me olvidó decirte, gritó Demby al ver la mueca de mi cara, la cecina es de caballo.

Casi la escupo dentro de la servilleta…

Pues sí, los protobúlgaros no se dedicaban a criar cerdos ni vacas, dijo Demby, el caballo servía para todo. Por cierto, esta cecina es de lo más sana, contiene la mitad de colesterol y de grasas saturadas, además de un montón de zinc, recitó como en un anuncio de la radio. La sacaron en el mercado hace poco, de la marca kan Asparuh.

Señaló el calendario en la pared, regalo de la empresa: cabalgando majestuosamente, el kan Asparuh masticaba una lasca de cecina como si acabara de arrancársela a su propio caballo. «El sabor de la Gran Bulgaria». Y debajo, en letras más pequeñas: «Hecho con carne búlgara». Aquello ya sonaba un poquito a canibalismo.

Un café, pedí. Sin leche de yegua, si es posible.

Me lo bebí casi de un trago para ahuyentar el insistente sabor dulzón de la carne equina. Demby me ofreció entonces un zumo de apio y remolacha. Acepté. Mientras la licuadora rugía, inspeccioné la habitación atento a los detalles. Un enorme mapa de la Gran Bulgaria, tal y como existió ya no sé cuándo exactamente, colgaba a la derecha de la puerta. Casi toda Europa era búlgara, más dos buenos pedazos de Asia, recortados como lonchas de cecina. Dentro de la vitrina de un pequeño aparador, detrás del escritorio, estaban expuestos cuatro cálices de lo más peculiares. Me acerqué y vi que en realidad eran calaveras, cuidadosamente talladas y engastadas en hierro forjado para convertirlas en copas de vino.

El set «la testa de Nicéforo I»[11], gritó Demby desde el otro rincón.

Varios fusiles antiguos, en concreto mosquetes Krnka y Mannlicher, pendían hermosamente expuestos en una de las paredes. Cuando veo un fusil colgado, automáticamente se me aparece Chéjov. A su lado,

un viejo aparato de radio de madera, cubierto con un pequeño mantel de ganchillo y coronado por un florero hecho a mano a partir de una botella de plástico de jabón lavavajillas Vero, de cuyo interior brotaban pavoneándose unas ramitas artificiales de lirio de los valles. Nada reaviva el pasado como el kitsch.

Sé lo que piensas, dijo Demby al punto, pero es exactamente el género de cosas que agradecen mis clientes.

Hice un gesto con la mano en señal de comprensión y seguí con mi ruta.

Más adelante, dentro de un frasco de cristal con la estrella roja de cinco puntas en la tapa, como sustraído de un gabinete de biología, un cerebro humano algo amodorrado flotaba en formol. Oh, es Gueorgui Dimitrov, soltó Demby como de pasada mientras me tendía el zumo, lo conservaron durante el embalsamamiento.

Al final de la pequeña exposición, sobre un pequeño pedestal, se erguía una maqueta del Mausoleo elaborada con cerillas. Un trabajo minucioso.

Esto ardería muy fácilmente. No pude contenerme.

Hablando del Mausoleo, ¿qué te pareció el desfile de ayer? En realidad, mi empresa está detrás de… bueno, de la puesta en escena, añadió con indudable modestia.

Así que a esto se dedicaba mi viejo amigo Demby.

Quieres decir que tú eres… el director. Dudaba que aquella fuera la palabra justa.

Llego a fin de mes. Dirijo una empresa de recreaciones históricas. Este es el negocio principal. Siempre me ha gustado el teatro, aunque no me aceptaran en la Academia de Teatro y Artes Cinematográficas en su día.

Recordé que en el desfile hubo algunos detalles muy elaborados y se lo dije, lo cual lo alegró visiblemente.

El chasquido de los altavoces, eso estuvo bien, lo hiciste aposta, ¿no?

¿Tú qué crees? Y el fallo durante la prueba de sonido, cuando el técnico maldijo de aquella forma… A la gente estas cosas se le quedan. Puedes estar seguro de que, de la infinidad de desfiles idénticos que presenciaron durante el socialismo, se acuerdan precisamente de eso, de alguna pifia. Y sirviéndosela ahora, los haces volver directamente a la época. Y qué me dices de la aparición de Dimitrov, ¿eh? Deus ex machina. Había bajado previamente a los sótanos del Mausoleo. Si vieras el panorama allí… Cuando se liaron a derribarlo, a duras penas lograron volar solo la parte de arriba. Por debajo, todo está agrietado, los armazones colgando, pero las salas se mantienen. El recinto de la momia, yo lo llamo «la sala de maquillaje», sigue intacto, igual que el ascensor, junto con la

plataforma donde lo colocaban, un poco oxidada, eso sí, pero sigue entera. Y funciona. Todas las noches lo bajaban al congelador. Es el primer sistema de aire acondicionado, de finales de los años cuarenta, una enorme sala repleta de tuberías. Luego, derecho a la sala de maquillaje para refrescarlo, untarlo con esto y lo otro, y otra vez en ascensor al mundo de arriba. Él tampoco debió de tenerlo fácil, para arriba y para abajo, entre este mundo y el de más allá. Qué trajín el suyo.

Quizás el saludo final de la mano pecaba un poco de teatral, dije sin mucho énfasis, dando un sorbito a mi zumo.

Y qué iba a ser sino teatral. Yo hago teatro, no revoluciones, pareció ofenderse él. Me chupan un pie sus movimientos de las narices. Ellos me pagan y yo hago mi parte. Este es el nuevo teatro, al aire libre, un baño de multitudes que ni siquiera saben que forman parte de la representación. Es la tragicommedia dell'Arte. Bueno, en honor a la verdad, algunos sí saben de qué va, añadió. Se los convoca. Yo me encargo de facilitarles los extras que hagan falta para mítines y revoluciones, por llamarlo de alguna forma.

¿Extras? Esto ya es cosa seria, murmuré. ¿No estarás también detrás de la sublevación de los Héroes?

Mira, dijo revolviéndose, no me hagas hablar. Me llamaron en el último momento, tuve que sacarlos del apuro. Pero, como van por ahí repartiendo fusiles a cualquier indocumentado… Acabaron cargándose los drones, los muy…

En ese momento sonó el teléfono y, para mi gran asombro, el sonido provenía de una caja que me había parecido puro atrezo. Parecía una centralita telefónica en miniatura: un panel rectangular de madera, tallado en los extremos, con un pesado auricular negro de baquelita, dos filas de botones y un dial giratorio redondo incorporado en la esquina superior. Me llaman por la «estrella roja», me guiñó un ojo cómplice Demby, y descolgó. La estrella roja, la mítica red telefónica secreta reservada a la flor y nata del Gobierno. Teléfonos paralelos, bazares y economatos paralelos, residencias de verano paralelas. Restaurantes, barberos, chóferes, hospitales… Masajistas, sin duda. También chicas de alterne paralelas. Es evidente que siempre existieron dos Estados paralelos.

Perdóname, dijo, debo atender esta llamada. Dame diez minutos y salimos a dar una vuelta.

15,

Así que estos son los traficantes de pasado, pensé. Demby se había convertido en uno de ellos, comerciante del mercado negro, y uno de los mejores, si he de juzgar por las cosas que me contó después. En

realidad, ni siquiera era en negro, el negocio discurría del todo legal. Trabajaba por encargo, no tenía preferencias políticas. En ese caso concreto, los de las décadas de los sesenta y setenta pagaban bien, además de que él allí se sentía como pez en el agua. Siempre procuraba meter una pizca de ironía. Me he meado en ellos muchas veces, esa fue su frase literal. Supongo que sus «meadas» las entendía solo él y que le servían más que nada de coartada íntima.

A Demby —con su barriga bien cuidada, como solía decirse por estos lares, aunque en realidad había sido regordete desde pequeño— todo se le daba bien. Ya desde primaria. Por entonces dibujaba furtivamente mujeres desnudas en el último folio de sus cuadernos y, como es comprensible, se excitaba en el proceso, así que corría a los aseos del colegio a masturbarse. En aquella época, todos los libros sobre sexo a los que teníamos acceso —dos en total, El hombre y la mujer en la intimidad y Enfermedades y trastornos de transmisión sexual— condenaban la masturbación como una actividad de riesgo que ocasionaba enfermedades gloriosas. Como mínimo, recuerdo la ceguera. A cambio de diez centavos, Demby nos prestaba los dibujos, por lo que más pronto que tarde también nosotros nos dirigíamos a ciegas hacia nuestra propia ceguera, por así decirlo, o cuando menos aumentábamos nuestras dioptrías. Qué remedio, los croquis y diagramas de parejas copulando en El hombre y la mujer en la intimidad se asemejaban más bien al corte transversal del motor de un automóvil con todos sus pistones.

Recordé que en los últimos cursos del instituto Demby había improvisado un estudio fotográfico en su propia habitación del ático. Recuerdo nítidamente la cortina opaca y tupida del tragaluz, la lamparita roja, las cubetas llenas de fijador y revelador. En aquella época, la aparición de una foto era todo un proceso, un trabajo, y, digámoslo así, un pequeño milagro. (Allí donde reina la oscuridad, duerme siempre un milagro). Sumerges el papel fotográfico primero en una cubeta, luego en la otra. Si lo dejas más tiempo del necesario, las siluetas arden como una tostada; si no lo dejas tiempo suficiente, quedan borrosas, a medio nacer.

Yo era el ayudante y el encargado de la iluminación. Colocaba el viejo paraguas blanco de su abuela, sujetaba el proyector a pilas. Unas cuantas compañeras de clase ya habían pasado por el estudio. En cierto momento, Demby me echaba con el pretexto de que la modelo se sentía incómoda, y se quedaban a solas en el cuarto oscuro. A veces venía también la belleza del barrio, Lena, bastante mayor que nosotros. Entonces Demby se quedaba durante más tiempo en su estudio. De tanto en tanto, lo alquilaba por horas a alguien del barrio que quería quedarse a solas con su chica. Me acordé de todo esto porque, de hecho, Demby hacía unas fotos espectaculares. Sabía medir

con la precisión de un farmacéutico la luz y la oscuridad, jugaba con las sombras, sacaba los cuerpos de la aburrida pose congelada. La torpeza natural de las llamadas «modelos» brindaba un erotismo adicional. Cuando necesitaba urgentemente pasta, podía vender unas pocas fotos a los komsomoles del instituto y del barrio, ávidos de cuerpos desnudos. Afirmaba que los secretarios del Komsomol eran sus compradores más asiduos. El déficit de erotismo en el socialismo tardío, la corrupción temprana de la juventud y la acumulación primaria de capital: he ahí una posible materia de debate para las facultades de Económicas.

A Demby se le podría culpar de muchas cosas, pero el talento brotaba de él con generosa negligencia. Nunca quiso desarrollarlo, mostrar las cosas que hacía, introducirse en el mundillo de la fotografía. De qué me va a servir, decía forzando un poco la voz al estilo de los mafiosos italianos, hago lo que me apetece, gano bastante y tengo a las mujeres más guapas del barrio. Supongo que siempre mantuvo ese nivel. Me preguntaba si, a veces, no soñaba en secreto con abandonar el negocio para abrirse paso en el mundo del arte. Se lo pregunté. Respondió lo que me imaginaba. Que yo, como siempre, vivía en las nubes. Y que algún día, cuando tuviera suficiente dinero, él no haría otra cosa que arte, pero por el momento se conformaba con ir apuntando sus ideas en un cuaderno. Entonces no supe si estaba siendo irónico a mi costa o pensaba eso de verdad.

16, extras para la revolución

Cruzamos la avenida de Dondúkov, luego la plaza delante de la Presidencia, un poco más adelante vimos cómo desmontaban el Mausoleo temporal. Por los adoquines amarillos seguían rodando los claveles, los globos deshinchados y los cucuruchos de pipas de girasol… Había dejado de llover y el día se iba despejando lentamente. Pasamos junto a la iglesia de Svetá Nedelya. Veinticinco kilos de explosivo bajo la cúpula principal, una botella de ácido sulfúrico para asfixiar a los que no hubieran muerto en el acto, y a las tres y veinte de la tarde del 16 de abril de 1925 Bulgaria pasa a ocupar el primer puesto en el podio de los atentados más sangrientos perpetrados en una iglesia hasta el momento: ciento cincuenta hombres, mujeres y niños asesinados. Por el ala radical de ese mismo partido que ahora dirige el Movimiento para el Sotz. Si alguien tiene muchas ganas de volver a la década de los veinte, tendrá que lidiar también con este asunto, pensé.

Durante todo el camino, Demby se dedicó a explicarme que las ideologías del pasado estaban cambiando el perfil del mercado, rescatando profesiones olvidadas —sastres a domicilio, armeros— e

inventando otras —haciendo quizá alusión a sus «extras revolucionarios»—. El mercado, a su parecer, era verdaderamente inmenso. El inagotable ejército de actores, por ejemplo, que languidecía en teatros provincianos, había visto llegar su momento. La base de cada recreación la componían sin excepción actores profesionales. Siempre hacía falta un rey tracio o una diosa de la fertilidad o un kan protobúlgaro de pómulos afilados. En cuanto a las rubias, se transformaban inmediatamente en concubinas eslavas envueltas en largas túnicas blancas. Había papeles para todo el mundo: otomanos, jenízaros, kardzhalíes… De golpe y porrazo, el índice de desempleo en el sector teatral era negativo. Los teatros ya no necesitaban poner nada en escena, podían mantenerse solo con el alquiler de utilería, armas antiguas, capas bordadas en oro, sables de acero damasquino…

Por su parte, todos esos jóvenes y ancianos ociosos que vagaban por las tabernas de pueblos y ciudades se convirtieron como por ensalmo en «actores en la reserva». Es decir, seguían apostados en sus bares, pero ahora albergaban la esperanza, el sueño, por así decirlo, de que los llamarían, bien para hacer de revolucionario, bien de otomano o de partisano. También es cierto, reconoció Demby, que muchas de aquellas gentes habían dejado de trabajar la tierra. Si puedes sacarte así como así veinte, treinta y hasta cincuenta pavos al día, para qué vas a abrasarte bajo el sol en el campo. Si el propio municipio costea la recreación, la paga es menor, pero también esos veinte pavos son bienvenidos. En cambio, si es algún pez gordo local quien quiere montar una fiesta temática, digamos la batalla de Klokótnitsa o «Kralí Marko liberando tres cadenas de esclavos», entonces hay más dinero y menos trabajo, sobre todo si te toca hacer de esclavo con grilletes.

Espera, quiero enseñarte algo, dijo Demby de repente, y se detuvo.

Estábamos a la altura del cruce de la calle de Ánguel Kánchev con la avenida del Patriarca Eutimio, frente al antiguo bar Kravay, un lugar «de culto», como solía decirse. Garito mítico de los años ochenta, había sido testigo del nacimiento del punk patrio en la voz rasgada y sarcástica de Milena… Si ganaban los ochenta, habría que restaurarlo en condiciones. Que tuviera una oportunidad de recuperar su leyenda.

Vamos al NDK, dijo él.

¿No se te ocurre un lugar más agradable?, intenté protestar. El gigantesco caparazón de hormigón del NDK, el Palacio Nacional de la Cultura, también de los ochenta, construido deprisa y corriendo, como todo, con motivo del milésimo tricentésimo aniversario del Estado búlgaro, se erguía entre el monte Vítosha y nosotros. La mole albergaba una enorme sala para congresos del Partido y otra decena de salas más pequeñas diseminadas por las distintas plantas. Fuera lo

que fuera el evento cultural celebrado allí, conciertos, lecturas, todo, extrañamente, terminaba por marchitarse hasta acabar convertido en una pálida copia de un pleno del Partido. Todos los aplausos sonaban al final como «ovaciones y vítores de gloria a…, frenéticos e interminables», como solían destacar los interminables estenogramas dedicados a cada congreso en el diario La Labor del Obrero.

Accedimos al edificio por la entrada lateral, cerca de los tres mástiles de bandera. El portero nos hizo un gesto amistoso con la cabeza, luego Demby usó una tarjeta para abrir unas puertas interiores y nos dirigimos a los sótanos. Nunca antes había puesto un pie allí. Caminábamos por pasillos desolados, como en un refugio antibombas, no me extrañaría que los hubieran diseñado precisamente con ese fin. Al cabo de un rato, llegamos inesperadamente hasta una gran puerta de cristal que nos dio acceso a una sala de techo bajo y desprovista de ventanas. Delante de mí, una cincuentena de hombres y mujeres jóvenes de cuerpos esculpidos ensayaba todo tipo de movimientos: una mezcla de gimnasia, entrenamientos de la guardia de honor y tentativas de desfile. Súbitamente levantaban el brazo derecho, doblaban el codo con el puño cerrado. Y siguiendo una orden apenas perceptible gritaban al unísono: «Gloria… Gloria… Gloria…».

Recordé que el día anterior, en el desfile, me había impresionado la peculiar sincronización con la que se coreaban las consignas, muy difícil de conseguir para gente que no hubiera ensayado y se hubiera reunido espontáneamente en una plaza. Como si hubiese leído mis pensamientos, con la siguiente orden el grupo de repente rompió las perfectas filas y se produjo una (bien ensayada) agitación caótica. El que daba las órdenes era un hombre menudo de uniforme militar al que apenas podía ver desde el sitio donde estábamos. Alguien del grupo gritó: «Dimisión»… y poco a poco, de forma intencionadamente desacompasada al inicio, a este grito se le fueron uniendo los de los demás. Visto desde fuera, parecía verdaderamente algo espontáneo y auténtico. Los rostros adoptaron en un instante expresiones de ira. Luego un hombre se agachó, tomó del suelo una piedra invisible y la lanzó hacia un edificio, igual de invisible. Su gesto enseguida fue copiado por los demás. Al poco rato, todo el mundo estaba lanzando piedras al blanco, me llevé un susto al oír un estampido de cristales rotos, pero Demby se limitó a dirigir la mirada hacia los altavoces. Por lo visto, la policía iba a responder al ataque enseguida, porque los gimnastas, por llamarlos de alguna manera, entraron en modo defensivo. Se pusieron en cuclillas, trataron de romper el cerco, sacaron palos de madera preparados de antemano, de modo que aquello por momentos se parecía a un entrenamiento de aikido. La voz del que mandaba repartía órdenes e insultos con inusitada rudeza. Así no, animal, patéale los huevos, tírate al suelo, ahora ponte a gritar,

chilla, tienes que chillar, maldita sea, las cámaras te están filmando, se te tiene que oír… Esto último iba dirigido a una mujer que chillaba en el suelo. Parecía que, poco a poco, se estaba pasando a otra fase del entrenamiento, la de las víctimas. Al poco vimos aparecer a un hombre de cabello blanco con la cabeza partida, o quizá yo no había reparado en él hasta ese momento, la sangre (o la pintura) le manaba a chorros por las sienes y empapaba su camiseta. Se pasó la mano por la cara, levantó los dedos ensangrentados y todos a una comenzaron a berrear: «Aaaahhhh…. Aaaaa-seeee-siiinos… Aaaa-seeee-siiiii-noooos…».

La mano un poco más alta, avanza más, vociferaba el enano al mando, las cámaras deben enfocarte, abre los dedos, muestra algo de miedo, estás sangrando en la cabeza… Acércate a los policías, bien, así, ahora provócalos, pásate mucho… Que hagan el amago de pegarte, que entren en plano…

Demby me preguntó con la mirada si quería que saliéramos ya. La atmósfera se había vuelto sofocante.

Esta es mi gente, dijo fuera. Lo dijo mientras exhalaba el humo de su purito con fragancia de cereza. Luego adoptó una pose solemne y recitó así a Polonio: «Son los mejores cómicos del mundo, tanto en lo trágico como en lo cómico; en lo histórico como en lo pastoral; en lo pastoral-cómico como en lo histórico-pastoral; en lo trágico-histórico como en lo trágico-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible o poema limitado; para ellos, ni Séneca es demasiado profundo, ni Plauto demasiado ligero. Sea para recitar ateniéndose a las reglas del arte o para la libre improvisación, son los únicos del mundo»[12]. ¿Lo reconoces? Hamlet, escena ix, acto ii… Con este monólogo me presenté a la Academia de Teatro y Artes Cinematográficas en su momento. Sin éxito… Pero ahora tengo mi propia escuela. De vez en cuando invito a algunos de los profesores a que den alguna clase magistral. Los mismos que en su época me declararon «no apto». Y a cambio les doy un dinerillo…

Vaya… Así que estos eran tus extras para revoluciones, dije.

Una parte de ellos. Este ha sido el ensayo de la unidad de protesta, pero tenemos mucho más donde elegir… Mucho más, repitió.

Pensé que con un centenar de personas entrenadas de este modo, incluso con menos, se podía desestabilizar seriamente a un Gobierno, provocar un escándalo internacional, entrar en las breaking news de las agencias de noticias. Así se lo dije.

Lo sé, repuso. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Si no hay nadie que venga después. Podría derrumbar y poner las cosas patas arriba, pero no podría sostener la nueva instalación… o el nuevo sistema, lo que fuera. Lo que viniera después de semejante golpe de Estado fake

arrasaría también con nosotros. Cuando existe un simulacro de Estado que, mal que bien, mantiene cierto orden, para nosotros está bien. Nosotros curramos en medio de este caldo de cultivo. Somos como un virus en el cuerpo del Estado. Si el cuerpo está débil, mejor para nosotros, pero si desaparece del todo, nosotros desaparecemos con él. Y yo tengo cero ambiciones políticas… Por cierto, intenté aplicar el mismo principio a algunos proyectos sociales, añadió.

¿Y…?

Nada. Nasti de plasti… (Otra expresión de hace cuarenta años, moneda corriente en el barrio).

Y eso que era un proyecto superbién pensado, agitó la mano Demby.

17,

Mientras tanto, se nos había echado encima la hora de comer. Nos sentamos en la glorieta de «las cinco esquinas», en un lugar que antes solía llamarse Sol y Luna. A primera vista, nada había cambiado, incluso el nombre seguía igual. El joven que nos trajo la carta llevaba una barba lumbersexual y se daba un aire al poeta revolucionario Hristo Bótev. (Por estos lares, cualquiera con pose de «oso» o de «leñador» se da siempre un aire a Bótev). El joven recitó las especialidades del menú: yogur búlgaro, cordero búlgaro con dip de menta, huevos al estilo Panaguiúrishte de gallinas «liberadas» (así mismo lo dijo), queso de cabeza con coles de Bruselas y especias búlgaras, pan casero de espelta elaborado según la vieja receta tradicional y, de postre, tarta de cerezas «Sublevación de Abril» o crème brûlée al estilo de Sámokov. Enseguida nos decantamos por sendos corderos búlgaros. Al contrario que a mí, a Demby no le impresionó lo más mínimo el menú.

Era un proyecto pensado al detalle, repitió Demby. Un proyecto de carácter social, además. Ciudades y pueblos están llenos de ancianos cuyos hijos emigraron, algunos ya en los noventa, llevan años sin verlos. Los hijos de sus hijos han nacido lejos de casa. Aquí ya no queda nadie. Es una soledad terrible, una enfermedad que no consta en los registros, pero si me preguntas a mí, no hay otra causa de muerte más grave en el país. Cuando el negocio de las recreaciones históricas empezó a rodar de verdad, recorrimos el país de cabo a rabo, y me harté de ver casos así. No solo ancianos, también gente de nuestra edad. Una mujer se va a España o a Italia a cuidar enfermos, envía el dinero a casa, a su marido, que se quedó aquí, sin oficio ni beneficio. Al principio, la mujer volvía cada dos o tres meses. Luego, cada medio año. Al final, dejó de venir: primero, porque le salía muy

caro; y después, porque conoció a alguien allí. Otras veces, es el marido quien emigra, pero la historia es la misma. Uno fuera que manda dinero, el otro aquí con los hijos, si es que hay hijos. Toda una generación que ve a sus madres solo por Skype, una generación de madres Skype. Y pensé: y si una vez a la semana, el sábado o el domingo, pudieran contratar a una «esposa» con la que prepararse una buena sopa de pollo, con la que sentarse un rato afuera, a la fresca, tomar café y charlar. Los hijos disfrutarían siquiera ese día de atenciones femeninas. No hace falta que la susodicha se parezca realmente a la madre, no se trata de encontrar a un doble: para el huérfano, cada mujer es una madre, cada hombre es un padre, ya lo sabes. Así que lo hice. También ofrecía padres. A precios de risa, no quería nada para mí. Me lo podía permitir.

Primero, a todo el mundo le pareció un disparate, nadie entendía ni lo más mínimo el concepto. Les resultaba más fácil buscarse a alguien por una noche. Pero mi proyecto no contemplaba el sexo, no iban por ahí los tiros. En fin, al principio hubo incidentes aislados, intentaron violar a dos de las mujeres contratadas como esposas sabatinas. Esto pasó hace unos cinco o seis años. Ahora me he enterado de que están haciendo algo parecido en Japón. Se conoce que la idea flotaba ya en el ambiente.

Es una magnífica idea, le dije con total sinceridad. Conozco a alguien que la va a saber apreciar. Pensaba en Gaustín, por supuesto.

Él sonrió escéptico, en todo caso es evidente que se acerca una gran soledad.

La crème brûlée que pedimos de postre tenía el sabor estándar de todas las brûlées que en el mundo son. ¿Por qué dicen que es al estilo de Sámokov?, le pregunté con aire inocente a nuestro Bótev mientras pagábamos la cuenta. Bueno, la cocinera es de allí, respondió el joven.

Demby volvió a la oficina para trabajar. En estos tiempos preelectorales, trabajas un día y comes el resto del año, dijo. Le aseguré de nuevo que lo llamaría sin falta porque tenía una idea.

Está bien, Joe… Tú solo sácame de aquí cuando las cosas comiencen a ponerse feas, me dijo al alejarse.

¡Joe! Se me había olvidado que en el cole solíamos llamarnos así unos a otros. Joe el Cola-loca… Habíamos visto un wéstern checo con ese título. Nosotros también adquiríamos superpoderes cuando nos atiborrábamos de limonada, como Joe. Lo miré alejarse por la calle del Conde Ignátiev hacia el jardín que hay frente a los Siete Santos. Y, por enésima vez desde mi regreso, me sentí fatalmente solo. Como un superhéroe que ha perdido sus poderes, como alguien que ha viajado al futuro y descubre que todos sus conocidos han muerto, como un niño perdido en una ciudad desconocida, cosa que me ocurrió una

vez, al anochecer, a esa hora en la que la gente tiene prisa por volver a casa y nadie se detiene a ayudar… Siempre hay un minuto así, en el que uno envejece de forma súbita o cobra bruscamente conciencia de esa fatalidad. Lo normal en esos momentos es echar a correr presa del pánico tras el último vagón del pasado que se esfuma ya en la lejanía. La misma atracción por el pasado que rige para las personas, rige para los países.

Sentí que necesitaba urgentemente un buen trago de Cola-loca.

18,

A última hora de la tarde me sentaba con el portátil en la terraza del apartamento que había alquilado. Un bonito edificio de inicios del siglo xx, de los primerísimos condominios de Sofía, puede que el primero, según proclamaba una placa informativa en el portal. En suma, una bonita construcción europea como tantas otras que pueden verse en Praga, Viena o Belgrado. La terraza daba a un patio interior con jardín, probablemente comunal, a juzgar por el grado de dejadez. Después de todo lo que había visto y oído en estos últimos días y después de lo que me había enseñado Demby, quería saber hasta dónde había llegado realmente la lucha por el pasado.

Internet ardía. Lo que veía en las noticias y en la calle estaba elevado a la enésima potencia en las webs y en las redes sociales. Las encuestas de la mayoría de las agencias arrojaban un empate técnico entre los dos movimientos principales, solo había unas pocas décimas de diferencia en los porcentajes de unas y otras, lo que entraba en el margen de error estadístico. Esto sin tener en cuenta, desde luego, la sociología de los propios movimientos. Lo irónico era que cada uno se atribuía un 8 % de ventaja sobre el otro. Muy atrás quedaba el Movimiento de la Razón, que incluía a intelectuales y profesores de universidad, entre ellos a K. También un Movimiento Verde Joven, al que los troles enseguida llamaron «Jóvenes y Verdes». Ambas formaciones trataban de unirse en una coalición a la que, pese a no existir aún, ya se la había etiquetado como «los Listos y los Verdes». En realidad, ellos abogaban más bien por quedarse en el presente, pero con discursos muy contradictorios por parte de sus líderes. Escribí la palabra clave «Héroes» y una de las Bulgarias quedó al descubierto ante mí. Todo tipo de grupúsculos entregados a preparar recreaciones históricas, juntas patrióticas, comunidades grandes y pequeñas, webs de propaganda, manufacturas para coser banderas, ofertas de trajes folclóricos de todos los tipos, chándales con el lema revolucionario «Libertad o muerte» bordado encima, camisetas de tirantes y demás ropa interior con el mapa de «Bulgaria en tres mares» serigrafiado, estudios para tatuajes patrióticos… Recordé lo que me

había dicho Demby en su oficina: Yo no soy de los más grandes, pero los más grandes acuden a mí, porque hago las cosas de manera diferente. Si en lo mío hay kitsch, al menos será un kitsch de categoría.

Las páginas de Facebook de estas organizaciones gozaban de increíble popularidad. Todos tenían fotos de perfil a lo haydut[13] con la imagen de algún revolucionario tatuada en los bíceps y en el pecho, algunos hasta llevaban grabadas en sus espaldas todas las batallas épicas del Paso de Shipka.

Las más numerosas eran las juntas para las recreaciones. Ninguna contaba con menos de varios centenares de militantes y voluntarios. Si sumamos el total de su armamento, mosquetes de chispa, dagas, yataganes, pistolas y carabinas, seguramente superaba en número de piezas al del propio ejército actual. En cierto sentido, podrían llegar a convertirse en verdaderas unidades de combate encubiertas. Quizá ya lo eran.

Enseguida saltaba a la vista el apoyo mal disimulado de las instituciones estatales. En la página de la asociación Ayduti se podía ver a unos cuantos haydut armados hasta los dientes, con sus pistolas y dagas acopladas a sus cinturones, irrumpiendo en una clase, delante de los niños aterrados. Probablemente se trataba de las recién introducidas clases de educación patriótica, porque la maestra, con un sukmán azúl y una corona de flores en la cabeza, estaba acariciando, embobada, la daga del más cruento de entre ellos. Más tarde los niños «tuvieron oportunidad de tocar las armas por sí mismos», según rezaba el pie de foto. Se veía a un niño, de unos ocho o nueve años, sosteniendo un revólver con ambas manos y apuntando a la pizarra, mientras otro héroe de la misma edad estaba intentando desenfundar el yatagán de la vaina, ante las caras radiantes de los haydut. Y eso que introducir armas en los colegios debería estar oficialmente prohibido. La web agradecía muy en especial al negocio patriótico que no escatimara gastos a la hora de educar a nuestros pequeñines búlgaros.

En otra web, la asociación de recreaciones había decidido hacer una demostración en vivo del desmembramiento de Balkandzhí Yovo, que no entregaba a la Bella Yana a la fe de los turcos. Se valían de un maniquí con traje nacional. Por lo que pude entender, esta recreación había tenido que ser suspendida, porque unos cuantos niños sensibles se habían desmayado. Solo vi que en la pestaña de «próximos eventos» estaban programados el Ahorcamiento de Vasil Levski y la Matanza de Batak.

El sol rodaba cadencioso y rojísimo tras el macizo Vítosha como

una auténtica cabeza de haydut. Con la caída de la noche, se extendió un fuerte olor a pimientos asados, mi olor favorito, el más búlgaro de los olores. Si acaso puedo considerarme un patriota en algún sentido es por el olor de los pimientos asados al atardecer… En alguna otra parte freían albóndigas. Sonaba el zumbido de un televisor… La vida seguía con todos sus olores, sus perejiles, sus albóndigas y sus trajines. Comenzaba a refrescar. Me estiracé, me puse una chaqueta encima y me dispuse a surfear presto por los mares del Socialismo Eterno.

19,

Los activistas del Sotz también se habían hecho a los nuevos medios de comunicación. Mejor dicho, los habían «dominado», como ellos mismos lo expresarían. El fantasma del comunismo recorría la red, los viejos emblemas y suvenires recuperaban su carácter de símbolos. ¿Cuándo había ocurrido todo esto? He aquí la web «Recuperemos el socialismo, druzya[14]», la mitad escrito en ruso. Nada más entrar, se pone en marcha un vídeo: una cinta de archivo conservada en la que unos niños dan ligeros azotes al secretario general y a los ancianos del Politburó con ramas de cornejo deseándoles buena salud en el Año Nuevo, en la residencia de Boyana, en algún momento de finales de los años setenta. Los ancianos, desorientados, dan torpes palmaditas a los niños con sus patas de oso e intentan besarlos. Una niña pequeña se limpia con la manga, con cara de asco, y la cámara cambia el ángulo de la toma rápidamente.

Llamaba la atención que abundaran los eslóganes mal rimados a lo largo y ancho de la web, dignos del diario de un alumno de primaria. Muchas fotos de Zhívkov y Brézhnev, fotos de Stalin, de la Segunda Guerra Mundial, de automóviles Lada…

Con puños firmes a diario
destruimos al adversario…

El mito de la izquierda seguía siendo primigeniamente pobre.

Para que se pudiera avanzar, pensé, para que el pegamento del mito surtiese efecto, haría falta olvidar muchas cosas. Olvidar el atentado de 1925 en aquella iglesia, olvidar a todos los que fueron asesinados y enterrados en fosas comunes inmediatamente después de que se hubiese perpetrado el golpe de Estado, olvidar a los que fueron molidos a golpes, a los que fueron pisoteados con botas, a los que fueron enviados a campos de concentración, olvidar a los que fueron vigilados, engañados, separados, censurados, humillados… Olvidarlos y olvidar después que se les había olvidado… Olvidar exige esfuerzo y trabajo. Exige estar recordándote todo el tiempo que tienes que

olvidar algo. Seguramente esa y no otra es la labor esencial de toda ideología.

Me entraron ganas de fumar… Ganas de fumar tabaco fuerte, negro, como el de antaño. No me apetecía quedarme en el piso, así que salí. Atravesé el parque frente a Santa Sofía y me topé con las traseras del monumento a Samuil, erigido hacía unos pocos años. El escultor le había colocado dos pequeñas bombillas led en los ojos, para horror de gatos y viandantes. Gracias a Dios, las bombillas se habían fundido a los dos meses y nadie se había encargado de cambiarlas.

Si algo puede salvar aún al país de todo este kitsch que le están derramando encima, pensé, es la pereza. La pereza y la desidia. Los mismos vicios que provocan su caída serán sus protectores. Allá donde reinan la desidia y la flojera, ni el kitsch ni la maldad lograrán perpetuarse, puesto que también ellos exigen esfuerzo y cuidados.

Cuánto deseaba creer en aquella hipótesis halagüeña mía. Pero al mismo tiempo una vocecita interior me susurraba: si es para meterse en líos, tus paisanos serán capaces de vencer incluso a su pereza y a su desidia.

Iba dando un paseo, los haydut y los comunistas de Facebook vociferaban en mi cabeza y, gracias al aire frío de la noche que me ayudaba a reponerme, lo veía cada vez más claro: existían dos Bulgarias y ninguna de ellas era la mía.

Me senté a un lado del monumento de los ojos brillantes ya extinguidos. Pensé que debía de tener un aspecto bastante machacado y mustio, como en aquel chiste: ¿Es usted escritor? Oh, no, solo es la resaca.

Un grupo de jóvenes claramente fumados se dirigió a mí en tono de burla. Eh, tranqui, señor, no hace falta que se quede aquí vigilando, que no se va a marchar él solo a ninguna parte… Se alejaron muertos de risa, sin sospechar siquiera que era aquella la frase más sensata que había oído en los días transcurridos desde mi llegada. Habría dado cualquier cosa por levantarme e irme con ellos.

Se suponía que aquella era mi ciudad y que, por esa causa, mi pasado rondaba aquellas calles y me aguardaba tras de cada esquina dispuesto a hablarme. Pero no, por lo visto mi pasado y yo habíamos dejado de hablarnos.

20,

Constato que, a todos los niveles, la comunicación en esta ciudad está interrumpida. Las diferentes profesiones no se hablan, los médicos

no se hablan con los pacientes, los vendedores no se hablan con los clientes, ni siquiera los taxistas se hablan con los pasajeros. Las gentes de un mismo gremio tampoco se hablan, ciertos escritores no se hablan con otros que a su vez no se hablan con terceros. Las familias no se hablan en las casas, los hombres y las mujeres no se hablan, los padres y las madres no se hablan. Como si todos los temas de conversación hubieran desaparecido súbitamente, como los dinosaurios, o se hubieran esfumado misteriosamente, como las abejas, extinguidos a través de la campana extractora de la cocina o de la ventanita del baño con su mosquitera rota.

Y ahí están ahora, él y ella, sin poder recordar exactamente dónde y cuándo se interrumpió la conversación. En cierto momento, te quedas callado. Y cuanto más tiempo pasa, tanto más difícil se hace reanudar la conversación. Es sencillo, el silencio genera silencio. Al principio, llega un momento en el que quieres decir algo, hasta lo formulas en tu cabeza, tomas aire, abres la boca. Luego haces un gesto con la mano y cierras la puerta por dentro.

Conocí a dos personas, un hombre y una mujer, que llevaban cuarenta años sin hablarse, casi toda una vida. Se habían peleado por algo y, puesto que ya no recordaban el motivo de la pelea, la posibilidad de reconciliarse era ínfima. Sus hijos crecieron, criados con su silencio, los dejaron. En las raras veces que volvían, ambos progenitores se hablaban en el mismo cuarto a través de ellos. Pregúntale a tu padre dónde ha metido las tijeras. Dile a tu madre que no eche tanta sal a las lentejas.

Cuando los trajeron a la clínica, habían dejado de hablarse ya del todo. Me parece recordar que tampoco se reconocían.

Si las personas con las que has compartido un pasado se van, se llevan consigo la mitad de ese pasado. En realidad, se lo llevan todo, porque no existe algo llamado «medio pasado». Es como si hubieras rasgado un folio por la mitad en sentido vertical y leyeras cada línea solo hasta la mitad; la otra mitad es para el otro, para el ausente. Nadie entendería nada. Quien sujeta el otro extremo no está. Aquel que estuvo en las mañanas, los mediodías, las tardes y las noches, los meses y los años de este pasado… No hay nadie que lo confirme, nadie con quien tocarlo juntos. Creo sinceramente que, cuando mi mujer se fue, perdí la mitad de mi pasado. Todo mi pasado, en realidad.

El pasado se toca solo a cuatro manos. Como mínimo, a cuatro manos.

Va un resumen de los acontecimientos que siguieron.

Tres días antes del referéndum, el Movimiento de la Razón filtra información sobre injerencias de hackers rusos en apoyo del Sotz.

Esa misma noche, tres de los activistas de la Razón son apaleados en sus casas. K. es uno de ellos.

La jornada electoral transcurre con una veintena de irregularidades en los colegios electorales que no son tomadas en consideración.

Los primeros escrutinios señalan porcentajes casi iguales para SE y los Héroes, dentro del margen de error estadístico.

En las ruedas de prensa, a altas horas de la noche, los analistas observan un tono bastante sosegado entre los líderes de ambos movimientos y un acercamiento de sus posturas.

Al día siguiente, a mediodía, tras hacer públicos los resultados definitivos del referéndum con una victoria mínima por tres décimas a favor del SE, aparece su lideresa vestida de rojo y, después de felicitar vigorosamente a sus simpatizantes, invita a subir a su lado en la tribuna… al vaivoda en jefe de los Héroes. La sorpresa de los observadores presentes en la sala donde se celebra la rueda de prensa es llamativa. El secretario general de SE anuncia que, tras una breve reunión, el Comité Central ha tomado la decisión de formar una coalición con los Héroes en aras de salvaguardar la integridad de la nación. Se basa en el voto dividido en dos. Por la bienandanza de la madre Bulgaria y por preservar los legados del camarada Dimitrov y del kan Kubrat, prosigue ella alzando la voz, antes de agacharse con el vaivoda principal, agarrar un haz de palos preparado de antemano y tratar de romperlo, sin éxito, claro está. Entre los dos lo izan sobre sus cabezas y solemnemente y al unísono recitan: ¡Que nuestro pueblo permanezca unido como este haz, en la alegría y en el pesar, en la felicidad y en la adversidad!

Suena como el parabién de un juez de paz a los recién casados.

Todo indica que la decisión de unir los dos movimientos ha sido acordada al menos hace una semana (si no antes) y confirmada ahora, tras el anuncio de los resultados definitivos. Pero esto no es todo. En vez de una década concreta, Bulgaria, después de muchas vacilaciones, elige una especie de macedonia de frutas o de parrillada mixta. Un poco de socialismo, si es tan amable, sí, sí, del que lleva lyútenitza como guarnición. Y una ración de Despertar nacional, este de aquí, sin hueso, el más grasiento.

Hombres en calzones de lana se acuestan al lado de mujeres con peinados cardados…

La segunda parte del discurso es aún más radical. Tras una breve pausa, como cuando se enuncia una decisión difícil de tomar, la secretaria general declara que ambos líderes han acordado iniciar el procedimiento para sacar al país de la Unión Europea y emprender un nuevo camino hacia una nación pura y homogénea, fiel a los legados de nuestros haydut y nuestros partisanos…

Ni uno solo de los observadores internacionales había previsto que Bulgaria fuera el primer Estado en retractarse del acuerdo tras el referéndum, y mucho menos que fuera el primero en abandonar la Unión. Ser los primeros no encajaba con su perfil.

Nacionalización para la nación, paternalismo para la patria. Lo puse en mi perfil de Facebook. En menos de una hora alguien me había denunciado y mi perfil había sido bloqueado.

Conseguí tomar un avión al día siguiente.

Cerraron las fronteras dos días más tarde.

Tras la dictadura del futuro, como diría mi amigo K., llegaba el turno de la dictadura del pasado.

Es mejor conocer bien tu patria para poder abandonarla un poco antes de que se cierre la trampa.
Yo ya había vivido lo que estaba por suceder.

22,

Podía imaginarme lo que iba a venir después y bosquejarlo en mi cuaderno de notas.
Aquellos que añoran el Sotz, lo reciben en un paquete gratuito junto con la abolición del aborto, una suscripción a La Labor del Obrero, la prohibición de viajar, los registros por sorpresa en las casas y el déficit de compresas higiénicas. (Los que no añoraban el socialismo reciben exactamente lo mismo). De manera imperceptible, determinados artículos empiezan a desaparecer de las tiendas. IKEA abandona el territorio y todos aquellos para los que esto representaba una emoción dominical, se quedan huérfanos de golpe. Peugeot, Volkswagen y todas las empresas occidentales retiran sus sucursales. La planta metalúrgica Kremíkovtzi se dispone a abrir de nuevo y sus chimeneas lanzan repetidas salvas de humo negro para anunciar el acontecimiento. Desaparecen los preservativos, en el mercado negro y

tirando de enchufes todavía se pueden conseguir los búlgaros, hechos de caucho aligerado, espolvoreados con talco. Los periódicos, cortados en trozos rectangulares, se instalan sutilmente en los WC para sustituir el inexistente papel higiénico. El acto disidente de antaño de usar justo el recorte que mostraba la foto del secretario general vuelve a estar en boga. Los aparatos de radio vuelven a ser apreciados, sobre todo los antiguos Selena y WEF, que captan las emisoras prohibidas al final del dial. Radio Europa Libre, que cerró precipitadamente en tiempos de democracia por superflua, reabre su central en Praga. En cuanto a sus oyentes, a ellos los detendrán por las mañanas, muy temprano, en los Ladas de la milicia.

Al principio, la gente pensará que se trata de un juego, pero la milicia se las apaña para aclarar las cosas del modo más rápido, nítido y consistente. Puñetazos en el estómago, luxaciones de brazos, fracturas de dedos y buenos porrazos y patadas: el viejo arsenal previo a la ñoñería liberal vuelve a entrar en acción. En vista, sin duda, de la nueva coalición, los milicias llevan kalpak en vez de gorras de plato. La red de agentes de los servicios secretos no tiene ningún problema: nunca llegó a desmantelarse, «no está desprofesionalizada», según las orgullosas declaraciones de sus miembros. De modo que, con total naturalidad, retoma su actividad donde la había dejado. O, mejor, donde no la había dejado.

Los pasaportes internacionales son confiscados. Las vallas en las fronteras nacionales se reconstruyen en tiempo récord; en realidad, ya habían empezado a levantarlas de antemano, a causa de los refugiados. Las tropas fronterizas regresan a sus puestos abandonados. En las tiendas se instalan las prendas de confección con unos pocos modelos de patrones del mismo estilo. Muy rápido, el diseño en la calle se transforma: cada vez más mujeres visten trajes idénticos, la única novedad son los sukmani folclóricos estilizados. Vuelven las antiguas marcas de vaqueros búlgaros, Rila y Panaka. En tiempos, nada más comprarlos, arrancábamos las etiquetas para cambiarlas por etiquetas de Rifle y Levi's, vete a saber cómo las conseguíamos. Se les añaden únicamente camisas blancas bordadas con motivos búlgaros, camisetas con el retrato del kan Asparuh y amplias fajas para la cintura.

Una de las cosas más desagradables para quienes han perdido la costumbre son los periódicos y la televisión de aquella época. Leer el periódico oficioso supone un auténtico suplicio. La programación de la televisión se acaba con el último telediario a las diez y media de la noche, luego viene el himno nacional y los copos de nieve en la pantalla vacía.

Para alegría de los fumadores, se puede fumar libremente en todas partes. Para su pesar, solo se venden las marcas viejas de cigarrillos.

Los Stewardess saben igual de ásperos; los BT con tapa abatible, tres cuartos de lo mismo; los mentolados para mujer Fénix y Fémina tienen el mismo regusto dulzón y repugnante. En cuanto a los Arda, con o sin filtro, desgarran los pulmones mimados por las mezclas occidentales.

Una gran parte de la gente, como en realidad siempre ha sido el caso, empieza a adaptarse increíblemente rápido, como si hubiera estado esperando pacientemente durante treinta años el retorno de esa época. Los viejos hábitos se revelan vivos y resistentes. En cuanto a los que de ningún modo estaban acostumbrados… Muy pronto, los ciudadanos incrédulos, que siguen viviendo por inercia democrática (incluidos los jóvenes), empiezan a llenar los centros de detención. El sótano de Moskovska n.º 5, aquel del que hablábamos mi amigo Kafka y yo, funciona de nuevo a pleno rendimiento. Pero, claro, ya no es un museo.

Los viejos chistes vuelven a ser graciosos.

Y aterradores.

Referéndum por el pasado

Y cuando se dieron la vuelta, vieron su futuro…

1,

En el aeropuerto de Zúrich tomé un tren que me dejó en un monasterio situado a media hora de distancia y donde pude permitirme una celda en el ala de invitados provista de wifi (qué más se puede pedir). Los franciscanos llevaban años ofreciendo hospedaje a precios muy módicos, y quise beneficiarme de su generosidad. Necesitaba aislarme durante un tiempo para seguir con calma el desarrollo del referéndum en los demás países y completar estos apuntes, los cuales había llegado a pensar que precedían y predecían los acontecimientos, cuando en realidad se limitaban a describirlos y a correr desesperadamente tras ellos, como cada vez se hacía más patente. Tarde o temprano, toda utopía se convierte en una novela histórica.

De modo que lo presencié todo a través de la pantalla del ordenador, oculto en la muy ascética y muy moderna celda de un monasterio cuyas campanas, puertas y ventanas contaban con unos cuantos siglos a sus espaldas. El vidrio de las ventanas, concretamente, fue una auténtica revelación. Estamos acostumbrados a que perduren edificios y piedras, pero que algo tan frágil como el vidrio haya sobrevivido desde el siglo xvii ¿no constituye un milagro? Era aquel un vidrio barbado, granulento, desigual, moldeado por la mano del hombre, un vidrio en el que clareaba todavía la arena de la que estaba hecho. Cerca del monasterio había una pequeña granja con una decena de vacas, no muy distintas de las del siglo xvii. Los animales devoran la percepción del tiempo. Lo anoto todo a conciencia en mi cuaderno.

Llamé a Gaustín repetidas veces, sin éxito. Más tarde reflexioné que quizá se hubiera aislado en alguna de las salas de los sesenta, donde los teléfonos móviles no existían aún. Era perentorio que pudiera contarle lo que había visto hasta el momento. La versión breve consistía en una sola palabra: fracaso. Se hacían realidad sus miedos más lóbregos, nuestros miedos más lóbregos.

2,

Todos los países felices se parecen, pero cada país infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciado, según está escrito. Y en la casa de Europa andaba todo manga por hombro. Cada miembro de lo que, hasta ese momento, conocíamos como la «gran familia europea» resultó ser profundamente infeliz a su particular, idiosincrásica, única manera. Por cierto, la propia palabra «único» se multiplicó durante

esos años como los tábanos de Egipto o las langostas del Magreb hasta someter a todas las criaturas dotadas de habla. Ahora todo era «único». En especial, la desgracia. Ninguna nación quería renunciar a su propia infelicidad. Era la materia prima esencial, un componente prefabricado y multiusos de todo lo visible, justificación, coartada y causa principal de toda reivindicación humana…

Cómo huir de la infelicidad cuando hay tantos pueblos que no poseen otro capital que ese. El oro negro de la tristeza es su único recurso infalible. Sumemos a eso que, cuanto más profundo se cava, con tanta más fuerza brota el líquido elemento de la tristeza. Es así porque los yacimientos de infelicidad nacional son inagotables.

El gran espejismo, el gran autoengaño, reside en el hecho de que pueblos y patrias persigan la felicidad. Pero la felicidad, amén de imposible, es insufrible. Qué hacer con ese material volátil, ese fantasma ingrávido, esa pompa de jabón que te estalla en las narices y queda convertida en poco más que un resto de espuma irritándote los ojos.

¿Hablamos de felicidad? La felicidad es tan perecedera como un cuenco de leche al sol, como una mosca en invierno, como una hebra de azafrán a comienzos de la primavera. Tiene el tórax tan frágil como el de una libélula. No es una yegua que puedas montar ni llevar al galope hacia el horizonte. No es una piedra angular sobre la que construir tu Iglesia o tu Estado. La felicidad no entra en los libros de historia ni en las crónicas ni en los anales (entran las batallas, los pogromos, las traiciones y el asesinato sangriento de algún archiduque). La felicidad es solo para los abecedarios y para las guías de conversación en una lengua extranjera (y solo en aquellas para principiantes). Tal vez porque resulta menos engorroso a nivel gramatical, la felicidad se conjuga siempre en presente. Solo allí todos son felices, brilla el sol, las flores exhalan su perfume, vamos todos a la playa, regresamos de una excursión, disculpe, sabe decirme dónde hay un buen restaurante por aquí…

Con la felicidad no se forjan espadas. Es un material delicado y quebradizo. Tampoco sirve para escribir grandes novelas ni canciones ni epopeyas. No hay en ella traiciones ni Troyas asediadas ni tres cadenas de esclavos ni un anciano Beowulf herido de muerte ni un Roldán ensangrentado en un ribazo, su espada mellada y su olifante maltrecho.

Quién podría movilizar un ejército bajo los estandartes de la felicidad…

Sin embargo, ninguna nación quería renunciar a su infelicidad, un vino bien envejecido en las bodegas del pasado que siempre está a mano cuando se lo necesita. La reserva intangible de infelicidad.

Pero ahora, por primera vez, había llegado el tiempo de elegir la felicidad, de apostar por una felicidad.

3,

Era casi seguro que Francia elegiría alguno de los felices Trente glorieuses, años de bonanza económica y creciente prosperidad, cuando todo el mundo estaba enamorado del cine francés, Resnais, Truffaut, Trintignant, Delon, Belmondo, Anouk Aimée, Girardot, se tarareaba «Et si tu n'existais pas», de Joe Dassin, se hablaba de Sartre, Camus, Perec… mientras detrás de todo aquel despliegue rugía la bien engrasada maquinaria económica. Los treinta años gloriosos y felices que van de 1945 a 1975. Se diría que todo en Francia, desde el Rey Sol, debe durar sus buenos treinta años: los períodos felices, treinta años; sus guerras, también treinta años…

Algunos apostaban rotundamente por los años sesenta. Por supuesto, un año concreto fue declarado favorito, 1968, inventado, filmado, incorporado a las leyendas. Ser joven en 1968, quién podría renunciar a eso.

Resultó que los propios franceses querían renunciar. Los años sesenta fueron un quebradero de cabeza: las colonias les daban la espalda, el país se enfrentaba con aquellos de quienes se había creído «abnegado protector», y Argelia dijo adiós en 1962. El París de los años sesenta estaba muy bien para llenar páginas en las revistas y para ambientar películas, no te digo nada como destino de un par de semanas de vacaciones; pero al final uno elige vivir en tiempos apacibles, incluso anodinos. Los tiempos anodinos son los más cómodos de habitar. Y, vistos desde ese prisma, los años sesenta no tenían ninguna posibilidad.

Supongo que en 1968 todavía no existía «el 68». Nadie en aquel momento preciso se dijo: ¡Amigo, abre bien los ojos, lo que estamos viviendo es ese 1968, el que pasará a la historia! No, todo sucede años después de haber sucedido… Hacen falta tiempo y un relato para que acontezca lo que creíamos ya pasado. Es un relato en diferido, como cuando se revelaba una fotografía y la imagen emergía lentamente en medio de la oscuridad… Es probable que en 1939 tampoco existiera «el 39»; como mucho, habría mañanas en las que uno despertaba con dolor de cabeza y una rara inquietud.

Uno de los fenómenos más llamativos surgidos alrededor del referéndum fue el movimiento París Era Una Fiesta, bautizado así en honor a las memorias de Hemingway en la capital del mundo durante los años veinte. El París de los cafés del Quartier Latin, Saint-Germain-

des-Prés, la Closerie des Lilas, La Coupole, La Rotonde, Saint-Michel… El París de Fitzgerald, Pound, la casa de Mrs. Stein y la pequeña librería de Sylvia Beach, Shakespeare & Co, la que, dicen, frecuentaba el mismísimo Joyce… Siempre me gustó aquel libro y, de haber podido, habría votado casi con toda certeza por ese bando creado por un grupo de jóvenes escritores. Pero, como ya se ha dicho, no todo el mundo quería vivir en una fiesta interminable. La fiesta es estupenda para celebrar cosas, pero resulta incómoda para la vida cotidiana. «El jaleo no le deja a una pegar ojo», como expresó literalmente en un reportaje cierta señora, antigua propietaria de pisos céntricos en alquiler. El problema, además, era que el movimiento ponía todo el énfasis en una sola ciudad, aunque fuera la capital del mundo. Francia era grande y provinciana: a los pescadores bretones, a los granjeros y recolectores de manzanas normandos, o a las tranquilas ciudades del sur les chupaban un pie las orgías de un puñado de juntaletras que vivían a salto de mata, de café en café, de hembra en hembra, retozando, pobres como ratas, en pensiones miserables. Una causa y una generación perdidas. El movimiento obtendría alrededor del 4 % de los votos, lo que no estaba nada mal, quizás era el equivalente exacto de cuantos se dedicaban a escribir en Francia en ese momento.

Los adeptos de Marine Le Pen optaron por una táctica que luego se demostró errónea. Al principio, decidieron boicotear el referéndum, lo que en realidad les hizo perder bastante tiempo, sin aportarles ningún beneficio particular. Solo se unieron al final de la campaña y, para sorpresa general, apoyaron el ala gaullista en su elección del final de los años cincuenta como la década a la que volver. De Gaulle, al fin y al cabo, había sido el más vigoroso defensor de una Francia grande y autónoma, con su leyenda de hombre que se resiste a los grandes y respalda «la Europa de las patrias». En definitiva, su hombre, par excellence.

Eran tantos los factores que influían, irracionales y personales sobre todo, que cuando los resultados dieron la victoria a los que habían votado por el inicio de la década de los ochenta, la dulce intemporalidad entre la salida de Giscard d'Estaing y la llegada de Mitterrand, los analistas necesitaron algún tiempo para explicar por qué todo aquello tenía su lógica.

Al final, esa era la victoria de los que habían sido jóvenes y activos en aquella época. La década de los sesenta, sin embargo, quedó muy cerca, con un 3 % menos de votos, tal vez gracias al tirón de los movimientos anarquistas, cada vez más pujantes y, cómo no, entusiasmados con la idea de ponerse a lanzar otra vez los adoquines de 1968.

Los nacionalistas de Le Pen serían los únicos en declarar abiertamente que no reconocían las elecciones y que tenían la intención de vetar cualquier decisión al respecto en el Parlamento Europeo.

4,

España, con su dilatada experiencia en ser una familia «desgraciada a su manera», lo tendría más fácil. Padecer un período caótico y una guerra civil que desembocan en un régimen como el de Franco te permite poner directamente cuatro o cinco décadas entre paréntesis, con lo que las posibilidades quedan reducidas a la mitad. Si además te ahorras las tres primeras décadas del siglo, agitadas por los nacionalismos periféricos, la guerra del Rif, el golpe de Primo de Rivera y, en general, por huelgas, atentados y revoluciones, la cosa se vuelve todavía más sencilla.

Los ochenta fueron una locura, declaró un madrileño en el reportaje. Después del gris dominante en las décadas anteriores, sombrías como sótanos, un día salimos a la calle y el sol brillaba y el mundo nos abría sus brazos de par en par para que experimentáramos de una sentada todo aquello que nos habíamos perdido, revolución sexual incluida.

Otros afirmaron que nunca habían vivido tan bien como en los años noventa. La Transición ya se había llevado a cabo, todo estaba en marcha, la economía estaba en auge. Había que sudar poco para ganar dinero. Y, sobre todo, había futuro…

¿Y antes? Antes no tenía derecho a abrirme yo sola una cuenta bancaria, ni a sacarme el carnet de conducir, ni siquiera podía renovarme el pasaporte sin permiso de mi marido, se encendió una mujer cuando un señor mayor, que antes había aludido al milagro económico español de los años sesenta, se permitió decir que durante el franquismo el país vivía tranquilo y en paz.

Al final, España eligió la explosión de libertad de los ochenta, con su Movida madrileña, su Malasaña y su Almodóvar, sucesores del «destape» y de las primeras tetas en la gran pantalla después de Franco, ya fueran justificadas o no. Recuerdo que, cuando más tarde esas películas llegaron a nosotros (tendríamos unos diecisiete o dieciocho años), apostábamos a que antes del minuto dos habría una escena de desnudo. Por eso nos encantaba el cine español.

En cualquier caso, no hubo ninguna guerra civil durante el referéndum, tal y como habían vaticinado los analistas más agoreros (el apoyo a Franco resultó ser menor del esperado), y España volvía feliz a la fiesta y el color de los ochenta.

Una vez, de paso por Madrid y a finales de un caluroso septiembre,

pasada ya la medianoche, me vi en una pequeña plaza abarrotada de jóvenes bebiendo cerveza, tragafuegos, fumadores de porros, guitarristas, grupos de amigos riendo a viva voz… Una escena que habría encajado bien en un variado abanico de siglos anteriores. Más tarde, de regreso a casa, en las callejuelas aledañas, vi a los chicos y chicas orinando con toda la calma del mundo en la acera, entre los coches. Así olía Madrid: a cerveza y orina, y es innegable que en ese olor había alegría.

Portugal, de manera análoga, después del largo y frío régimen que había terminado con la Revolución de los Claveles, elegiría la mitad de los años setenta como un nuevo inicio, cuando la borrachera de 1974 aún seguía viva, pero también cuando el recuerdo del Estado Novo, de Salazar y de su heredero Caetano aún estaba caliente y podían inscribirse en la desgracia de ser portugués. Un mito que llevaba aglutinando a la gente varios siglos después de los Grandes descubrimientos geográficos y, aún más, después de las Grandes pérdidas de las tierras descubiertas.

Recuerdo que de niños solíamos jugar a «los países». Dibujábamos un círculo, nos poníamos dentro, cada uno elegía un país por medio de una cantinela concreta (O-o-o, el globo girará y girará, qué país te tocará…), luego todos gritábamos «Que sea, que sea… Francia», por ejemplo. Todos echaban a correr y entonces Francia gritaba «Alto» y luego tenía que decir en cuántos pasos llegaría a alguno de los otros países. Si acertaba la distancia, se anexionaba el territorio extranjero. Había pasos de diferentes tamaños: de gigante, de persona, de ratón, de hormiga y no recuerdo qué más. Un juego sencillo en el que parecía que lo que más importaba era qué país elegirías. Todos competíamos por elegir Italia, Alemania, Francia, EE.UU. o incluso «el extranjero», así, en genérico. La chica de la que yo estaba secretamente enamorado elegía siempre Portugal. Yo, en consecuencia, elegía España, para estar cerca de ella. Además, Portugal no tenía otros vecinos, y esta situación geográfica me ahorraba los inevitables celos. Ahora recuerdo hasta qué punto le sentaba bien ese país.

¿Qué sabíamos de Portugal? Se encontraba en el mismo borde de Europa, pequeño, arrinconado contra el muro del océano. Un país que no llamaba la atención por nada. Me pregunto si, a fin de cuentas, no lo elegía por su misterioso nombre, que sonaba a naranja en búlgaro: portokal. Estaba convencido de que las naranjas abundaban sobre todo allí, en Portugal, y de que, como se encontraban tan lejos, llegaban muy rara vez hasta nosotros. Alguien se las irá comiendo durante el largo camino, incapaz de resistir la tentación, sin duda los propios transportistas. No los culpaba, yo tampoco me habría resistido.

«Portokalia Portugálova», así llamaba a aquella chica. Y solo conservo ese nombre para ella en mi memoria.

5,

A diferencia de España y Portugal, un país como Suecia lo tenía mucho más difícil a la hora de elegir un tiempo feliz al que regresar. En su caso, lo que escaseaba eran las décadas infelices.

Los primeros quince años del siglo podían excluirse por el altísimo desempleo que derivó del crecimiento brusco de la población, un crecimiento que algunos historiadores explican con vacunas y patatas. Después, tras las dos grandes guerras y una neutralidad bien remunerada, las cosas volvieron a su cauce. Lo mismo que había arruinado el continente era bueno para el país. Siempre harían falta un buen acero sueco y las piezas de maquinaria, sobre todo en tiempos de guerra. Por eso, en vísperas del referéndum, a nadie le sorprendió que surgiera en escena un movimiento favorable a los años cuarenta que, además, ganó popularidad rápidamente. Alguien había seleccionado amablemente algunos párrafos del diario de Astrid Lindgren donde, de manera breve y concisa, se enumeraba qué podía encontrarse en la mesa navideña en aquellos años de guerra: «Una pata de jamón de tres kilos y medio, paté elaborado en casa, asado de ternera, anguila ahumada, carne de venado»; o los regalos que repartió la familia en las Navidades de 1944: «Un anorak, unas botas de esquiar, un chaleco, una bufanda de lana blanca, dos pares de calzoncillos largos (cada año le regalo los mismos), unos gemelos, pantalones de diario, una cadena para su reloj, unos libros, una falda plisada gris, un chaleco azul oscuro, unos calcetines, unos libros, un puzle, un despertador muy bonito, un cepillo de baño, un cerdito de mazapán…».

No sé por qué este cerdito de mazapán me impactó tanto. Al parecer, también impactó a los periodistas suecos. «Suecia no es un cerdito de mazapán en tiempos de guerra», fue el eslogan de los opositores al movimiento. La opulencia era un hecho, pero estaba el problema del sentimiento de culpa. ¿Acaso se puede vivir feliz y satisfecho cuando hay un averno alrededor? Al final, las estadísticas otorgaron a los años cuarenta un porcentaje discreto de voto que los relegaba al quinto o sexto lugar de la tabla, sin posibilidades de éxito, pero el mero hecho de que el fantasma de los años de la guerra apareciera como una posibilidad real era ya bastante chocante en sí mismo.

Según los analistas, las altas expectativas de voto a favor de los años cincuenta, opción que según todas las encuestas lideraba la

campaña, se debían precisamente a la herencia del auge vivido en la década anterior y a la incomodidad que íntimamente sentía una mayoría de los suecos ante la posibilidad de decantarse por los años de la guerra. Pero, por sí solos, los años cincuenta también eran una década poderosa. Los medios de comunicación recordaron cómo, en medio de una Europa devastada, Suecia se había mantenido sólida y firme, con sus fuentes de recursos y sus medios de producción intactos. La vida se volvía cada vez más acogedora. Teníamos una buena lavadora semiautomática, un televisor por primera vez y una nevera así de grande, explicaba en televisión una mujer con los brazos en cruz. Tenía unos setenta años, pero se conservaba divinamente. Y en ese punto la cámara enfocaba al hombre sentado a su lado, un anciano alto, fibroso, de tez sonrosada, que a la nevera de su esposa quería sumarle, dijo, un Volvo Amazon, el primer modelo, el de 1957, negro, con el techo gris pálido, y con aquel acabado exquisito… Y mostraba a cámara una foto en blanco y negro de ambos, sonriendo de oreja a oreja delante del vehículo. Me dediqué a observar el Volvo. Se parecía bastante al Warszawa de mi padre, que a su vez era una copia indisimulada del Pobeda soviético. Aquellos mamotretos de los cincuenta, con su aire torpe y compactado, recordaban a carros de combate. Sin mencionar que consumían prácticamente igual que un tanque…

Otra baza poderosa, casi inapelable, del movimiento fue, cómo no, IKEA. Sí, fue en los cincuenta cuando IKEA sacó su primer catálogo, cuando abrió su primera tienda y, quizá lo más importante, cuando apostó por la idea de separar las patas del tablero para que la mesa entrara en el maletero del coche y uno mismo pudiera montarla en casa. Así eran los cincuenta: prácticos, sólidos, baratos, un poco ásperos, sencillos a machamartillo.

Frente a los cincuenta, los setenta. A pesar de la crisis económica, pareja a la desatada en todo el mundo, se trataba del único rival posible. Y así, ambas décadas encarnaron las verdaderas apuestas en liza del referéndum sueco.

Había algo intrínsecamente escandinavo en los setenta. Durante los setenta y los ochenta, además de por el telón de acero, el mundo se dividió en dos facciones igual de radicales: los que preferían a la rubia y los que preferían a la morena (de vez en cuando, pelirroja) de ABBA. La cuestión se planteaba en esos términos exactos, y no entre Agnetha y Frida. Yo, a mis diez años, no estaba en el target, pero secretamente prefería a la rubia, como la mayoría de los hombres. También sabía que eso me convertía inmediatamente en un ser banal y que molaba más preferir a la morena. O, al menos, afirmarlo. En cualquier caso, ABBA representaba como nadie el lado nórdico, luminoso,

discotequero, resplandeciente y blanco de los setenta.

ABBA y también el sillón Poäng, por poner un ejemplo, una creación de IKEA de esa misma década, la clase de invento que define una época, mucho más que el producto interior bruto o la exportación de madera y acero. Al final, a pesar de las crisis de los setenta y del cambio de Gobierno, a pesar de la subida del precio del petróleo y la nueva crisis, a pesar de todo eso y más, la «Dancing Queen» de finales de los setenta adelantó al Volvo del 57, a la enorme nevera y a la lavadora semiautomática. ¿Qué tiene de romántico una nevera? La gente tenía ganas de bailar y esa nueva sentimentalidad sobrevolaba la península escandinava. Así fue como, tras el referéndum, Suecia amaneció en un nuevo 1977.

Por su parte, a nadie le sorprendió que Dinamarca eligiese también los setenta, y eso que los noventa se mantuvieron en la competición hasta el último momento. Sí, había algo escandinavo en los setenta. Se parecían a aquellas tarjetas de Año Nuevo, espolvoreadas de azúcar blanco en vez de nieve, que lamíamos a escondidas.

Porque fue en los años setenta cuando comenzamos a experimentar el placer de la vida, me explicó una amiga danesa. ¿Y qué es de los sesenta, le pregunté, los placeres no habían empezado entonces? Ella permaneció un rato en silencio antes de contestar: Tienes razón, pero nosotros aún no sabíamos qué hacer con ellos. Tuve un embarazo no deseado, di a luz, el padre desapareció, dejé al niño con mis padres, me fui a Moscú, a empezar una nueva vida, duré un año, los Yevtushenkos gritaban en los estadios, las Ajmadúlinas, la generación de los sesenta, los shestidesiatniki… Mientras tanto, sus poetas buenos estaban marginados, borrachos, sin publicar, exiliados, y yo acababa de descubrirlos cuando me detuvieron, luego me enviaron de vuelta por la vía oficial a Dinamarca. Más o menos, así fue como acabaron los años sesenta, como una fiesta adolescente en la que justo te acabas de emborrachar, te lo empiezas a pasar bien y, de repente, irrumpe la milicia. No quedó más que la resaca. En los años setenta ya sabía cómo gestionar mis placeres, todos lo sabíamos, y tuvimos una buena vida. Puedes estar seguro de que todos votarán por ellos.

Bueno, no todos, pero acertó, a fin de cuentas.

6,

… Llovió toda la noche. Fue la lluvia lo que me despertó. Seguí acostado con los ojos cerrados, escuchando el repiqueteo de las gotas. No había un techo como tal bajo el tejado, solo gruesas vigas de otra época. Estaba acostado y escuchaba. El cuerpo y la lluvia mantienen una vieja conversación, remota, cuyo argumento he olvidado. Hay una

vida sencilla, una vida en soledad, a la que me he desacostumbrado. Comer pan en una mesa de madera, recoger las migas y lanzarlas luego a los gorriones. Pelar lentamente una manzana con la navaja y descubrir que ese gesto replica exactamente el gesto de tu padre, que a su vez repite el gesto de tu abuelo. No se trata del mismo lugar, ni del mismo tiempo, ni de la misma mano, pero el gesto no lo hemos olvidado. Desplegar el semanario local Zuger Woche, consultar el pronóstico del tiempo pensando en el cebollino recién brotado y en el cerezo en flor del jardín, preocupado por un mundo al que ya no perteneces.

A eso de las cinco sonó el gran reloj franciscano del otro lado del muro, no menos cantor que la campana. Me levanté, me vestí y me senté junto a la ventana. Amanecía. Abrí el pequeño volumen de poesía de Tranströmer, en edición de bolsillo. Estuve leyendo lentamente, con un deleite de otros tiempos. Cerré el libro y me pregunté, si los países retroceden en el tiempo a los años setenta o a los ochenta, ¿qué será de la poesía y de las novelas que aún no se han escrito, de todo eso que está por venir? Intenté hacer un inventario mental de todo lo memorable que había leído en los últimos años. Y resultó que no iba a echar nada de menos.

7,

Qué pasaría con el referéndum en el antiguo Este de Europa, esta parte que siempre va precedida por el prefijo «ex». Por supuesto, todos se habían desperdigado hacía mucho, como una exfamilia que se había visto obligada a vivir bajo el mismo techo mientras los niños crecían, para luego salir corriendo cada uno en distintas direcciones. Si no se odiaban, en el mejor de los casos tampoco sentían ninguna curiosidad el uno por el otro. Cada uno quería estar con aquella amante (occidental) con la que soñó mientras compartía con el otro el lecho socialista común.

Mi última esperanza de regresar al nuevo año 1968, tras el fiasco francés, estaba precisamente en este (ex)bloque. Y, por supuesto, la República Checa era el sitio más esperado para el Estado de 1968. Tener veintitantos y estar en las calles de París o de Praga, qué más se puede pedir. Después del voto de Francia a favor de los años ochenta, la mitad de este sueño feneció. París estaba pedido, quedaba Praga.

No obstante, igual que en el caso francés, lo que parecía bueno visto desde el exterior no lo parecía tanto en el interior. La leyenda de 1968 era muy bella, el tiempo había limado sus bordes. La Primavera de Praga resultaba tan tentadora como un jardín del Edén, pero sin el episodio de la invasión de un dios enfurecido. La invasión, no

obstante, era un hecho verificable, el dios bramaba como un tanque ruso y era tan vengativo como el «ejército hermano», un auténtico deus ex machina blindado.

A la Primavera de Praga le sucedió un verano devastador y, como siempre sucede cuando la vida se quiebra, todo cambió de sitio: aquellos que habían estado en las calles pasaron a las zonas en sombra del verano y de todos los veranos que siguieron a aquel, mientras que los mansos asomaron sus hocicos y fueron llamados a sustituirlos. No son los enfrentamientos ni las vitrinas rotas, no son los desterrados, los encarcelados, los torturados, los violados, ni siquiera los asesinados quienes nos abruman, sino la sutil y punzante sensación de sinsentido que nos asalta cualquier tarde posterior, cuando vemos que la gente ríe en la calle, se reúne en los paseos, fabrica niños a mansalva en ese mismo sistema que a nosotros nos expulsó de la vida para los restos. La historia puede permitirse frustrar cincuenta o sesenta de sus años, los tiene por miles, para ella equivalen a un segundo; pero qué puede hacer esta infeliz mosca que es el ser humano, para quien aquel segundo de la historia supone toda su vida.

Es a causa de estas tardes que siguieron a 1968 que los checos rechazaron los sesenta. Sin embargo, la batalla se libró durante mucho tiempo entre tres posibles países del pasado. En primer lugar, la Primera República checoslovaca: la época de oro de los años veinte… el milagro económico… el boom cultural… entre las primeras diez economías del mundo…, recordaban los medios de comunicación afines al movimiento. El entusiasmo de una joven nación a la que todo le sale bien. Luego venía el país del otro extremo del siglo, la Revolución de Terciopelo de 1989. Y, por último, la Primavera de Praga de 1968 que, si bien era la tercera fuerza, no era nada descartable al principio. ¿Cuál de estos países elegir? Los mismos nombres seducían los sentidos: oro, terciopelo, primavera. Al cabo de los años veinte asomaba un tipo con bigotito que se anexionaría los Sudetes y convertiría este próspero país en un protectorado. Detrás de la Primavera de Praga aguardaba el frío verano ruso. Y detrás de la Revolución de Terciopelo estaba el desencanto de unos sueños que nunca se cumplieron del todo.

Al final, el miedo a lo que siguió a los años veinte resultó ser mayor que el miedo a lo que venía después de los noventa. La gran batalla de los miedos… Y, de este modo, la Revolución de Terciopelo ganó por segunda vez y la República Checa volvió a los años noventa.

Polonia también tenía un movimiento que se inclinaba por los años veinte y apostaba por la Segunda República, pero sin excesiva popularidad. A fin de cuentas, todo estaba encaminado claramente hacia los años ochenta, con dos facciones. Unos querían volver al

inicio mismo de la década para reencontrarse con la resistencia, con la aparición de Solidaridad en 1980. Sus partidarios insistían en que era necesario reanimar el entusiasmo de aquel entonces, empezar con buen pie, recordaban que en solo unos meses el número de miembros del primer sindicado sin afiliación partidista había alcanzado los diez millones. Nada menos. Tantos años después, la cifra se antojaba igual de impresionante.

La otra facción, en cambio, sacó a relucir un espantajo de la misma época: Jaruzelski, el general de las gafas oscuras que mi abuela utilizaba para amedrentarme cada noche: ¡A la cama ahora mismo! ¡Si no, va a venir el de las gafas! Con los ochenta llegaron también la ley marcial, la represión, la cárcel… Por eso muchos querían empezar de cero, con el final de la década y las primeras elecciones (semi)libres, que ganó Wałęsa. Y, a pesar de todo, la facción de los primeros ochenta fue la vencedora. Y Polonia tuvo incluso que reiniciarse dos años antes del inicio mismo de la década, con el fin de conmemorar la elección de Juan Pablo II como papa, señal divina que auguraba sin duda la gloriosa década que siguió.

Al final, casi todos los países del bloque del Este (con dos excepciones, Bulgaria y Rumanía) eligieron 1989 como lugar de retorno y reinicio. A ojos vistas, aquella elección obedecía tanto al sentido común como a motivaciones, digamos, de orden más personal. Porque había sido entonces, a finales del milenio, cuando todos fueron —fuimos— jóvenes por última vez. Tanto los de los años cincuenta, que habían creído que el final llegaría y veían su espera recompensada, como los jóvenes de 1968, que en 1989 pudieron contemplar cómo los dos últimos dígitos se volteaban feliz e inesperadamente para ofrecerles otro desenlace. Sin olvidar a quienes eran, estos sí, literalmente jóvenes, aquellos que en 1989 tenían veintitantos y se enfrentaban a su primera revolución, y aquí puedo hablar en primera persona. Lo nunca sucedido iba a suceder por fin, todo estaba por venir, todo comenzaba allí, a las puertas del milenio.

Me acojo a mi derecho a la marginalia, a la digresión del testigo, porque yo estuve allí, di saltos en las plazas, grité, lloré, y luego envejecí, de golpe, en las suplantaciones de los años siguientes. Una marginalia y un lamento irrisorio a propósito de los años noventa. El sistema cambiaba ante nuestros ojos y prometía una vida buena, la apertura de fronteras, unas nuevas reglas… Y, encima, a muy corto plazo, de hoy para mañana. En las plazas de 1989, se podían oír diálogos como este: Tíos, decía un amigo, no es por desanimaros, pero harán falta uno o dos años al menos antes de que se arreglen las cosas —¿no era K., precisamente?—. O más, aventuraba tímidamente otro,

tal vez tres, cuatro, incluso cinco. Dios, cómo le saltamos a la grupa, suerte que no llegamos a pegarle. ¡Eh! ¡¿Quién te crees que va a esperar cinco años?! ¡En tres meses empiezan los exámenes, ya está bien con los dichosos planes quinquenales!… En aquella época aún había una reserva intangible de futuro, y nosotros la distribuíamos con denuedo. Y con absoluta ingenuidad, como quedó patente a posteriori.

Una década después, en los «dosmiles», la reserva se había agotado, tan solo el culo de la botella se transparentaba frente a nosotros. Y entonces, en algún momento indeterminado entre el final de esa década y el principio de la siguiente, algo pasó con el tiempo, algo saltó, se dislocó, petardeó, derrapó y finalmente se detuvo.

8,

Si Escandinavia no podía decidirse por uno de sus muchos períodos de dicha, Rumanía también dudaba, pero en sentido contrario. Su siglo xx había sido un tambaleo constante de una circunstancia desafortunada a otra, puntuadas de malas decisiones a la hora de elegir un caballo para su carro, ya fuera el alemán, el inglés o el ruso. Batallas, asedios, golpes internos y territorios perdidos. Tampoco su revolución de 1989 resultó lo que se dice «de terciopelo». Solo entre finales de los sesenta y principios de los setenta el país vio abrirse una diminuta ventana durante un breve período de tiempo, algo así como un intento de independencia en un mundo dividido (y aquel fue a la postre el período elegido, a falta de algo mejor). Luego, por supuesto, la ventanita fue tapiada a conciencia con la miseria de la década siguiente, un mortero hecho de deudas, estanterías vacías y Securitate.

«Estos pueblos saciados, felices, franceses, ingleses… ¡Ah! Qué tengo yo que ver con todo esto. Me preceden siglos de desdicha ininterrumpida. Nací en un país sin suerte. La dicha termina en Viena; más allá, ¡la Maldición!». Despiadado Cioran.

Lo que dice no describe solo el caso rumano.

El voto de Austria parecía el más desperdigado y confuso de todos. Fue aquí donde se registró el mayor número de abstenciones y los votos de los que sí acudieron a las urnas se distribuyeron casi por igual entre varios movimientos, todos ellos bastante anémicos.

El recuerdo de aquel imperio abigarrado y multilingüe de la primera década del siglo xx, transmitido sobre todo por la literatura y la Secesión vienesa, se iba enfriando lentamente como un café olvidado en la veranda junto a un pedazo reseco de tarta Sacher. Y no terminaba bien: al cabo esperaban el archiduque asesinado, la Gran Guerra, la desintegración y todo lo demás…

La Austria del Anschluss sumaba un porcentaje preocupante pero

también insuficiente. Un género de vergüenza colectiva, más cercana a la costumbre que a los principios, seguía flotando en el ambiente.

La Austria de los setenta y los ochenta, un placer culpable y compartido entre el Este y el Oeste que había transformado su supuesta neutralidad permanente en una permanente fuente de ingresos, era el otro trozo preferido del pastel electoral.

Y, a la postre, los noventa, cuando lo que se hubo ocultado celosamente en décadas anteriores podía por fin salir a la luz: los maletines podían abrirse, los cheques podían cobrarse, los espías podían reclamar lo suyo a sus dobles empleadores.

Con unas expectativas tan confusas y ante un empate técnico, Austria corría el riesgo de verse fagocitada por los imperios temporales contiguos, y Viena, por su parte, de quedar relegada a ciudad museo, lo que, bien mirado, siempre había sido. Una zona fronteriza en la geografía de la felicidad. De todos modos, al final, ganaron los ochenta por una mínima ventaja. Una victoria detrás de la que se ocultaba, según la sospecha de muchos, el voto nacionalista de los herederos de Haider, cuya estrella había ascendido precisamente en aquella década.

Mientras veía los reportajes de Viena y Salzburgo, vislumbré a los vencedores aparcando el estandarte de los ochenta y organizando rápidamente otro referéndum, esta vez a espaldas de Europa, en plan casero, destinado a recuperar el Anschluss de 1938. Tantas cosas yacían aún enterradas en las faldas de ese monte llamado 1939.

9,

La gran incógnita, la decisiva, seguía siendo Alemania. Fue allí donde la historia llevó más lejos su baile perpetuo, y Berlín había sido su escenario, su cabaret, su plaza de armas, su escaparate y su Muro al mismo tiempo: lo había sido todo.

La primera mitad del siglo había sido amputada, a pesar de los intentos de la nueva ultraderecha por encajar una prótesis en el lugar vacío. Alemania no iba a volver allí, todavía no, a pesar de la Autobahn y del Volkswagen asomando en el mercado negro durante la carrera. Pero cada una de las décadas posteriores tenía su oportunidad. Los sociólogos pronostican una victoria para los años ochenta, me escribió aterrada E. desde Berlín. Te imaginas, no el milagro económico de los cincuenta, tampoco los sesenta a causa de 1968 y lo demás, sino los ochenta. El declive. Ya sabes que yo prefiero los noventa. Recuerdas que decíamos que son nuestro 1968, un poco andrajoso, un poco de segunda mano, pero el nuestro, al fin y al cabo. Tengo ganas de vivir a principios de los años noventa. Si ganamos, vente y nos vemos allí, en Berlín… O en Sofía… Te mando un beso, E.

Mi querida E. Juntos atravesamos los primeros años noventa. Fue una relación convulsa, como no podía ser de otra forma tratándose de aquella época. Por fin nos es dado vivir los años sesenta, se reía entonces, pasándome el cigarrillo en la cama. Incluso logramos casarnos. Gran error. En los años noventa nadie se casaba: lo que hacía la gente era divorciarse. Bueno, igualmente logramos corregir el error sin salir de la misma década. Nos separamos, luego ella se marchó a Alemania. Todo aquel que sacaba sobresalientes en alemán emigraba tarde o temprano a Alemania. Yo sacaba sobresalientes en búlgaro, así que me quedé.

De todos modos, era un poco injusta con los ochenta, al menos en lo que respecta a Alemania. Allí las cosas bullían en ambos lados. «Wir sind das Volk!»[15], gritaban en Alexanderplatz y las calles del Este. «Atomcraft? Nein, danke»[16], vociferaban en el Oeste. Había cadenas humanas, marchas por la paz, globos rojos. Había Nena, sida y punk rock. En fin, la cosa era cuanto menos interesante. Sin embargo, pocos partidarios de los ochenta habían caído en la cuenta de que su elección implicaba volver a una Alemania dividida. Esos pocos idearon una solución: votarían por un año en concreto, con la esperanza de alargarlo un año más. O dos. O tres. El año sería, por supuesto, 1989. Si uno pudiera permanecer siempre en vísperas de la celebración y mantener siempre fresco el arenque del entusiasmo (à la Bismark) en un dilatado aplazamiento del futuro… qué más se podría pedir. Fantaseé con la permanente destrucción del Muro y con su posterior reconstrucción en secreto, solo para derribarlo otra vez al día siguiente. Alegría en bucle.

En realidad, 1968 tampoco tenía grandes posibilidades en Alemania. Salvo por un núcleo duro pero insignificante de marxistas tardíos y anarquistas reumáticos (los anarquistas envejecen tan mal como cualquiera), el gran 1968 no contaba con apenas partidarios. Sobre todo, porque después de él venían los años setenta. Y esa década no era una elección fácil, con Baader-Meinhof y toda la serie de asesinatos, explosiones, secuestros y robos. Entre Mao y Dao, Bandiera rossa, Che Guevara, Marcuse, Dutschke, tal era el batiburrillo de los setenta en Europa. Y con la Segunda Guerra Mundial terminada hacía apenas veintitantos o treinta años.

Es frecuente que ciertos acontecimientos históricos se nos antojen más lejanos en el tiempo de lo que realmente están. Cuando nací, la Segunda Guerra Mundial distaba solo veintitrés años, y sin embargo a mí me pareció siempre parte de una era totalmente distinta.

Como diría Gaustín, cuidado, la historia está más cerca de lo que aparenta en el retrovisor.

Ganaron los ochenta. Bueno, sería más exacto decir que ganaron los ochenta de la antigua República Federal, aplicados a todo el país. Lo único es que Berlín volvió a ser una ciudad dividida. Curiosamente, ambos lados insistieron en ello.

Los alemanes viejos eligieron esa década por la respetable hechura de Helmut Kohl, que desprendía estabilidad y seguridad. Los jóvenes, o aquellos que habían sido jóvenes entonces —es decir, gran parte de los votantes—, eligieron la música de los ochenta.

Al final, lo banal triunfa inevitablemente. La trivialidad y sus bárbaros, tarde o temprano, irrumpen y se apoderan de los imperios y de las ideologías supuestamente hegemónicas. Los grandes vencedores del referéndum fueron Falko, Nena, Alphaville, la selección de fútbol de la RFA de la época, la barba de Breitner, unos jóvenes Becker y Steffi Graf, el pesado lujo de KaDeWe, Dallas, Dirty Dancing, Michael Jackson, todo por lo que la gente perdía la cabeza aquí. Hasta La caldera de colores, emitida hasta la saciedad todas las Nocheviejas por la televisión de la RDA, se puede decir que ganó el referéndum.

Tú me dices que es la década que ha producido más tedio, y además aderezado con italodisco, me escribía E. tras las elecciones. Pero, ya ves, es ahí donde quiere vivir la gente: en el tedio, escuchando italodisco.

E. tenía razón, por supuesto, pero había algo más. La gente elegía los ochenta también debido a su inminente final. Había algo peculiar en las votaciones y, para nosotros, era una clara señal. Al elegir una década o un año, en realidad uno elige también lo que viene después. Quiero vivir en los ochenta para esperar a 1989.

(Nadie pareció prestar mucha atención al hecho de que, en la mayoría de las provincias del este, la segunda fuerza política más votada fuera el Partido de los Años Treinta).

10,

Llevo unos días (¿o son semanas?) sin hablar con nadie. Siento que estoy perdiendo la noción del tiempo. Me levanto, me visto, bajo a la ciudad a por pescado. Es día de mercado. Intento contactar con Gaustín de nuevo, en vano. El auricular me devuelve un tono extraño. Cambio unas palabras con el vendedor de aceitunas. Él me habla en italiano, yo le contesto en un mal alemán. Al final, me endosa las aceitunas que le da la gana. Hago rodar sus últimas palabras en mi cabeza como huesos de aceituna mientras trepo hacia el monasterio en lo alto de la colina. «Prego, olivo, grazie… Prego, olivo, grazie…». Una vez arriba, las escupo.

He comprado también queso y pescado. Limpio el pescado, corto láminas de manzana ácida, añado aceite de oliva, albahaca, limón, un

chorrito de vino y un trozo de queso fresco de los Alpes. A la media hora, el pescado está listo. Lo dispongo en el más lindo de mis platos y lo llevo a la mesa. Me sirvo el resto del vino, me detengo un instante, descubro que no siento el menor apetito.

11, síndrome del ausente

Tantos lugares en los que no estoy. No estoy en Nápoles, Tánger, Coímbra, Lisboa, Nueva York, Yámbol, Estambul. No solo estoy ausente, es que estoy dolorosamente ausente. No estoy en una tarde lluviosa en Londres, no estoy en el bullicio de Madrid por la noche, no estoy en Brooklyn en otoño, no estoy en las desérticas calles de Sofía o Turín los domingos, en el silencio de una pequeña ciudad búlgara en 1978…

Qué ausente estoy. El mundo está saturado de mi ausencia. La vida está allá donde yo no estoy. Independientemente de donde estoy…

Y no solo estoy ausente geográficamente, no es solo en el espacio donde no estoy. Aunque el espacio y la geografía nunca han sido tan solo espacio y geografía.

No estoy en el otoño de 1989, en aquel delirante mayo de 1968, en el frío verano de 1953. No estoy en diciembre de 1910, ni a finales del siglo xix, ni en los detestables años ochenta, que no salen del bucle de la música disco.

La persona no está hecha para vivir en la cárcel de un solo cuerpo y de un solo tiempo.

(Gaustín. Diagnósticos nuevos e inminentes)

12,

Le llega el turno a Suiza. Su deseo de participar en el referéndum, sin ser estado miembro, es de esas halagadoras (si bien inexplicables) sorpresas.

Unos meses antes Gaustín y yo tuvimos la siguiente discusión.

Recuerda lo que te digo, insistía yo, a estos los veo capaces de ir y elegir los años cuarenta, para espanto de todos los demás.

Escucha, decía él, en una Europa en guerra, Suiza podría parecer un paraíso, pero no lo era. Créeme, lo recuerdo. Ellos temían ser atacados en cualquier momento, los aviones sobrevolaban la frontera. Hitler no se andaba con bromas. De hecho, tenía un plan elaborado con todo lujo de detalles para la ocupación del país, ciudad por ciudad.

Me divertía cuando Gaustín se las daba de testigo presencial, pero al mismo tiempo empezaba a irritarme. Cómo rebatirle a alguien que presume de haber vivido personalmente cada acontecimiento.

Estar preparado para la guerra no es lo mismo que entrar en guerra, ¿no crees?, dije para picarle.

Pues no lo tengo nada claro, dijo, a veces es incluso peor. Aguzar el oído ante los horrores que se desarrollan en la casa de tus vecinos. Dormir con el rifle y el equipo de combate completo preparados. Horadar los Alpes para construir búnkeres, los solíamos llamar «reductos». Y esconderte en esos reductos. Aumentar cada vez más los créditos y las concesiones al Reich… Sobre todo, después de que aquellos aplastaran a Francia en un santiamén. Recuerda que algunas ciudades fueron bombardeadas por los aliados. Basilea y Ginebra, por ejemplo, y Zúrich, si no me equivoco.

Errores de navegación, dije recurriendo a la explicación oficial de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Como suele decirse, nadie bombardea a propósito el banco donde guarda su dinero.

Pero fíjate cuánto dinero inyectaron estos mismos suizos inmediatamente después de la guerra en fundaciones benéficas, en el Plan Marshall, la Cruz Roja en Ginebra, eso es innegable, respondió Gaustín.

Y, sin embargo, acabarán eligiendo los cuarenta. Recuerda lo que te digo. Nunca antes ni después llegó al país semejante flujo de oro, de divisas, de arte. Bancos y Maestros antiguos.

Cierto, pero el dinero iba a los bancos, mientras que la gente seguía siendo realmente pobre, sobre todo fuera de Zúrich. Nunca elegirán los cuarenta, decía Gaustín.

Al final, acertó. Siempre acertaba. Las agencias demoscópicas se decantaban por los años de la guerra, lo que ponía a Bruselas los pelos de punta. Pero en el último momento, los «maestros antiguos» del referéndum tomaron una decisión tan cargada de sentido común como inesperada. Suiza, oh, sorpresa, eligió la neutralidad. Una neutralidad peculiar, cronológica, por así decirlo. Eligió el año, el mes y el día exacto del referéndum. Pero… eso no es el pasado, balbuceaban los eurocomisarios. Al contrario, mientras hablamos, ya es pasado, respondían desde el Gobierno. Y mañana, con toda seguridad, será todavía más pasado. Así, con cada día que pase.

Qué otra cosa es la neutralidad sino jugar fuera del tiempo. No estoy jugando según vuestro tiempo, durante un tiempo. Pero podría medirlo para vosotros, si me pagáis, podría medirlo con un cronómetro (de producción propia) y venderos relojes, podría guardar vuestros cuadros, anillos, diamantes, todas vuestras posesiones, mientras vosotros jugáis a pelearos.

Nada que objetar al respecto.

Tras muchos debates, Europa aceptó la evidencia: de hecho, la

elección suiza implicaba ventajas para todos. No estaba de más, en este histórico viraje en el tiempo, tener un Estado con el que todos pudieran poner en hora sus relojes. Con qué otro reloj puede uno contar sino con el suizo. Estaba bien conservar un modelo, un patrón oro del tiempo. Además, si alguien experimentase una grave claustrofobia dentro del pasado, Suiza podría ofrecerle refugio temporal. Un refugio frente al pasado.

Se decidió asimismo que las instituciones europeas independientes encargadas de supervisar el cumplimiento de las nuevas fronteras temporales estuvieran situadas en un país así. En la tierra de nadie del tiempo.

13, P. D. Italia

Había abandonado ya toda esperanza cuando, milagrosamente, en el último momento, con desorden y lentitud meridionales, Italia rescató los años sesenta. Y eso que en un principio nada lo habría presagiado.

Si pudiéramos volver a los tiempos de Mussolini pero sin Mussolini; tantas cosas se construyeron entonces, dice un hombre en la RAI 1 poco antes de la votación. Va embutido en un peto vaquero y se apoya indolente en su pequeño Fiat, exhibiendo panza. Por suerte, a medida que avanza la campaña electoral, las declaraciones en ese sentido van disminuyendo. A cambio, aflora otro tipo de nostalgia, más íntima y agradable que las autopistas de Mussolini. Que a la postre, por cierto, tampoco resultaron ser de tan buena calidad. Y así fue como el Duce fue reemplazado por «la dolce».

«¡No el Duce vivo, sino La dolce vita!», pintarrajeaban en las paredes los seguidores del movimiento homónimo. Entonces teníamos dinero y juventud para gastar, dijo una italiana desde la Piazza di Spagna en Roma, lamiendo un gelato, y sonó a frase sacada de una película. El milagro económico de los años cincuenta se prolongó hasta los sesenta, había televisores para todo el mundo, había lavadoras, diminutos Fiat y Vespas, había Fellini, Lollobrigida, Mastroianni, Celentano.

Italia eligió por fin la década que nadie se había atrevido a elegir en Praga, París o Berlín. «Italia salva los años sesenta», anunciaban los titulares del Corriere della Sera, en sintonía con los principales periódicos del país. Vita brevis, dolce vita longa!

Los sesenta fueron una película rodada en Cinecittà. Quién no querría vivir en una película como esa… La Italia de las Vespas azul celeste, de las noches romanas, de la Fontana di Trevi, de Via Veneto, de las gabardinas, de los imposibles divorcios a la italiana, de las leyendas en torno a aquella fiesta de cumpleaños de noviembre de

1958, celebrada en honor de la joven condesa Olghina di Robilant, en la que la bailarina Aïché Nana improvisó un estriptís cuyas imágenes, filtradas por un paparazzo, despertaron la imaginación de toda la nación. El término se forjó allí al tiempo que se fraguaban, se proyectaban, se imaginaban, se deseaban los años sesenta.

Aquella dulce vida, la dolce vita del mito, fue posible al menos en un país concreto.

Siempre he sospechado, y la cosa va a más a medida que me hago mayor, que algún día todos viviremos en la Italia de los sesenta. Tal vez no en Palermo, pero sí en alguna parte de la Toscana, de la Lombardía, del Véneto, de la Emilia-Romaña, de Calabria… Basta con mantener esos nombres en la boca unos instantes, el gelato de esos nombres derritiéndose en la boca con sus íes, sus delicadas emes y eles, incluso con la viruta alveolar de alguna que otra erre.

Una vez, de joven, desemboqué en una pequeña plaza de la ciudad de Pisa. Sé desde entonces, con toda claridad, cómo es el escenario de mis sueños…

Era una de esas noches que sabes que no está hecha para dormir. Te sumerges en lo profundo de calles desconocidas. Después de unas cuantas manzanas de edificios, el rumor de la ciudad ha amainado por completo. Entonces descubres una piazza. Posee una pequeña fuente y hay una iglesia en una esquina. Un puñado de chicos y chicas se ha reunido allí para charlar aprovechando el frescor de la noche. Te sientas en uno de los bancos al otro extremo de la plaza. Escuchas sus voces. Si alguien te preguntara en ese momento qué es la felicidad, señalarías en silencio hacia ellos. Envejecer con tus amigos en una plaza así, charlando y bebiendo cerveza en el cuadrilátero formado por unos viejos edificios. Sentirte tranquilo en los silencios del grupo, seguidos por la ola de sus risas, no pedirle nada, ni más ni menos, al mundo, salvo que conserve esa cadencia de silencios y de risas. En las ineludibles noches de los veranos y la vejez inminentes.

Esa era la clase de Europa, pienso, con la que soñábamos Gaustín y yo: una Europa sembrada de plazuelas en flor. Sus mañanas, austrohúngaras. Sus noches, italianas. La tristeza y el apego a la tristeza, búlgaras, sin duda.

14,

Conque el nuevo mapa de Europa se vería tal que así.

Saltaba a la vista que la gente elegía los años en los que había sido joven. Los septuagenarios de hoy habían sido jóvenes en los años setenta y ochenta: en aquel entonces tenían veinte o treinta. Quienes envejecían, elegían sin dudar el tiempo de su juventud, pero en él iban a vivir también los jóvenes que en aquella época aún no habían nacido. Había cierta injusticia en eso de elegir la era en la que viviría la siguiente generación. Por otra parte, esa es exactamente la primera consecuencia de cualquier plebiscito.

Si esos jóvenes eran en realidad tan inocentes era otro cantar. Los registros electorales indicaban que muchos habían votado —con tanto celo o más que sus mayores— por décadas que no podían recordar de ningún modo. Era una especie de nuevo conservadurismo, de nuevo sentimentalismo, una nostalgia inculcada que se transmitía de generación en generación.

El imperio de los años ochenta se perfilaba como el mayor y más poderoso, formando una columna vertebral en el centro de Europa con las Alemania, Francia, España, Austria y Polonia de aquella época. Se les uniría también Grecia, esa versión pobretona de Italia.

La alianza nórdica de los años setenta constituía el otro gran grupo, con Suecia, Dinamarca y Finlandia. La única excepción meridional era Portugal. Y qué mayor regalo para los habitantes de los setenta que disponer de un paraíso con playas templadas en la otra punta del continente. Hungría se unió también a la alianza dispuesta a

encarnar algo así como «la barraca más feliz» del socialismo.

Los noventa permanecieron como la segunda fuerza más votada del continente, un sueño de repuesto y, en cierto sentido, un porvenir luminoso para el imperio de los ochenta. No podían ser subestimados. En ellos entraron de cabeza la República Checa y los tres países bálticos, embriagados aún por la independencia lograda en 1989. Eslovenia y Croacia también terminaron eligiendo la última década del siglo, con una cláusula específica: su década solo entraría en vigor en el período posterior a la guerra de Yugoslavia. Era una buena elección tanto para los liberales como para los nacionalistas. Quien más quien menos veía ahí perspectivas de desarrollo. A ese país resultante de los noventa, algo fraccionado e intranquilo, llegó para echarle una mano (o una zarpa) el Tigre Celta. Se esperaban nuevos inmigrantes de otros países. Los imperios de los setenta y de los ochenta terminarían echando sus anclas aquí, tarde o temprano. Y, en fin, si algo estaba claro es que unos y otros coincidirían a la altura de 1989.

La concentración de solo tres o cuatro alianzas temporales, todas de la segunda mitad del siglo xx, fue interpretada como un paso prometedor hacia una futura unión. Pero, durante un tiempo, todos los ciudadanos debían permanecer dentro de las fronteras de sus países y de las décadas que habían obtenido el mayor número de votos. Había que evitar la mezcolanza de tiempos, al menos al principio, hasta que las cosas se estabilizaran y se pusieran en marcha.

Después, las fronteras se abrirían. En realidad, este punto causaba una profunda división. Los diacrónicos pensaban en un reinicio del tiempo y su desarrollo natural y progresivo tras los primeros años. El bando de los sincrónicos, no obstante, insistía en permanecer en las décadas elegidas por un período más largo. El procedimiento parecía lento y engorroso y no estaba nada claro cuánto tiempo podría mantenerse…

La caja de Pandora con los obsequios del pasado se mostraba ahora abierta de par en par…

15,

Lo buscaron por todas partes, en los setenta, en los ochenta. Examinaron a fondo los sesenta, donde a menudo le gustaba remolonear. Ni rastro de él. Ni en las clínicas, ni en las villas del pasado. Me llamaron los médicos de la Heliosstraße y de todas partes. Yo mismo lo estuve llamando varios días seguidos. Visto que no le

daba la gana contestarme, tuve que tomar un tren para Zúrich.

Era un día muy hermoso, pájaros invisibles se hacían oír desde las copas de los árboles. Vi a una mujer sentada al sol con un libro abierto entre las manos. Una mujer que lee en un balcón, me digo. El mundo sigue siendo el mismo.

Gaustín, por supuesto, había desaparecido. No había nada de extraordinario en eso, a la luz de mi experiencia con él. Lo extraño, lo irresponsable, incluso, era el momento elegido. ¿Percibió la bomba latente en la apertura de las compuertas del pasado? ¿Sintió la culpa atómica de los físicos de los años treinta? ¿Le absorbió de nuevo el pasado? ¿O su desaparición era un descenso provisorio y fugaz a otro tiempo del que emergería muy pronto? Por un instante, pensé que había decidido acabar con todo. Pero, si yo estoy vivo, ¿puede Gaustín estar muerto?

Pensé en el pequeño cuarto en la planta de la década de los cuarenta donde nos habíamos visto por última vez. Aquel era su despacho secreto de última hora, por así decirlo. Sería tan terrible encontrarlo como no encontrarlo. Abrí la puerta atenazado por el miedo. A la vista, en la mesa, junto a las maquetas de los aviones, había un gran sobre marrón con mi nombre. En el interior, una declaración escrita y firmada de su puño y letra en la que dejaba la clínica y las villas para producir pasado bajo mi responsabilidad de modo temporal e indefinido. Había algo más: un cuaderno amarillo, formato 1/16, de tapas blandas, a medio completar. Lo leería más tarde. Y una postal en blanco y negro, sin sobre, con la imagen de la Rose Main Reading Room de la Biblioteca de Nueva York; en el reverso, dos líneas de Gaustín:

Debo ir a 1939.
Te escribiré nada más llegar.
Adiós.
Tuyo, G.

Típico de él. Abandonarlo todo con dos frases. (He de reconocer que me sentí personalmente afectado). Nada de instrucciones, nada de corazón, nada. Todos sus proyectos llegaban hasta aquí. Quiero decir, todas sus locuras. Y mi propia locura por formar parte de ellos, por dejarme llevar, por inventarlos junto a él. Simplemente había saltado de un tren en marcha, de un siglo a otro. Entendí que ya había tomado su decisión la última vez que nos vimos. Por eso me clavó aquella mirada cuando le dije que nos veríamos a las seis, antes de la guerra.

Se había marchado para desactivar la bomba de 1939. Tarde o temprano, yo lo seguiría.

¿Y qué hago yo ahora con todas estas clínicas y villas para producir pasado? ¿Qué sentido tiene continuar ahora, una vez el pasado se ha desparramado ya por el mundo exterior hasta instalarse de manera oficial en las ciudades? ¿Qué hacer con los lugares alzhéimer en un mundo alzhéimer?

Y la otra gran pregunta: ¿cómo se le ocurre endosarme esto a mí?

Pasé varias noches dándole vueltas. Y, bien, lo único seguro era que las clínicas debían permanecer. Los pacientes necesitaban un pasado seguro, a salvo del caos temporal que reinaba fuera.

Discretos monstruos

Y cuando los demonios salieron del pasado, se encarnaron en el hombre…

Gaustín
. El cuaderno amarillo

No sé cuál de los dos escribe esta página.

Jorge Luis Borges
. Borges y yo

1, la caja estaba abierta

Al principio, durante los meses que siguieron al plebiscito, reinó la calma. El boom que experimentaron el cine clásico, los álbumes de vinilo y los giradiscos de nueva fabricación fue perceptible. Las revistas y periódicos de antaño renovaron su periodicidad. Volvían los telegramas, las máquinas de escribir, el papel carbón… La gente había olvidado la inagotable cantidad de detalles que componen el pasado, y su reencuentro con ellos no estaba exento de alegría. Todo quisque bajaba al sótano, sacaba los viejos cacharros, les daba una mano de pintura, los mandaba a restaurar. Desempolvaba sus colecciones de sellos, de cajas de cerillas, de servilletas. Los cines programaban películas antiguas y los directores recibían encargos para realizar nuevas versiones de lo mismo. Los clubes de baile retro brotaban como setas. Las calles veían regresar los viejos Lada en el Este y los Opel Rekord en el Oeste. Las industrias ligeras viraban de rumbo…

Pero había otros detalles que, pasado el tiempo, podrían hacer que descarrilara todo. A veces cuesta más olvidar que recordar. Olvidarse, por ejemplo, de Internet, de los teléfonos móviles, de las redes sociales. Algunos lo intentaban de buena gana, pues de eso se trataba: de ralentizar, de desechar, de renunciar… Pero esos pocos voluntariosos representaban un porcentaje mínimo del total. La droga dura de lo virtual había hecho bien su trabajo. La mayoría, incluidos aquellos que habían votado por décadas pretéritas, no estaba dispuesta a renunciar. Los imperios de los grandes operadores de telefonía móvil y de las redes sociales tampoco parecían dispuestos a perder su hegemonía. Los rumores apuntaban a una inyección de grandes sumas de dinero destinadas a boicotear la nueva normativa.

Por otra parte, una incipiente rebeldía iba cobrando fuerza entre los «perdedores» del referéndum. Quienes habían apostado por los años noventa, por ejemplo, se negaban a aceptar el «anacronismo» de vivir en la década de los años setenta. El deseo de una década concreta había prendido con demasiada fuerza en cada uno durante la campaña electoral.

La amenaza de la anarquía y toda clase de fuerzas centrífugas se cernieron de pronto sobre los distintos países. Lo que se prometía un idilio comenzó poco a poco a desmoronarse… Los descontentos empezaron a aislarse en sus propias villas y enclaves, a escindir pequeños territorios y a sincronizarlos en eras diferentes. Lo local volvió a cobrar siniestra importancia.

Si el bisoño decidía embarcarse en un viaje, podía caer

inesperadamente en una época no anunciada en ninguna guía. En una aldea aislada del Este, por ejemplo, embarcada por su cuenta en el socialismo temprano, con sus cooperativas y sus tractores; o en una pequeña ciudad provinciana llena de casas del período del Despertar búlgaro, en plenos preparativos para la sublevación; o en un bosque sembrado de wigwams, Trabant e indios de la RDA. Pasados de toda clase y condición acechaban en las calles del continente, se mezclaban entre sí y sucedían al mismo tiempo.

Urgía cambiar las viejas guías de viaje por unas nuevas guías de viajes «en el tiempo».

2,

El mundo se había transformado en una clínica para producir pasado abierta a los cuatro vientos, como si sus paredes se hubieran desplomado. Me pregunto ahora si Gaustín había previsto todo esto. Él, que me hacía cerrar bien la puerta al salir para no mezclar el aire de unas eras con otras…

El pasado se desbordó como un río que se sale de su cauce y lo anega todo alrededor, caudal que se precipita por las callejuelas e inunda las plantas bajas, trepa por las paredes, revienta ventanas e irrumpe en los dormitorios, arrastrando consigo ramas, hojas, carteles, gatos ahogados, gorras de músicos callejeros, acordeones, fotos, periódicos, escenas de películas, patas de mesa, réplicas que se repiten, tardes ajenas, discos rayados… La gran riada del pasado.

Empezaba a quedar claro que el mapa de los nuevos países del tiempo duraría muy poco. No había forma de volver a encerrar los demonios despertados por el referéndum. Una vez liberados, pululaban por doquier tal y como los hubo descrito Hesíodo: sin voz pero seductores…

El mundo regresaba hacia su estado primigenio de caos. Pero no aquel caos primordial del que se originó todo, sino el caos del fin, la abundancia terrible y caótica del fin que ahogaría el tiempo existente con todas sus criaturas vivientes…

Los demonios andaban sueltos…

3,

Di con dos médicos jóvenes y ambiciosos que aceptaron dirigir las clínicas. Seguidamente me abastecí de libros, lápices y cuadernos en blanco y regresé al monasterio en la montaña y a mi celda tras los gruesos muros del siglo xvii, justo debajo del campanario. Desde lo alto de la torre (y del siglo xvii) se podía observar mejor hasta dónde

se extendía el diluvio del pasado, además. Disponía aún de mucho tiempo antes de que sus aguas llegasen hasta aquí. Me había traído también el cuaderno amarillo que me había dejado Gaustín, sembrado de observaciones de todo género, incluidos sus «diagnósticos nuevos e inminentes» (como él mismo los denominaba), junto con anotaciones personales y unos espacios en blanco dejados así a propósito, o eso juzgué yo. Pronto empecé a rellenar esos espacios. Al principio señalaba sus anotaciones con una ge y las mías con dos. Luego lo dejé estar. Me di cuenta de que nuestras caligrafías eran indistinguibles.

4,

¿Es posible que esta mezcla de tiempos se produzca porque Dios está rebobinando la película? Nos encontramos en el incierto recuerdo de un Dios que ha empezado a olvidar. A perder la memoria de lo que dijo en el principio. En un mundo hecho de nombres, olvidarlos constituye su fin natural.

Dios no ha muerto. Dios ha olvidado. Dios sufre demencia.

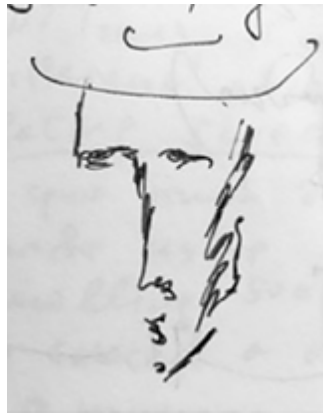
(G. El cuaderno amarillo)

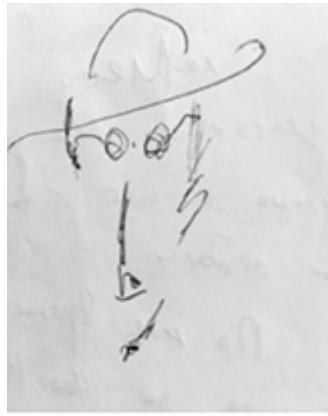
Lo que no me atrevo a hacer (o decir) se convierte en Gaustín. De todas formas, él es demasiado radical con esto de «Dios sufre demencia». Dios solo ha comenzado a olvidar. A veces, mezcla los tiempos, confunde los recuerdos, el pasado no discurre en una sola dirección.

Qué habrá en la cabeza de un Dios que conoce todas las historias. Las que acontecieron y las que están por acontecer. Todas nuestras historias en cada segundo de este mundo.

(G. G. El cuaderno amarillo)

5,





No recuerdo exactamente en qué momento Gaustín comenzó a volverse alguien más real que yo mismo. La gente leía sobre él, se interesaba por él, aguardaba con impaciencia sus reapariciones, preguntaba por qué tardaba tanto en dar señales de vida. La revista que me publicaba regularmente los relatos de sus hazañas dobló mis honorarios. Veía a Gaustín guiñarme un ojo al estilo de los sesenta: Eh, tío, la mitad de esa pasta es mía. A ti no te falta de nada, le respondía. Qué me vas a contar si te inventé yo. No me digas, arqueaba una ceja, ¿y pretendes dejarme eternamente con este jersey de cuello vuelto y estas gafitas redondas? No es por nada, pero un Pontiac azul claro o un Mini Cooper me favorecerían bastante.

Largo de aquí, gritaba yo, tendrás una Vespa, como mucho. Y date con un canto en los dientes.

Con el paso de los años, me resulta cada vez más difícil distinguir quién es el que escribe al otro. O tal vez un tercero nos escribe a los dos, sin poner especial ahínco ni perseverancia. A veces soy más feliz y mejor, es así como me escriben, y alzo el vuelo, pero en el siguiente párrafo me cortan las alas y me tambaleo como una paloma a ras de

suelo. Me repito: No olvides que estás del otro lado de la historia, no olvides que estás del otro lado de la historia… Tú eres el que la escribe, no ella a ti. Si empiezas a sentir que es otro el que te está escribiendo, estás acabado, los demonios se han apoderado de ti, ha llegado aquello que más temes, tu cerebro se está vaciando como un granero en invierno. No, todavía controlo la situación… Todavía cierro a cal y canto las puertas, pienso.

Soy yo quien escribe…

Mientras escribo, sé quién soy; al detenerme, ya no estoy tan seguro.

6,

Todas las emisoras de radio programan música y noticias de décadas pasadas. Ya no tiene ninguna importancia lo que ocurre hoy. Tampoco importa ya qué década se eligió en el referéndum, cada uno vive en la suya. Pensábamos que en el pasado existía un orden, como en un álbum de familia con sus fotos bien organizadas: aquí estamos de niños, aquí en la graduación, aquí en la mili, mi primera boda, el nacimiento de mi hija… Nada que ver. He encontrado una pequeña emisora de radio semilegal que intenta transmitir noticias contemporáneas. Pero también ellos están obligados a emitir el pasado (en toda su anarquía).

7,

Hoy se me ocurrió prepararme algo para comer que no había probado desde la infancia: huevo al periódico. Es la receta más sencilla que conozco. Pones un trozo de periódico en el hornillo y rompes el huevo encima. Antaño, el problema era que no había huevos; ahora, lo que no hay es periódicos. Por fortuna, pude hacerme con uno. Encendí el hornillo, a fuego lento, y el cuarto se llenó de un olor que no había percibido desde que tenía ocho años. Olor a huevo y a papel tostado, un olor seco. Recordé que parte de las letras se imprimían en la clara del huevo. Recordé también que en aquel entonces el periódico valía para todo. Mi abuelo solía envolver el queso con él y, cuando nos sentábamos a comer, podía leer los titulares estampados en el queso.

En verano, poníamos periódicos en las ventanas en lugar de las persianas; de esa forma, además, las moscas no manchaban los cristales. Ha sido nombrar a las moscas y me ha venido a la cabeza la bombilla, desnuda y manchada por las mismas moscas, colgando del techo en el pueblo, y también cómo mi abuela hacía una especie de pantalla con el periódico, que enseguida amarilleaba y se chamuscaba.

Me salió rico aquel huevo al periódico.

8,

Dormí mal. Soñé con diluvios, bestias y fuegos divinos… Sueños del Antiguo Testamento. Lo que se dice una pesadilla con todas las letras. Por si fuera poco, no me quedan cigarrillos. Pero no me apetece salir. No pasa nada, tengo buenas reservas de tabaco de liar, solo he de conseguir papel. No hay más periódicos, los folios del cuaderno son demasiado gruesos… Tengo un cuaderno ajado de papel muy fino, semejante a papel de arroz, de los noventa. Está lleno de viejos poemas que, de todos modos, tampoco eran muy buenos…

9, el síndrome de Vaysha la Ciega

Se ha descrito el caso de una joven que con el ojo izquierdo ve el pasado y con el derecho, lo que está por venir. Eso es todo lo que ve. A veces, la frontera entre pasado y futuro adelgaza hasta tal punto que con el ojo izquierdo ve ponerse la luna y con el derecho ve amanecer el sol. Otras veces, la frontera se dilata y frente al ojo izquierdo se extiende la tierra de los primeros días, desierta y caótica, mientras que ante el derecho aparece la de los últimos días, devastada y, de nuevo, caótica.

El síndrome de Vaysha la Ciega, como lo bautizará la ciencia, se caracteriza precisamente por esta simultaneidad entre pasado y futuro, por la facultad (o maldición) de ver el mundo en su antes y en su después, nunca en su presencia. Nunca el aquí y ahora. Se distingue claramente de otros síndromes, como los consistentes en vivir solo en el pasado o solo en el futuro, y reviste más gravedad.

Cuadro clínico: sensación dolorosa de impertenencia a ninguna época, saltos bruscos entre pasado y futuro, ceguera de facto con pupilas del todo funcionales, tendencia a la autolesión y conducta suicida. Cuadro similar al del llamado «síndrome de los impertenecientes».

Quienes lo padecen no pueden salir sin acompañante. La calle por la que caminan no existe aún para uno de sus ojos, mientras que el otro la percibe ya como una autopista atravesada por vehículos vertiginosos. Se prevé que la incidencia se duplique en un período de dos años.

(Gaustín. Diagnósticos nuevos e inminentes)

A veces, G. me pone realmente de los nervios. Ni siquiera voy a escribir su nombre. Antes también me ponía de los nervios, lo extraño

es que siga haciéndolo ahora que ya no está. El mero hecho de que no esté pero a cambio se mofe entre líneas ya resulta odioso. Es su descarada usurpación lo que me enerva. Todo este paroxismo y este arrobamiento de invenciones… No hay derecho. A ver, yo te creé, yo te… Bastaría una frase: «Gaustín nos dejó el primer día de aquel septiembre…», y se acabó.

Toda mi vida, alguien se ha estado aprovechando de mi cálido corazón del sudeste.

10,

Un domingo, hace años, cuando todavía viajaba, decidí visitar la iglesia de los dominicos de Cracovia durante la homilía. Era un día frío y oscuro de febrero, revoloteaban los copos de nieve. Sentada en los escalones vi a una joven de abrigo corto; muy cerca, dos mocosos asustados se apretujaban contra sus padres, que a su vez empujaban un carrito, y un viejo vagabundo meneaba rítmicamente la barbilla, como un metrónomo. Rostros de angustia. Tuve la sensación de haber visto ya esos rostros en alguna parte, una escena idéntica, quizá durante los años cuarenta (yo nací veinte años después). ¿Cómo serán los rostros de la gente cuando lleguen los últimos días? ¿Habrá alguna señal en esos rostros, o serán como los nuestros?

Una tarde, años después, tras el enésimo atentado en algún lugar de Europa, pasé muchas horas en la Mauritshuis de La Haya. Como en un refugio de otro tiempo. Estaba lleno de gente que había huido de las noticias. Una joven con jersey y vaqueros estaba delante de La joven de la perla. Yo me encontraba a un paso de ellas, inmóvil. Sus rostros: idénticos. Así que el tiempo es solo una prenda, un pendiente… El vigilante de sala se daba un aire a Vermeer.

11,

Mis cuadernos están repletos de rostros bosquejados a toda prisa. Rostros de seres inexistentes… También aquí, en este cuaderno. En todos los cuadernos a lo largo de los años… No tengo ni idea de quiénes son, no busco parecidos…

¿Qué estás haciendo?
Dibujo rostros que no existen.
¿Todavía no han nacido o ya no están?
Todavía no han nacido y ya no están.

Leo que han creado un software que combina rasgos y los proyecta

para producir rostros desconocidos, rostros que resultan del todo genuinos. Ninguno de ellos existe, repiten en los pies de foto. Y sin embargo tengo todo el rato la sensación de haberlos visto en alguna parte. Hay algo aterrador en el hecho de producir rostros de gente inexistente, aunque no sabría explicar qué.

12,

Hambre de rostros. Tengo diecinueve años, hago la mili en la frontera greco-búlgara. Me espera todo un año allí, en esa tierra de nadie. Si por casualidad ves un rostro humano, tienes órdenes de dispararle. Nadie tiene derecho a cruzar la frontera. Hay en el puesto otros doce soldados y un comandante: son los únicos rostros que se muestran a tus ojos, mañana, tarde y noche. Y esto no es ni de lejos la cárcel. Una vez al mes, dispones de un día de permiso. Los demás dedican ese día a dormir a pierna suelta. El sueño es uno de los bienes más preciados para el soldado, igual que la comida. El sexo es un bien inalcanzable. Yo utilizo ese día para viajar hasta una ciudad cercana, en la misma provincia, que apenas llega a los tres mil habitantes. No conozco a nadie allí. Me levanto antes del amanecer, camino unos cuantos kilómetros, si me cruzo con un carro tirado por caballos, le pido que me lleve, por aquí rara vez pasan automóviles. Dos horas después, estoy en la ciudad, justo a la hora en la que abren la única cafetería del centro, Me siento en la terraza, pido algo, una limonada o una Schweppes, y observo los rostros. Me siento y observo: son rostros de gente «de paisano», como solíamos decir, rostros no militares. Mis ojos se van detrás de ellos por sí solos. Esto es lo único que me brinda satisfacción y calma. En alguna parte de este mundo, lejos del puesto fronterizo, hay personas que llevan una vida normal. Me parece tan lejano, me da miedo que nunca pueda volver a él con las «capacidades intactas», como se lee en un libro que guardo a escondidas en la bolsa con la máscara antigás.

El saber tranquilizador de que existen distintos rostros humanos, y el miedo apremiante a que el tuyo no forme parte de ellos. De que tal vez no exista.

13,

Observo el mundo enclaustrado en una celda del siglo xvii. Me valgo del wifi del siglo xxi. Escribo en una mesa de madera que tiene al menos cien años y duermo en una cama con armazón de hierro del siglo xix. Intento someter a prueba el pasado, que es inminente. Mi memoria se va debilitando, mi propia mente me abandona. Lo que invento me pisa los talones, me alcanza y me adelanta. Perdóname,

Dios de las utopías, los tiempos se mezclaron y ya no sabes si lo que estás narrando se ha cumplido o está por llegar.

14,

Y dieron comienzo réplicas masivas de lo sucedido y de lo no sucedido…

Cada vez más detalladas, cada vez más cercanas a los acontecimientos originales, a veces incluso más reales que aquellos. Y ya nadie sabrá distinguir entre la realidad y la copia… La una se diluirá en la otra, y cuando se derrame la sangre verdadera, la caliente, la humana, la gente aplaudirá igual que en el teatro, mientras otros tomarán la tintura roja extraída del cinabrio venenoso por sangre verdadera. Y entonces se mostrarán realmente salvajes…

(Gaustín. Acerca de la mezcla de tiempos)

15, Burgtheater, 1925/2025

Peer Gynt, aquel Ulises nórdico, retorna a casa… Una terrible tormenta se desata, relámpagos desgarran el cielo, el mar está embravecido, el barco naufragará de un momento a otro…

De pronto, en medio del fragor de truenos del escenario, resuenan disparos de revólver procedentes de la sala. Una mujer chilla en el palco de la primera balconada. La bala le ha atravesado la mejilla derecha, ha pasado rozando la lengua y ha salido por el otro lado. Los espectadores de platea alzan la cabeza. Horror, la cabeza de un hombre cuelga desde el antepecho. Los hilos de sangre empapan los vestidos color rosa ceniza de dos chicas aterradas cuyos asientos se encuentran justo debajo. Toda la sala está en pie. Unas pocas parejas salen corriendo, hay breves empujones a la salida; los demás permanecen inmóviles…

En ese instante, una mujer menuda avanza por el palco empuñando una Mauser todavía humeante. Le tiende la mano a la herida. El asesinado levanta entonces su rostro cubierto de sangre, se incorpora y los tres se inclinan cortésmente ante un público enfervorizado.

Fin de la tragedia. El telón cae en silencio en el escenario, aunque hace rato que nadie miraba hacia allá.

Es una de las mayores atracciones ahora mismo en la capital austriaca:

Peer Gynt en el Burgtheater, Viena. Recreación fidedigna de la puesta

en escena de la obra en 1925, acompañada por el asesinato del revolucionario macedonio Tódor Panitsa el 8 de mayo del mismo año durante el quinto acto, la escena de la tempestad, justo antes de la réplica «No se muere en mitad del quinto acto».

La mujer herida en la cara es la esposa de Panitsa. La mujer menuda que le ha disparado forma parte de la facción revolucionaria enemiga, su nombre es Mencha Karnícheva. (Su nombre de pila completo es Melpomena, como Melpómene, una de las dos musas del teatro clásico. Qué ironía).

Los espectadores han venido principalmente por este momento: un naufragio en el escenario y sangre en la sala. Quién no querría percibir el sabor de los años veinte con un asesinato en el teatro. Las entradas se agotaron con un año de antelación.

16,

¿Hemos gastado ya, amigos míos, el cheque del futuro? El cheque sin fondos del futuro…

Porque el pasado ya no existe. Y el futuro todavía no existe. Así habla san Agustín en el capítulo XI de las Confesiones.

En ese «todavía» existe un cierto consuelo: no está, pero habrá de venir. ¿Y qué hacemos cuando, por contra, el futuro ya no existe? Qué distinto es un futuro que todavía no existe de aquel que ya no existe. Qué distinta es esta inexistencia. La primera está llena de promesas, la segunda es el apocalipsis…

(Gaustín. Anotaciones sobre el fin del tiempo)

17,

La memoria te retiene, te atenaza en los rígidos contornos de una única persona a la que no puedes abandonar. El olvido llega para liberarte. Los rasgos pierden su agudeza y su carácter definitivo, la incertidumbre diluye la forma. Si no recuerdo exactamente quién soy, puedo ser cualquiera, incluso yo mismo, incluso yo mismo de niño. De repente, aquellos juegos de Borges que tanto te gustaban hace unos años, sus juegos de duplicidad, se vuelven reales, te ocurren a ti. Lo que era metáfora se ha convertido en enfermedad, si invertimos la fórmula de Sontag. Aquí ya no existen las metáforas, como dijo G. la primera vez que nos vimos refiriéndose a la muerte de las efímeras al final del día. Aquí, ciertamente, ya no sabes de qué lado de la historia te encuentras. Aquí «yo» se convierte en la palabra más absurda, una concha vacía que las olas hacen rodar en la orilla.

Viene el gran abandono. Te abandonan uno tras otro todos los

cuerpos que has sido. Se autodisuelven. El ángel de los que abandonan y el ángel de los abandonados: los dos ángeles a veces son uno solo…

18,

Me topo en el cuaderno amarillo con la siguiente anotación, que no me deja en paz durante varios días:

«Mientras escribe una novela sobre los que están abandonados por la memoria, él mismo empieza a perder la memoria… Se apresura a terminarla antes de olvidar lo que cuenta».

¿Se burla de mí, me asusta o me lanza una idea?

19,

El sonrojo de olvidar los nombres… Por supuesto, todo el mundo se lamenta de lo mismo al llegar a cierta edad. Pero me refiero a los nombres de gente muy próxima. No puede ser, por ejemplo, que te olvides del nombre de la mujer con la que vivías, con la que estuviste años casado y hoy te tiende la novela y sonríe esperando una dedicatoria, como mínimo, personal. Sucedió hace algún tiempo, durante una de mis raras apariciones públicas. La vi aguardar su turno en la fila. Y yo, nada, la mente en blanco. Habría podido evocar su cuerpo al detalle, señalar el lugar preciso donde tiene un lunar, rememorar cuándo y cómo lo hicimos por primera vez. Cinco años de vida.

Pero el nombre… Repaso una docena en mi cabeza, ninguno es el suyo. No es la primera vez que me pasa, pero nunca fue tan comprometido, no se trataba de alguien tan íntimo. Miro indefenso a mi alrededor, la cola esperando. Hay trucos para estos casos: busco un rostro conocido, los presentaré para oír el nombre de ella. Pero no distingo a nadie. Paso al plan B. La dedicatoria será tan personal que el nombre resultará superfluo. Escribo algo como «Por el pasado común del que estamos hechos». Le entrego el libro. Lo abre, lee. Me lo devuelve con un gesto inocente: Ay, pon mi nombre, porfa.

De puro pánico, presiono con todo el peso de mi cuerpo contra la superficie transparente del estand, algo cede y el cristal se desploma con estrépito a mis pies. La muñeca me sangra a borbotones, una mujer de la fila se desmaya, la gente se agolpa alrededor, la chica de la librería vierte agua sobre el corte y saca vendas, la firma se suspende, el público se dispersa, hay un par de fotógrafos, mañana me veré en la prensa amarilla, bañado en sangre… Pero yo solo siento alivio… ¿Puedo ayudar en algo?, susurra preocupada mi mujer, mi exmujer, la culpable de que me esté desangrando como un cerdo. No, todo bien, digo, y reparo en las salpicaduras de sangre en su ejemplar

abierto, junto a la dedicatoria.

¿Quiere que se lo cambiemos?, le pregunta la librera. Ah, no, muchas gracias. Es más personal así, sonríe Ema, y abandona el lugar del crimen.

¡Ema! Ema, Ema… ¡Claro! Como Emma Bovary…

20,

Voy sin demora a visitar a un amigo neurólogo. De todas formas, hace mucho que me considera un hipocondríaco sin remedio.

Es posible que se trate de desconexiones pasajeras, una forma de reaccionar ante el estrés. Tratas con muchas personas, y si añadimos a todas las que te inventas…

(Tiene razón, no me había detenido a pensar en que también debo conservar en la cabeza a todos los personajes que pululan por mis libros. Soy misericordioso, no mato a la ligera como otros, lo que hace aún más difícil retener sus nombres).

Eso sí, chochear, chocheamos todos, dice el doctor. Poco a poco se van fundiendo neuronas, algunas conexiones están gravemente dañadas, muchos datos se pierden en las profundidades, aunque puedan saltar al paso inesperadamente algún día. Pero no justo en el momento en que las buscamos. Es como el insomnio: cuanto más te repites de noche: «Tengo que dormirme, tengo que dormirme», más se reducen las posibilidades de conciliar el sueño. Prueba a descansar más…

Salgo de la consulta convencido de que me toman por un maníaco, por un paranoico, y además sintiéndome culpable. El médico, mi amigo el neurólogo… cómo coño se llama, me pregunto tras caminar solo unos metros, y vuelvo para leer su nombre en la puerta.

Está escrito que justo antes de nacer bebimos de las aguas del Lete y solo así olvidamos nuestra vida anterior. Por qué, entonces, nos sentimos iluminados a las tres de la tarde o despertamos en la quietud de la noche, con la certeza de que todo esto ya lo hemos vivido y, además, sabemos lo que viene después. Han aparecido grietas inesperadas. Grietas a través de las que fluye la luz del pasado. Y, sin embargo, se suponía que lo habíamos olvidado todo.

Ni las aguas del Lete son ya lo que eran.

21,

No encuentro en la mitología clásica a ningún gran dios de la memoria o, al menos, a un dios del olvido, como los que sí hay para el amor, el fuego, la venganza… Ni siquiera encuentro semidioses o

ninfas. Los mitos griegos, que por lo demás abundan en deidades mayores y menores, héroes, centauros y todo lo que uno pueda imaginarse, se olvidaron de los dioses de la memoria y del olvido. Cierto, está Mnemosina, más en calidad de madre de las musas, está también Lete, pero ellas siempre permanecen como en sombra, medio olvidadas. Probablemente, cuando aparecieron los mitos, el mundo era demasiado joven para albergar recuerdos, demasiado joven para empezar a olvidar… Además, la mayor parte de la gente moría pronto, antes de que la vejez vaciara su mente.

Al final, la escritura también llega cuando uno ha comenzado a notar que la memoria no basta.

Las primeras tablillas de arcilla con escritura cuneiforme de Mesopotamia no conservan ningún tipo de sabiduría acerca del misterio del universo, como cabría esperar, sino información muy práctica sobre el número de ovejas de un rebaño o las distintas palabras para nombrar a un cerdo. Los primeros testimonios escritos fueron listas de cosas. En el comienzo (y en el final) hay siempre un inventario.

22,

Ya que este año no pasa nada en mi vida, me comenta una amiga, voy copiando día tras día mi diario del año pasado. Hoy, 26 de noviembre, copio lo que ocurrió el 26 de noviembre del año pasado.

Jamás había escuchado algo tan lúgubre.

Durante mucho tiempo, yo también escribí un diario. No especificaba día ni año, anotaba solo si era de día o de noche. Llegado a un punto, dejé de registrar eso también.

Ahora que me alejo más y más de mis recuerdos, pienso que fue una gran estupidez, he perdido hasta los pequeños puntos de referencia de los años y los meses. Recuerdo algunos acontecimientos mientras leo, pero el momento en que sucedieron, si hace un año o hace quince, eso ya me cuesta mucho reconstruirlo. Hay otras cosas de las que no guardo ninguna memoria, como si le hubieran sucedido a otro y solo la mano de un completo desconocido hubiera registrado los hechos.

Mi letra se vuelve más ininteligible a medida que avanza el diario, más menuda y afilada. Así es como escribía de niño.

Algunas palabras se pierden en el mismo momento de escribirlas, sencillamente se convierten en un sinsentido, cambian de sílabas, la cabeza se sitúa en el lugar de la cola, palabras como criaturas

mitológicas, centauros zurcidos deprisa y corriendo, renacuajos metamorfoseados.

Molde p lomde.

Por cierto, dónde empezaba esto, adónde quería ir a parar… Intento terminar un libro sobre el retroceso de la memoria y… Me apresuro a acabarlo antes de olvidar de qué trataba realmente. Pero, si todo lo que escribo se cumple, tendré que refugiarme en otra persona…

23,

Primero desaparecieron unas pocas palabras. Él hacía un juego de aquello, fue hace mucho tiempo, todavía estaban en la universidad. Informó a su mujer y a sus amigos acerca de cuáles eran esas cinco o seis palabras en vías de extinción y, cuando necesitaba echar mano de una, se la susurraban: cornisa, mercantil, romero, confrontación…

Cierto día, separado ya de su mujer y algo distanciado de sus amigos, dado que las palabas seguían multiplicándose sin freno, decidió empezar a anotarlas. Al principio, una sola página fue suficiente. Luego, un folio por ambas caras. Después, otro más, y otro… Se vio forzado a comprar un cuaderno. Decidió ponerle un nombre; lo llamó Breve diccionario de lo olvidado. Dedicó un apartado a los nombres de personas. Poco a poco, las secciones aumentaron: apareció una dedicada a olores que le evocaban distintas cosas. Llegó otra para los sonidos, pues, para colmo, se estaba quedando sordo. (Un doctor le dijo que la pérdida auditiva y la pérdida de la memoria están relacionadas, comparten habitación en el cerebro).

Al fin, el cuaderno vio nacer otro apartado, quizás el más decisivo: aquel donde anotaba lo que de verdad le había ocurrido, a fin de distinguirlo de lo que había leído en los libros y de lo que él mismo había fabulado.

Tarde o temprano, todo se mezclaría. Lo sucedido, lo leído y lo fabulado saltarían unos sobre otros cambiando de posición innumerables veces, antes de calmarse y palidecer completamente. Pero por el momento intentaba mantener las fronteras en su sitio. Años después, su exmujer esperaría en la fila para que le dedicara un libro y él no encontraría su nombre en la cabeza…

24,

Lo peor eran los nombres. Y si tenía que cambiar de idioma, la cosa adquiría tintes de pesadilla. Se le olvidaba incluso la frase

correcta para poder disculparse y preguntar: «Sorry, your name escapes me… Sorry, your name…».

Todas las mañanas tomaba un folio en blanco y lo rellenaba a mano con esas cinco palabras. De ese modo evocaba los castigos del colegio, cuando lo condenaban a escribir correctamente cien veces la palabra que antes hubo escrito mal, o a llenar páginas y páginas con la confesión de una pequeña travesura, como: «Se me olvidaron los deberes». De entonces data su temprano descubrimiento de que la repetición provoca el reseteo del sentido, deshuesa lo escrito y lo vacía de significación. Repetido cien veces, todo —culpa incluida— se desmorona en sílabas que no quieren decir nada.

Da igual, ahora apreciaba aquellos recuerdos. Eran casi los únicos que atesoraba y los mimaba como se mima a un animal doméstico muy querido, los llamaba a su lado, les rascaba detrás de las orejas y les hablaba quedo.

Sabía que algún día llegaría el turno de la frase temida: «Sorry, my name escapes me».

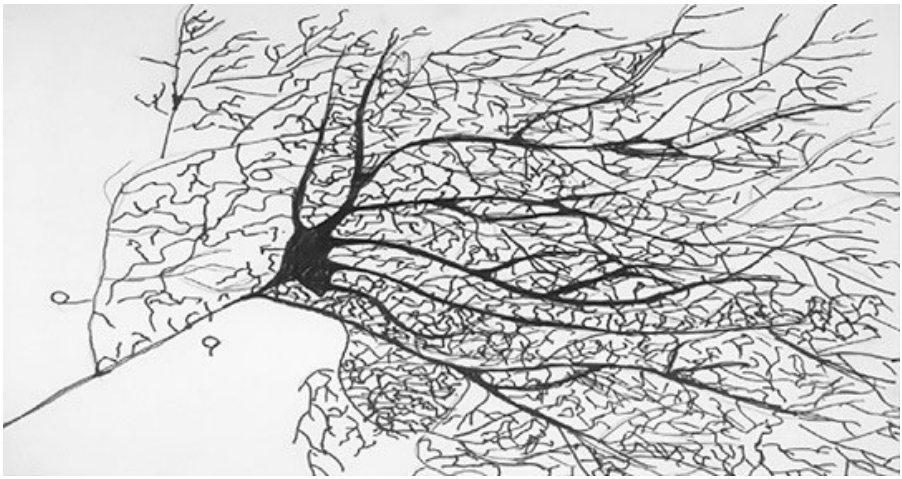
25,

Se preguntó si estaba cercano el día en que olvidaría también las letras. Se dijo que aquello era lo único que no podría soportar. Había aprendido a escribir muy pronto, a los cuatro o cinco años, lo que debía de significar que ellas serían las últimas en irse. Se las figuraba vívidamente, escabulléndose como animalejos pequeños, hormigas o escarabajos, abandonando el cuaderno, abandonando los libros de su biblioteca, arrastrándose para cruzar el cuarto, abandonando en masa. La gran migración de las letras: aquí tenemos a la Щ que se escabulle como un ciempiés; la Б se limita a saludar con la mano y desaparece, precedida por su panza; la О rueda como un rechoncho escarabajo pelotero; la Й se quita su graciosa gorrita en señal de despedida; la Ж da saltitos como una rana y desaparece por la puerta. Abre un libro al azar, está vacío, solo una e minúscula cae al suelo y se esconde detrás del radiador.

Una biblioteca de libros vacíos, abandonados, sin títulos, sin autor, sin texto. Páginas en blanco, tabula rasa. La mente de un niño es una tabula rasa y nuestro deber es escribir el mundo en ella, dijo su profesora en la ceremonia de inicio del primer curso. Había conservado en su mente aquella extraña combinación de palabras precisamente porque no la entendía. Ahora su mente vuelve a ser una tabula rasa, solo que ya no puede grabarse nada en ella. La cinta se ha velado.

26,

Del libro de Anatomía de 7.º: «La neurona, del griego antiguo νεῦρον (cuerda, nervio), es una célula de excitabilidad eléctrica que procesa y transmite información. Las dendritas reciben las señales de las otras células nerviosas a través de sus miles de ramificaciones y el axón transmite estas señales a las otras neuronas, que por su parte…».



Ese diálogo alegre, inquieto, entre neuronas, ese zumbido constante. Centelleo, movimiento de iones, palpitar de membranas, axones, neurotransmisores, intercambio en las sinapsis, señales, transmisión de impulsos, «el bullicio alegre del trabajo»[17]… Y de repente, o no tan de repente, sino poco a poco, dejan de hablarse, dejan de visitarse en fechas señaladas, dejan de prestarse las cosas entre vecinos, harina, sal, palabras, el bullicio amaina, todo en el taller se detiene, se oxida, las luces se van apagando…

27,

Un amigo me contó que su madre y su suegra, ambas de unos ochenta años, habían empezado a perder la memoria casi al mismo tiempo, y a su mujer y a él no les quedó otra que traérselas a vivir juntas a su apartamento de Sofía. Todas las mañanas tenía lugar allí esta conversación:

¿Y quién es la señora, si se puede saber? ¿De dónde viene?, preguntaba una.

Bueno, pues yo vengo de por allí, cómo se llama… en la costa… (Ya no recordaban sus nombres ni los nombres de sus lugares de origen).

Ah, bueno, yo también soy de la costa, qué coincidencia, fíjese usted…

¿Y, dígame, qué hace usted por aquí?

He venido a visitar a mi hijo, que vive aquí con su mujer. Y a ver a mi nieta. ¿Y usted?

Bueno, he venido a ver a mi hija, que vive aquí con su marido. Y también vine a ver a mi nieta.

No me diga, qué coincidencia. ¿Qué edad tiene su nieta, señora?

Debe de tener unos siete u ocho años, ¿y la suya?

Ay, Dios mío, pues los mismos que la mía. Mire, aquí la tiene en una foto.

Cómo es posible… Pero si esta es mi nieta.

A veces, discutían sin fin; otras, se reconciliaban y acababan entendiendo que vivían bajo el mismo techo y que la hija de una se había casado con el hijo de la otra.

A la mañana siguiente, contaba mi amigo, vuelta a empezar:

Y de dónde viene la señora, si se puede saber…

28, sal

A los mitos antiguos (y a las ideologías nuevas) no les gusta mirar atrás. Por mirar atrás, Orfeo perderá a Eurídice para siempre; al volver la vista hacia Sodoma, la mujer de Lot quedará convertida en estatua de sal; los que miran hacia el pasado, sencillamente, serán detenidos. Todo debe empezar de cero, sin memoria. («Nueva, tan nueva es del comunismo la estrella, nunca hubo nada previo a ella», recitaba en tiempos el secretario local del partido en la pequeña ciudad de T.).

Acordaos de la mujer de Lot. Acordaos de Sodoma y Gomorra, del fuego que llueve desde los cielos. Y no oséis mirar atrás, esto nos recordará Lucas. Que cada uno permanezca allá donde esté. Quien se halle en el tejado de su casa, que no baje. Aquel a quien el apocalipsis sorprenda en el campo, que no lo abandone. Parecen órdenes de la policía.

Pero ¿en qué consiste el terrible crimen del pasado? ¿Por qué no mirar atrás? ¿Qué tiene de peligroso el pasado y por qué observarlo es un pecado que se castiga tan severamente? El apocalipsis viene justamente para destruir el pasado. No basta con abandonar Sodoma y Gomorra, eso es lo fácil, todo el mundo huye del desastre. La condición es olvidarlo, borrarlo de tu memoria, no echarlo de menos. La mujer de Lot abandonó la ciudad, pero no consiguió olvidar.

El tiempo no es el enésimo segundo que acaba de transcurrir, sino la interminable lista de fracasos que vemos perderse de vista hacia atrás (y hacia delante), un montón de escombros, como lo describió Benjamin, frente a los cuales el ángel de la historia permanecerá estupefacto, con la cara girada hacia atrás. El ángel de la historia (el Angelus Novus pintado por Klee) ¿no es en realidad la mujer de Lot?

¿Por qué se detiene ella y mira atrás?

Porque es algo humano.

¿Qué ha dejado allí?

El pasado.

¿Por qué en sal, justamente?

Porque la sal no tiene memoria. Nada nace de la sal.

En la Crónica de Núremberg de Hartmann Schedel, que data de finales del siglo xv, encontramos una recreación de la escena bíblica. En primer plano, vemos al padre seguido de sus hijas y guiado por un ángel alborozado que parece estar narrándole algo. Avanzan a grandes pasos, dejando atrás Sodoma envuelta en llamas, sus torres viniéndose abajo. En el centro, entre el pequeño grupo que se aleja y la ciudad que arde, se encuentra una mujer vestida de blanco. Ha vuelto su rostro hacia atrás. En realidad, mira ligeramente hacia un lado. El pasado, igual que el fuego, no ha de mirarse directamente a los ojos. Su rostro está apaciguado. No hay terror, no hay miedo, no hay dolor. Ya no es nada más que sal. En cuanto a sus hijas y al viejo Lot, guiados por el ángel parlanchín, ni siquiera se han apercibido de su ausencia. Ya la han olvidado.

29,

No almacenéis tesoros en el presente, donde los devoran la polilla y el óxido, donde excavan y los roban los saqueadores. Antes acumulad vuestros tesoros en el pasado, donde no los devoran la polilla ni el óxido y donde no excavan ni los roban los saqueadores; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

(Gaustín. Versiones apócrifas y nuevos testamentos)

30,

Nada tranquiliza tanto como una larga fila de volúmenes ordenados e idénticos de enciclopedias de distintos continentes: rojo guinda envejecido, marrón y negro.

Este mantra de títulos puede esgrimirse contra fuerzas y tiempos malévolos.

Enciclopedia general ilustrada del País Vasco
Enciclopedia de México
Nueva Enciclopedia de Puerto Rico
Diccionario biográfico de Venezuela
Encyclopædia Britannica
The New York Public Library, Oriental Collection
The South in American Literature,
1607-1900
Poisonous and Venomous Marine Animals of the World
Nomenclator Zoologicus
Il Grande Libro Della Cucina Italiana
The Cuisine of Hungary
Book Prices Current (London),

1905-06
Subject Index of Books Published Before
1880
The Mother of All Booklists
Anonymous and Pseudonymos English Literature
Dicionário bibliográfico brasileiro
Catálogo de la Bibliografía boliviana
Short-Title Catalogue of Books Printed in England and Scotland….,
1475-1640
Catalogue of German Books,
1455-1600
Crime Fiction
1749-2000
Bibliografía de la literatura hispánica

31,

En alguna parte de los Andes creen, hasta el día de hoy, que el futuro está detrás de nosotros. Llega, sorprendente e imprevisiblemente, desde nuestras espaldas, mientras que el pasado está siempre delante de nuestros ojos, ya se ha producido. Cuando hablan del pasado, las personas del pueblo aymara señalan con la mano hacia delante. Avanzamos mirando de frente al pasado y, al volvernos hacia atrás, vemos el futuro. En este caso, ¿cuál sería la parábola sobre la mujer de Lot?

Caminamos hacia delante y entramos en los infinitos campos Elíseos del pasado.

Camino hacia delante y me convierto en pasado.

32,

Vuelve el mismo sueño. Estoy en la biblioteca del mundo, en la sala principal, con sus altísimos techos cubiertos de murales, sus mesas de madera y sus lámparas con pie de bronce torneado del suave color del oro viejo. Veo a un hombre que se oculta detrás de un periódico enorme, como eran en tiempos los periódicos. Avanzo hacia él en medio de rostros que se giran hacia mí (en el sueño no veo otra cosa que rostros). Rostros de mujeres y de hombres, rostros conocidos, pero que hace mucho perdieron sus nombres. Sé (no lo sé, pero lo percibo) que todos nos observan, es una escena importante. En la primera página, en estilo telegráfico y en grandes caracteres, está escrito… ¿qué es?, todavía no alcanzo a leer.

Parece cerca, pero el camino se eterniza en el sueño, mis movimientos son cada vez más torpes, como si caminara sobre algo

pegajoso o como si sencillamente tuviera miedo de alcanzar la meta… El miedo es doble: primero, a leer lo que está escrito, aunque, dentro de mí, en alguna parte, lo sé. (De hecho, conozco de memoria el contenido del periódico).

Mi segundo miedo es, cuando el hombre baje su periódico, ver mi propio rostro.

33,

Hay días en los que todo parece normal. Incluso puedo escribir. Me reencuentro con estancias y ciudades que visité, mi mente está tan clara como un cubo de agua de lluvia. Luego todo vuelve a empantanarse… Aparecen personas sin rostro, arman alboroto en mi habitación, hablan, desean, con una insistencia amenazante, hacerme feliz, luego no recuerdo nada, miro a un punto y no tengo fuerzas para apartar la mirada…

34,

Corte de pelo en Brooklyn, donde Djani, un tayiko que tararea a Sinatra. Cuando abre la navaja para afeitarme la nuca experimento el miedo atávico de siempre a ser degollado como un cordero. Luego saca de algún lado una toalla insoportablemente caliente y mojada, que me arroja a la cara, y presiona. Así, a medio degollar, a medio asfixiar, rociado por fin con agua de lavanda, abro los ojos como un resucitado y dejo una propina generosa, a modo de rescate por mi vida. Tan pronto vuelvo a pisar la acera, añado a la lista de mi cuaderno el aroma a colonia de barbería, efluvios que evocan innumerables cortes anteriores. Todo el mundo guarda recuerdos y temores asociados a las peluquerías. Todo el mundo ha registrado la primera aparición de sus propias canas en el sillón del barbero.

El peculiar olor de las calles neoyorquinas procedente de los frutos podridos del ginkgo. Apunto también este olor… Ginkgo biloba en Nueva York. Qué guardará la memoria de este árbol que presenció el final de los dinosaurios, aquellos rascacielos andantes (y luego en ruinas), anteriores a la Edad de Hielo. Y, junto a ellos, el derrumbe de los verdaderos rascacielos: es una memoria descomunal, terrorífica. Entiendes ahora por qué tienes pesadillas, me digo, llevas años atiborrándote de Ginkgo biloba contra el olvido, cuando precisamente esa planta recuerda cosas terribles.

Viajo todos los días desde Brooklyn a la Biblioteca Pública de Nueva York en la Quinta con la 42. Poco a poco me voy acostumbrando a todos los detalles del trayecto. La salida hacia el

puente de Manhattan; al fondo, a lo lejos, la Estatua de la Libertad; el paisaje de muros ciegos, chimeneas, torres de agua, enormes azoteas repletas de ropa tendida, antes de que el convoy del metro regrese bajo tierra. Salgo en Times Square y me detengo un minuto a leer los paneles publicitarios como si pasara revista a las primeras páginas de la prensa de hoy. Los paneles publicitarios son los nuevos periódicos. Qué leemos: monstruos de algún tipo, regreso al futuro, blockbusters que amenazan con el fin del mundo, relojes y créditos bancarios… Es evidente que no se avecina nada bueno. Avanzo por la 42 acompañado por una banda sonora de coches de bomberos y policía, como en una película. Entro en el Bryant Park, paso junto a sus pequeñas mesas y sillas verdes bajo los altos plátanos de sombra, echo un vistazo fugaz al edificio Chrysler, ese pabellón del art déco en vertical, y me hundo en la fresca gruta de la biblioteca como si lo hiciera en otro tiempo. Mi cronorrefugio.

35,

Oigo por la radio que ha nevado en el desierto. En pleno julio. De hecho, la nieve ha cuajado en las cúspides de las pirámides. Imagino también la esfinge con un sombrerito de nieve. «Y la nieve desfiguró las estatuas públicas», dijo Auden. Qué será de los camellos en este desierto blanco. Buscarán febrilmente hacia atrás, en lo más hondo de la memoria, qué hacer en estos casos, pero no hallarán registros, las cápsulas del tiempo de los genes no conservan nada semejante a esto.

Dicen que con la llegada del fin de los tiempos las estaciones se mezclarán.

36,

Tuve un sueño del que solo pude retener una frase: «El monstruo inocente del pasado». Olvidé el sueño, la frase permaneció.

37, Sarajevo, 1914/2024

Las recreaciones se vuelven cada día más brutales, cada día más auténticas. He aquí una de las más populares hoy en los Balcanes: dese usted un paseo por Sarajevo en una réplica del automóvil de Francisco Fernando, un Gräf & Stift Double Phaeton negro de cuatro cilindros. El tour incluye también la ropa, la camisa blanca del heredero al trono, el uniforme, el sable, el trayecto exacto, las paradas, el error mortal del chófer: todo tal y como ocurrió aquel fatídico día.

«¡No te quedes fuera, entra de una vez en la historia! ¡Conviértete por una hora en Gavrilo Princip o en Francisco Fernando en el

Sarajevo de 1914!».

Los organizadores —vinculados, por cierto, al Ayuntamiento de la propia Sarajevo— proyectan ahora algo muy especial para el aniversario del asesinato, el 28 de junio, según el calendario gregoriano. Quieren algo hiperrealista, lo nunca visto. Se trata de conmemorar el comienzo de la Primera Guerra Mundial, nada menos. Miles de ciudadanos contratados como extras llevan toda la semana vestidos de época y paseándose por la ciudad. Se está llevando a cabo una recreación pormenorizada de acuerdo con las imágenes de archivo que se conservan y según los criterios de un gabinete de historiadores de la Universidad. Pero no es suficiente, falta suspense, no hay amenaza. Después de todo, no se trata del simple paseo de un personaje de la realeza en un hermoso día de junio… Es el inicio de una guerra, no de una fiesta en el jardín.

Consiguen dar con un descendiente de la dinastía presto a colaborar. Es el miembro de una rama colateral pero, bueno, la sangre azul es lo que cuenta en estos casos.

Para el papel de Gavrilo Princip se organiza un casting entre los adolescentes serbios de tendencia anarquista, preferiblemente desempleados y dispuestos a todo. Resulta que, en tiempos recientes, la antigua organización secreta serbia la Mano Negra —vinculada al grupo revolucionario la Joven Bosnia, que organizó el atentado— se ha reconstituido. Se elige a un joven de entre sus filas. Le entregan una pistola ad hoc, una Browning FN de 1910, pequeña, plana, cómoda para llevarla oculta. Por supuesto, es cargada con balas de fogueo, con el propósito que se escuche y se «vea» el disparo.

Llega el 28 de junio y la ciudad en pleno se congrega en torno al lugar del atentado, algunos con entradas, otros desde los balcones de los edificios vecinos. Los niños han trepado hasta las ramas de los árboles. La recreación del otro 28 de junio, el de 1914, es asombrosa. Incluso las nubes son las mismas, como señalará alguien más tarde al comparar las imágenes. Se levanta una ligera brisa que dispersa las flores de los tilos ya caídas. Los extras —algunos vestidos con chaqué y chistera; otros, más informales— pasean impacientes. Las mujeres, vestidas también al estilo de una época que se aleja para siempre (y lo hace a causa de ese preciso día), lucen orgullosas sus sombreros, formidables como nidos de cigüeña.

El archiduque pasa petardeando con su pesado y negro Gräf & Stift de cuatro cilindros. Todo sucede como en aquella lejana mañana: la comitiva formada por tres automóviles arranca, el primer intento fallido con explosivos, la parada en el Ayuntamiento, donde el

archiduque declara, tembloroso: «Vengo aquí de visita y me reciben con una bomba», el desplazamiento al hospital para visitar a los heridos, la equivocación de los automóviles por el camino, la maniobra cerca del puente Latino ante los ojos de un Gavrilo Princip que se atiborraba de cervezas frente a la taberna, desmoralizado por el fracaso de la operación.

En ese momento, el ejecutor levanta la vista y ve que su víctima viene hacia él, saca la pistola, da un salto hacia el automóvil, que se ha detenido para maniobrar torpemente en círculos como un escarabajo, y dispara al archiduque.

Una rosa roja aflora sobre la blanca camisa del archiduque. Brota la sangre. Es todo tan real que la multitud permanece estupefacta, nadie se atreve a aplaudir. La esposa, Sofía, se derrumba a los pies de Francisco Fernando, pero nadie le hace mucho caso, así consta también en la historia. No obstante, hay algo en las acciones del autor del atentado que no es como se esperaba. Da la sensación de que él tampoco pueda creerse lo que acaba de suceder. De acuerdo con el guion, debe pegarse un tiro sin éxito y tragarse la cápsula de cianuro, pero lo que parece haberse tragado es la lengua.

Un largo segundo, históricamente largo, queda suspendido en el mismo centro de Sarajevo, como si algo en el tiempo hubiera hecho clic. Vemos a Gavrilo Princip tenso e inmóvil con su pistola todavía humeante. La multitud permanece pasmada y boquiabierta durante ese segundo, la brisa ha amainado, no se oye nada, un niño cae desde una rama pero ni siquiera se atreve a echarse a llorar… (Por un instante, me parece reconocer aquí la firma de Demby con su nuevo teatro al aire libre, la tragicomedia del arte).

Y en ese momento el archiduque emite un estertor, la sangre brota como una fuente y el cuadro cobra vida. El hombre realmente se está muriendo.

Los guardias se lanzan sobre Gavrilo Princip, es decir, sobre el que hace el papel de Gavrilo Princip, pero ya no tiene sentido, todo se ha puesto en marcha, como en otro tiempo. La pistola se dispara una vez más en medio del alboroto y la supuesta bala de fogueo atraviesa el estómago de uno de los guardias. Solo entonces la muchedumbre se lanza sobre el asesino para reducirlo. Comienzan a aullar las sirenas de los coches de policía, una ambulancia intenta abrirse paso. Los caballos de la policía arrojan al suelo a sus jinetes y en medio del jaleo se dedican a pisotear a varias señoras, sombreros incluidos. El caos resulta ya incontenible, los acontecimientos se precipitan fuera del guion.

Más tarde, nadie podrá explicar por qué las supuestas balas de fogueo resultaron ser auténticas. Una vez cada cien años, hasta una pistola descargada revienta, suelen decir por esos lares. Pero quién

sabe…

Una nota de condena, escueta y en tono severo, de la diplomacia austriaca con respecto al asesinato de su conciudadano, el descendiente del archiduque, no se hace esperar. Por su parte, la fiscalía europea presenta una acusación contra los organizadores de la recreación histórica, exigiendo la detención inmediata de los implicados y el procesamiento de los líderes de la Mano Negra. Algunos habitantes de Sarajevo no necesitan ninguna invitación para destrozar varias empresas y sucursales serbias en el acto.

Europa está al borde de una segunda Primera Guerra Mundial.

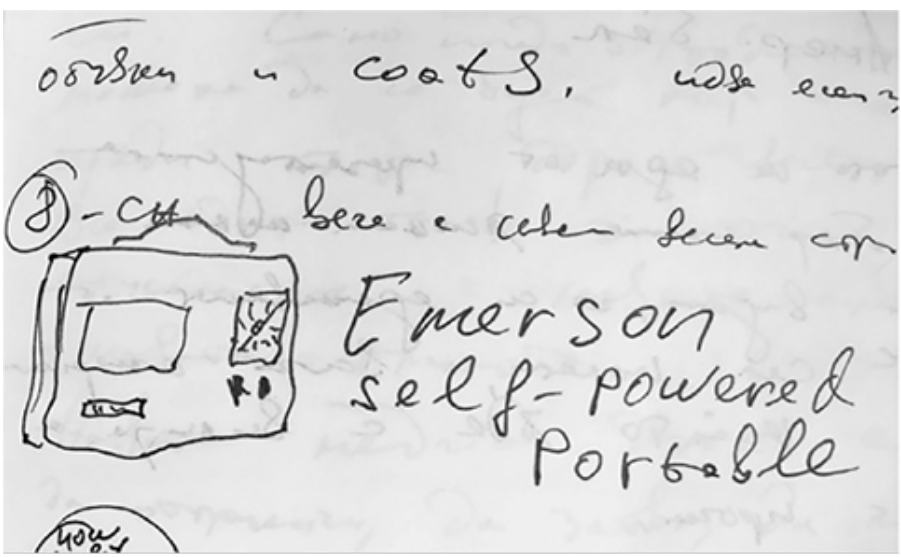
38,

Algo ha cambiado, algo ya no es lo mismo.

Escucho los pasos arrastrados, las respiraciones pesadas. Antes no era así, antes había ritmo, había bailes y carreras.

Vislumbro fugazmente entre las sombras de las hojas la luz extenuada del ayer o de una tarde olvidada, hace años. Algo se filtra, exuda, sedimenta, procedente de otros tiempos.

Percibo en el paladar el sabor de la ceniza; en la nariz, olor a chamuscado. Indicios de rastrojos quemados o de un bosque consumido por las llamas.



Algo ha cambiado, algo ya no es lo mismo.

Palpo con mis dedos otra piel, fría y bulbosa. Antes era cálida y lisa y vigorosa como la mano de un hombre; hoy, la muda de una víbora.

Paseas en la cálida tarde de un agosto y, de repente, asomando detrás de un matorral, te asalta un hedor a descomposición. Un cadáver, tal vez una rata, pero cadáver, al fin y al cabo.

Algo ha empezado a descomponerse, algo se vuelve amargo, fétido, ennegrecido, rígido, lo percibo con los cinco sentidos.

Algo ha cambiado, algo ya no es lo mismo.

¿Y si resulta que el tiempo se ha detenido ya? ¿Cómo podríamos saberlo? ¿Se pararán los relojes? ¿Seguirán inamovibles en la misma fecha los calendarios? Lo dudo, no se alimentan de tiempo. De hecho, no viven de él.

¿Qué se nutre de tiempo, entonces?

Todo lo vivo, evidentemente. Los gatos y las vacas, las abejas y culebras de agua, el cardo borriquero, el busardo ratonero y los ratones, las ardillas en los parques, las lombrices de tierra y la mosca de la fruta, la ballena azul, el gardí. Todo aquello que nada, vuela, se desliza en silencio, trepa a los árboles, crece, se reproduce, envejece y muere. Solo ellos se nutren del tiempo. O el tiempo se nutre de nosotros. Eso es, nosotros somos el alimento del tiempo.

Si hubiera muerto, lo sabríamos. Maldita sea… Lo sabríamos…

39,

Aquí estoy otra vez, plantado frente a los estantes de libros para cerciorarme de que el mundo sigue encuadernado y ordenado. Aquí está la Primera Guerra Mundial, que acabó en los doce volúmenes rojos idénticos de una enciclopedia. Aquí, la Guerra Fría, enterrada para siempre entre las tapas de tres grandes tomos grises. La Guerra Civil española ya no da miedo (duerme en la balda superior), ni la Segunda Guerra Mundial, que ocupa dos estantes. Tarde o temprano, todo acaba convirtiéndose en un libro, como decía Mallarmé en la cita favorita de Borges. Lo que, bien mirado, no es un mal desenlace.

Estoy en la Rose Main Reading Room, bajo los cielos suspendidos, pintados al estilo del Veronés. Me he sentado cerca de los estantes de libros de historia. He sacado, sobre todo a modo de coartada, el primer volumen de una Enciclopedia de la Guerra Fría editada en 2008, que abarca de la A a la D.

Me doy cuenta de que soy capaz de relatar mis recuerdos en el frente de esta guerra, resultado de haber jugado a ella cuando niños. Me dedico a hojear el volumen y, de vez en cuando, como un espía, a lanzar miradas furtivas a la gente de mi alrededor. Dime qué lees y te diré en qué te convertirás. En la mesa de enfrente hay un hombre en el cual reconozco inmediatamente a un vagabundo. Siempre he

sentido una proximidad inexplicable hacia ellos. Lleva una cazadora de nailon varias tallas por encima de la suya (tengo una parecida) y una gorra con las orejeras levantadas y apuntando a los costados. Hace calor en la sala de lectura, pero él se siente mejor así, con todo encima, dispuesto a salir por piernas si vienen a echarlo. Conozco muy bien esa sensación de culpa anticipada.

A su izquierda ha situado una pila de libros. De hecho, es una de las pocas personas en torno a mí que efectivamente leen. Los demás miran sus teléfonos móviles, chatean y esperan a que fuera cese la lluvia. La biblioteca es un lugar seco y cálido, un refugio abierto a todos sin excepción. Hace años hubo una propuesta formal para prohibir la entrada a vagabundos, pero fue rechazada. Me muero de curiosidad por saber qué lee exactamente, me levanto, finjo buscar algo en los estantes vecinos y me giro un poco. En lo alto de la pila tiene una voluminosa Crónica de los bárbaros, algo desgastada. Debajo, logro leer uno de los lomos: Breve historia de la India. Al lado de la pila, frente a él… no puede ser. Gaustín, Obras escogidas. Involuntariamente, extiendo la mano, el vagabundo alza la mirada, solo entonces descifro bien la cubierta: Agustín, por supuesto (estoy casi seguro de que hace un instante ponía Gaustín). Le pido disculpas, él me mira fijamente antes de inclinarse de nuevo sobre el libro que sujeta, un álbum con enormes casas españolas del xix.

40,

Hace unos años empecé a perder el oído poco a poco. El discreto audífono que me prescribieron con la promesa de que recuperaría los mirlos por las mañanas y los grillos en las noches de verano no obtuvo el éxito esperado. A través de aquel chisme lo oía todo como si hubiera sido grabado en un viejo disco de pizarra, con un ligero eco metálico y crujidos ocasionales. Sensación de reproductibilidad técnica, como diría Benjamin. La banda sonora del mundo de ayer, grabada y reproducida en diferido.

También durante la guerra cantaban los pájaros. Doy vueltas a esta frase en mi cabeza mientras escucho el Cuarteto para el fin del tiempo de Messiaen, escrito e interpretado por primera vez en enero de 1941 en un campo de prisioneros de guerra franceses. He subido el volumen al máximo. Al inicio de la obra, Messiaen colocó aquellas palabras del Apocalipsis sobre el ángel que anuncia el fin del tiempo. Caía una lluvia fría aquella tarde, el concierto se celebró al aire libre, pero ninguno de los cuatrocientos prisioneros y guardias marchó a guarecerse. Una inusual combinación de piano, clarinete, violín y violonchelo: no había otros músicos disponibles en el campamento, de

modo que ellos fueron los elegidos… El primer movimiento, la «Liturgia de cristal», se abre con el despertar de los pájaros. El clarinete, en un soberbio solo, imita un mirlo, y el violín, después, un ruiseñor, infinitamente, de manera repetitiva, en un olvido de sí, con dulzura y angustia al mismo tiempo, inquietud y suavidad.

También durante la guerra cantaban los pájaros. Aquí reside todo el horror… También el consuelo.

41,

A pesar de que el Eclesiastés nos había enseñado que todo tiene su tiempo, un tiempo para esto y un tiempo para aquello, de golpe y porrazo el último capítulo del Libro nos anuncia el fin de los tiempos. Esta es la nueva proclamada por el ángel en el Apocalipsis, un pie sobre el mar, el otro sobre la tierra, en la mano un libro diminuto. El mismo que Juan ha de devorar. Cuando decimos: «He devorado este libro desde la portada», oímos también el eco de aquella voz.

Toma y devóralo, dice el ángel mientras entrega el librito a Juan, te amargará en el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. (Siendo yo un joven y devoto lector, una vez devoré una página, ya no recuerdo de qué libro, una colección de poemas, creo, que tienen menos tinta. Me amargó ya en la boca).

Y es allí precisamente donde el ángel anuncia que ya no habrá más tiempo. Y ya está. No es el fin del mundo lo que se nos anuncia, sino el fin del tiempo.

Se abrirán las celdas de los días y todos los tiempos se reunirán en uno solo.

… «Dios hace que el pasado se repita».

42,

… Toda mi vida está entretejida con las vidas de otros. Y lo que estoy viviendo ahora es otra vida. De quién, no puedo saberlo. Me siento como un monstruo remendado por diferentes tiempos. Me hallo en una ciudad extranjera, con sus incesantes sirenas de los bomberos, como si la ciudad estuviera permanentemente en llamas. Paso todos mis días en su biblioteca, en la sala fría, bajo un cielo pintado, rodeado de las enciclopedias del mundo, tapas rojas y caracteres dorados. Leo periódicos antiguos y observo los rostros. Temo que en cualquier momento aparezca alguien, mire a su alrededor y se dirija hacia mí…

Estoy en una biblioteca, la biblioteca del mundo. Cada mañana,

pido los periódicos de un mismo día de 1939. Todo me es conocido, he estado allí, he tomado algo en un garito de la 52, me he empapado con las lluvias de aquel otoño. El periódico es solo una puerta. Es en lo minúsculo y en lo insignificante, ¿no es cierto?, es ahí donde se esconde el pasado con su mecanismo de relojería que debe ser desactivado. Allí, en algún lugar, entre las últimas rebajas de la temporada y el artículo sobre las máscaras antigás en los colegios alemanes con la gran foto en la tercera página de The New York Times (los alumnos de un colegio alineados frente al edificio, tomados de las manos, con las máscaras antigás puestas, sin rostros), estudiaré la oferta de salas de cine y locales nocturnos, me sentaré en el bar Cinzano de la página 37, encenderé el nuevo aparato de radio marca Emerson, inalámbrico, sin antena, por solo 19,95 dólares, y escucharé los partes de noticias acerca de la situación en el extranjero, pasaré la noche en los clasificados de habitaciones en alquiler en el Bajo Manhattan y miraré los rostros de la gente que anima las primeras horas de la noche en las crónicas de sociedad. No hay que dejar nada de lado, allí está el detonante, en una última noche de agosto…

Tuyo, G.

Estoy parado junto la ventana con la carta en la mano. Remitente y destinatario, leo y pienso que el mundo siempre se encuentra en vísperas de un 1 de septiembre, en las postrimerías del verano, con los anuncios en el periódico y el remoto estruendo de una guerra incipiente… La tarde del mundo, en la que nuestras sombras se alargan bajo el sol que se extingue, antes de que caiga la noche.

43,

Mientras recordamos, mantenemos el pasado a distancia. Es como encender un fuego en un claro del bosque cuando se cierne la noche. Alrededor hay demonios y lobos agazapados, las bestias del pasado van estrechando el círculo, pero sin atreverse todavía a romperlo. La alegoría es sencilla: mientras el fuego de la memoria siga ardiendo, uno tendrá la sartén por el mango; en cuanto empiece a apagarse, los aullidos irán en aumento y el cerco de las bestias se irá cerrando en torno. La manada del pasado.

A menos memoria, más pasado.

Un poco antes del final, los tiempos se mezclarán. Porque las celdas estarán abiertas y todos se arrastrarán afuera… Si no hay días, en qué viviremos, decía un poeta… cómo se llamaba… Pero no hay días ya… El calendario se ha dado de baja. Solo hay un día y una

noche, y se repiten eternamente…

Un recuerdo para mantener el pasado dentro del pasado…

(El cuaderno amarillo)

44,

Tengo siete años… Estoy de visita en una ciudad que no es la mía. Se celebra algo, alguna clase de fiesta, está todo abarrotado de gente. Le llego a todo el mundo por la cintura. La gente se empuja y me pisa, alguien me escupe unas cáscaras de pipas de girasol encima. Me aferro al pantalón de mi padre, luego me suelto para detenerme ante un puesto de tiro, aunque solo llego hasta el mostrador. No recuerdo cuánto tiempo habré estado allí, me giro y… mi padre y mi madre han desaparecido. Ahora qué. El padre llevó a Hansel y a Gretel a pasear por un bosque desconocido. Cuando se dieron la vuelta, él ya no estaba allí.

Me interno entre la multitud, avanzo a gritos, salgo del tumulto, es la última hora de la tarde, las calles están de bote en bote, la gente vuelve del trabajo. Paro a una mujer de la edad de mi madre, camarada, me he perdido, digo entre sollozos. No recuerdo el nombre de la calle ni el número de la casa donde nos hemos alojado. Solo sé que tiene la puerta verde… Pero si son todas verdes, hijo mío, yo estoy volviendo del trabajo, pregúntale a otro. Le pregunto a otra mujer, a los hombres no me molesto en hablarles, tengo prisa, mi niño, tengo prisa, mira, debe de haber un miliciano cerca, no tengas miedo… La noche está cayendo, los coches pasan zumbando, las calles se quedan vacías, hace frío, nadie se fija en mí, me sangra la nariz… Y, de repente, una mano me agarra del brazo, dos bofetadas silbantes, vaya susto nos has dado… Estoy a salvo.

45,

Tengo seis años. Mi hermano, cuatro. Vestimos pantalones cortos y sandalias, pero nuestras melenas son tan largas como las de los Beatles (yo soy John, él es Paul). Estamos en la plaza del pueblo, delante del monumento a los partisanos. La foto en cuestión la saca mi padre, un minuto antes de llevarnos (seguidos del miliciano del pueblo) adonde el abuelo Petre, el cual, por orden del alcalde, va a raparnos al cero. Después hará lo mismo con mi padre, que no solo tiene el pelo largo, sino que se ha dejado crecer un bigote. En el pueblo no hay barbería. Uno detrás del otro, el abuelo Petre nos va sentando en un tronco, junto a un burro que resopla. Veo cómo mi pelo cae en mechones

rubios y traslúcidos y ni siquiera me atrevo a echarme una buena llorera, porque tengo miedo del miliciano. Puede que esté prohibido llorar, igual que está prohibido el pelo largo…

Acabada la tarea, los tres, mi padre, mi hermano y yo, rapados lo mismo que presidiarios y rociados de colonia barata del abuelo Petre, nos apresuramos a volver a casa. Ni se os ocurra echaros a llorar, advierte mi padre entre dientes cuando nota que nos falta esto para que empecemos a inflar las gaitas.

Estróberi fildis foreva…

46,

Envejezco. Desterrado cada vez más lejos de la Roma de la infancia, en las remotas y desérticas provincias de la vejez de las que ya no hay retorno posible. Y Roma ya no responde a mis cartas.

En alguna parte, el pasado existe como una casa o una calle que uno abandonó por un momento, solo cinco minutos, antes de encontrarse en una ciudad desconocida. Está escrito que el pasado es un país extranjero. Disparates. El pasado es mi patria. El futuro sí que es un país extranjero, lleno de rostros extranjeros, no pienso poner un pie allí.

Dejadme volver a casa… Mamá me pidió expresamente que no llegara tarde…

47,

Debo de tener tres años. Soy tan alto como las rosas del jardín, allí, de pie, descalzo sobre la tierra templada, de la mano de mi madre y mirando durante largo rato un rosal de frente. Es lo único que recuerdo. Lo primero y lo último.

48, síndrome de los impertenecientes

Ningún tiempo te pertenece, ningún lugar es tuyo. Lo que buscas no te busca a ti, lo que sueñas no sueña contigo. Sabes que algo fue tuyo una vez, en otro lugar y en otro tiempo, por eso sigues atravesando habitaciones y días pasados. Pero si estás en el lugar apropiado, el tiempo es otro. Si estás en el tiempo apropiado, el lugar es diferente.

Incurable.

(Gaustín. Diagnósticos nuevos e inminentes)

Epílogo

Las novelas y relatos nos brindan una falsa pero reconfortante sensación de orden y forma. Es como si alguien moviera todos los hilos de la acción, conociera el orden y el desenlace, qué escena viene después de qué otra. El libro verdaderamente audaz, tan audaz como desolador, sería aquel en que todas las historias, las que sucedieron y las que no, flotaran en el caos primigenio a nuestro alrededor, donde aullarían y susurrarían, implorarían y reirían, se encontrarían y se perderían en la oscuridad.

El final de una novela es como el final del mundo, conviene retrasarlo.

La muerte se ha sumergido en la lectura y ha olvidado, mientras su guadaña se va oxidando a su lado. Podría ser un grabado de Durero o un detalle del Bosco.

Nunca me han gustado los finales, no recuerdo el final de ningún libro, de ninguna película, ¿habrá un diagnóstico para eso? Desmemoria para los finales. Y qué tiene de memorable realmente un final (siempre anunciado).

Yo recuerdo solo los inicios.

Recuerdo que mucho tiempo he estado acostándome temprano… Recuerdo cuando trajeron hielo por primera vez al pueblo y mi padre me llevó a conocer al gitano… He olvidado su nombre. Recuerdo una terrible tormenta de nieve en una noche de invierno mientras en casa ardía una vela, una vela ardía… Recuerdo una rosa a la que estoy mirando de frente, soy tan alto como ella. Recuerdo que yacía, con el capote mojado, en las trincheras de una guerra, fumando cigarrillos cortos y fuertes. Me siento en uno de los garitos de la calle 52, inseguro y asustado… O bien me pongo las grebas y embrazo mi escudo, que resplandece al sol.

Dicen que mi vida ha sido totalmente diferente.

Les doy la razón para no irritarlos, pero yo personalmente no tengo otra vida.

Ya no recuerdo si fui yo quien inventó a Gaustín o me inventó él a mí. ¿Existió esa clínica para producir pasado o fue solo una idea, una nota en un cuaderno, un recorte de periódico que cayó en mis manos por casualidad? Y ¿qué hay de la ola de pasado? ¿Ha sucedido ya? ¿O

quizá será mañana cuando se precipite todo?…

0, 1939/2029

Los ejércitos están reunidos y esperan. Los primeros disparos saldrán del acorazado Schleswig-Holstein, en dirección a los almacenes militares de la península de Westerplatte, cerca de Danzig. Esto lleva mucho tiempo preparándose, esperando el momento adecuado, algún aniversario. Todo será recreado con precisión, hora a hora. Hay pequeñas discrepancias previas acerca del minuto exacto, algunos afirman que el inicio es a las 4:44, para otros son las 4:48. También caerá el primer soldado de esta guerra, el sargento polaco Wojciech Najsarek. La Luftwaffe cubrirá el ataque desde el aire… En el Báltico aguardan los submarinos.

Sé lo que va a ocurrir. Con un ejército de un millón y medio de soldados, basta con un solo disparo y… Los tanques atravesarán el bosque, el viejo buque empezará a lanzar proyectiles, los nidos de ametralladoras camuflados se descubrirán y lo acribillarán todo haciendo ratatatá, el primer cuerpo caerá abatido, argh, alguien sustituyó las balas de fogueo por balas auténticas, enfrente responderán al fuego… Aullidos de zorros enloquecidos, cornejas asustadas, las bengalas de señalización abren surcos en el cielo, todo esto estaba esperando para suceder, todo se iba acumulando para ser liberado ahora… He leído en alguna parte que el primer día habrá en total veinte muertos, cuatro en el lado polaco, dieciséis en el alemán. Al final, millones…

Se trata de la mayor recreación militar hasta la fecha, a escala real, con un millón y medio de extras como soldados de la Wehrmacht apostados por toda la frontera con Polonia, a lo largo de mil seiscientos kilómetros, sesenta y dos divisiones, cincuenta y cuatro de las cuales están listas para pasar al ataque, dos mil ochocientos tanques, dos mil aviones (los viejos Stuka y Junkers Ju 52 han sido reparados a conciencia), las piezas de artillería que esperan camufladas en la espesura, los submarinos, acorazados, flotillas de destructores y torpederos.

Repetimos esta guerra para que no vuelva a repetirse nunca más, dirá alguien en la radio. Y esa absurda tautología lo desencadenará todo.

Mañana fue 1 de septiembre.

Жгмцццрт №№№№ккгррпх ггфпр111111111… внтгвтгвнтгггг777ррр……

Agradecimientos

Para una persona que ama el mundo de ayer, este libro no fue fácil. En cierta medida, se despide aquí de sus sueños del pasado. O, más bien, se despide de aquello en lo que se está intentando convertir el pasado. En cierto sentido, también se despide del futuro.

Distintos lugares y refugios formaron parte del trayecto de esta novela.

Gracias al Cullman Center de la Biblioteca Pública de Nueva York, donde pasé diez meses entre 2017 y 2018, embarcado en una feliz lectura y su consiguiente aluvión de apuntes.

Gracias al Literaturhaus de Zúrich por su amable invitación de 2019, que me procuró el tiempo y el aire adecuados para escribir.

Uno piensa que escribe en soledad, pero todo el tiempo mantiene conversaciones en su cabeza con otras personas y otros libros. Les doy las gracias también a todos ellos. Sin duda, encontrarán en la novela los ecos de aquellas conversaciones en la distancia.

Gracias también a Gaustín, que siempre anduvo cerca.

Gracias a las personas con las que compartí ideas en el proceso de escritura o que fueron mis primeros lectores: Boiko Pénchev, Iván Krástev, Nadezhda Radúlova, Dimítar Kenárov, Bozhana Apóstolova, Angela Rodel, Galín Tihanov…

Por su asistencia en mis investigaciones, sobre todo en uno de los capítulos, el del referéndum, deseo expresar mi agradecimiento a Helle Dalgaard, Marie Vrinat-Nikolov, María Vútova, Henrike Shmidt, Magda Pytlak, Jaroslaw Godun, Hellen Kooijman, Borislava Chakrínova, Giuseppe Dell'Agata, Veselín Váchkov, Marinela Lípcheva y Martin Weiss.

Mi agradecimiento asimismo al Wissenschaftskolleg de Berlín, donde terminé este libro a finales del bisiesto febrero de 2020. Allí mantuve bonitas y estimulantes charlas con amigos y compañeros como Efraín Kristal (Borges nos acompañó en todo momento), Wolf Lepenies, Thorsten Wilhelmy, Barbara Stollberg-Rilinger, Katharina Biegger, Daniel Schönpflug, Stoyán Popkírov, Luca Giuliani, David Motadel, Felix Körner…

Gracias a Bozhana Apóstolova, que apoyó el manuscrito sin dudarlo, igual que sucedió con mis anteriores libros publicados por Janet 45.

Gracias a Nedko Solákov, Lora Sultánova, Hristo Góchev, Nevena Dishlíeva-Krásteva e Iva Kóleva, que trabajaron en el libro en medio de circunstancias muy excepcionales.

Deseo agradecer a mis padres la paciencia y el cariño con los que

aguardaron la llegada de este libro y lidiaron con mis ausencias.

Por último, como siempre, quiero dar las gracias a quienes estuvieron a mi lado y me soportaron mientras escribía este libro: Bilyana, que lee y corrige, y Raya, que es crítica e indulgente. (Como dijo ella, tus personajes no tienen nombres para que no los olvides. Y tenía razón).

Gracias a todos aquellos que se sentarán, alguna tarde, en el cronorrefugio de este libro.

G. G.

29.02.2020,

Berlín

NOTAS

1 Snezhanka es la versión búlgara de Snegúrochka, la Doncella de las Nieves de los cuentos de hadas rusos. [Todas las notas son de los traductores, salvo que se indique lo contrario].

2 «Me siento en uno de los garitos / de la calle cincuenta y dos, / inseguro y asustado». Traducción de Juan Carlos Villavicencio.

3 «Debemos amarnos los unos a los otros o morir».

4 «Ningún hombre es una isla, completa en sí misma; cada hombre es un pedazo del continente, una parte del todo; si el mar se lleva un trozo de tierra, Europa mengua, como si fuese un promontorio, como si fuese la casa solariega de tus amigos o la tuya. La muerte de cualquier hombre me disminuye, pues soy parte de la humanidad». John Donne. Meditaciones en tiempos de crisis. Ariel, 2012. Trad. Ascensión Cuesta.

5 Una forma respetuosa e íntima de dirigirse a un hombre mayor, que ya casi no se utiliza, salvo en el campo o para hacer sonreír a los paisanos.

6 «Héroe superfluo» por excelencia, Grigori Pechorin es el protagonista de la novela Un héroe de nuestro tiempo, de Mijaíl Lérmontov.

7 El partido comparte sus siglas con las de la Seguridad del Estado, nombre adoptado por los servicios de inteligencia y contrainteligencia búlgaros. Activa entre 1925 y 1990, la SE constituyó la principal estructura represiva de las que sustentaron el régimen totalitario del Partido Comunista desde finales de la década de los cuarenta.

8 El Despertar nacional búlgaro, a veces llamado Renacimiento búlgaro, fue un período de desarrollo socioeconómico e integración nacional bajo dominio otomano. Está aceptado que comenzó con el tratado histórico Istoriya Slavyanobolgarskaya, escrito por el monje Paisio en 1762, y duró hasta la guerra ruso-turca y la consecuente Liberación de Bulgaria en 1878.

9 Gospodín significa «señor» en búlgaro, un tratamiento prohibido durante el comunismo.

10 Gueorgui Benkovski (1843-1876), capitán de la unidad de caballería ligera o «Hvarkovata cheta», fue una de las figuras principales de la fallida Sublevación de Abril de 1876 contra el dominio otomano en Bulgaria.

11 Nicéforo I, emperador de Bizancio, fue asesinado en 811 por Krum, kan de los búlgaros, que posteriormente se hizo una copa con el cráneo revestido de plata del emperador.

12 William Shakespeare. Hamlet. Alianza editorial, 2022. Trad. Luis Astrana Marín.

13 Haydut o hajduk: miembros de la resistencia popular armada contra el dominio otomano en el sudeste de Europa y principalmente en los Balcanes entre los siglos xv y xix.

14 En ruso en el original. Significa «amigos».

15 «¡Nosotros somos el pueblo!». [N. del A.].

16 «¿Nuclear? No, gracias». [N. del A.].

17 Verso del poema «¡A trabajar!», de Iván Vázov (1850-1921).